

Viviendo

*Escribo y escribo
Y mientras escribo
Oigo y oigo
Y mientras oigo
Vivo y vivo
Y mientras vivo...
Vivo!*

Soledad en los huesos

Septiembre 2006

Capítulo 1

Ocurriría el 14 de Mayo, el día en que naciera Mariana Rosas.

Vivía en una casa rodeada de libros y discos de Jazz, que rápidamente se transformaron en la única cosa que lograban sumergirla en el olvido.

De niña siempre creyó poder cambiar al mundo, como le sucedió a muchas generaciones. De adolescente se involucró en movimientos izquierdistas. Por la misma época estuvo desaparecida.

Su madre ya no salía a de la casa, la tristeza se había adueñado de su corazón y el padre no paraba de salir todas las mañanas en busca de ella. Lo cual dio sus frutos. Meses después de aquel 13 de Febrero de 1939 la encontró tirada en el suelo boca abajo dentro de un charco de barro, lo cual le hubiera costado la vida de no haber sido hallada.

Estaba inconsciente, más delgada de lo usual con magulladuras por todo el cuerpo, pero la capacidad de verse cómo un ángel a los ojos de su padre no la había perdido, aunque ahora era un ángel herido de muerte.

Asombrándose del peso de esa criatura que sostenía en sus brazos con ternura y desesperación. Maldiciendo a la bestia que le había hecho eso a su hija.

Llegando con su hija en brazos llamó a su esposa, que le abrió la puerta y espantada de lo que veía corrió al baño por un paño y agua tibia.

Estaba tendida en su cama, con su madre a un lado y un disco de Jazz bañaba la habitación, porque la señora Rosas sabía que aquella música era como una terapia espiritual para su Marianita.

- Buenos días!, mamá – Dijo abriendo suavemente los ojos.

- Ay mi cielo por fin... ¿cómo te sentís, mi vida? – Gritó llena de emoción.

- ¡Bárbara! Lista para un maratón – contestó sonriendo.

La señora Rosas no entendió el sarcasmo de su hija, pero al ver su sonrisa ella también comenzó a reír y así los sorprendió el señor Rosas.

- ¡Tesoro! Qué alegría al verte bien – Dijo abrazando a aquella niña que ahora

realmente sentía estar abrazando a una niña.

Su cuerpo parecía haberse encogido, a los huesos la cubría una fina piel, le costaba mantenerse de pie por sí misma. Recién después de unos meses recobró algo de lo que una vez fue. No le gustaba que la gente la viera en esa condición tan miserable, pero para complacer a su madre la acompañaba al parque.

Por ese entonces tenía veinticuatro años, mes a mes iba rellenando aquel cuerpo delgado y su sonrisa parecía retornar, pero para lograrlo tuvieron que pasar casi dos años.

Su madre siempre le leía libros que iba comprando, no porque Mariana no fuera capaz de leerlos ella misma sino porque le complacía hacer sencillamente.

- Mamá no te preocupes, sé que no te gusta leer lo puedo hacer yo misma – dijo tratando de frenar a su madre.

La señora Rosas negaba con la cabeza diciendo que le empezó a gustar hacerlo. Pero lo que verdaderamente le ocurría era que sentía ser la culpable de aquella tragedia, por falta de cuidado.

Y así se pasaban las horas leyendo a la luz de la vela, mientras que Mariana entornaba los ojos emitiendo un bostezo y quedándose dormida.

- ¡Hola familia! Volví del trabajo ¿dónde se metió todo el mundo? – Grito el señor Rosas al abrir la puerta de calle.

-¡No grites, Quilombero! Marianita recién se quedó dormida, espero que tus gritos no la hayan despertado. ¡Por Dios! – dijo su esposa al oír sus gritos y tirándole del brazo se lo llevó a la cocina para comer algo.

Al año siguiente cuando cumplía los veinticinco años ya, no le daba reparo salir sola a la calle. Había recuperado la salud y unos kilitos que le sentaban bien, pero que aun estaban lejos de parecer un cuerpo normal.

La rutina volvió a su vida. Frecuentaba una facultad no lejos de su casa, pero se entristecía al pasar frente de la casa de Pablo, un compañero que también desapareció durante esos meses oscuros.

Su madre se había suicidado, tras enterarse del accidente automovilístico que había tenido su marido.

Nunca tuvo novio y siempre se torturaba por ese motivo. Si bien la gente

decía que no eran épocas para pensar en eso, ella los desafiaba diciendo que es ahí, en esos momentos oscuros, en dónde más hace falta el amor y se sentía desgraciada por no haber conocido nunca a alguien. Pensaba que nunca conocería a alguien capaz de hacerle decir “te quiero”.

Fichada de rara por ser callada y tímida, caminando sola mirando a la gente de su alrededor. Observando su respiración y su ignorancia.

Capítulo 2

Después de tomar las pastillas, que la enfermera le suministró tiernamente con una sonrisa, ella cerró los ojos y entró en un sueño profundo, los abrió nuevamente y se encontró en su antiguo cuarto perfumado de adolescencia, otro recuerdo era ella caminando hacia el liceo mirando a Pablo y saludándolo. Vio a un muchacho que le llamó especialmente la atención y los siguió con los ojos, sin darse cuenta sentía un sentimiento desconocido por él.

Lo veía todos los días, suspiraba por él y él cuando se enteró ni siquiera guardó la hipocresía de la piedad, sino que en un acto de completa malicia y estupidez fomentó en todas las esquinas del recinto lo que ella le había escrito una tarde en una carta de amor, cursi e infantil según el muchacho y entonces la leyó fuerte y claro para que todos conocieran a ésa chica ridícula, sin darse cuenta que el pobre infeliz que el ridículo era él mismo. A la tierna edad de trece, conoció lo que era la crueldad.

A las 8 de la mañana se acercó la enfermera con el desayuno sin sal y jugo de naranja, despertándola cariñosamente. Ella se miró las manos y se estableció en el año.

La ausencia de lo amado vuelve a despertar en ella.

- ¿Cómo ha dormido, Doña Mariana? – preguntó la enfermera.
- Creo que mal, Celeste – Contestó la anciana.
- ¿Tuvo incomodidades o pesadillas? – insistió la muchacha.
- Ninguna de las dos. Sólo recuerdos. – contestó angustiada
- Bueno... no se me deprima, Doña. Tómese el desayuno que se lo he preparado yo misma ¿Quiere que le prenda la radio? – le sugirió la enfermera.
- A lo primero, Celeste, puedo decirle que es muy difícil no deprimirse al ver que nadie la recuerda a una y se va marchitando cada día más, sin un solo día de alegría...

- ¿Y qué pasa con ese chiquillo que viene a verla todos los días?
- ¿Miguel? – preguntó haciéndose la distraída
- Si – afirmó la enfermera
- Bueno... tenés razón, él es un ángel.
- Si que lo es, pero ¿y el desayuno? – insistió la muchacha.
- Con respecto al desayuno lo tomaré encantada, más sabiendolo proveniente de tu cándidas manos y lo tomaría con una sonrisa si descubriera que te has equivocado al echarle sal al pancito y al huevo duro, temiéndolo imposible, teniendo en cuenta tu maravillosa memoria que por cierto envidia y ¡sí! me gustaría además te agradecería que encendieras la radio.

Al terminar de comer oyendo la maravillosa voz del “Mago” (Carlitos Gardel), se acomodó para descansar un poco.

A la hora se despertó tras oír los gritos de Miguel.

- Hola señora Mariana, ¡despierte despierte!
- ¿Qué pasó? Me asustaste niño – dijo abriendo los ojos desconcertada.
- Disculpe señora, no fue mi intención incomodarla – dijo el chico haciendo pucheritos.
- No pasa nada, ahora que sé que no es nada de cuidado no te aflijas y contame la novedad.
- Bueno... acabo de enterarme de que aprobé el escrito- dijo lleno de alegría.
- ¡Qué bueno! Felicitaciones! – contestó la anciana sin poder controlarlo.
- Gracias, pero lo salvé gracias a su ayuda, señora. – alegó modestamente.

Miguel tiene once años, pecas en las mejillas, pelo y color de ojos marrones. Pasó un rato junto a ella haciendo los deberes, tomando un jugo de naranja que la enfermera Celeste le había llevado. El niño le contaba a la anciana de sus compañeros de clase y ambos rieron.

Al día siguiente Mariana ya había desayunado y descansaba junto a la ventana, cuando de repente sintió la voz de Miguel recitando una frase de un poema escrito en un cuaderno encuadernado (valga la redundancia) con gamuza azul...

- Estoy sola en un campo de margaritas - Los cuervos alzan su canto desnudo a los cielos - Mi piel se estremece al oír el clamor de su sed - Me voy quebrando dentro de la soledad - Que me quita el hambre, la sed y las ganas de vivir – Pero es al morir

cuando...

- ¡Basta!-gritó Mariana con un chillido ahogado.

- Discúlpeme señora por mi insolencia, es que usted estaba durmiendo y no quería despertarla y y... y ése cuaderno estaba... me atrajo. Sé que no tenía derecho... de mirar sus cosas, perdone , perdóneme por favor – Suplicaba el niño cerrando de golpe el cuaderno.

- Nooo perdóneme vos por mi dura reacción, no tenía ningún derecho en gritarte

- Lo entiendo, señora. Le ruego me disculpe otra vez.

- No me digas “señora” que me da a entender que tú no me perdonas- dijo sonriendo

El niño bajó la mirada y bajito le preguntó...

- ¿Puedo hacerle una pregunta?

- Esa ya es una...- dijo ella sonriendo intentando quebrar aquel momento de tensión que se había formado y lo logró, Miguel comenzaba a sonreír y quedó dubitativo en que si debía hacer la pregunta o no... -Claro que puedes, pero sólo si me tuteas.

- Bueno... ¿de quién es ése poema, Mariana? Debe de ser de un o una artista que sufrió un montón y que sólo espera que la muerte se apiade de su alma, parece que busca desesperadamente la mano amiga de quien abraza y consuela- siguió diciendo el niño bajando la cabeza porque sintió que lo invadía la vergüenza de repente- ...¡Mire las boludeces que digo! – dijo apenado.

- No son boludeces, sólo que no parecen ser palabras mencionadas por un niño de once años, pero he aquí otra vez que la sabiduría se halla en cualquier edad. Con respecto a tus palabras debo asentir... - se vio contestando con una franqueza que se sorprendió de si misma-... Sinceramente, no te hacía ducho en el terreno poético, pero como dicen las apariencias engañan y te he prejuzgado.

- ¡Vió! Hasta yo puedo sorprender a alguien, no es usted...

- ¡Tutéame! –Protestó interrumpiendo al muchacho.

- No sos la única con ese don...- dijo corrigiéndose mientras que se le escapaba una risita pícara -... pero aun no me dijiste el nombre del autor o autora del poema... - prosiguió diciendo.

- Cierto tienes, pues me es difícil de reconocer y en cierto grado me asusta el juicio que puedas tener sobre el/ella, puesto a que son poemas escritos por mi misma cuando sólo tenía 5 o 6 años más que vos- Contestó con angustia en la voz.

- ¿Todos los que están en este cuaderno?- preguntó ilusionado.

- Sí y tengo... mejor dicho tenía más que... - no terminó la frase.

- ¿Por qué callaste, Mariana... qué pasó?- preguntaba insistente el chico.

La anciana suspiró y finalmente dijo...

- Los otros... los otros los quemé - su voz sonó apagada y ronca.

Otra vez sorprendida de sí misma al descubrir que estaba desempolvando una historia que creía haber enterrado hace mucho, "su historia", pero al ver en Miguel a un niño que sólo tenía comprensión y confianza, se animó a hablar.

- ¿Por qué los quemó, no les gustaban?- preguntó él cariñoso.

- Mucha gente en ésta ocasión te diría que cuando seas mayor lo entenderas, pero es mentira. Mírame a mí, no se puede decir que no soy mayor y nunca lo comprendí. No comparto ésa estupidez que dicen. Puesto a que sólo dejan a los niños en la ignorancia prolongada, que sólo nos afecta de manera irreversible. Los quemé al quererme morir con ellos de una vez por todas, llevar conmigo cada rastro de mi ser. No aguanté la soledad en que me sumergía, porque tenes que saber, mi amor... que hay gente que nace con el corazón roto, pero sabe llevarlo adelante y otra (como yo) que es incapaz de enmendarlo, sin saber el motivo. No todo tiene una razón de ser ¿entendes?- concluyó la anciana.

- Creo que sí, pero ¿Por qué tanta tristeza? – Volvió a preguntar Miguel.

- Es una buena pregunta y me encantaría respondértela a ciencia cierta, lo cierto es que me la he hecho a mi misma un millón de veces y la respuesta siempre fue la misma "no sé". Haciendo un esfuerzo para tratar de responderte, creo que es la soledad, el hecho de no tener a nadie.

- Pero si me tenes a mí, Mari – dijo el chico con una enorme sonrisa.

Mariana sonrió tomándolo de la mano... -Si quieres podes llevarte el cuaderno.

- ¡No! – Contestó inhibido. Ella iba a asentir amargamente cuando el muchacho siguió diciendo -... No me hable de usted, Mariana, si yo la tuteo a "usted" haga lo mismo conmigo o seguiré hablándole a "usted" de usted! – dijo desafiando Miguel.

- Es un trato justo – dijo Mariana.

- Ya lo sé...- contestó riendo Miguel. Ambos se rieron, cerrando el trato con un apretón de manos -... Y sí, me encantaría que me dejaras ser cómplice de esos poemas.

- El cuaderno es tuyo – dijo entregándoselo.

- No no puedo aceptarlo, es tuyo – dijo el niño nervioso.

- Miguel! Mírame... estoy postrada en una silla, encarcelada por mis años nada en éste mundo me pertenece ¿mi vida? Ésa sólo se encarga de incordiar a las muchachas que trabajan en éste geriátrico, aseando y vistiéndome, brindando sus cuidados a ésta vieja ... ¿te parece que esos poemas podrían de alguna manera devolverme la alegría? No lo creo. Igualmente hace tiempo que no lo he hojeado.

- Creo que te dejás arrastrar a un agujero negro del cual podes salir perfectamente, pero preferís anteponer preguntas a respuestas, perdoná mi insolencia, pero me

pediste mi opinión y si, creo que pueden alegrarte. Porque por más tristeza que haya, siempre hay belleza “*No todo tiene una razón de ser*” Esa es una frase que alguien me dijo “hace poco”.

La mujer quedó estupefacta ante las palabras desnudas del niño y pensativa con lo último que dijo Miguel.

- Puede que tengas razón, no lo dudo, pues hablas con una propiedad incomprensible para mí, pero sólo te pido que no las leas aquí o al menos no en voz alta, no puedo evitar que el corazón se me amargue al oír esas frases del pasado.
- Descuida, acataré tu deseo y gracias por dejarme leerlos.

Capítulo 3

Miguel ya había vuelto a casa. Estaba repasando un libro de la escuela cuando la madre lo llamó a cenar, comieron un puchero bien cargado y entre miradas silenciosas, el padre emitió un grito al probarlo.

- ¡Mujer! Vos siempre igual es ¿qué me quieres quemar? Esto está más caliente que el sol, yo vengo de trabajar todo el día para ustedes dos. Me rompo el lomo por ésta familia y lo único que pido es no quemarme la lengua ¿es pedir demasiado? gritaba histérico el hombre.

- No Carlos, perdóname, se me habrá pasado limpiando el suelo, pero ya lo arreglo. Ya vengo.

El niño veía correr a su madre a la cocina tratando de ocultar un moretón con maquillaje y el pelo, le dio un beso de buenas noches y entonces lo vio.

Su mirada angustiada le pedía no decir nada y así lo hizo. Miguel se levantó de la mesa, pidiendo permiso, mientras que dejaba a un matrimonio atrás peleándose. Poniendo alta la música, que le había prestado Mariana (un disco de Sarah Vaughn), abrió el cuaderno de gamuza azul; las lágrimas emanaban de sus ojitos y el sollozo se había apoderado de su garganta. Y su madre que había entrado en la habitación (una pobre bestia inculta, pero amorosa como no hay otra) lo miro perseguida por los chillidos del marido.

- ¡Baja ese bochinche, nene! No ves que tu padre se va a enfurecer, pero... pero Miguel ¿Por qué lloras? -... Antes de que el niño pudiese contestar ella ya había encontrado qué decir -... ¡No te preocupes, mi amor! sabes cómo es tu padre, pero

nos quiere. A veces nos peleamos, pero en seguida nos reconciliamos y olvidamos.

Dolía ver, como ella se aferraba a ésa mentira, tratando cada vez que lo decía que yo también le creyera. Pero me era imposible creer en esa mediocre nube de aceptación por parte de un retrógrada. Sonreía y abrazaba a mi madre porque sabía que ella buscaba eso. Ella se moriría sin el machista de mi padre aunque estaba muriendo a su lado. No había palabras que la hicieran despertar de su anestesia crónica, yo me aferraba en ella en busca de amor, pero lo cierto es que ella quedó seca de ese sentimiento. Aunque se esforzaba por sonreír sabía que algo que no terminaba por entender la estaba matando lentamente; la soledad.

Aquella noche le besó la frente y él la dejó en la credulidad de que sus lágrimas fueron por los gritos del comedor, aunque la verdadera razón eran los poemas escritos por una mujer, que al escribirlos era una niña, que yo conocía ahora acariciada por el tiempo que tenía el alma amargada y cansada. Unos poemas que me dejaron pensando durante toda la noche.

A la mañana siguiente, después de la escuela Miguel corrió al hogar de ancianos, porque tenía muchas preguntas que hacerle a aquella mujer.

- Hola Mariana – dijo exaltado con el corazón latiendo a mil.
 - Epa tranquilo muchacho, respira!... ¿mejor? – le preguntó Mariana al verlo.
 - ¡Sí! es que vine corriendo – dijo un poco más calmado.
 - Está bien ¿todo bien en la escuela? – pregunto con angustia.
 - ¿Eh...? Ah sí sí. Perdóneme- dijo oyendo a la anciana toser en un ademán de recalcar el tuteo.
 - Perdón quiero decir. Es que venía con otra cosa en la cabeza y me entreveraste. - dijo disculpándose.
 - Está bien... ¿qué es lo que ronda tu mente? – preguntó sonriendo.
 - ¡Los poemas! – dijo con determinación el niño.
 - ¿Los poemas?- preguntó haciéndose la distraída.
 - Sus poemas, el cuaderno de gamuza azul... ¿son experiencias propias?... -preguntó susurrando. – averiguó ansioso.
- Mariana asintió, sin poder ocultar la tristeza del antaño, que había vuelto para posarse en su mirada.
- Perdón, Mariana, no quise lastimarte.
 - Está bien, Miguel. No es tu culpa, es la mía o del destino.

Las lágrimas le corrían por la cara cayendo al suelo sin emitir sonido alguno. El niño se le acercó y la abrazó fuertemente.

- No llores, Mari. Ayer a la noche, los estaba leyendo en mi cuarto, mientras que en el comedor, como siempre, mis padres se estaban agarrando de las mechas. Mientras los leía, sentía un nudo en la garganta y no pude evitar mojar las hojas con mis lágrimas, las letras se corrieron un poco por el agua. Siento profundamente ese dolor desgarrador que te hice escribir esas líneas. – concluyó Miguel con solemnidad.

- Gracias... pero siempre hay personas, que se llevan más palos de las que se crean posibles, de ésta vida. Me tocó ser a mí, una de las que los atajara, pero el paso del tiempo fue congelándome dentro de una caja de hielo, dónde aprendí a sentir el sufrimiento, la inmovilidad y de una manera trágica, lo asimilé y le perdí el miedo completamente a lo que muy pronto me acechará, eso que se convertirá en un amigo que me privará dentro de poco tiempo a sentir el dolor.

- No sé qué decir, Mariana. Me dejas de piedra, no estaba preparado para oír a alguien hablar tan trágicamente bien, acerca de la muerte. Desearía poder hacer algo, que enmendara tu corazón herido, pero no se me ocurre decir nada adecuado, sino una frase cursi que es que “vos siempre tendrás mi atención cuando quieras que alguien oiga a tu corazón”.

- Eso no es una frase cursi, mucha gente mezcla la sinceridad con la cursilada y sólo uno sabe diferenciar las palabras de su emisor, yo... estas palabras te las reconozco como verdaderas y agradezco a quien haya que hacerlo, por enviarme en última hora a un ángel a los pies de mi vejez - la señora Rosas le respondió con una repentina emoción en la voz.

- No soy ningún ángel, Mariana – dijo el chico sonrojado queriendo parecer firme en sus palabras.

- Ya... sé que a los jóvenes no les gusta oír la palabra “ángel” dirigida a su persona, pintándolos de santitos, “tiernos” según ustedes. Para mi tiene otro significado, no es el ángel de una relación, es un alma fuerte, bondadosa y hermosa que entra en la vida de alguien y le recuerda lo que es la vida.

En aquel momento, Miguel se sintió un estúpido por su declaración de machito, ante la sabiduría que desataban las palabras de esa mujer a la que visitaba, siempre después de ir a la escuela.

- Yo tampoco creo en Dios, bueno un poco sí, pero sólo un poquito porque me crié con él. Mi madre es una devota y creo que me lo inculcó. Siempre después de que

mi padre la golpeaba, ella huía a su cuarto, donde tiene como un santuario levantado y le prende una vela a Jesús pidiéndole piedad y que si su voluntad era que sea fuerte ella lo seria, le pedía perdón a mi padre mediante esa cruz y se repetía que sentía hacerlo enojar. Cuando la vi por primera vez así, arrodillada frente a la cruz, te puedo asegurar que escupí sobre el hijo de puta de mi padre, que la cegaba ¿Qué dios “todo poderoso” deja a quien lo idolatra, al maltrato? Para mí sólo son mentiras de un grupo de gente, perdida en el culo del mundo que se benefician de la plata que le sacan a los ciegos y tratan de reprimirlos cada día más de lo que ya lo están.

- No te conocía tanto odio, muchacho. – decía la anciana.

- No es odio, es frustración de ver a mi madre destrozada, como quien entra todas las noches en un bar y sale borracho y golpeado, amaneciendo con la cara desfigurada.

- Te entiendo – contestó Mariana a su desesperación y bajó lentamente la mirada.

- ¿Sí? – preguntó buscando que prosiguiera en su reacción.

- Sí, a mí también me sucedió... hace muchos años atrás tuve un novio, el primero...

-recalcó con amargura-... un día me levantó la mano... -calló promoviendo un silencio prolongado

Miguel no podía terminar de imaginar a Mariana en las manos de un maltratador, pero después recordó los tristes poemas y revivio las líneas de otra manera. La imaginaba junto a aquel hombre, pero ¿cómo no lo había abandonado? Pareciendo ser una mujer tan fuerte.

Mariana tratando de atrapar recuerdos enterrados en el pasado, pero que aún ardían como el carbón una vez removidos, prosiguió diciendo...

- Yo por ese entonces, era más ingenua que ahora y me dejé deslumbrar por un par de palabras que sonaban a caramelo. Así fue como todo empezó, él venía a mi casa (yo vivía sola en casa de mis padres) siempre hacia reír a mi madre y ella terminó creyéndole más a él, que a mí misma. Cuando a veces le comentaba que él me hablaba de una forma extraña, me mandaba a callar diciendo que eran tonterías mías.

El día que me pegó dije “nunca más”, antes eran frases cerradas ahuyentadas con palabras de mi madre, pero ese cachetazo me hizo ver todo diferente y lo deje. Huí del pueblo, dejándole mi dirección a mi madre, pero sospecho... mejor dicho sé que ella le dijo a él dónde encontrarme, seguramente le insistió que me buscara y “me hiciera entrar en razón” como ella siempre decía - terminó diciendo mirando sus arrugadas manos.

Miguel la oía perplejo, sentado en el suelo comprendiendo ahora más la situación. El amor te ciega, como bien dicen, no hay mejor ejemplo que éste caso, pero cuando de las palabras se fue a las manos, ella quien lo admiraba lo abandonó. De repente hizo una larga pausa, como que le costaba seguir hablando.

- ¿Estás bien, Mariana... te traigo un vaso de agua? – dijo mientras se levantaba de la cama.

- Sí, por favor- dijo ella queriendo posponer la conversación.

A los tres minutos, el niño estaba de vuelta con el vaso de agua. Ella lo bebió y sonrió.

- Gracias ¿dónde nos habíamos quedado?- dijo repentinamente.

- En que lo abandonaste, Mari. Así como espero que lo haga mi madre... bueno, pero al final mencionaste algo de que él te localizó.

- Sí, efectivamente. La policía me encontró unas horas después tirada en el suelo, con el vestido rasgado y cuando me llevaron al hospital me dijeron que tenía tres costillas rotas, el brazo partido, además del labio cortado, la nariz quebrada y algo gestando en mi vientre, no me daban seguridad de vida y de cierta manera me alegré. Pasé cuatro meses en la cama de aquel hospital. Mi madre no se atrevió a visitarme, ahora te podría decir que fue mejor, pero sería la rabia quien hablara y lo que yo en ese momento quería, lo que realmente quería era tener su mano en la mía.

Nuevamente una pausa incomoda le pedía palabras y el chico sin saber qué decir, asintió con la mirada, tomándole la mano y sintió como ella temblaba. Tratando de hacerle pensar en algo más alegre (creyó) dijo...

- Así que tenés un hijo- proclamó sonriendo y después de decirlo, se arrepintió al ver que la tristeza aumentó en sus ojos.

Mariana negó moviendo la cabeza y siguió contando la historia.

- El embarazo tuvo problemas y me alegré tanto, me alegré de que la vida me quitara esa criatura de las entrañas. Cuando finalmente lo perdí me carcomía la culpa, porque como vos me crié rodeada de las enseñanzas de una religión que me decía continuamente que era una pecadora e iría al infierno por toda la eternidad. Y lograron hacer que me culpara, por desearle la muerte a mi propio vástago.

- Pero no fue tu culpa – dijo Miguel tratando de animarla.

- Uno no puede evadir sus culpas, Miguel. No es que me culpara de no querer a ese niño, de preferirlo muerto sino que me culpaba por el pasado. De no haberme separado mucho antes de ese animal, antes de que me hubiera convertido en una

obsesión para él. De haberle dejado mi nueva dirección a mi madre. Cosas que van convirtiéndose en una desgracia, de la cual sólo se rescatan consecuencias. Cosas que ya estaban fuera de mi alcance, el día que le abrí la puerta y me golpeó fuertemente cayendo desmayada. Al niño lo perdí, los médicos me explicaron que me había golpeado de una forma bestial el útero, que sin que se percataran un coágulo se desarrolló en mí, tuvieron que intervenir quirúrgicamente y extraerlo si no me podía ir en sangre. A esa hora del partido, te juro que me daba igual. El caso es que lo hicieron y desde entonces caminaba con un útero inútil.

Miguel por ese entonces lloraba a moco tendido tratando de ocultar sus lágrimas.

Mariana posó sus ojos sobre él.

- ¡Miguel! Ya se está haciendo de noche y tu madre se va a preocupar si vuelves tarde.

No tiene ganas de proseguir el relato, así que acepto sus palabras y me levanto.

- Bueno, entonces me las tomo, cuídate... mañana vuelvo. – dijo alegremente.

- Chau, mi “ángel”- contestó la anciana riendo.

El niño abandonó la habitación con un guiño.

Capítulo 4

Al volver a su casa, la madre lo esperaba en el comedor con una lámpara de pie encendida comiéndose las uñas de la preocupación. Miguel abrió la puerta y sintió la voz de su madre.

- ¿Dónde te habías metido, insensato... sabías que tengo el alma en vilo? Estaba desesperada, llamé a todos tus compañeros de clase y nadie me supo decir dónde estabas ¿Sabes lo que hubiera dicho tu padre si se hubiese enterado? Gracias a dios que se creyó que ya estabas durmiendo.

Miguel la oía histérica a su alrededor, cada vez que quería responderle a la madre, ella le salía con algo nuevo, mientras que lo apretaba contra su pecho, besándolo para comprobar que estaba entero y entonces ocurrió lo que temía, aparecieron las lágrimas de culpa lamentándose...

- ¿Qué hice mal para que me salieras así, Miguel?
- Nada, mamá, no hiciste nada – dijo secándole las lágrimas a su madre. Diciéndole eso para que lo dejara dormir, sin dejar de recalcar el sarcasmo de su frase. Pero Lorena ni lo noto y al dejar de besarle le dijo...
- Bueno mi hijito, anda a acostarte que mañana hay escuela- dijo finalmente.

Claro que hay escuela mañana y pasado y tras pasado, hasta los fines de semana la hay, lo que no hay es horario escolar.

Asintió con la cabeza alegre, no por lo de la escuela, sino por su reencuentro con Mariana, no podía ocultar que el morbo se había apoderado de su persona y ansiaba saber más acerca de su vida.

Al salir de la escuela corrí a ver a Mariana. Me dijeron algo que era común para ser invierno y ella mayor, pero me dolió más que ninguna otra noticia nefasta que había oído. El médico Sanchez entró a su habitación, al niño le prohibieron entrar por no ser un familiar. Pero oyó lo que los doctores decían, Mariana tenía una neumonía leve, pero debido a su edad era muy delicado, muy peligroso. Empezó a llorar como un bebé y una enfermera se le acercó.

- No hay nada que puedas hacer aquí, criatura. La hemos sedado porque si se altera puede afectarle, no va a despertar hasta pasadas unas horas y al recobrar el sentido necesitará reposo absoluto. Espero que lo comprendas. – dijo con voz dulce.
- El chico asintió sin ganas, queriendo ver a su amiga y darle su mano.
- ¡Niño! ¿sabés si tiene algún familiar aquí? – preguntó la enfermera antes de partir.

Es algo grave lo que tiene Mariana, no se llama a la familia a no ser para despedirse. Esa pregunta le golpeó fuerte, se echó a correr hasta llegar al río (que quedaba a un kilómetro del asilo) y ahí se desahogó.

Las horas pasaron y la noche se cerró sobre su cabeza. Al rato sintió los ladridos de Brandy (su perro), que lo encontró en seguida al dar con su olor. Su madre había salido en su búsqueda junto a Brandy. Ella se acercó al niño, al oír los ladridos del perro y lo vio recostado contra un árbol, con los ojos destrozados de tanto llorar. Lo levantó en brazos como si fuese un bebé, se sorprendió al darse cuenta de que no pesaba demasiado y mientras caminaba hacia la casa, las lágrimas de Miguel iban humedeciéndole la nuca.

Al abrir la puerta los esperaba el padre, que desprendía un fuerte olor a alcohol. El niño pensó que le iba a pegar nuevamente a su madre, porque se levantó

tambaleando del asiento gritó, amenazó, alzó la mano derecha que sostenía una botella (de cerveza) dirigiéndose a Lorena, pero giró y se fué contra Miguel, la madre se lanzó frente al niño y recibió el mazazo. Se desplomó frente a Miguel y el cobarde del padre huyó antes de que acudiese policía o ayuda alguna.

El chico llamó una ambulancia, que tras 15 minutos llegó a la casa, tuvo suerte que Panchita (la vecina) era ex enfermera y vino rápido a ayudarla.

Lorena comenzaba a abrir el ojo izquierdo, en eso llegaron los hombres de la ambulancia y Miguel fue con ella al hospital, para hacerse unos estudios.

Éste olor de fármacos me hace recordar el olor que hay en la casa de ancianos, esa mezcla de completa soledad con una llama invisible de esperanza, a la cual todo el mundo se aferra desesperadamente. Me invade la imagen de Mariana y la de mi madre a la vez, ambas con una tristeza imposible de explicar en la mirada. ¿Por qué ésas dos mujeres que por amor lo daban todo, estaban sufriendo tanto?

Miguel estaba parado en la sala de espera, nervioso, caminando de un lado a otro, con una expresión de desolación en la mirada y aturdido por la situación. De repente se detuvo, recordando unas palabras que había leído y que en su momento no había logrado comprender...

“Tras el golpe del martillo - el mundo se transformó en neblinas - corazón herido emanaba sangre - cuerpo y alma pedían silenciar el sufrimiento y el destino se hizo conmigo”.

Eran frases del cuaderno de gamuza azul, que ahora recordaba nítidamente, era el sufrimiento de perder la vida aun estando viva.

No sabe por qué entró corriendo a dónde estaba su madre, ni tres médicos pudieron evitar su paso, a pesar de decirle que estaba débil. Él saltó a la cama, abrazándola y el Dr. Mendoza al verlo intentó apartarlo. Lorena al quejarse un poco por la sacudida abrió los ojos y vio a su hijo agarrarla y a los médicos queriendo separar al niño de su lado.

- ¡Déjenlo! – dijo ella firme en su debilidad.

- Pero señora, usted necesita reposo y tranquilidad – apeló uno de los enfermeros.

- Usted ¡joven! tiene que aprender que la tranquilidad la da el amor y no el silencio y el aislamiento en que cubren a sus pacientes.

- Pero señora, cálmese por favor. No ve que la altera y no debe alterarse.

- Acá el único que me altera es usted y a mí hijo lo deja acá, ¿me entendió? – dijo determinando la discusión.

El muchacho al no poder defenderse de aquella acusación, trato de calmarla según las leyes del hospital.

- Mire joven, gracias por su preocupación, pero soy mayor de edad y puedo decidir qué me conviene o no ¿Estamos?

El enfermero aceptó la derrota y se fue con cabeza gacha.

- Te quiero, mamá- dijo con la voz angustiada.

- Y yo a vos, mi amor... ¿estás bien, chiquito, no te llegó a tocar, no? – preguntó preocupada.

- Toy bien sí, no me tocó, mamá... ¿Sos feliz, mamá? – preguntó Miguel agarrándole la mano.

- ¡Sí, mi amor!

- ¿En serio, mamá? – insistió.

Lorena al notar la seriedad en las palabras de su hijo, se quedó reflexionando.

- ¡Sí! ahora si lo soy, contigo a mi lado siempre soy feliz, mi amor.

- Sé que no te lo digo seguido, pero ¿sabes que te quiero, verdad?- dijo con los ojos colorados.

- Claro que sí, mi ángel – dijo con una sonrisa franca.

Entonces rompió a llorar besándole la mejilla y entre la sonrisa de la madre y sus lágrimas de alegría, se quedó pensando en lo que significaría la palabra “ángel” para ella, pero no se atrevió a quebrar el momento con palabras.

Capítulo 5

El sol entró por la ventana, agarrando a ambos por sorpresa dormidos en la cama del hospital. Lorena abrió los ojos y se quedó mirando al muchachito.

- Buen día, chiquito. – dijo tras moverlo sutilmente.

- Aaa ¿qué hora es? – preguntó tras bostezar.

- Las siete y media de la mañana, mi amor.

Miguel abrió los ojos de una y poniéndose nervioso y se paró diciendo...

- Uy tengo media hora para comer, arreglarme e irme antes de que empiecen las clases y además no tengo acá mi mochila porque no sabía que nos íbamos a quedar toda la noche y no hice los deberes de hoy y tampoco terminé de leer...

- Bueno, bueno que estás hablando con una mujer herida no me aturdas...

- Perdóname, mamá, no quería... - dijo angustiado.

- No... mi amor, estaba haciéndote un chiste, pero tranquilízate. Solamente te desperté para que me traigas el desayuno, anda a la panadería de acá en frente y trae dos medias lunas de jamón y queso y jugo de naranja (ése puede ser de acá) – Concluyó el pedido.
- ¡Sí, mamá, en seguida voy, pero creo que no me va a dar el tiempo...!
- ¿Es que a caso tenes algo más importante que hacer que acompañar todo el día a tu madre? – preguntó pícara valiéndose del poder de la tutoría.
- Pero... pero ¿qué... estás diciendo que puedo faltar a la escuela hoy? – preguntó ansioso.
- Sí, por tener que darme compañía cerramos un ojo ¿ta? – dijo sonriendo.

Miguel empezó a dar saltos de la emoción, para él era como una liberación no tener que ir a la escuela. Tomo plata del bolso de la madre y se fue a comprar las medias lunas.

Pasado unos minutos, volvió golpeando la puerta y apareciendo con una bolsa.

- Acá está el desayuno – dijo emitiendo un gritito.
- Dejó la bolsa sobre la mesa y ayudó a su madre a enderezarse poniéndole almohadas detrás la espalda y después le acercó la mesita.
- ¡Bon appétit!, madame Lore – dijo guiñando un ojo
- Olala igualmente, caballero – respondió desenvolviendo la media luna.

Después de comer, se pusieron a jugar a las cartas (truco). El chico iba ganando por seis tantos. Ya era mediodía y el juego lo terminó por ganar la madre.

- ¡Mamá! – dijo Miguel.
- ¿Qué pasa, mi amor?- Preguntó volviendo en sí, tras estar media dormida.
- ¿Puedo ir a comprar caramelos? – preguntó.
- Claro, agarra plata de mi bolso... ¿te debes estar pudriendo estando acá, no?
- No, mamá. Solo quiero comer caramelos.
- Bueno siendo así ¡anda! Con cuidado, mi amor- alcanzo a decirle antes de que se fuera.

A la semana, le habían dado el alta a Lorena y se fueron a la casa de Rosita (una amiga de Lorena). Aunque sobre Carlos (el marido de Lorena) había una denuncia puesta, por Lorena, con una orden de alejamiento bajo pena de cárcel. Una denuncia que levantó, al ir con su hijo a denunciarlo, inducido por él, fue que ella declaró todo.

Temiendo que él pudiese regresar, a pesar de la denuncia, oyó sobre muchos casos en los que la mujer denuncia al marido y a los tres días la mujer es hallada muerta, por eso le pidió asilo a su amiga y ella accedió sin vacilar.

- Mi casa es la tuya y la de Miguelito, mamita. – dijo Rosita llena de alegría al verlos.
- Gracias, Rosita, no sabes cómo te lo agradezco – contestó Lorena con un par de lágrimas.
- No hay nada que agradecer, mamita. Vos debes ser Miguel, hasta ahora te recuerdo por fotos y por tu madre, que no deja de hablar de vos. Se le nota de lejos que sos su adoración- dijo riendo.
- Si, señora, mucho gusto - contestó sonrojado.
- Qué tanto formalismo, no soy señora... señorita, pero para vos Rosita nada mas, el gusto es mío, jovencito. – dijo alegremente.

Rosita era un poco alocada, pero de buen corazón. Ella y Lorena eran compañeras en una fábrica de medias. Tenía una casa amplia, llena de flores. Era flaquita flaquita, casi raquíta, ojos profundos, sonrisa amplia y pelo cortito. Tenía un hijo de la misma edad de Miguel.

- ¡Martin! – gritó Rosita -... ¡Veni a conocer a mis amigos!
 - Voy... - Contestó con pocas ganas -... hola – saludó desganado.
 - Hola Martin, soy Lorena.
 - Hola... y yo soy Miguel.
- Repentinamente el chico cambió la cara y animoso le habló a Miguel.
- Che Miguel... ¿quieres venir a mi cuarto, a jugar en la compu?
 - Bueno dale... me voy con él, ¿si mamá?
 - Está bien, diviértanse.

Los chicos desaparecieron por las escaleras y Rosita se fue a la cocina, dejando a Lorena en el comedor, tras unos minutos volvió a reunirse con ella, llevando el termo y el mate.

- ¿Querés crecer más, Lorena?- preguntó Rosita.
- ¿Qué?- preguntó desconcertada.
- ¡Que te sientes, mamita. Veni y haceme compañía!.
- ¿Qué hago con los bolsos? – preguntó sujetándolos.
- Dejalos ahí, tranquila, no se te van a escapar.

Lorena le hizo caso y los dejó en el pasillo. Se sentó junto a ella y comenzaron a charlar.

- ¿Te gusta amargo, no?- preguntó cambiando de tema-
- Si si – asintió con una sonrisa.
- Menos mal porque si no tendría que preparar otro.
- Bue... ¿también se le puede echar azúcar a éste, no? – preguntó ingenua.
- Será en otro mate tal vez, en éste no entra azúcar... si lo tomaras dulce gustosa prepararía otro, pero acá el azúcar no tiene paso, en éste toman sólo los amargos como yo jeje – decía alzando el mate.

La charla continuó entre trivialidades y lo que aconteció la noche del accidente doméstico, mientras que afuera lloviznaba y la gente exagerada iba con paraguas.

Martín era buena persona, pero (como siempre lo de bueno trae un “pero”) es un poco callado, distante, no terminaban de congeniar y no era por aires de superioridad ni nada de eso de parte de Miguel, se llevaban bien y nada más. Con el paso del tiempo, Martín le pedía complicidad a Miguel, para comprar cigarros, a escondidas de su madre.

Miguel vivía leyendo y releendo los poemas del cuaderno de Mariana, que la acercaban a ella, ahora que hace tanto tiempo no la veía y la extrañaba. Siempre encontraba algo nuevo, algún apunte al costado de la hoja y el poema cobraba un nuevo significado.

Lo más profundo que había intercambiado con Martín, era parte de su vida, él le contó que cuando la madre estaba embarazada con él, el padre los abandonó, y desde que tiene uso de razón, recuerda haber tenido un padre distinto cada mes. Que varias veces pensó en huir de casa, pero que nunca se atrevió a abandonar a su madre, porque por más alocada que fuera y por más que se tomara todo a broma, era lo único que él tenía y la adoraba. Miguel lo oía en silencio dejándolo hablar.

- La pobrecita se moriría y tengo que cuidarla ¿sabes?- decís disculpándose.
- Miguel asentía, pensando en su madre, pero sin ganas de huir.

Una tarde salieron Miguel y Lorena al hospital, para que le sacaran unos puntos que tenía en la cara. Ella siempre le sonreía al niño, porque él la miraba con culpa. Lorena le decía que sólo era un dolor físico y que si no hubiese atajado aquel golpe, ahora estaría de luto por un dolor espiritual, imposible de curar, llorando lo perdido, pero que de esta manera sentía haber ganado a un hijo que creyó perdido. Desde esas palabras, tuvo una nueva perspectiva... porque no decirlo... estaba orgulloso de ser hijo de esa mujer, quebrada y aun así inquebrantable ante el lazo

que la unía a él. Y que recién en aquel momento comprendió.

Siempre cuando se ponía a pensar en la vida; en lo que esconde; en el misterio de lo que sucede; en las relaciones humanas; el sufrimiento... Se le resbalaba una lágrima por la mejilla, lamentándose por todo el tiempo en que no había vuelto a ver a su amiga Mariana y la amargura azotaba su corazón.

Capítulo 6

Miguel esperaba junto al teléfono y se desesperaba al no recibir llamada.

- ¿Qué esperas, mi amor... la llamada de una chica? – Preguntó emocionada la madre.

- Sí, mamá... de la enfermera de Mariana. – contestó secamente Miguel.

- Pero ¿no es un poco mayor para ti, Miguel? – preguntó nuevamente dubitativa.

- Depende de dónde se mire, mamá. – contestó pícaro.

- ¡Miguel! – gritó exaltada.

- Tranquilízate, mamá, espero su llamada, porque hace seis semanas me dijeron que me llamarían cuando Mariana estuviera mejor, para ir a visitarla, entre que pasó lo del accidente en casa y la escuela, se me fueron los días y no sé nada de ella y estoy nervioso.

Lorena sentía pena por el dolor que sentía su hijo y dándose cuenta de que no era momento para bromas, agarró el teléfono y discó un número que leyó en la agenda.

- Para eso hay solución, mi amor... - dijo esperando con el tubo en la mano -... ¡Hola! Habla la madre de Miguel Pizzano (amigo de Mariana Rosas)... llamo porque le dijeron a mi hijo, hace seis semanas, que lo iban a llamar cuando la señora Mariana estuviera mejor... - la pausa le endureció el corazón al niño -... entiendo, mire... Me quiero llevar bien con usted, puesto a que cuidan de una amiga de mi hijo, pero como vuelvan a hacerle esto ... no no, yo estoy calmada, ¡inepto!. Pero no se juega con los sentimientos de un niño y eso fue lo que hicieron, al “disque” olvidarse de llamarlo. Lo próxima vez, si es que la hay, voy yo misma a sacarles la boludez de adentro - dijo colgando el tubo. Al verle la cara de asombro al niño, aclaró – Si se permite la imbecilidad, del estancamiento cerebral, estamos fomentándolo.

Increíble como aquella pequeña mujer se agrandaba ante mis ojos y la había

reemplazado un ángel, un ángel de esos, de los que hablaba Mariana. Primero le plantó cara al enfermero que me quiso sacar del cuarto y ahora al que le atendió el teléfono ¿Tendrá algo en contra de los enfermeros? No lo creo.

Saliendo de su estupefacción, preguntó por la anciana.

- Hace ya dos semanas que se encuentra bien, ya se recuperó del todo, mi amor - dijo con ternura acariciándole el pelo.

Miguel comenzó a hacer fiesta a su alrededor gritaba, saltaba y la besaba sin parar. Lorena dejaba oír su risa cristalina y ambos rieron alegres.

- ¿Puedo ir a verla, mamá? – dijo ansioso.

- Claro, sólo te pido que vuelvas temprano para sacar a Brandy a pasear. – contestó.

- Ta, no te preocupes, voy sólo un ratito, chau... - dijo corriendo a la puerta.

Caminó al geriátrico, frenó delante de una floristería y siguió adelante. Al llegar al asilo, la enfermera lo llamó.

- Hola Miguel ¿cómo estás? – dijo sonriendo hipócritamente.

- Ahora que pasé seis semanas de mierda, gracias a alguno de ustedes que no quiero ni mencionar... estoy bien, porque el estar ahora a punto de verla, me hace olvidar un poco su crueldad...

Me envalentoné por el fuego, que me había transmitido mi madre que se encendió en mí y no quería apagarse.

-... Ahora si me disculpa voy a ver a Mariana – dijo muy seguro de si mismo.

- Perdóname, muchachito. – Dijo avergonzada la enfermera.

- Como quiera... - dijo altivo.

Capítulo 7

Se fue corriendo al cuarto de Mariana, pero las flores le ganaron de mano, al cruzar primero que él el umbral.

- ¿Quién trae esas flores?- preguntó la anciana.

- Soy yo, Mari... ¡Miguel! – dijo tras las flores y reía al verla.

- Ah... me tenía abandonada ¿o es que ya te hiciste una noviecita? – preguntó.

El muchacho se puso colorado hasta las orejas y contestó...

- No no, estaba esperando la llamada del asilo, para que me avisaran de cuando podías recibir visita...
- Pero Celeste... hace dos semanas que estoy bien – protestó mirando a la enfermera. - La mujer se puso colorada y pidió disculpas.
- Como te decía... esperaba la llamada y nunca la recibí, mi mamá al verme mal me sacó el motivo y llamó hace un rato para acá y por eso vine recién ahora – concluyó Miguel.
- Ah... ¡qué gente inútil ésta! – seguía protestando la anciana.
- ¡Ineptos! – adjuntó Miguel recordando las palabras de la madre.
- ¡Dios! una se muere y quiere aprovechar hasta las últimas horas y por una negligencia tan tonta, nos arrebatan esa oportunidad...
- ¡Tonterías! Acá no se va a morir nadie- protestó Miguel.
- Si, Miguel... a todos nos llegará la hora de morir.

Miguel se quedó pensativo, dándose cuenta a lo que se refería Mariana, no era una muerte propia lo que mencionaba, sino que es el tiempo el que se va, él es el protagonista, nosotros solamente somos parte de él por algún tiempo y eso había que aprovecharlo. Esa mujer le estaba enseñando más de lo que aprendería en la escuela. Sentía que era heredero de su sabiduría y eso lo alegraba.

- ¿Querés que ponga música, Mari? - preguntó el niño.
- Bueno, pone a Zitarossa por favor – contestó acomodándose en el sillón.
- Estuve leyendo tus poemas sin parar... - prosiguió el niño.
- Me dí cuenta, al ver el detalle de las flores en tus manos – dijo sonriendo.

Sintió que se ponía colorado al notar la mirada penetrante de la anciana y trato de distraerse con Alfredo y siguió diciendo...

- ... Supuse que te gustarían, al ver cómo las nombras en los poemas comparándolos con la fragilidad y la hermosura. – dijo un poco avergonzado.
- Y lo hacen, Miguel. No hay nada más hermoso que una flor, pero quiero que observes éstas flores ahora, recién cortadas.

El niño se quedó observando detenidamente las flores.

- Si, ¿qué pasa? - preguntó dubitativo.
- Lo dejaré a tu juicio, que el paso del tiempo sea quien te de la lección. Me las quedaré aquí, así sé que vendrás todos los días a verlas ¿sí?

Miguel al no entender la petición que la anciana le hacía, asintió igualmente, quizás más adelante comprendería sus palabras.

No me había percatado de lo que Mariana me quería decir, pero ahora lo entiendo,

tengo que ir al hogar a hablar con Mari.

- ¡Mamá! – gritó saliendo del cuarto de Martin.
- ¡Hijo!- le contestó al encontrarlo en el corredor.
- Mamá tenés que llevarme al asilo a ver a Mariana- dijo exigiendo.
- Pero tesoro... estamos por comer ¿no lo podes dejar para mañana? – sugirió Lorena.
- ¡No, tiene que ser hoy, ya mismo! - contestó.
- ¿Qué es tan urgente que no puede esperar a mañana?- insistió la madre.
- Lo vas a tomar como una estupidez y para mí no lo es.
- No, decime... ¿Por qué quieres ir?- se empeño en saber la razón.
- Las flores – dijo afirmando.
- ¿Las flores? – preguntó extrañada.
- ¡Sí! – y no dijo más.
- No entiendo, mi amor.
- Yo hasta hace poco tampoco lo entendía, pero ahora sí. Y tenes que llevarme con Mariana, tengo que contárselo. Dale mami por fa por fa... - suplicaba Miguel.
- Como siempre me haces imposible poder decirte que no... - él se aprovechaba ante esa ventaja -... anda a buscar mi bolso que es dónde tengo las llaves del auto.

- Hola - dijo Miguel al ver la enfermera.
- Buenas noches... ¿ocurrió algo? – preguntó asustada.
- No, sólo quiero ver a Mariana- respondió.
- Pero ella duerme ahora.
- Ella me dijo que se acuesta a las 22hs y aun son las nueve y media, sólo un segundito por favor, no la voy a molestar lo juro.
- Está bien, esperame aquí que voy a averiguar, a lo mejor tienes suerte.
- Mientras que la enfermera desaparecía por una puerta dejándolos solos.
- Dios... tienen las santas pelotas – dijo Lorena impaciente.
- Sí –contestó Miguel.
- Con tal de no moverse por comodidad te joden – siguió protestando.
- Sí mamá... bienvenida al mundo! – dijo con sarcasmo. Lorena
- le sonreía, dejándole notar esa mirada de “no te hagas el vivo”.
- Efectivamente, está despierta. Los espera en su cuarto... ¡los acompaño! – dijo la enfermera.
- No hace falta... conozco el camino, ¡veni mamá! – ordenó Miguel.

Subieron las escaleras (también había un ascensor) y la primer puerta de la derecha, era la de la señora Ross.

- Hola, Mari – dijo suavemente el muchacho.

- Hola, ángelito – dijo alegremente.

- Buenas señora y disculpe la hora- dijo Lorena.

- No pasa nada es un gusto señora Pizzano . – afirmó Mariana.

- Con Lorena sólo basta, gracias por atendernos y el gusto es mío.

- Ahora que se presentaron, me toca a mí – interrumpió Miguel.

- Bueno a ver ¿Cuál es tu urgencia, Miguel? – preguntó Mariana.

- Hace cinco días, “cinco días” que te traje las margaritas.

- ¿Sí? – dijo pidiendo más palabras.

- Mi madre tiene, junto con la señorita Rosita, un jardín en el que tienen margaritas y éstas bailan de la alegría, en cambio éstas junto a la ventana, entristecen cada día más... se marchitan... - dijo analizando.

- ¿Y? – preguntó queriendo que siguiera en su nueva visión.

-... Supongo que lo que me querías enseñar, era que uno muere sin tierra bajo los pies y si a uno lo cortan, va muriendo de a poco desangrado – la anciana asentía a sus palabras.

- Lo dijiste mejor de lo que yo te lo hubiera podido explicar. El alumno supera al maestro, como dicen – concluyó Mariana.

Había piedad en aquellos ojos rasgados por el tiempo y arrastrados a través del dolor, de repente los cerró y empezó a acompañar a Alfredo (el disco que sonaba en la habitación), tarareando el estribillo, su voz que precedía de una garganta arrugada era hermosa.

Capítulo 8

Eran las siete de la mañana, un día de frío acosaba la ciudad, acababa de llover y las calles espejaban los árboles. El viento movía las ramas y los carteles de los locales.

Había neblina, era un día gris. En casa de Miguel estaba todo tranquilo. Lorena entró en la habitación de Martín, para despertar al hijo.

- ¡A despertarse, mi amor, que la escuela espera! – dijo suavecito.

- Que siga esperando entonces – contestó el chico dormido.

- Dale Miguel, no me hagas enojar – dijo Lorena sacudiéndolo.

- Ah mamá... la cama está calentita y afuera está re feo... te puedo acompañar todo

el día, como aquel día en el hospital - recordó el niño y se reía para adentro.

- Sí, si... vamos Miguel, vestite que te llevo en el auto – dijo agarrando sus pantalones y poniéndoselos en la cama.

- Llego tarde, mamá – dijo dándose la vuelta.

- ¿Qué te hace creer eso? – preguntó, como quien tiene algo para contrarestar la respuesta.

- Jeje... es que te estoy entreteniendo y ya son las ocho de la mañana – contestó riendo.

- Mi amor... te conozco demasiado bien y no te despierto quince minutos antes de ir a la escuela, asique tenes tiempo de darte una ducha y desayunar antes de irte...

¿listo o quieres que te duche y te alimente yo?- preguntó al final.

- ¡No! puedo hacerlo sólo. – dijo indignado.

Y así fueron casi todos los días del Invierno.

Miguel siempre le llevaba libros a la anciana.

- Gracias por todos los libros que me traes, Miguel, son muy lindos... – le decía Mariana.

En uno de los libros, el niño le escribió una dedicatoria que ella leyó en voz alta, mientras que él miraba la puerta ansiando que no entrara nadie por vergüenza. De repente sentía que lo que oía era banal y ridículo, miraba por la ventana para huir de su mirada.

-... Para Mariana, una margarita que me enseñó a decir lo único que realmente importa en éste planeta, me enseñó a hablar a través del corazón y eso es algo que nunca olvidaré, gracias ángel mío, tu Miguelito... - Sus lágrimas parecían competir, por quien caía primero. Ella lo buscó con los brazos y lo abrazó, llorando -... Es lo más lindo que me hayan dicho jamás, Miguel, gracias – dijo llorando de felicidad.

El muchacho se alegró al ver que le había gustado y de repente se inquietó por preguntarle algo...

- ¿Qué te pasa, Miguel... qué te inquieta? – preguntó repentinamente.

- ¡A veces me asustas! – contestó confundido.

- ¿Por qué? – preguntó sin entenderlo.

- Porque sabes lo que siento, antes de que yo lo mismo lo sepa – contestó.

- Bueno... te diré que no es mi intención – dijo riendo.

- Lo sé, pero igualmente acertaste. Te quería preguntar algo acerca de los poemas...

otra vez je.

- A ver qué es lo que quieres saber... - dijo sonriente.

- ¿Por qué dijiste en uno de los poemas, que el 14 de Mayo, nunca debió haber sido inventado?

Ella esquivó con clase mi pregunta, apelando a un vaso de agua. El niño fue a buscárselo y al volver la vio sentada frente al escritorio, leyendo un almanaque, buscando la fecha de hoy.

- Hoy es siete de Mayo - dijo Miguel a sus espaldas.

- Ah mira vos... da igual. Estaba buscando mis lentes, gracias por el agua.

- De nada y los lentes... los tenés colgando alrededor del cuello, Mari.

- Oh que tonta que soy – dijo poniéndose los lentes.

- ¿Qué es lo que tiene esa fecha que te intranquiliza, Mari? – preguntó el chico.

- Sabes que te deje en ascuas, hace más de un mes con la historia de mi vida que te estaba contando, ¿te acordás... quieres que prosiga? – preguntó ansiosa de desviar el tema.

Algo en esa fecha parecía lastimarla más, que la historia que había interrumpido tiempo atrás, por no querer sufrir el pasado y su evasiva respondiendo con otra pregunta no dejaba muchas opciones, asique mejor dejo que siga por donde ella quiera.

- ¿Te acordas de dónde deje el hilo de la conversación? Es que mi memoria nunca fue muy buena en conservar recuerdos y ahora menos que menos – preguntó la anciana.

- En que caminabas con un útero inútil, esas palabras se me habían clavado en el alma.

- Ah sí...- hizo una pausa -... él desapareció para siempre, tras la denuncia que el hospital levantó en su contra. Yo estaba tranquila porque sabía que no iba a volver, porque ya había conseguido lo que quería... a las semanas conocí a un hombre, “a las semanas” me refiero a varias semanas después. Era un tipo maravilloso que me enseñó la tranquilidad, cada beso suyo era una liberación de mi pasado y nunca me había sentido tan segura como en sus brazos - hizo una pausa más y empezó a murmurar algo que sonaba a “¿dónde estará?”

¿Dónde estará el qué o quién?

Ella desordenaba el cajón de la mesita de luz y de repente se calmó, sujetando un portarretratos contra el pecho.

- Mira Miguel, éste es Sebastián... el hombre del que te hablé. Si es verdad que sólo hay un verdadero amor, acá te presento el mío.

El hombre de la foto, tenía pinta de ser un pan de dios, pero la alegría al recordarlo, que bañaba su rostro de luz, en seguida se ensombreció...

- ¿Qué le pasó? -... fui un bocón, como me dice todo el mundo.

No debí decir nada, mis palabras eran como puñaladas, pero ya era demasiado tarde.

- ¡Desapareció!...- contestó amargamente- ...nunca más supe de él, era médico de esos que van a todos lados, con tal de ayudar – dijo bajando la mirada.

- ¡Médico sin fronteras! – recalqué buscando aprobación.

- Eso... desapareció durante la dictadura. Irónico, no... cuando encontré a quien querer, la vida me lo arrebató. Me estaba castigando por querer la muerte de mi propio hijo pensaba yo. Después de perderlo a Sebastián quería morir, pero no tenía el valor de sacarme la vida, no sé si hará falta valor o locura para llevarlo a cabo. Lo evidente es que carecía de ambos. Ésta muerte “desaparición” si lo preferís terminó por acabar conmigo, sólo era un cuerpo vacío, a partir de ahí no albergaba ningún sentimiento en mí.

Su historia era ajena y sin embargo, al mirarla a los ojos, ésta historia se le clavó en la piel y se enterró en su dolor.

Capítulo 9

Al mediodía del día siguiente, Miguel pasó junto a unas ancianas que hablaban de decorar el asilo, para el 14 de Mayo, esa fecha que Mariana había nombrado.

- ¿Qué pasa el 14 de Mayo, Celeste? - preguntó Miguel a la enfermera.

- Es el día en que la señora Rosas cumple 86 años – dijo bajito mirando a Miguel a los ojos.

Pero ¿por qué no quería hablar del tema? No lo entiendo.

Se despidió de las abuelitas y de Celeste, y fue al cuarto de Mariana.

- Hola, Mari – dijo contento y los ojos le brillaban.
- Hola Miguel que alegría verte – respondió al saludo.
- Te veo alegre, Mari – dijo el chico.
- Es que lo estoy, está comprobado que la alegría rejuvenece, pero ni caso...- decía riendo -... ¿qué contás, Miguel? – preguntó la anciana.
- Nada, todo tranqui, Mari – contestó como volando entre nubes.
- ¡Tenes cara de embobado! – afirmó la anciana.

Fue la opinión más franca y doliente que jamás haya oído.

- ¿Cómo? – dijo el chico un poco ofendido.
 - Conociste a una chica ¿verdad? – dijo pícara.
 - Me dejas de piedra ¿cómo lo sabías antes de que te dijera nada? - preguntó anonadado.
 - Es fácil leerle el amor a la gente, en los ojos y más conociéndola, tenés el típico semblante de la inocencia ante el amor. Sentimiento que siempre se propone lo que es imposible... y además adiviné nada más, no lo sabía... te lo pregunté y lo afirmaste, todo “todo” no lo sé.
- Ambos rieron, pero al no querer quedar como un inmaduro el chico dijo firme y un poco ingenuo.
- ¡Sí, es una chica que conocí!.
 - Eso ya lo sé, pero ¿cómo sigue? – preguntó abriendo los ojos.
 - ¿A qué se refiere? – preguntó desconcertado.
 - Si tienen planeado casarse para éste verano o el próximo – el chico enmudeció – que me cuentes cómo es ella, m'hijo y ¿dónde la conociste? – dijo riendo mientras que él volvía a respirar.
 - ¡Que susto, Mari! – dijo Miguel suspirando de alivio.
 - Sos muy asustadizo vos eh... - dijo sonriendo Mariana.
 - Bueno... te cuento. Yo estaba en la biblioteca, no me mires así ¡me gusta mucho leer!... bue sigo... al salir de la biblioteca estaba lloviendo (había ido en bici) y fui a desencadenar mi bici y al darme cuenta de que había alguien más bajo la lluvia, no pude ser más disimulado que hacer terrible escándalo al tirar de la cadena cuando todas las bicicletas de al lado cayeron como un domino, ella se dio la vuelta y me

quedó mirando, yo no sabía donde meterme.

- Buen comienzo para romper el hielo o ¿debo decir la calle? – sugirió Mariana.
- No te burles, fue horrible quería que la tierra me tragara. Fue entonces que la vi bien, tenía una larga melena marrón pegada a la espalda porque lo tenía mojado, los ojos color miel y los labios mojados por la lluvia también. Me acerqué y era cómo que estaba hechizado, sólo hablaba de estupideces y las repetía una y otra vez, entonces ella paró a un taxi y antes de subirse se dio la vuelta y me sonrió – contaba Miguel flotando al recordarlo.
- Bue es una buena señal – dijo Mariana.
- No – contestó desilusionado.
- ¿No, por qué? – preguntó ella.
- Porque se reía por no llorar, como se les hace a los locos.
- ¿A los locos se les sonríe? – dijo Mariana bromeando.
- ¡Mariana! – reprochó seriamente el muchacho.
- Bueno... ¡cálmate! Ya veo que estas en la zona fuera de broma... no seas fatalista, ¿hace cuanto que la conoces? – preguntó la anciana.
- Tres semanas y cuatro días – contestó rápidamente.
- M'hijo... vas camino a enamorarte – dijo sonriendo.
- Creo que si – contestó atónito.
- ¡Dios! Ya te tiene comiendo de su mano ¿y sólo te parece linda o te atrae por algo?

Me hablaba como a un hombre y es algo que aprecio.

- No sé, pero a veces sueño con su cara – la anciana no podía evitar sonreír – desde que la vi, no tengo apetito y no como cómo antes- dijo Miguel.
- Pero Miguel... estás hecho un alma en pena... ¡Celeste! – gritó Mariana.
- Si señora ¿llamaba? – dijo la enfermera acudiendo.
- Si, traiga por favor una cocoa y dos refuerzos – dijo señalando con el dedo.
- No tengo hambre, Mari – protestó el niño.
- No me importa que no la tengas, de acá no te vas sin haber comido y basta!

Estaba preocupada y lo vigilaba mientras que comía todo, lo que Celeste le había llevado, en vez de hacer berrinche.

- Ahora es otro cantar... recuperaste el color en las mejillas, mi ángel – dijo contenta.
- No te preocupes, Mari, estoy bien – contestó seguro de si mismo.
- Ahora que te terminaste todo, te creo. No cometas más esa locura de no comer... ¿Sabes la cantidad de niños que hay en el mundo que no tienen qué comer? Es una

desgracia, pero la mayoría del mundo vive sumergida en el hambre constante, ellos no pueden decidir dejarlo a un lado como vos hiciste, porque ni siquiera tienen ésa opción - dijo Mariana.

- Pobres... y ¿por qué no pueden? – preguntó ingenuamente el chico.

- Justo por eso, porque son “pobres” y la mayoría. A los gobiernos les satisface más llenar sus propios bolsillos que alimentar al pueblo.

- ¡Qué injusticia! – protestó Miguel.

- Injusticia e hijaputes... porque el planeta es capaz de alimentar a todos lo terrícolas. Pero contame de tu enamorada.

- No hay nada que contar en realidad, éstos últimos días la seguía en bici a la escuela, sólo para verla. Tiene una sonrisa hermosa. – decía quedando varado en el recuerdo.

- Y te creo, de buen corazón debe ser susodicha princesita para haber conquistado a mi ángel.

- Me pongo nervioso cuando la veo, me tiemblan las piernas, Mari.

La anciana reía como hacía mucho tiempo no lo hacía y el chico no sabía si de alegría o burlándose de él, cuando de repente ella le agarró la mano y dijo...

- ¡Pobrecito mío, ya te picó! – dijo afirmando.

- ¿Qué me pico? – dejando notar su enojo.

- Estas enamorado hasta los huesitos de ésa señorita, Miguel.

- No era lo que quería oír – dijo enojado.

- No y lo sé. Querías que te dijera a ciencia cierta porque te sentís así, que te dijera porque razón no podías pensar claramente en su cercanía.

- ¡Sí! – contestó tontamente dándose cuenta de lo irrisorio de su postura.

- No soy la más indicada para hablarte de éste tema, puede hablar la experiencia y a mí me faltó... siempre lo hizo – contestó volviendo a su tristeza habitual.

- Perdón, no te pongas mal, Mari – dijo afligido el chico.

- Estoy bien... - dijo esforzando una sonrisa.

- ¡Tenes razón! – respondió firmemente.

- Lo sé... ¿a qué te referís ahora? – dijo riendo.

- Como que no hay respuesta a algo complejo.

- Aha y ¿hay una respuesta a tu pregunta compleja? – preguntó la anciana.

- No te entiendo, Mari.

- Si se lo dijiste, mijo.

- ¿Decirle el qué? – dijo haciéndose el tonto.

- Hola ¿hay alguien ahí adentro?... - dijo dando golpecitos a su cabeza -... que la queres, Miguel.

- Ni loco... se burlaría de mí, tratándome de demente.
- Y ¿cómo lo sabes si ni se lo dijiste?
- Uno tiene olfato – contestó haciéndose el canchero.
- Entonces vos lo perdiste.
- ¿Por qué me peleas, Mari?
- ¿Por qué será, que la gente siempre se trata de proteger, frente a un amigo con otra pregunta? Yo no te quiero pelear, Miguel, pero no quiero que dejes pasar la oportunidad de vivir una experiencia, por miedo al fracaso.
- ¿Te das cuenta, no? De que tus palabras siempre me dejan como un idiota.
- ¿Cómo? – respondió entre sonrisa y seriedad.
- Que siempre tenes razón... me niego a hablarle y te pongo a vos de excusa, a mamá, a Brandy, los deberes, la ayuda en casa para retrasar el momento de mirarla a los ojos y decírselo... - hizo una pausa respirando hondo.
- Sos consciente de que no tenes que decirle nada que no quieras, verdad... que no tenes ninguna presión. ¿Te das cuenta por qué no le hacés frente?
- Porque me aterra pensar en estar frente a ella y hablarle, porque no tengo valor.
- En el momento en que sientas que quieres encararla piensa en algo lindo, aférrate a ese recuerdo, ése recuerdo te dará fuerzas. Y ¡amor!, no fracasa quien arriesga.

Capítulo 10

De vuelta en casa de Rosita, Miguel estaba en la cama, la cabeza apoyada de costado y el cuerpo en posición fetal y no dejaba de recordar el consejo de Mariana “*No fracasa quien arriesga, no fracasa quien arriesga*” y con esas palabras se quedó dormido.

- Uh se me hizo re tarde, buenas noches... ¿cómo está Miguel? – preguntó Lorena al llegar a la casa.
- Bien, mamita. Buenos noches también para ti, hace rato llegó y vos ¿dónde te habías metido?
- Ay Rosita es que estaba hablando con mi abogado – contestó agitada.
- Ahhh ... loca! Después hablan de mí.
- ¿Qué? ahhh nooo, mujer. Nada que ver, sacate esos pájaros de la cabeza, primero que no me interesa y segundo ni me atrae. Lo fui a ver por los papeles del divorcio.
- Ahh ¿y... qué te dijo? – preguntó curiosa.
- Dice que llevará su tiempo, pero que con paciencia se soluciona.
- Que bueno che, felicidades entonces... déjanos brindar. Pará que voy a buscar vino.

- Bueno – contestó Lorena sentándose.

Sellaron la noticia con jugo de uva y algo de música. La noche era tranquila, sólo corría una leve brisa.

Capítulo 11

12 de Mayo, 9 AM. Miguel despertaba a su madre.

- ¡Mamá! Despertate... vamos... - decía sacudiéndola.

- ¿Qué pasa, Miguel? Hoy es Domingo ¿Por qué me despiertas tan temprano? – dijo cansada.

- Ya sé ¿por qué crees que estoy despierto?... necesito que digas que sí a lo que te preguntaré.

- Chistoso me salió el hombre... ¡haceme la pregunta primero! – le dijo Lorena.

- No mamá, un sí o nada – puso el niño como condición.

- Que guacho que sos, mirá que no tengo un mango. Asique si se trata de guita...

- No, no es eso, decí que sí... - dijo haciendo pucheros.

- Bueno, dale... sí! – dijo ya sin ganas.

- Gracias – le besó la mejilla y se fue corriendo del cuarto.

- ¿Y para eso me despierta? – se giró en la cama y volvió a dormirse.

Al mediodía Lorena salió de entre las sábanas.

- ¡Buen día, dormilona! – saludó risueña Rosita.

- Buen día... ¿a qué se debe tu risita? – preguntó despegando los ojos.

- Con que sólo los papeles del divorcio eh...

- ¿Qué... otra vez con eso, mujer? Fue el vino que me volteó, no estoy acostumbrada a tomar.

- ¡Claro! – siguió riendo Rosita.

- En serio, Rosita – contestó media caliente al ver que no le creía.

- Está bien, te creo, no te me sulfures... ¿café o mate? – preguntó tras una pausita.

- Una matecito vendría bárbaro... ¿dónde están los chicos?

- Se fueron a pasear con Brandy.

- ¡Anda! ¿Sacaron al perro sin pedírselo? A éste hijo mío sí que le pasa algo raro...

- ¿Por qué decís eso... es que no lo saca nunca? – decía mientras armaba el mate.

- Lo saca cuando se lo imploro, pero está raro, porque hoy me despertó a las ocho, suplicando que le diga que sí a noseque. Al principio lo quería a toda costa a Brandy, me decía que yo no tendría que mover ni un pelo y como siempre sucede, ahora soy yo quien se encarga de él... decir que Brandy es un sol.

- Eso sí... no he visto perro más bueno que el tuyo, es divino.

- Pero me extraña que lo haya sacado él... lo que sí se adoran, si vieras como duermen juntos.

A la media hora más tarde volvieron del paseo.

- Hola mamá, hola Rosita – gritó Miguel al entrar.

- Hola mamá, Hola Lorena – gritó Martín detrás de Miguel.

- Hola chicos... – contestaron las mamás a dúo-... ¿se sientan a comer unas tostaditas con mermelada?

Los chicos se lavaron las manos y se sentaron a la mesa a desayunar.

Al finalizar Miguel se levantó y se disponía a ir en camino hacia la puerta de salida.

- Acordate de la bufanda, mi amor, mirá que hace frío – dijo Lorena.

- Sí, mamá. Chau... - dijo despidiéndose.

Capítulo 12

El chico se subió a la bici y se dirigió al asilo de ancianos, en el camino vio a su princesita y del miedo pedaleó más rápido.

¡Qué cobarde de mierda, Miguel "no fracasa quien arriesga" y vos sí fracasaste porque ni siquiera arriesgaste y ahora ¿con qué cara vas a ver a Mariana...?

Llegó al asilo, se bajó de la bici y la encadenó al portón.

- Hola, Celeste... ¿puedo pasar? – preguntó desganado.

- Buenas tardes, jovencito... claro... está en su cuarto.

- Hola Mari

- Hola ángelito, hay que aprender a disimular mejor esa cara de tragedia, no podés venir a un lugar que está condenado a muerte con esa cara – dijo tratando de sacarle una sonrisa morbosa, pero sin resultado.

- ¿Cómo? – dijo Miguel abriendo los ojos de par en par.

- Que no ganarás un Oscar por esa cara.

- Los Oscar's nunca se los dan a los buenos actores....

- No me cambies de tema, que sabes bien a lo que me refiero.

- No me digas nada... se me ve en la cara que soy un cobarde – dijo triste.

- ¡Mírame!... no sos ningún cobarde ¿listo?

- Pero... pero es que la vi al venir para acá y rajé – dijo deprimido.

- Cachetada tras cachetada ésta vida.

- No entiendo.

- Que me recuerda cada tres segundos mi soledad. Pero bueno... hay que cerrar el capítulo. No me uses más como excusa para no hablarle.
 - ¿Cómo?
 - Regalale mis tardes, a ésa niña para conquistar su corazón.
 - Pero ¿cómo hago? – preguntaba desesperado.
 - Con el corazón, Miguel, con el corazón. Y ahora prepárate para ese momento y anda a buscarla que yo me voy a duchar – le besó la frente y se fue con una toalla al baño.
 - Chau Mari y gracias – dijo acompañándola hasta dejarla en manos de Celeste.
- Esa misma tarde, en la casa de Rosita se decidió y la llamó por teléfono.
- Hola – dijo muy bajito.
 - Sí ¿quién habla? – preguntó una voz cristalina y alegre del otro lado.
 - Eh... me llamo Miguel – contestó tartamudeando.
 - ¿Quiere hablar con mi madre o mi padre? – preguntó sin ocultar su inocencia.
 - ¡Con vos! – dijo firme sin saber quien lo impulso.
 - Pero yo no lo conozco... - dijo confundida.
 - Si, me conoces. ¿te acuerdas de aquel día de lluvia afuera de la Biblioteca en que te hablé del clima tropical... el chico que estaba con una campera roja y verde... el que tiró todas las bicicletas...? – dijo un poco frustrado al tener que mencionar las bicis.
 - Ah... sí, ahora si te recuerdo – dijo riendo.
 - Ese mismo... ¿cómo estás? – preguntó ingenuamente.
 - Bien, me dejaste pensando en el clima tropical y al llegar a casa me bajé más información de internet sobre el clima.
 - Ah que bueno que hayas sacado algo bueno de ésa conversación.
 - Así es... ¿hola? - preguntó al no oír más nada.
 - Hola, hola acá estoy... ¿te gusta el helado? – preguntó de una.
 - Sí, me encanta.
 - Que bueno... ¿y la plaza? – volvió a preguntar.
 - También me gusta, ahora iba a ir para allá
 - Aha, que bien. ¡Abrígate que hace frío! – comentó el chico.
 - ¿Qué me abrigue? – dijo la chica en tono irónico.
 - Sí, hace mucho frío. – contestó sin saber que decir.
 - ¡Miguel! – dijo llamándole la atención.
 - ¿Sí? – siguió pecando de inocente el chico.
 - ¿Cuándo me vas a preguntar eh...?
 - ¿Qué qué qué cosa? – preguntó tartamudeando.
 - El sa sa salir contigo – dijo ella tranquilamente.

- Ta ta ta me encantaría – siguió tartamudeando.
- ¿O es que llamaste por otra cosa? – preguntó aprovechándose de la situación.
- Emm...

No fracasa quien arriesga - vos no sos cobarde - con el corazón, Miguel, con el corazón - no todo tiene razón de ser - Vamos Miguel

- ... ¡No! Llamé para invitarte a tomar un helado, a la plaza a las 17hs ¿te parece bien?
- Preguntó calmado y decidido.
- Me encanta la idea, a esa hora estaré ahí – dijo colgando.

Miguel se cambiaba mil veces de ropa tras ducharse, nada le parecía bien.

- Parezco un idiota con esto – protestó mirándose al espejo.
- ¿Qué hacés... vas a desfilas?- le preguntó la madre al entrar al cuarto.
- No – dijo no pudiendo evitar que se notara que tenía las mejillas coloradas.
- ¿No? Entonces es por una dama tu nerviosismo... que lindo.
- La cual me arruinaste al comprarme sólo ropa estúpida e infantil – respondió frustrado.
- Pero mi amor, tenés once años...
- ¡No necesito que me lo refregues en la cara!
- Veo que estás enojado y aunque me contestes mal me doy cuenta que sólo es por nervios, así que voy a cerrar un ojo y dejarte en lo que estabas...
- ¡Pará! Miguel... yo te presto mi ropa, mira en el armario y agarra lo que te guste – dijo Martín.
- Gracias, Martín... me salvaste. – dijo el chico emocionado.

En el ropero de Martín encontró unos vaqueros y una remera azul marino. Agarro la bici y se fue a la plaza. Al llegar se sienta en un banco y ahí la esperó, pasaron los minutos que parecieron horas y en eso una mano tocó su hombro.

- Hola – dijo esa voz cristalina y alegre.
- Pensé que no vendrías – dijo nervioso.
- ¿Y por qué no iba a venir, si fui yo quién prácticamente te enredo? – dijo sonriendo.
- Tenes razón. Sabes que cada vez me doy más cuenta de lo contrario que dicen en la tele.
- ¿Qué dicen? –preguntó ella.
- Bueno, como sabes el mundo está plagado de machistas.

- ¿Sos uno? – preguntó ella
- No, para nada, según me dijeron lo que era, no lo soy. Bueno... estos tipos dicen ser el sexo fuerte, el más inteligente, pero es al revés, es la mujer la que muestra más fuerza al traer vida a éste mundo y cuidar de ésa vida, es la mujer la más inteligente. Pero el comportamiento machista le hace imposible a la mujer el desarrollarse. Me parece una lástima, porque me gustaría vivir dónde se la respete a la mujer y no sólo de la boca pa´ fuera... ¿hablo demasiado?
- Se nota que estás nervioso, pero no me molesta que hables mucho. – dijo sonriendo- si lo que dijiste fue sólo para impresionarme puedo decirte que tenes labia, pero dudo que lo dijeras por eso. Igualmente en cuanto a lo que decías... Mi opinión es que cualquiera de los dos géneros, es capaz de dejarte con la boca abierta o cerrártela para siempre. Siempre es cuestión de la educación que recibe... Te estuve espiando éste tiempo.
- ¿Vos también? Digo... sí, tenes razón con lo que dijiste – preguntó anonadado sin darse cuenta de pisarse el palito y rápido replicó con otra frase.
- ¿Quién más te espiaba? – preguntó ella rápido como un rayo.
- Eh... ah nadie – contestó rojo como un tomate.
- Se ve que sos simpático y quiero conocerte – dijo riendo.
- Que suerte y yo a vos.
- ¿Puede ser que sigas nervioso? – preguntó ya con lástima.
- ¿Puedo mentir?... sí, estoy muy nervioso.
- No hay motivo che... ¿cuál es tu apellido? – preguntó para distraerlo.
- Pizzano – contestó.
- ¡Qué gracioso, suena a que no te gusta la pizza!... el mío es Gonzales y mi nombre Clara.
- Lo sabía- dijo sonriendo.
- ¿Si y cómo te enteraste?
- Vas a la misma escuela que visito yo y basta con preguntar.
- Mira quien está tocada por el ridículo ahora... – dijo riendo-... ¿qué edad tenes?
- Once, pero ahora cumplo doce.
- Ah! Yo doce para trece.
- ¿Quieres ser mi novia? – no sabe cómo hizo para preguntárselo.
- Vos vas de tímido cerrado a lanzado total eh... pero si, pensé que no me lo ibas a preguntar nunca.
- ¿En serio? – preguntó con la boca abierta.
- Yo no miento nunca.
- Me alegro ¿te puedo dar un beso?

Y así con un besito en la mejilla se despidieron.

Capítulo 13

Miguel cantaba en el baño lavándose los dientes.

- Hola mi amor ¿la felicidad del triunfo?
- Algo así, sólo que es más que un triunfo.
- Me alegre, chiquito. Bueno... buenas noches.

Otro día amanecía, el sol calentaba el pavimento y la música de la cocina llegaba a los cuartos. Los pájaros cantaban alegremente.

- Vamos todo el mundo a despertar que hay noticias frescas.

Los tres habitantes restantes de la casa, bajaron las escaleras tambaleándose y se sentaron alrededor de la mesa.

- ¿Qué hay de nuevo, Lorena, por qué tanta alegría? – preguntó Rosita.
- Es que conseguí un departamento y nos mudamos pronto- dijo casi chillando.
- Pero mamita si no había apuro alguno, vos y Miguel son bienvenidos acá, hasta el tiempo que lo deseen – dijo Rosita mirándola ya despierta tras la noticia.
- Ya sé y te lo agradezco, Rosita, pero creo que ya es hora de rehacer nuestro hogar y que ustedes dos tengan nuevamente su espacio.

Las dos se abrazaron, deseándose lo mejor y ambas quedaron con lágrimas en los ojos, mientras que los chicos se fueron al cuarto a jugar con la computadora.

- Me van a dar la llave del departamento la semana entrante. Bueno voy a preparar el desayuno, vos no hagas nada, Rosita. Dejame a mí por favor – dijo Lorena.
- Cuando Lorena los llamó a desayunar, Miguel se disculpó por ser el cumpleaños de Mariana y se fue recordándole a su madre el “sí” prometido.

- Éste chico con sus misterios, me hizo decir que “sí” sin siquiera saber la pregunta – protestó Lorena.
- Tene cuidado, mamita, anda a saber que se trae entre manos.
- ¡No le metas pájaros en la cabeza, mamá! – respondió Martin defendiendo a su amigo.
- Ah seguro que sabes algo ¿Qué se trae tu amiguito? – le preguntó Rosita.
- Yo que sé, sólo digo que no le digas cualquiera...
- No se pelean, ya le dije que si se trata de plata, no tengo. Dijo que no era eso.

Mariana leía un libro, sentada en el sillón verde oliva, cuando desde atrás se le acercó Miguel y le cubrió los ojos.

- Mmm ¿quién podría ser el que me cubra los ojos?... – dijo haciéndose la distraída-... quizás sea el muchacho del cuaderno de gamuza azul.
 - Hola Mari... ¡Todos! – gritó animando a la gente del asilo. Y todos juntos le cantaron el cumpleaños feliz y al final aplaudieron y hasta sopló las velitas de una torta, que compraron en la panadería. Los viejitos charlaban entre ellos y Mariana con Miguel.
 - ¡Felicidades, mujer! – le deseaba toda la gente.
 - Gracias a todos, siempre se empecinan en hacerle creer a una vieja que aun la quieren... como hay cosas que nunca cambian eh...
 - Mari – llamó Miguel.
 - ¿Si, Miguel? – preguntó ella.
 - ¿Hay algo que no hayas hecho hace mucho tiempo y quieras hacer?
 - Salir...
 - ¡Mamá,entrá que es gente vieja no más, no muerde! – gritó Miguel.
 - ¡Miguel! – dijo rezongando.
 - No pasa nada , señora. Su hijo tiene razón, no mordemos – dijo riendo el viejo.
 - Conocemos bien a su hijo y siempre hasta ahora tuvo razón en todo, es bienvenida, señora.
 - El señor es Javier y la señora María de los Ángeles – presentó Miguel.
 - Es un gusto y felicidades, Doña Mariana.
 - Gracias por venir Lorena y ahora ... quiero ver los regalos.
- La habitación estalló en carcajadas y todos se empujaban unos a otros.
- Acá está el mío – gritaba uno.
 - Y acá el mío – gritaba otro.
 - Muchas gracias a todos, chicos.
 - ¡Decí unas palabras Mariana! –le decía Celeste.
 - Ay mujer ¿qué voy a decir? Ni que fuera poeta – protestó la anciana.

El tiempo transcurrió entre torta, música, recuerdos y mucho parloteo. Los ancianos fueron despidiéndose de Mariana y regresaron a sus respectivas habitaciones.

- Bueno, ahora estás sólo vos Miguelito y tu mamá – dijo aliviada Mariana.
- Tal parece ¿me disculpas un segundo que me olvidé de algo en el auto? – dijo Miguel.

- Si, claro, anda no más – intuyendo que se trataba de un regalo.
- ¡Mamá! ¿me acompañas?
- Si, ya volvemos.

Miguel salió del cuarto con su madre y en vez de ir al auto como le dijeron a la anciana, se fueron a la cocina a hablar con la enfermera Celeste.

- Hola, Miguel ¿ya te vas?
 - No ¿te acordas de lo que te pregunté hace unos días?
 - Si, pero te dije que sin un adulto no es posible, porque debería firmar para autorizarlo – remarcó la enfermera.
 - Lo sé y por eso está mi madre acá. ¡Mamá! Pasá mujer... -dijo Miguel.
 - Permiso ¿puedo saber... de qué firma hablan? – preguntó Lorena.
 - Para quedarte afuera “por educación” y oírlo todo igual es cómo medio al pedo, no? Jeje – reía Miguel.
 - ¡Muchacho atrevido! Estaba en el umbral, no fuera de la habitación – reprochó Lorena.
 - Ya sé, mamá te estaba jodiendo. La firma es por el “sí” que me diste .
 - No entiendo ¿me pueden explicar? – pidió la mujer.
 - Bueno... que para sacar a Mariana a cenar ésta noche hace falta una firma en noseque papel.
 - Es un documento en el que se responsabiliza de la salida de la señora Rosas – explicó Celeste.
- Lorena agarró la lapicera y firmó donde le indicaron.
- Bueno... anda a avisarle y llámame cuando esté lista – dijo Lorena.
 - Gracias, mamá.

El niño corrió junto a Mariana y antes de contarle del paseo pensó en decirle algo de Clara, pero reflexionó y se dijo “no, éste momento es sólo de ella.”

- Vamos vamos ¡a arreglarte!- dijo excitado.
- ¿Cómo y para qué? – preguntó confusa.
- Te tenes que arreglar porque tenes una cita conmigo ésta noche ah! Y con mi madre – dijo él.
- Ah sigue el teatro eh... . dijo ella bromeando.
- Nada de teatro, ésta noche nos vamos a un restaurante, Mari – dijo serio.

Lorena entró a la habitación a buscar su bolso y al ver la cara incrédula de la anciana, le afirmó las palabras del hijo y Mariana entre sollozos y risas dijo...

- ¿En serio voy a ver la ciudad? – preguntó emocionada.
- Si, doña Mariana – contestó Lorena.
- Vamos Mari los lloriqueos para después ¿dónde está tu maquillaje y los vestidos? – preguntó Miguel mirando a todos lados.
- No tengo, si acá no necesito nada de eso – contestó la anciana.
- No pasa nada, yo tengo maquillaje en el bolso – dijo Lorena rápidamente.
- Tomá mamá, maquillala vos que yo soy capaz de dejarla como un payaso, no sé cual es para qué – dijo el chico dándole el bolso a la madre.
- Bueno a ver... cierre los ojos, doña... búscale ropa, Miguel – ordenó Lorena.
- A la orden, capitán – bromeó el chico.

Después de veinte minutos la dejaron lista para salir. Falda marrón y blusa purpura, la peinaron con raya de costado seguido por un discreto maquillaje resaltándole los mejores rasgos del rostro. Cuando ella se miró en el espejo no lo podía creer, sentía cómo que su imagen había rejuvenecido 10 años.

- Bueno Mari, ya estás lista para reventar la noche – dijo el chico.
 - No, mijo. Las cosas que decís – dijo ella llevándose las manos a la cara.
 - A usted ¿le parece que me veo bien, Lorena? – preguntó la anciana.
 - Más que bien, doña Mariana, se ve hermosa – contestó acariciándole el hombro.
- Mariana se sonrojó y la enfermera los acompañó a la salida hasta el auto.
- Les pongo la silla de ruedas en la valija ¿sí? – dijo Celeste.
 - Sí Mari quiere que la llevemos, la llevamos. – afirmó Miguel.
 - La verdad que sí, porque nunca sé cuando me abandonan las piernas.
 - No se hable más entonces ¿le ayudo, doña? – preguntó Lorena.
 - No, mamá... es mi cita, vos sólo sos mi escolta... agárrate de mí, Mari.

Mientras que salían hacía el auto, todos los ancianos se colgaban de las ventanas, saludando a Mariana y gritándole de todo.

- ¡Diosa!... ¡Hermosa!... No vayas a dejar tontos a los hombres, mujer...
- La enfermera que los había acompañado al auto, se dio vuelta mirándolos y le gritó...
- Che, che silencio! Vamos regresen a sus camas y a dormir... – se giró hacía Lorena y dijo -... Mira, éstas pastillas se las tenes que dar a cada cuatro horas, te doy la cajita entera le quedan ocho y no creo que se tarden 32 horas en volver – dijo riendo.

- Listo... ¿para qué son? – preguntó agarrando las pastillas.
- Por la circulación y también funcionan como calmante... duermen pequeños dolores.
- Bueno... una pastilla cada cuatro horas. Gracias.
- ¡Exacto! Bueno, pásenlo bien – dijo sonriendo mientras veía como el auto se alejaba.

Capítulo 14

- Bueno... entonces ¿a dónde vamos? – le preguntó Miguel a la anciana. Ella no contestaba mientras que el auto pasaba junto a las casas y recorría las calles de la ciudad. A Mariana se le llenaron los ojos de lágrimas.

- Está tal cual la recuerdo - Dijo finalmente.
- Sí, acá nunca cambia nada ¿hace cuanto que no salía? – preguntó Lorena.
- Hace doce años – contestó con tristeza.

No era la respuesta que esperaban oír los Pizzano y comprendieron en seguida sus lágrimas. Miguel que estaba sentado junto a ella, le puso el brazo en el hombro y la acariciaba cariñosamente.

- El estado me internó, porque según ellos era un riesgo que no se podía valer por si misma. Pero no lo era, éstos doce años fueron los que me enseñaron a ser dependiente. No tengo a nadie acá, por eso nunca había salido antes – contó Mariana.
- Pero ahora nos tenes a nosotros ¿verdad mamá? – dijo Miguel buscando apoyo en la madre.
- Claro, pero ahora dígame a dónde quiere ir... estamos en el centro, ¡elijá! –insistió Lorena.
- A 18 de Julio y Paraguay... - dijo ella sonriendo .
- Bueno... sea así entonces.

Las casas pasaban así como la gente y los árboles. Llegando al cruce de 18 de Julio y Paraguay avistaron un pequeño restaurante llamado “Lemón”. Miguel observaba a la anciana y se dio cuenta de que sus ojos se cristalizaron, parecía tener un nudo en la garganta.

- ¿Te sentís mal, Mari? - preguntó preocupado.
- Ay doña Mariana no me asuste ¿quiere volver? – preguntó Lorena mirando hacia

atrás.

- ¡No!... quiero ir a ese restaurante... - contestó Mariana.

- Ta...vamos entonces! – dijo firme Lorena.

Lorena aparcó a una cuadra del local, la silla de ruedas la dejaron en el auto a petición de Mariana y juntos se dirigieron al restaurante. Al entrar se les acercó un muchacho .

- Buenas noches, ésta noche seré su mozo si me permiten acompañarles hasta su mesa...

- Buenas... gracias – dijeron.

- Es un lugar fifi éste eh... mira el gusto de Mari - dijo el niño riendo.

Se sentaron y el mozo les entregó la carta. Lorena se levantó y dijo...

- Voy un segundo al baño y regreso en seguida.

El niño y la anciana, se quedaron mirando la carta. Estaban sentados junto a la ventana, era un restaurante chico, pero muy acogedor. El interior era rústico con colores cálidos y había olor a pino.

- ¿Ya saben lo que van a pedir? - preguntó el mozo al acercarse nuevamente a ellos.

- Mmm no ¿Vos ya sabés, Mari? – dijo Miguel.

- No – respondió sonriendo.

- Bueno vuelvo después entonces, pero ¿les puedo traer algo para tomar? – insistió el mozo.

- Bueno eso sí... una coca cola para mí – contestó Miguel.

- Y un vaso de vino rosado por favor – agregó Mariana.

- ¿Algún vino en especial, señora? – preguntó el muchacho anotando en una libretita.

- Del mejor que tenga, hombre – adjuntó el chico.

- Bueno... ¿algo más? – preguntó el mozo.

- Sí, una paso de los toros para mi mamá de naranja por favor – dijo el chico alisando el mantel.

- Bueno... con permiso – dijo el muchacho alejándose.

- No sabía que tenías gustos tan excéntricos – dijo sonriendo Miguel mirando a Mariana.

- 14 de Mayo de 1961 – dijo la mujer.

- ¿Cómo? No te entiendo... – dijo extrañado por oír esa fecha -... ¿1961? No es

cuando naciste.

- Es la fecha por la que me preguntaste hace unos días atrás...- se quedó mirando como quien recordaba retazos de un pasado ya olvidado -... fue el día en que me morí... - el chico se quedó perplejo mirándola sin entender -... fue el día en que Sebastián me dijo que me amaba y en ese mismo momento se me abrió tanto el corazón que no fui capaz de cuidarlo y cuando él desapareció, todo se desvaneció. Morí con él, mi alma murió con él y me abandonó – concluyó.

Ahora entiendo que haya eludido mi pregunta entonces. A quién le gusta recordar la muerte, no sabía qué decir.

- ¿Y por qué ahora sí me lo contas? – preguntó de súbito.

- Porque no te lo había contestado antes y además porque me lo dijo en este lugar, por eso mi emoción de recién en el auto – dijo contestando.

- Entiendo – dijo tomando un trago de la coca.

En eso llegó Lorena a la mesa.

- ¿Te habías ido por el wáter, mamá? – dijo riendo el chico.

- Más o menos... naa. Es loquísimo me encontré con una amiga de la escuela y se me pasó el tiempo y quedamos para encontrarnos otro día, pero ustedes ¿de qué hablaban mientras no estaba? – preguntó olvidándose de su encuentro.

- De nada...- dijo guineándole un ojo a Mariana -... te pedí una paca de los toros de naranja.

- Gracias, mi amor. Así que no hablaron de nada en mi ausencia eh... ta bien mantengan sus secretos no más... ¿ya saben que van a comer? ... bueno mozo! – llamó Lorena.

- Sí, señora ¿ya saben qué van a querer? – dijo muy atento el muchacho.

- Sí, un filete de vaca con ensalada y otra paca de los toros por favor – pidió Lorena.

- Bien... - dijo el mozo anotando en su libreta-... ¿y usted, señora?

- Una napolitana (tierna por favor) con papas fritas – pidió Mariana.

- Bien – dijo el mozo.

- Doña... ¿no quiere beber algo más? – preguntó Lorena.

- Bueno, pero agua mineral solamente, gracias – contestó la anciana.

- Bien, señora ¿y el señorito que desea? – dijo el joven sonriéndole a Miguel.

- Mmm... ¿tienen sandwiches calientes? – preguntó pícaro.

- Si – afirmó el mozo.

- Dos de jamón y queso entonces y otra coca.

- Bien, en unos minutos vuelvo con permiso – dijo retirándoles la carta.

Volvió en seguida para traer la bebida, Miguel admiraba su destreza, porque además de las tres botellas traía dos platos con pescado (para otra mesa) y tres con pasta (también para otra mesa) y no se le caía nada.

- ¿Te gusta, Mariana? – preguntó la mujer.

- Sí, Lorena, te agradezco por haberme traído. Le contaba a tu hijo que tengo un recuerdo muy profundo de éste lugar, me asombré de que siguiese en pie, creía que ya lo habían tirado abajo para construir algo más moderno, pero no fue así y fue grato ver que seguía abierto.

- Ahh con que no hablaron de nada eh... -dijo sonriendo-... ¿Cuándo dejó aquel recuerdo?

- En el sesenta – contestó.

- Sí que daba para pensar que lo habían tirado abajo. Realmente es hermoso el lugar ¿era así en los sesenta o cambió? – preguntó curiosa.

- Está igualito a entonces, lo único que cambió fueron los camareros y los manteles. Pasaron unos minutos y el camarero se acercó a la mesa.

- Aquí su plato, señora. El suyo, señorito y aquí para usted, señora – dijo apoyando los platos frente a cada uno -... Buen provecho y con permiso.

- Muchas gracias – respondieron al mozo.

- ¡Ay joven! Disculpe me olvidé de decirle que la señora no puede comer sal... -decía Lorena.

- Espere Lorena ¿sabría decirme si tiene mucha sal? – preguntó la anciana.

- La verdad que no, señora, pero se lo cambio en seguida – dijo el muchacho.

- No, mamá probé una papa frita y está bien, deja que disfrute éste día no le va a pasar nada.

- Bueno, disculpe joven y gracias – dijo Lorena aprobando que dejara el plato de Mariana intacto.

- Ahhh que rico, por fin la comida tiene sabor a comida. Comer todos los días sin sal, era como comer aire, mil gracias chicos – dijo Mariana agradecida.

- No tiene que darlas, Mariana – sonrió Lorena.

- ¿Sos feliz, Mari? – preguntó el chico con el sándwich en la mano.

- Es una palabra con mucho peso, pero para contestarte rápido... hoy acá con ustedes lo soy. ¿vos lo sos, Miguel? – preguntó.

- Sí, con mamá y vos a mi lado ¿Qué más se puede pedir? – dijo sonriendo.

- ¡Tenes razón! – dijo agarrando el vaso de agua.

Terminaron de cenar, Lorena pagó la cuenta y salieron a la calle.

- ¿Te traigo la silla o podés ir hasta ahí, Mari? – preguntó el chico.

- No, no, puedo ir caminando, gracias – contestó con un semblante reluciente.

Agarrada del brazo del niño, empezaron a caminar hacía el auto.

- ¿Sería mucho pedir ir a la Plaza de la Independencia? – preguntó frenándose.

- Para nada, doña Mariana, ésta noche es suya y nosotros sólo somos sus servidores... – dijo guineándole el ojo a Miguel -... ¿verdad, Miguel?.

- ¡Obvio! – gritó el chico.

- Bueno... ¡esperenme acá que arrimo el auto! – Dijo Lorena alejándose.

El auto frenó junto a la anciana y Miguel.

- ¡Arriba! – gritó Lorena.

El chico le abrió la puerta a Mariana y la ayudó a subir.

- Gracias, mi ángel – contestó sonriendo como hacía mucho no lo hacía.

- ¡Atese, Mari! – dijo el chico marcando su preocupación.

- Y vos ¡atate ése campeón, hijo! – le dijo la madre.

- Sí, mamá – dijo obedeciendo.

Capítulo 15

Al llegar a la plaza bajaron del auto y comenzaron a caminar. De repente Mariana se quedó atónita, perdida en el recuerdo, rodeada de lágrimas admirando la majestuosa arquitectura de un edificio, de ocho columnas en el frente, siete balcones por detrás sobre siete mismas altas puertas por debajo, cuatro peldaños, tres focos fulminantes en el techo que lo llenaban de una luz amarilla, la cúspide era una punta (como la de los dibujos de las casitas de los niños), con un sol grabado que emitía los rayos por toda la pared y debajo se leía el imponente nombre de; Teatro Solís.

Siguieron caminando por la plaza, se frenaron junto a la fuente, frente al monumento y se sentaron por un rato.

- ¡Qué hermoso que está todo! – dijo finalmente la anciana.

- Sí, ta bien – dijo despreocupado Miguel como quien no quiere la cosa.

- ¿Quiere bajar a la playa? Doña Mariana, está a unas cuadras – dijo Lorena.

- Sí, quiero, pero ¿no sería mucho? – preguntó temiendo la respuesta.

- No te hagas la víctima, Mari – dijo Miguel bromeando.

- ¡Miguel! – protestó la madre.

- Está actuando, mamá, no te preocupes – siguió burlándose.
- Dejelo Lorena, después de todo tiene razón sobre mi sobre actuación que puede parecer por educación, pero es una falsa educación. – dijo Mariana.
- ¡Viste! Y vos me miras con cara de matarme – le dijo el chico a la madre.

Se subieron al auto y fueron a la rambla. No había palabras que lograsen que Mariana no se emocionara, estaba en aquel lugar donde estuvo tantas veces junto a Sebastián. Se sentaron en la arena, Lorena había protestado porque la arena estaba húmeda, pero a Mariana no le importaba.

- Veníamos casi todos los días... Sebastián y yo, él llevaba el termo bajo el brazo y el mate y yo llevaba una esterilla y los bizcochos – relataba Mariana.
- ¿Quién es Sebastián, un enamorado? – preguntó Lorena.
- Lo fue y en mi corazón lo sigue siendo – contestó.
- Perdón no quise ser brusca recordando cosas penosas.
- No es nada, uno llora por lo que perdió, pero yo me alegro por lo que viví con él. No te voy a decir que no lo extraño, ni que llevo bien su ausencia porque le estaría mintiendo, pero el tiempo me impuso a aceptarlo y siento que estando acá es recuperar de alguna manera esos recuerdos ¿suena estúpido lo que digo? – finalizó la anciana.
- Para nada. A mí me pasa con él padre de Miguel – dijo Lorena.
- ¿El hombre que usted denu...? – preguntó extrañada.
- No, no... – dijo contestando lo que intuía que Mariana le preguntaba -... Carlos no es su padre, el padre de Miguel se llamaba Juan. Yo tenía dieciocho años cuando lo conocí, a los meses quedé embarazada de éste angelito... - dijo señalando a Miguel -... estando de cinco meses ya, recibí una llamada del hospital que solicitaban mi presencia porque habían ingresado a Juan Remo en delicadas condiciones. Entre la histeria y el llanto le pregunté que le había sucedido y recuerdo bien cómo la mujer sin ninguna consideración me dijo “tuvo un accidente con el auto y está muy grave, puede perder la vida ¿puede venir usted o sabe de otra persona que pueda hacerlo?”. En ese momento no le contesté, pero tuve ganas de ahorcarla por su estúpida pregunta cómo no iba a ir ... pero el dolor me apagó – hizo una pausa, mirando a Miguel mirando el agua del mar como quien se conocía la historia de memoria.
- Lo lamento, Lorena – le dijo Mariana.
- Hace bien recordarlo, no dejar que su nombre caiga en el olvido. Él siempre me pedía que le hablara a Miguel de él, los últimos días que tuvo de vida en el hospital.

- ¡Pero no lo hiciste! – protestó Miguel.
- Es cierto, mi amor, durante mucho tiempo eludí recordarlo por miedo al dolor, perdóname sé que te lastimé al no hablarte de él, fui egoísta dejándote en la ignorancia, perdóname ...
- Ya te perdoné hace mucho, mamá – dijo recostándose en la arena.
- Perdonen que sea intrometida ¿por qué Miguel no lleva el apellido del padre? – preguntó.
- Ah no sé, doña, eso pregúnteselo a él mejor, en los papeles figura como Juan Miguel Remo Pizzano – contestó Lorena.
- ¿Por qué entonces sólo decís Miguel Pizzano? – preguntó mirando al niño.
- Porque sólo la conozco a ella, él me es extraño. Mi familia Remo es re buena onda, pero me gusta Miguel Pizzano concluyó el chico.
- Me parece bien... ¡Qué linda está la noche! – dijo mirando las estrellas.
- Ah doña Mariana, tome esta pastilla por favor... acá tengo una botellita con agua, tome!

El viento chocaba con las olas y las olas contra las rocas. Las luces de la ciudad acariciaban la playa, no había autos en las calles, tan sólo uno que se había extraviado y así y todo desapareció en seguida.

- ¿Y no pregunta por qué aguante tanto tiempo con Carlos, doña? – pregunto curiosa Lorena.
 - Llámame sólo Mariana por favor – suplicó la anciana.
 - Bueno, Mariana...
 - Y no, no se lo pregunto porque no sé cuánto tiempo estuvo con él, segundo porque sé perfectamente que el corazón no tiene oídos para advertencias y tercero porque no soy quien para juzgar a otra persona, igual que mucha gente “que vaya a saber uno por qué” se siente con autoridad para opinar sobre la vida de los demás, además quiere contarme algo la oiré, de otra manera sólo llenaría una curiosidad morbosa que no me place alimentar.
- Lorena bajó la mirada sin saber qué responder.
- ¿Te gusta bañarte en la playa, Mari? – preguntó Miguel de súbito.
 - Hace años que no lo hago, Miguel – contestó.
 - Esa no fue la pregunta – afirmó el chico.
 - Sí, me gustaba – decía mientras reía.
 - Éste fin de semana nos vamos a Rocha con mi madre ¿quieres venir con nosotros? – preguntó.

- Miguel no sé si el asilo permite una ausencia tan amplia – recordó Lorena.
 - No se preocupe, Lorena... - dijo Mariana.
 - No, no creas que pongo excusas por favor, se los preguntaré cuando volvamos – afirmó.
 - No hace falta, no se molesten... ya me dieron más de lo que podía imaginar...
 - ¿Tiene ganas de venirse con nosotros a Rocha? – preguntó firme Lorena.
 - Eh... ¿en serio? – preguntó dubitativa Mariana.
- Madre e hijo se unieron asintiendo entre risas.
- Me encantaría, pero...
 - Pero nada, Mariana. Usted se viene a Rocha – dijo Lorena finalizando la conversación.

Las horas se les pasaron, como segundos, hablando bajo la luz de la luna. Al regresar al geriátrico la ayudaron a llegar a la habitación.

- Hola señora Rosas ¿cómo la pasó? – preguntó Celeste.
 - Bárbaro, mijita. La mejor noche que tuve en éstos últimos doce años – contestó con alegría.
 - Me alegro ¿tuvo que usar la silla de ruedas, no? – preguntó afirmando algo que no dudaba.
 - Nunca – contestó orgullosa.
 - ¡Qué bueno! Bueno... ya la pueden dejar a mi cuidado y gracias por todo – dijo Celeste.
 - Bueno, vuelvo mañana, Mari – dijo el niño besándole la mejilla.
 - ¡Anda al auto, nomás que yo ya te sigo! Mi amor – ordenó Lorena.
- Miguel salió de la sala y una enfermera gordita acompañó a Mariana a su habitación y entre saludos, Lorena se sentó y le preguntó a la otra enfermera...
- ¿Qué tengo que hacer, para llevarme por el fin de semana a Mariana?
 - ¿Cómo? – preguntó asombrada.

Porque una cosa era cuidarla unas horas, pero quien se pasaría el tiempo gratuitamente cuidándola un fin de semana.

Desgraciadamente por mentes así es que estamos para la mierda.

- ¿Que qué? – insistió al no creer, lo que oían sus oídos.
- ¿Qué qué?... Que quiero pasar el fin de semana con Mariana en mi casa ¿Qué tengo que firmar para lograrlo? – preguntó omitiendo que la salida era a Rocha,

porque tal vez la distancia se convertiría en una traba.

- Disculpe, pero una ausencia de esa magnitud es otra cosa – contestó Celeste.

- ¿Cómo que otra cosa... por unas horas la puedo atender y si se trata de días, no?

- Disculpe, pero así son las cosas. Sólo familiares directos tienen ese derecho – contestó seca.

- ¿Me está diciendo que le niega la salida a una mujer de noventa años... le niega que se divierta un poco y sea un poco feliz y no estar siempre entre cuatro paredes? – dijo indignada.

- No, señora Pizzano. Si su hijo viene prácticamente todos los días y eso a ella le alegra mucho.

- No me cambie de tema, a usted que tanto le gusta decir “una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa” reflexionela más que falta le hace – contestó abandonando el asilo. Se dirigió al auto y se subió, donde ya la esperaba el hijo, impaciente.

- ¡Tipa estúpida! – murmuró Lorena

- ¿Qué pasó, mamá? – preguntó.

- Que según la tipa ésa, sólo familiares pueden llevarse a los internados.

- Me lo temía, pero Mariana no tiene familia ¿y cómo le digo ahora que no puede después de haberla llenado de ilusiones? –dijo mirando el piso.

Lorena lo miro intensamente, respiro profundo y buscando complicidad y desafío en los ojos de Miguel dijo...

- ¿Y quién te dijo a vos que no nos vamos los tres a Rocha?

Capítulo 16

El sol ya estaba en lo alto, cuando Miguel golpeó la puerta de Mariana.

- Buen día, Mari ¿cómo dormiste? - preguntó corriendo a su lado.

- Como un bebé, como hace tiempo no lo hacía. La brisita de anoche fue mi somnífero.

- Me alegro – dijo sentándose en la silla que tenía junto a la cama.

- Contame ¿se hace la salida? – preguntó emocionada.

- Celeste puso trabas... - contestó triste.

- Ya me lo temía – dijo ella inclinándose nuevamente.

- ¿Me dejas terminar?... gracias – sonrió – ...como te decía: Celeste puso trabas, pero mi madre tiene pensado llevarte igual, Mari – continuó Miguel.

- Pero si nos descubren, va a tener que pagar los platos rotos – dijo la anciana.

- Ya es mayorcita y dijo que se hacía cargo de las consecuencias.
- ¿Eso te dijo? – preguntó sorprendida.
- Sí, a mí también me asombró su reacción, porque no la conocía así.
- Bueno no lo olvides nunca, Miguel, no hay nada que enseñe más que el tiempo y los golpes de la vida, sólo respirando adquirimos conocimiento. A mí también me sorprende la reacción de tu mamá como vos decís, bue... sorprender no es la palabra... diría más bien admiración.
- La tenés embobada, Mari – dijo riendo.
- ¿Cómo? – mientras que soltaba la carcajada.
- No hace otra cosa que hablar de vos. Al subirse anoche al auto, me soltó un discurso, de que sea como sea, te venís con nosotros a Rocha, habló de los derechos humanos, de la injusticia que se cometía contigo al no dejar que pases unos lindos días, creo que también habló de ovejitas porque es lo último que recuerdo antes de haberme dormido camino a casa. Me dijo que estaba más pesado, que al llevarme a mi cama, casi se hernia. Eso se lo agradezco a tus sándwiches.
- Échame la culpa de alimentarte nomás ¡sabandija!
- ¿No te hizo nada la sal, no? Mi mamá me dijo que te lo preguntara.
- Nada más que darle sabor a la comida y a mí paladar, agradecele a tu mamá.
- Ta... te hice una promesa que no puedo mantener, Mari – dijo extrayendo el cuaderno de gamuza azul de la mochila -... hay un poema que leí que es alegre y me sorprendió, porque es el único que sobrevive en esa marea de palabras dolidas.
- ¿Ah sí? – dijo ella.
- Se llama “Júbilo dentro del fuego”, el título tiene doble sentido ya lo sé, ya cazé tu humor, dice así...

*Las chicas y los chicos bailan alrededor de una fogata
 Entre cantos y júbilo
 La noche se pierde dentro de un gris plateado
 La luna sonriente mira desde la gris penumbra
 La noche colmada de recuerdos podría largarse a llorar
 Pero hay una brisa impenetrable de alegría
 Todos cantan bajo la luna
 Y bailan frente a la fogata
 Ríen pensando en nada
 Sino divertirse y olvidar
 Dejando que las penas se ahoguen*

*Al no prestarles atención
Porque nada sobrevive sin atención
Las llamas lamen el cielo y las risas también... .*

A mí perdóname, pero es hermosa. Es inocentemente positiva y acá mi pregunta...

¿Cuándo la escribiste? – preguntó excitado.

- Hace mucho tiempo que no la “oía”, te agradezco tu opinión y no era menos lo que sentía en ese momento, la fecha exacta no la recuerdo, entre el '70 y el '72, estando en Argentina.

- ¿En Argentina? – preguntó confundido.

- Sí, mejor dicho fue después del 71' (antes de que me fuera a Argentina con Seba). De eso estoy segura.

Oírla hablar de Sebastián, conociendo el sabor amargo de aquel profundo dolor agridulce que despertaba en ella, lastimaba. Mejor no le pregunto nada acerca de la carta que hallé, tras levantar el cuaderno del piso, cuando se me había caído. Era un sobre sellado, pero no uno que no se haya abierto jamás, sino que había sido leído y luego sellado. El papel que antaño era blanco estaba amarillento con una punta chamuscada. Su sólo recuerdo despertaba en mí la incertidumbre que se encontraba dentro de ella, aunque me había regalado sus poemas y esa carta sea como un “bonus text” (un texto de “yapa”) no la abrí. Era algo de ella y algo me decía que tenía que ver con Sebastián.

- ¿Por qué ese silencio repentino? – preguntó mirándolo.

- ¿Qué? –dijo volviendo en sí.

- ¿Es esa chica otra vez, no, es ella la que ocupa tu mente?

- Eh no, no... -ella lo miró buscando respuesta - ... me quedé pensando en el poema y en eso que dijo de Argentina – dijo rápido escapándose del recuerdo de la carta.

- Ya sé, ahora quieres saber cuándo y cómo la escribí ¿verdad?

- Si no te molesta – dijo poniendo la cabeza de lado como lo hacen los cachorritos.

- Bueno... entre el verano del '72 al '74, no recuerdo bien. Yo estaba acá en Uruguay y recibí una cara de Argentina... -

¿Será la carta enigmática?

-... una carta de Sebastián, que había ido a Argentina a visitar a su padre. Me pedía que lo siguiera diciéndome que era verano y que sería bien recibida, en la casa de

Pancho (su padre). Ésa carta... - dijo y sus palabras se convirtieron en silencio.

- ¿Qué carta? – preguntó el chico ansiando, que dijera la que estaba en el cuaderno.

- La que te acabo de decir ¿por qué? – preguntó la anciana al volver en sí.

- Porque te quedaste pensativa y murmuraste eso.

¡Safé!.

- Ah que lindos fueron esos días – dijo perdiéndose nuevamente en recuerdos.

- Y ¿cómo era el sobre?

¡Soy estúpido!... podría sospechar por la pregunta y preguntarme porque quería saberlo y ahí sí que no sabría que decir.

- Era un sobre blanco, al igual que la hoja de adentro. No tenía sellos de pago porque Sebastián siempre mandaba una carta dentro de otra, para que el tiempo y el temporal no la dañaran, siempre me decía que así tenía sus recuerdos inmaculados.

- Aha ¿y dónde está la carta?...

Otra vez metí la pata, ¿por qué no podré mantener la boca cerrada?

Su mirada era una suplica hacía mí, para que no despertara aun más a la nostalgia.

-... digo ¿dónde están las cartas para el truco?

Estoy seguro que lo mío, no es para nada la sutileza y ella se dio cuenta de mi trartamudeo.

-Están en el cajón bajo la tele – contestó.

El niño las sacó y se quedaron jugando. Miguel ganó tres de cuatro partidas.

Capítulo 18

Era de noche, estaban comiendo un asadito hecho por Rosita. Y se fueron temprano a dormir, porque al día siguiente tocaba la mudanza, a las ocho de la mañana.

- Miguelito, ¡vamos arriba! – le susurró Lorena al oído.

- Arrgg... ¿qué hora es? – dijo quejándose.
- Gracias a tu vagancia son las siete, asique tenes tiempo para guardar tu ropa, la mía y el resto de las cosas, ya está guardado. Pero como el señorito, no tenía ganas de hacerlo al volver a casa, le toca ahora y ya mismo ¿Estamos? Dale que si no se queda acá tu ropa – dijo Lorena destapándolo.
- Arrgg mamá... media hora más ¿sí? yo me apuro.
- Miguel, no me obligues a tirarte agua encima, vamos – dijo sacándole la almohada.
- Arrgg qué crueldad – gritó Miguel.
- Gracias, mi amor. Mira a que extremos llega mi crueldad, que le dije a la maestra que hoy no irías, pero ahora que me recordas que soy cruel, me parece mejor que vayas no quiero arruinar mi “reputación” con la constancia de una debilidad en mi crueldad...
- ¡Yupi! – pegó un grito y saltó de la cama.
- ¡Eso mi amor!, ¿para qué tenemos oídos, si no es para destrozarnos? – dijo tapándose los.
- Me voy a duchar y en cinco minutos vuelvo – dijo yéndose.
- Bueno.

Dale a los niños lo que quieren e irremediablemente verás asomar una sonrisa en sus labios, pensó la madre.

Tras acabar con la ducha Miguel se fue al cuarto de Martín, el que compartieron estos días, juntaba sus cosas. En eso llegó el camión; era mediano y naranja. Al oírlo llegar Martín abrió los ojos.

- ¿Qué hora es? – preguntó.
- Las siete y diez, perdón no quise despertarte, tenes merecido los veinte minutos de sueño que te restan yo no tengo ese problema, como hoy no voy.
- ¿Por qué será que los niños se regocijan en su inocente crueldad?
- Ah que ¡chistoso! Gracias por los ánimos – dijo Martín dormido.

Miguel salió a la calle y vio al camión, su madre corría junto a Rosita con bolsos y valijas y dos hombres llevaban lo más pesado, parecía que venían con el camión, también podía ser que eran basureros y pensaba que dentro de las bolsas de consorcio había basuras ¿quién sabe?.

- Tengan cuidado con ese cajón que tiene la porcelana de mi madre – decía Lorena.

¿Por qué si es de la abuela, lo tiene mamá? (pregunta retórica, claro y bastante chota ahora que lo pienso).

- ¡Rosita! ¿vos te llevaste la caja que deje en el porsch? – le preguntó Lorena.
- No, mamita, no me llevé nada – contestó a su desesperación.
- Señores, señores ¿ustedes agarraron la caja que estaba en el porsch – insistió la mujer.
- Eh... yo no, señora... ¿vos Walter? – le preguntó el uno al otro.
- No, lo siento.
- Ah ¿Quién habrá agarrado esa caja? – gritó histérica.
- Tranquilizate mamita seguro que sin darnos cuenta la subimos ya, pero si llega a estar acá, cuando se haya ido el camión yo te la alcanzo... no te hagas drama.
- Es que en la caja, está lo esencial, para comer y para preparar la comida, Rosita.
- No te vas a morir por eso, mamita, se quedan a comer acá y chau – afirmó.
- Bueno... sigamos...

Y así prosiguió la mañana. Todo duró más de seis horas.

Por fin habían aterrizado en su nuevo hogar; la casa estaba a dos cuadras de Av. Italia. Tenía dos habitaciones, un baño, cocina comedor, living y jardín.

Capítulo 19

- Me voy a lo de Mariana, mamá- le dio un beso y se dispuso a irse.
- Pero... - dudó ella.
- Tranqui, vuelvo antes de que caiga la noche – aseguró Miguel.
- Pero... - y la dejó con la palabra en la boca –... ¡ah qué chico! Y encima ya que va podía aprovechar en decirle que lo de éste sábado no salió, bue... se lo diré después – pensó Lorena.

Al rato llegó Miguel al geriátrico y pasó a la habitación de Mariana, con la mochila en la espalda y la túnica asomando por debajo de la campera, para que no le cobraran el boleto.

- Hola Mari, ya nos mudamos y vine para saludarte. Vivo a cinco cuadras más lejos de acá ahora, pero voy a seguir viniendo igual. Ahora tengo mi propio cuarto.
- Pensé que te gustaba compartirlo con Martín – le dijo la anciana.
- Sí sí, pero ahora estoy sólo – dijo dejando notar una fascinación indescriptible en los ojos.

- Me alegro que esa soledad “intimidad” tal vez, te agrade... más no soy quién para recomendarla o no, tenerla es la mejor manera de aniquilar al alma y no tenerla también la despedaza, es algo a lo que nadie tiene respuesta, sólo uno mismo la sabe.

- ¿Y cuál es tu respuesta, Mari?

- No tengo ninguna, para un alma ya muerta, mi ángel.

- Ay no digas eso, Mari. Mejor contame más de tu vida ¿sí? si quieres claro... ¿dónde naciste? Que no me acuerdo o no me quedó claro – cambió rápido de tema el niño.

- Bueno... – dijo riendo -... nací hace muchos años, en 1916... el 14 de Mayo ¿ya lo dijo?... ¡ah claro! Fue por eso la salida ¡qué memoria! Bueno... nací en un pueblo de Italia, en el sur. Allá fui a la escuela. Después nos mudamos al norte por el trabajo de mi padre y fue allá donde hice el liceo, lo terminé pero no quería hacer una carrera universitaria, igualmente las posibilidades para la mujer en aquella época eran muy pocas. Estuve desaparecida. No recuerdo bien lo qué pasó, sólo tengo pesadillas de aquel momento, ningún recuerdo físico formado en la memoria, pero a veces (antes mucho más) las pesadillas no me dejan dormir. Creo que fue la primera vez, en que mente y corazón, se aliaron para matarse el uno al otro, para que de afuera no nos lastimaran...- Miguel la oía atentamente -... estuve meses en el vacío, hasta que un día mi padre (según me contaron) me halló boca abajo dentro de un charco de barro, lo único que recuerdo es que al llegar a casa mi madre gritaba como loca – “Dios unos minutos más y nos la hubieras quitado”, dicen que era una calamidad mi cuerpo, que no era ni parecida a lo que fui. Además de las heridas que tenía. Me acuerdo de oír Jazz y mi madre leyéndome libros. Tenía veinticuatro años en ese entonces y ya estaba mejor. Mi madre me pedía ir con ella, a la plaza, casi todos los días y no podía negarme, aunque no me gustaba que la gente me viera así. Caminando por la calle agarrada del brazo de mi madre no creí que sentiría nuevamente la brisa en la cara, a pesar del año ya que me separaba del vacío nefasto.

A los veinticinco años ya regresé a la rutina y me anoté en la facultad. Mi mejor amigo, desapareció en esos momentos en los que yo también había desaparecido, sólo que yo volví, de él nunca se supo nada más. Yo siempre pasaba, por la puerta de su casa, para ir a estudiar, nunca se los dije a mis padres pero me sentía maldita por haberme salvado si se puede llamar así, me sentía sucia por dentro y por fuera, pero todo me daba miedo y la incertidumbre de no saber lo que había pasado en ése tiempo de “desaparición” me carcomía. No sé explicarlo, perdón... Ellos (mis padres) se esforzaban por hacerme reír y yo por no llorar. Y otra vez la culpa golpeaba mi puerta, por no reírme con ellos, sólo camuflaba el dolor... - el chico

seguía observándola en silencio y con un nudo en la garganta... Fue en 1939 cuando conocí a aquel novio del que ya te hablé... y ¿qué te parece si la dejamos para otro día? Además se te va a hacer tarde... - dijo mirando la hora.

- Uy tenes razón, bueno bueno... hasta mañana entonces – le dio un beso y se fue.

- ¡Ta! Cuídate y saluda a tu mamá – dijo ella.

Miguel corría por las escaleras, poniéndose la túnica en el aire. Llegó a la parada y al paso de cinco minutos alzo el brazo y frenó al ómnibus.

- Mamá ... ¡llegué! – gritó al entrar a la casa, mientras que Brandy le hacía fiesta.

- Ya me di cuenta, sí ¿y... qué te parece como deje todo? – dijo la madre emocionada.

- Bien – dijo después de echar un rápido repaso por la casa.

- ¿Bien? Estuve todo el día acomodando todo y sólo decís bien.

- ¿Muy lindo? – preguntó ignorando la respuesta que quería su madre.

- Está bien, anda a lavarte las manos que ya comemos.

- ¿Y qué vamos a comer? – preguntó ansioso.

- Sopa de fideos que es fácil y rápido, estoy muy cansada.

- ¡Alucinante! – dijo mientras corría al baño.

- Ah claro... por una sopa rápida se alegra y por encontrar cada cosa en su lugar, sólo ofrece un “bien” ¿será histeria o falta de atención? – se preguntaba a sí misma.

El chico reapareció, en el umbral de la puerta del comedor y vio a su madre llorando, en el piso con la manos en la cara y corrió junto a ella, abrazándola y ella al notar su cercanía lo abrazó a él.

- No llores, mamá – dijo el niño afligido.

- Es que no voy a poder... - dijo de repente.

- ¿Con qué... con qué no vas a poder, mamá? – preguntó extrañado.

- Con esto, mírame... tratando de hacerme la fuerte y frente a la mínima estupidez como esperar un elogio por ordenar la casa me vengo abajo y lloro en un esquina queriendo huir de tus ojos... porque soy yo quien debe protegerte y animarte y no al revés – dijo sollozando.

- ¿En qué libro dice eso?... tenes razón, no me fije en la casa...

- No, no me digas eso que me hace sentir más estúpida...

- No me fije porque soy un despelotado, no porque no me haya dado alegría ver todo lindo... no sé qué hubiera hecho sin ti, mamá. No soy de fijarme en esas cosas nada más... pero eso no quiere decir que no aprecio lo que haces – dijo Miguel.

Ambos se pusieron a llorar y cuando parecieron reponerse, se dirigieron a la mesa a tomar la sopa.

Capítulo 20

Al volver de la escuela, Miguel corre a la cocina y encuentra a Lorena junto al horno.

- ¿Puedo llamar a Clara? - dijo el chico dejando la mochila en el piso.
- ¿Amiguita? – preguntó curiosa.
- ¡Novia! – dijo firme y orgulloso.
- Pucha... mira vos y ¿cómo es esa Clara? – dijo dejando saltar a su curiosidad.
- Mamá... - dijo un poco avergonzado.
- Bueno... sí, anda nomás y llámala – contestó sonriendo.
- Ah... no contesta nadie... - dijo desilusionado.
- Espera un poco, desesperado! – dijo riendo al notar el nerviosismo en su chiquito.
- Hola hola , habla Miguel ¿está Clara? – preguntó temblando un poco.
- Un momento... (se oyeron gritos – ¡¡Claaaarraa!!)... ¿Sí?, habla Clara – dijo con voz cristalina.
- Hola Clarita, soy Miguel – contestó el muchacho.
- Ah vos... - contestó solamente.
- Sí, ¿todo bien? -¿*Por qué me contesta así?*-
- Sí, hace un toco que no sabía nada de vos – contestó fría.
- Perdón, es que una amiga cumplió años y estuve con ella – dijo disculpándose.
- Ah... está bien, todo un fin de semana eh... - dijo ofendida.
- No, no es lo que pensás, mi amiga tiene ochentaseis años – recalcó.
- Ah... - suspiró sorprendida.
- Te la quiero presentar ¿tenes tiempo hoy a las seis de la tarde? – preguntó.
- Sí, creo que sí.
- ¡Bárbaro! ¿Nos vemos en la parada entonces, sí?
- Sí, ahí estaré...

A las seis de la tarde, Miguel la esperaba en la parada de ómnibus, sentado sobre una piedra leía un libro para matar al tiempo. El día era Otoñal, los árboles estaban dorados, y había un poco de viento. Los minutos pasaron y a lo lejos divisó a Clara, con un vestido rojo y medias cancan de lana marrón, una camperita marrón y un gorro haciendo juego con el vestido. Él se levantó y guardó el libro en la

mochila.

- Hola... estás muy linda, Clara – le dijo al estar frente a ella.
- Gracias, bueno... ¿vamos? – preguntó después de sonreír.
- ¿Quieres ir caminando o preferís ir en ómnibus? – pregunto averiguando Miguel.
- Caminamos... - dijo sonriendo.

Llegaron a los veinte minutos después, se entretuvieron hablando y frenando en un almacén, para comprar galletas. Al llegar al asilo, él le indicó el camino.

- ¡Tu amiga en serio tiene ochentaseis años! – dijo al entrar a la habitación y ver a Mariana.

- Te lo dije... esperame acá que le voy a avisar – dijo yéndose por una puerta. Clara se sentó en el jardín y unos abuelitos se le acercaron a charlar con ella.

- Hola Mari ¿cómo estás? – dijo Miguel al verla.
- Bien bien, alegre de verte – le contestó la anciana.
- Te tengo una sorpresa – dijo con ojos brillosos.
- A ver... ¿cuál es? – dijo intrigada.
- ¡Claaaarraaa! – gritó el muchacho.

Clara se disculpó con los ancianitos y fue corriendo a dónde la llamaba Miguel, entró sonriendo y al verla la saludó.

- ¡Mari! Ella es mi novia – dijo presentándosela a la anciana.
- ¿No? Ah... ¡felicitaciones, tortolitos! ¿qué bien guardadito te lo tenías eh?... – miro a Clara -... Te ganaste el cielo con éste chico, Clara – ella sólo sonreía.
- ¡Clara! Ella es mi abuela – siguió presentando mientras que a Mariana se le llenaron los ojos de lágrimas.
- Ay tesoro, mi nietecito, mi ángelito – dijo la anciana sin poder contenerse.

Clara era rellanita de cachetes rojos y con una enorme simpatía en la sonrisa, pelo marrón y color de ojos miel. La anciana vio en seguida el atractivo que cautivó a Miguel.

- Le prometí a mamá que me iría temprano, asique ahora me despido, pero mañana vuelo ¿ta?
- Sí, mi ángel, saludos a tu mamá. Chau, Clarita, un gusto conocerte.
- Igualmente, señora – dijo Clara dándole un beso.
- Ah Mari, mamá dijo que al final no va a poder ser lo del Sábado, se le complicó la cosa en el laburo – dijo disculpándose.
- ¡Qué lastima! – dijo la anciana.

Y así se fueron, dejando a Mariana mirando la televisión, mientras que Celeste le traía la cena. La muchacha traía una bandeja con un guiso de verduras y legumbres, un vaso de agua mineral y un tarrito con pastillas.

La anciana se comió todo y también tomó las pastillas. En la tele daban algo que ni siquiera le interesaba y al ratito quedó dormida. La enfermera le acomodó los almohadones.

Miguel se despidió de Clara, a las tres cuadras del asilo y ella trató de alargar el momento, hasta que el apuro les obligó separarse. El chico llegó a su casa y encontró a su madre cocinando la cena, mientras oía algo de pop en la radio.

- ¡Ah por fin llegaste! ¿sacas al perro por favor? – preguntó Lorena mientras revolvía la olla.

- Ta bien – contestó agarrando la correa.

- No pongas esa cara y colaborá un poquito, mijito – rezongó Lorena.

- Si no hice nada – protestó Miguel.

- Tu cara habla por sí sola, mi amor – afirmó la madre.

- Bueno... ¿así está mejor? – dijo fingiendo una sonrisa.

Lorena ya no protestó y sólo le dijo que lo sacara de una vez y basta, sin poner caras largas. El niño ató al perro y salió a la calle, ahí lo miró...

- Vos no te calientes conmigo, Brandy, es que estaba cansado por eso no quería salir, no por vos... Ya sé que vos ni te quemas, pero igual... ¡No pará, no me lames la cara!... Fui un egoísta contigo éste último tiempo, ¿me perdonas? ¡Sos el mejor, peludo!.

Y así siguió disculpándose con el perro, mientras que el perro sólo lo observaba como quien ve un cacho de carne, tenía la lengua para afuera. Caminaban en silencio parando acá y allá, para marcar territorio. Volvieron a la media hora a la casa, la comida ya estaba servida. Miguel se fue a lavar las manos, después de recibir unas sustanciosas ordenes de su madre.

Capítulo 21

El sol ascendía una vez más dándole la bienvenida a un nuevo día. Los rayos del sol despertaron a Miguel. Se despertó, se vistió, tomó el desayuno y fue en bici a la escuela. De paso fue a buscar a Clara, como lo hacía todas las mañanas desde que la conoció, pero ahora iba a su lado y no detrás intentando ocultarse.

A las doce del mediodía, se terminaba el horario escolar y Miguel se dirigía en su bici al geriátrico. Andaba por la vereda, pero bajó a la calle, al haber muchos chicos que salían todos del mismo lugar. A los cinco minutos llegó al asilo y subió a verla.

- Hola , Mari – dijo contento.
 - Hola, muchacho ¿cómo te fue en la escuela? – preguntó ella.
 - Bien, pero me dieron un toco de deberes – protestó el niño.
 - A ver... saca los cuadernos que te ayudo – dijo ella sonriéndole.
- Juntos los hacían todos, Mariana era como una maestra particular.

Como sabe, me ayuda con todos los temas. Es la persona con más paciencia que yo conozca, contando con mi distracción selectiva. Ahh... le quiero preguntar algo, pero... mejor no.

- ¿Por qué te quedaste callado? Sé que ibas a decirme algo, asique dale – dijo presionándolo.
 - Te quería contar... contar... Te quería pedir que siguieras contando acerca de tu vida...
 - Claro, bueno... vamos a ver ¿dónde nos quedamos? – preguntó insegura.
 - Hace cómo tres días – dijo él.
 - ¿Qué? – preguntó sin entender.
 - Hacen tres días ya que dijiste que íbamos a seguir mañana... - dijo reprochando.
 - Bueno... pero tu novia te mantuvo entretenido ¿o no? – preguntó la anciana.
- El chico se puso colorado y en seguida cambió de tema.
- Nos quedamos en los 40' cuando conociste a tu novio, pero eso ya me lo contaste.
 - ¡Cierto! Ahora lo recuerdo. En el '39, nos quedamos. Ese año me fui a vivir con la bestia... Conviví demasiado tiempo con él, te lo puedo asegurar. Claro que los primeros tres años, sólo eran frases raras, pero al término del tercer año me levantó la mano y después ocurrió aquello que ya te conté. En el '42 me fui a vivir a la casa de una prima, en Sicilia.
- A mi madre la empecé a volver a ver, en ése año recién. ¡No! ... en el '39 la deje de ver y en el '43 la volví a tratar... Bueno mi madre no sabía cómo hacer, para borrar el pasado, me pidió mil veces disculpas (a su manera). Yo le contestaba que no importaba, que no fue su culpa, pero mi mente me gritaba en ese momento “mentirosa” porque nunca pude perdonárselo, aunque sinceramente lo quería... Era un dolor muy grande el que sentía. Era mi madre, que para mi lo era todo, quien me entregó a los brazos de la muerte. Esa era la imagen que yo siempre tenía en mente,

cuando la veía.

En Septiembre del '57 me compré un pasaje de avión a Uruguay y con dos valijas, me despedí de mi prima Sofía. 40 o 41 años tenía por aquella época...

Al llegar acá no conocía a nadie, pero no me importó, de alguna manera todo la mierda que viví además de desgarrarme me dio fuerzas para seguir.

Y acá conseguí trabajo, en un taller de costura y vivía en una casita modesta, pero por fin era libre. Estuve tres años trabajando en el taller y los dueños (una familia) me estimaban mucho, siempre me invitaban a comer porque sabían que estaba sola, yo me negaba pero eran muy obstinados... me decían – “Usted señorita, come con nosotros, ésta familia se encarga de alimentar a su estómago y espíritu, asique no me haga enojar!” – Eran divinos, al cumplirse el tercer año los señores tuvieron un accidente automovilístico regresando de La Paloma y el local pasó a manos de sus dos hijos. Uno está casado y tiene tres gurises, la chica estaba de novia con un chico extranjero, tal vez ya esté casada, hace tanto tiempo que no sé nada de ellos... - murmuró.

- ¿Y qué pasó entonces, Mari? – preguntó curioso el chico.

- El taller lo manejó el chico (que era mayor de edad ya) lo cerró y al tiempo lo vendió a una empresa de construcciones. Yo quedé en la calle y me iba todas las mañanas a recorrer locales en busca de trabajo de cualquier tipo, los ahorros ya no me daban para la comida. Entonces como un milagro conseguí un puesto en una papelería de 8 de Octubre. Un día en la pausa del trabajo, me fui a tomar algo a un restaurante a 18 de Julio y Paraguay...

- “Lemón” - gritó Miguel.

- Ese mismo... – sonrió la anciana -... y ahí fue dónde conocí al hombre que me devolvió la sonrisa, Sebastián. Él siempre se preocupó por mi tristeza, aunque yo me empeñaba en ocultarla.

De entrada tuvimos una buena relación, compartíamos cosas, como si fuéramos íntimos amigos y eso que recién nos habíamos conocido.

Él me insistía, en que tenía que perdonar de corazón a mi madre, porque me estaba matando a mí misma, al culparla de mi tragedia. Él entendía que no me era fácil hacerlo y sabía que no era necedad lo que me impedía perdonarla. Nunca se cansaba en buscar la manera de hacerme reír.

Me acuerdo que después de dos años de salir, estar de novios, me preguntó si tenía ganas de despertarme cada mañana junto él, no te voy a decir que no sentí miedo, pero entonces me acarició la nuca y me besó la frente diciéndome que no me incomodara, que sólo era una propuesta, que decía lo que sentía, que no había ninguna atadura... yo quise abrazarlo y decirle que sí, pero el miedo a lo vivido era

mayor, no era que él me lo hiciese sentir, sino que la situación, no sé cómo explicarlo.

Por mi estupidez o si preferís llamarlo “miedo” deje que pasara otro año, con la excusa de que aun no estaba preparada. ¡Mentira!... nada me impedía estar con él. En mi mente siempre estaba la amenaza del pasado y perdí un año más de su amor constante, desde entonces siempre lo recuerdo. En el '64 nos fuimos a vivir juntos y fueron los mejores años de mi vida.

En el '68 se fue a Argentina a ver a su...

- ¡Padre! – volvió a gritar Miguel.

- Sí... ¿te estoy aburriendo, no? – preguntó mirando la hora.

- No, para nada, Mari, sólo que me acuerdo de que fue a eso a Argentina y de que después te mandó una carta desde allá... pero seguí por favor! – suplicó el chico.

- Bueno... sí, se fue y me pidió que lo siguiera y así lo hice.

Él era argentino, al igual que su familia, pero se vino al Uruguay en el '60, por muy corto tiempo, pero después decidió quedarse, me dijo que lo hizo, porque me conoció a mi.

En el '70 o en el '71, creo, me fuí para Argentina.

Pasamos unos años hermosos en el campo, junto a su padre (que ya era mayor, bue... a de haber tenido 57 años, creo) los siguientes años la pasamos yendo a Uruguay y volviendo a la chacra. Era un ping pong esa época, pero ¡qué felices eramos entonces!... yo me sentía una piba de veinticinco años cuando en verdad tenía cincuentaseis años. Viví cuatro años en esa chacra con don Pancho y Seba.

En el '75 se empezó a joder aun más la situación del país (estando en Argentina).

Me acuerdo de que me pelee, por primera vez en serio con él, por una estupidez, un malentendido. Discutimos de irnos del país, él me dijo que no iba a dejar a Pancho sólo, pero yo nunca le pedí tal cosa, yo le quería abrir las puertas de mi casa acá y sé lo dije. A mí me aterraba la situación que vivía el país y me quería llevar a esas dos personas, que me ayudaron tanto cuando más lo necesitaba a un lugar seguro, los quería proteger. Acá (Uruguay) estaba la dictadura, pero algo me decía que teníamos que irnos de Argentina. En definitiva la pelea perdió el control y dijimos insensateces. Hasta que Pancho agarró las riendas de nuestra descabellada conversación y puso un alto, a mí me dijo – “Ay mi hijta, sos un amor, pero yo moriré en ésta chacra”-.

La cosa empeoraba día a día, en los diarios siempre hablaban de nuevas desapariciones.

La casa de acá, la dejamos en manos de un primo de Sebastián, que vivía en Carrasco.

Pasamos dos años en la chacra, habian dos vacas y un par de ovejas.

Año '76. Era noche cerrada, esperábamos con don Pancho a Sebastián, sentados alrededor de la mesa, tomando mate con la cena caliente. Yo noté algo raro y me dispuse a fingir frente a Pancho mandándolo a que se fuera a dormir, en eso entró Eulalia gritando histérica y al ver la cara de Pancho se calló. Yo al ver su cara de espanto sentí desmayar, pero tenía que ser fuerte por Pancho, pero él la miro y preguntó <<¿Qué pasa, Eulalia? Crees que soy estúpido, dale habla ¿qué te trae tan espantada?>> - <<Es que... es que...>> La pobre no sabía qué decir, pero a don Pancho una vez que se le había metido en la cabeza, hacer una pregunta, no descansaba hasta obtener una respuesta. <<¡Habla mujer! Que voy pa'viejo y no al revés>> - <<Ay don Pancho.. es que vi cómo se llevaban al Seba>> - <<¿Quién... quién se llevó a mi hijo?>> - <<¿Qué se llevaron a Seba?>> dije de pronto sin poder creerlo. Entre zarandeos, le sacamos el resto de la información, a la pobre Eulalia <<Se lo llevó la policía>> dijo finalmente.

Estuve nueve años buscándolo sin parar, todo el mundo me decía que no valía la pena, que no había nada qué hacer, pero yo no me resignaba a perderlo y seguía buscándolo desesperada sin saber dónde buscar.

Don Pancho murió al año siguiente de enterarnos, en el '77, ¡pobre viejo! Adoraba a su hijo y no aguantó su ausencia, dicen que no sufrió al morir, pero sé que no es verdad. Vivió con ese sufrimiento, un año entero hasta que lo mató. Yo no podía reemplazar a Sebastián en el corazón de Pancho, nada puede ocupar el lugar de un hijo... .

En Enero del '85 me fui, digo me vine a Uruguay nuevamente, busque al primo de Sebastián, pero había desaparecido. Dicen en el barrio que se fue a Suiza con toda la guita que sacó de la casa "nuestra casa". Y bue... otra vez en la calle con setenta y dos años... ¿qué estoy diciendo...? Tenía sesenta y nueve años. Me metí de enfermera de ancianos ¿irónico, no? Era el único trabajo que me dieron y así sobreviví catorce años. Con 83 años me despidieron, porque no "servía" ni para darle compañía a los pacientes...

– dijo respirando profundo.

- ¿Y durante esos catorce años? – preguntó Miguel.

- No pasó nada, yo seguía buscando a Seba, me hundí en libros, no salía de casa, pasaban las horas y me quedaba mirando la pared. En ese tiempo no comía casi nada. Vivía en el parque con una foto de Seba, preguntándole a cada persona que pasaba junto a mí, si lo había visto.

Parece que una mujer desesperada, por encontrar a un ser querido, a pesar de no molestar a nadie con su dolor, le resultaba pesado a la gente verla todos los días y

así decidieron sacarme de circulación. Y desde entonces estoy acá y acá leo, oigo Jazz, como y duermo – dijo con tristeza el final.

- Pero no contaste de cuando me conociste a mí – protestó el niño.
- Tenes razón, en el '02 conocí a un chico que me recordó una alegría que había olvidado, reparó una sonrisa quebrada que me había devuelto Seba. Y mira vos... recién ahora me abro y te cuento acerca de aquel pasado – dijo como meditando.

Hace tres años que se conocen ya. Miguel va prácticamente, todos los días y se hicieron grandes.

- Wow ¿yo reparé tu sonrisa... con mi insolencia será? – dijo pícaro riendo.
- Sí, gracias a vos, siento algo en ésta vida.

El muchacho se acercó a ella para abrazarla y cuando el abrazo aflojó la anciana notó la cara colorada de Miguel, Mariana le acomodaba el pelo tras la oreja diciéndole...

- Ay no te pongas así, mi ángel que sólo digo la verdad. Bueno pero ahora se terminó la historia, tenes que ir casa, no vaya a ser cosa que te agarre la noche por mi culpa.
- Ta ... entonces me voy – dijo dándole un beso y yendo a la puerta.
- ¡No te olvides de la mochila! – recordó Mariana.

Capítulo 22

El amanecer en la casa de los Pizzano fue un poco alocado. Lorena le preguntaba a Miguel si ya había llevado su ropa sucia al lavarropas, pero él estaba en su cuarto jugando a la Play Station, con el sonido a todo trapo. Eran las ocho menos cuarto y a Lorena se le implantó la histeria. Al entrar a su cuarto y ver el despertador, empezó a gritar diciendo que se apurara para ir a la escuela, pero el chico trato de calmarla diciéndole que la maestra hoy no iría, por lo tanto no hay clases.

- ¿Cómo quieres que me calme? Yo que no sabía nada y encima al ver la hora me entra la histeria – dijo con voz aguda.
- Ya veo – respondió casi riendo Miguel.
- ¡Miguel! - gritó.
- Perdoná, mamá, se me pasó avisarte ayer al volver a casa.

- Buen... entonces te dejo seguir con éste quilombo... me voy a hacer un café ¿quieres algo? Cocoa o un te tal vez – sugirió la madre.
- Una cocoa y pan con mortadela, por favor.

Lorena estaba en la cocina preparando el desayuno. Prendió la radio y oyó el informativo. De mientras Miguel seguía jugando y cada “Game Over” se lo oía putear.

Era la una de la tarde, cuando Miguel después de pegarse una ducha salió de la casa, camino al geriátrico en su bici, con la mochila verde. Al llegar al portón del hogar encadenó la bicicleta y subió los escalones, al entrar saludó a Celeste que leía una revista sentada a su escritorio. Subió las escaleras y golpeó en la puerta de Mariana.

- ¡Adelante! – gritó la voz de la anciana.
- Permiso... hola, Mari... mira lo que te traje – dijo sacando una caja de bombones.
- Ah gracias, pero creo que no me lo permiten, ángelito, al menos hace doce años que no me dan chocolate – dijo un poco frustrada.
- ¿"Doce años... y cómo aguantaste tanto? – dijo entre un aullido y el asombro.
- Es más fácil de lo que creí, estando acá adentro no tenes ninguna posibilidad de conseguirlo por tu cuenta y como no salgo – dijo subiendo los hombros.
- Ah claro ¡que crueldad che! Bue... ésta caja es para vos, comelos despacio, igual son livianos. Y te tengo otra noticia... - dijo dejándola en ascuas.
- A ver contame... - dijo expectante.
- Ayer hable con mamá de lo de Rocha, me dijo que nos iríamos éste fin de semana y que prepares una mochila con lo que necesites – dijo bajito.
- ¡Qué alegría! Por fin y yo que pensaba que no había salida, pero con respecto a la mochila no tengo.
- No hay problema ¿sabes qué llevar? Lo digo porque estamos a Jueves y nos vamos el Sábado de mañana – siguió susurrando.
- Mmm a ver abrí el ropero... sacá dos pantalnes por favor y dos remeras, un pijama y pará que te doy plata para que me compres un cepillo de dientes, para que no sospechen acá... porque temo que ocultes algo debido a tu susurro.
- Sí, pero lo del cepillo te lo compro yo, Mari.

Así abandonó Miguel el cuarto preguntándose de dónde sacará Mariana la plata que quería darle para el cepillo.

Caminando se fue hasta la casa de Clara, porque su bici estaba pinchada.

-¿Qué haces acá, Miguel? Mi padre te va a matar – dijo la chica al abrir la puerta.

- Hola, Clarita. Acabo de ir a lo de Mariana y quería verte.

- ¿Cómo está ella? – preguntó sonriendo.

- Bien. ¿estás haciendo algo o podés venirte? – preguntó el chico.

- Voy, pará... que no se entere mi viejo.

Miguel la esperó junto al muro mientras que inflaba la rueda de su bici y juntos se fueron a la plaza y corrían carreras. Miguel era siempre el que veía a Clara delante.

Capítulo 23

Llegó el Sábado. Eran las siete de la mañana cuando Lorena, cruzó el umbral del geriátrico con Miguel y juntos se dirigieron a la oficina de Celeste.

- ¡Buenos días! Celeste – saludó Lorena.

- Vaya que se han despertado temprano hoy ¿a qué debo semejante visita? – preguntó la enfermera.

- Venimos por Mariana – afirmó Miguel.

- Bueno, creo que duerme, pero ya saben cuál es su cuarto ...¡suban! – dijo la enfermera.

- No, no me entendió ¡vengo a llevarme a la señora Rosas!

- Pero señora... - dijo vacilando Celeste.

- ¿Qué tengo que firmar para sacarla como la otra vez? – preguntó firmemente Lorena.

- Ahhh así sí – dijo respirando nuevamente, señalándole dónde firmar.

Subieron a su habitación y la ayudaron a bajar por el ascensor, la acompañaron al auto poniendo la silla de ruedas en la valija. Se despidieron de Celeste.

- ¿Cómo los convenciste, Lorena? – preguntó incrédula la anciana.

- ¿Convencerlos de qué...? – contestó la mujer.

- De ir a Rocha – dijo Mariana extrañada.

- Shsh – ambos hicieron un gesto de silencio.

- No saben que vamos a Rocha, Mari- dijo el chico.

- Ay muchachos, se van a meter en un lío y todo por mi culpa y a su vez es hermoso contar con amigos como ustedes – dijo riendo y llorando de emoción.

El viaje fue plácido, no había demasiado tránsito, total que a las tres horas después llegaron a la casa de Rocha.

El lugar estaba rodeado de árboles, era una casita no muy grande de tres habitaciones, un baño y living-comedor-cocina. Estaba a tres cuadras de la playa. Y como llegaron a las doce de la del mediodía, por todas las vueltas dadas decidieron bajar a la playa, para ver cómo estaba el agua. Mariana al principio no tenía ganas, pero el muchacho la convenció y se fueron los tres caminando.

- ¿Estás segura Mariana que no querés descansar? – preguntó Lorena.

- No, Lorena, estoy bien. Gracias! – contestó.

Llegaron a la playa y Lorena se metió en seguida. El sol iluminaba el mar. Miguel y Mariana se quedaron conversando a la orilla.

- Ahh está hermosa el agua, me meto un rato más y vuelvo ¿no quieres venir, Miguel?

- No, gracias, mamá. Me quedo acompañando a Mari, después capaz que voy.

- Bueno... chau – dijo antes de desaparecer en dirección al Río de la Plata.

El agua se veía transparente y mientras que Miguel dibujaba en la arena la anciana lo observaba.

- ¿Qué pasa, Mari? – preguntó cuando la miro sintiendo una mirada dirigida a él.

- Es que sos igual a él y no me había dado cuenta – dijo con voz de añoranza.

- ¿Igual a quién? No te entiendo – preguntó extrañado.

- A Sebastián sos igual, de alguna manera tus gestos me lo recuerdan, también puede ser que se deba a que el otro día hable tanto de él que su recuerdo despertó de nuevo en mí... Sé que te parece una estupidez, cosa de vieja chocha.

- No es eso, es que la foto que me mostraste en tu cuarto no me lo pareció, nada más.

- El parecido no es físico te dije, es otra cosa... algunos gestos – remarcó Mariana.

- No, si ya sé, pero ta si a vos te parece, como yo no lo conocí, no sé – dijo sonriendo.

Ese parecido que ella ve en mí es como un elogio. Y más por lo que le hago acordar, que ni idea qué, pero intuyo que es algo bueno.

- ¿Y ahora por qué te quedaste como pensativo?

- Pensaba en mañana por mi cumpleaños.

- ¿Mañana cumplís años? – preguntó ella asombrada.

- Sí, siempre que cumpla años venimos a Rocha y nos comemos un asadito.
- ¡Qué bien!, pero yo ¿qué te regalo ahora? – pregunto la anciana.
- Tu sonrisa – le dijo rápido y sin pensarlo, ella le sonrió y lo abrazó.
- ¡Qué divino!...¿doce años cumplís ya, no? Mira vos...

Capítulo 24

A la tarde, se fueron los tres a un restaurant a comer mariscos cerca de la playa, caminaron mientras que la noche se cerraba sobre ellos. Al volver a la casa jugaron a las cartas (al truco), porque Lorena se fue a acostar; tenía dolor de cabeza. Miguel se quedó pensando si los cuatro partidas ganadas las había ganado porque Mariana lo dejó ganar, por su cumpleaños o era realmente merito propio.

A la mañana siguiente Mariana y Lorena lo despertaron entre cantos y risas. Miguel fue a la carnicería a comprar la carne, chorizos, mollejas, cuatro patas de pollo, chinchulines y morcillas.

Lorena preparó las ensaladas y colgó los globos en la casa.

A las cinco de la tarde la carne estaba lista y la mesa puesta. Comieron, charlaron y se rieron y lloraban ellas recordando y él avergonzado de lo que contaban.

La torta estaba hecha por Lorena, era marmolada con azúcar impalpable por encima y tenía doce velitas formando un círculo. La fiesta siguió con chistes, risas y música. Después de terminar fundidos el chico se levantó.

- Voy a lavar los platos – dijo decidido.
- Bueno, mi amor – dijo ella levantando la mesa.
- No, mamá, tenías que decir que yo hoy no muevo un dedo por ser mi cumpleaños.
- Está bien, gracias por tu amabilidad fingida, tesoro – sonrió.
- Vamos a la playa con Mariana ¿sí, mamá?
- No sé Miguel... ¿te encontras bien como para ir sola con él, Mariana?
- Sí, mi hijita – contestó sonriendo.
- Bueno, pero no vuelvan tarde por favor.
- Ta, mamá, tranqui... chau – dijo Miguel cerrando la puerta.

El chico cambió a la mochila de brazo y agarró a Mariana con el otro. Al llegar a los médanos, cruzaron y se sentaron en la arena. Miguel se levantó y se fue a dar un chapuzón al mar, volvió en seguida y se acostó junto a Mariana.

- Ah está hermosa el agua. Y... ¿te gusta Rocha, Mari?

- Es hermoso, tomá la toalla, Miguel – dijo alcanzándole una.
- Gracias...

¿Cómo saco el tema ... le podría decir que se me cayó el cuaderno y la carta salió de él? Naa suena más falso eso, pero ¿cómo empiezo? ¡Tacto, Miguel, tacto!

-... ¿puedo preguntarte algo, Mari?

- Claro que sí, Miguel - contestó abriendo los ojos.

-*Creo que la sinceridad es mi mejor arma acá...* Hace un tiempo descubrí una carta, en el interior del cuaderno de gamuza azul... - la cara de Mariana cambió de repente, pero no había enojo en su mirada -... No la leí, te lo juro, Mari.

- No hace falta que me jures nada, Miguel. Lo sé.

- ¿Por qué uno de los bordes está quemado? – preguntó tímidamente.

- Hace tiempo... después de unos años de la separación forzada de Seba, me entró un bajón terrible se me mezcló la desesperación, la soledad y la impotencia y tiré la carta al fuego por lo que decía en ella. Yo estaba acá y él me había abandonado, es una estupidez lo sé, pero así lo sentía en ese momento.

- Entiendo, pero... ¿Por qué no se consumió? – preguntó dubitativo.

- En su momento pensé lo mismo, pero me imaginé que fue el viento el responsable de alejarla del fuego al encontrármela a la mañana siguiente junto a la puerta – concluyó.

-*Sabía que tenía que ver con Sebastián...* ¿quieres la carta, Mari? La tengo en la mochila con el cuaderno azul... ¿Me pasas por favor la mochila?... –pidió el chico.

- ¡Toma!– dijo alcanzándole la mochila a Miguel.

- ¡Aca está, toma es tuya!– dijo revolviendo la mochila y extrayendo un sobre de ella. Ella agarró el sobre temblando y la miraba con una sonrisa quebrada, después lo miro a él.

- ¿Quieres saber qué dice, verdad? – le preguntó al muchacho.

- Sí – contestó sin inmutarse al mostrar curiosidad.

- Bueno, allá vamos... - abrió el sobre y extrajo la carta -... *Hola, mi amor. Estoy acá sólo entre las vacas y las ovejas del viejo todo el día y te extraño ¿no podes tomarte unas vacaciones y venirte? El viejo te manda saludos. Ay Tanita, mi padre se burla de mí porque sólo hablo de ti y me vive tomando el pelo, pero no me importa porque sé que le pasaría lo mismo que a mí si te conociera. Bueno flaca, cuídate por favor y respóndeme viniéndote, el pasaje está en el sobre, te amo Tanita*

P.D.: Te adjunto aquí la letra de un poeta Argentino, no perdón, quise escribir Chileno me equivoqué, pero tachar queda feo, viste! Es un Chileno que se llama Victor Jara y

la canción refleja lo que siento, Tanita. Tu Seba.

- Te quería mucho, Mari – dijo el chico al ver como las lágrimas brotaban de sus ojos.

- Sí, eso decía... Bueno pará que aun no terminé... ¿quieres oír la canción? – preguntó.

- Sí, sí perdona seguí no más.

- La canción se llama “Paloma quiero contarte” y dice así: ...

Paloma quiero contarte que estoy sólo, que te quiero

Que la vida se me acaba porque te tengo tan lejos

Palomita verte quiero, lloro con cada recuerdo

A pesar de que me contengo, lloro con rabia pa fuera

Pero muy hondo pa dentro Palomita verte quiero

Como tronco de nogal, como piedra del cerro

El hombre puede ser hombre, cuando camina derecho

Palomita verte quiero, cómo quitarme del alma

Lo que me dejaron negro, siempre estar vuelto hacia afuera

Para cuidarse por dentro, Palomita verte quiero

1961

Ya no soporto tu ausencia “palomita verte quiero”, quiero estar siempre contigo...- el “contigo” lo dijo llorando sin poder reprimir el llanto - ... Perdóname, Miguel, es que la carta despertó cosas que creí muertas ya y al leerlas me di cuenta de que estaban más vivas que yo.

- No te pongas así, Mari, perdóname vos por hacerte pasar éste trago amargo. Es hermosa la carta... ¿Mejor volvemos, no? – dijo poniéndose de pie y dándole la mano a Mariana.

- ¿Qué? ah sí... vamos! – dijo reaccionando.

Al llegar comieron un poco de asado y después de ver una película se fueron a dormir, ya que mañana volverían a la ciudad.

Capítulo 25

El aire de la playa era puro y fresco. Un nuevo sol despertó a Lorena y ella despertó a los demás.

- ¡Gente... a levantarse y a desayunar! –llamó.

Se sentaron a la mesa y tomaron mate, menos Miguel que tomó una cocoa con bizcochitos comprados en la panadería de la esquina. Lorena le ordenó a Brandy entrar a la casa, no sea cosa que después le de por desaparecer, como ya le ha

hecho antes, porque sabía que tocaba la retirada.

- ¿Ya tienen todo guardado, no? – preguntó preocupada la mujer.
- Sí, no te preocupes, Lorena – dijo la anciana.
- Yo también tengo todo en la mochila, mamá.
- Yo le quería agradecer por todo, Lorena, por éste hermoso tiempo que me permitieron compartir con ustedes, por haberme permitido el sentir algo antes de abandonar ésta vida, no tengo palabras para lo que se echó a la espalda, al desatender las reglas del asilo, no se cómo pagarle – dijo emocionada.
- Me alegro de que hayas disfrutado, al igual que nosotros, con respecto a lo que me eche a la espalda... es mi espalda! Y créeme que aguanta. Bueno, pero ¡vamos!.

Se subieron al auto después de meter todos los bolsos. Miguel mantenía aun la puerta de su lado abierta y llamó al perro.

- ¡Brandy, vamos arriba! – el perro subió como un rayo y se sentó junto a él.

Lorena cerraba la puerta de la casa y se subió al auto, junto a ella viajaba Mariana. La mujer arrancó el motor y el auto se puso en marcha, dejando atrás un hermoso fin de semana vivido en Rocha. Esta vez el viaje fue un poco más feo, al menos para Miguel que tenía que frenar en todas las estaciones para ir al baño; se sentía mareado y tenía dolor de panza.

- ¿Estás bien, ángelito? – le preguntó la anciana muy preocupada.
- No mucho, voy a tratar de dormir un poco... ¡Brandy, veni acá! – y el perro se le acercó.
- Bueno, chiquito, mejor dormí. ... No quiero ni imaginar lo que te va a costar el haberme traído, Lorena.
- Mejor... no te lo imagines entonces, aun estamos de vacaciones.

El auto estaba pegando la vuelta al geriátrico, Mariana y Miguel dormían. De repente unas enfermeras se acercaron corriendo histéricas, ni bien frenó el auto, despertándolos a los dos.

- Ay señora Rosas ¿está bien... le hizo algo ésta mujer? – gritaba una.
 - Doña ¿realmente se siente bien... quiere que llame a la policía, le hicieron algo? – gritaba la otra.
 - ¿Pero qué le voy a hacer? – protestó Lorena.
- Las enfermeras la trataron como aire a la mujer y al niño y se llevaron a la señora

Rosas.

- ¡Venga, señora. La llevaré a su habitación! – dijo Celeste (una de ellas).

- La acompaño – dijo Lorena.

Entraron a Mariana, Lorena iba detrás, pero le cerraron la puerta en la cara. Lo único que le dijeron fue <<-Firmó un documento por horas, no días->>. Miguel miró a su madre con incertidumbre y tristeza, porque lo habían tratado con indiferencia.

- Veni, amor. Mañana venís y la ves y como si nada, es calentura momentánea.

- Bueno... - dijo con un brillo de ilusión en los ojos, sin saber que mañana se borraría todo.

Se fueron felices, aunque el final fue un poco borroso, pero Lorena creyó que sería peor y esa noche, Miguel llamó a Clara que llorando le reprochaba el poco interés que sentía por ella, que sólo la buscaba cuando él quería y ya estaba harta y así como así le dijo que todo había terminado.

Cuando Lorena lo llamó para cenar, él se rehusó a bajar a comer. Estaba sentado en el tejado, mirando las luces de la ciudad con el cuaderno entre las manos, leyendo los poemas y las lágrimas le resbalaban por la cara. Se acostó a las tres de la mañana, cuando ya no tenía lágrimas que derramar.

Al volver de la escuela, dónde todos lo trataban de blandito, fue a la casa y Lorena lo esperaba con el almuerzo.

- Hola, mi amor ¿cómo te fue? – le preguntó al verlo entrar.

- Me trataron de blandito y se burlaron todos de mí, me fue bárbaro – dijo encogiéndose de hombros y se fue corriendo a su cuarto. La madre lo siguió.

- Miguel, amor... ¡abrí la puerta, Miguel! Por favor... - dijo golpeando.

- No quiero ver a nadie, mamá, quiero estar sólo.

- ¿Ni a mí, mi amor? – pregunto con voz dulce.

- ¡¡¡No!!! – gritó.

Lorena optó por dejarlo un rato sólo, para que se calmara. El lamento es parte de la separación y lo mejor que se puede hacer es dejar tiempo al tiempo. Le dolía enormemente oírlo llorar, pero no había nada que ella pudiese hacer más que estar a su lado.

Capítulo 26

Pasó un semana desde el fin de semana de Rocha. Miguel se acercó a la madre que miraba la tele, mientras cortaba papas.

- Mamá, ¿me acompañas a ver a Mariana ésta tarde? – preguntó.

- ¡Claro, mi amor! me alegro de verte mejor.

- Sí y ésa ya no me importa – dijo auto-engañándose.

- Bueno, mete adentro al perro, que agarro las llaves y nos vamos.

El chico llamó a Brandy y cerró el portón. Se subió al auto y le seguía diciendo a su madre, lo poco que le interesaba esa chica que había traído tantas veces a casa, que sólo era un pasatiempo, que sólo era para saber qué es tener a alguien al lado... cosas que dicen, quién está realmente lastimado. Esa típica autodefensa, más conocida por “sangra por la herida” también.

- Bueno llegamos, mi amor. Bajá los pestillos por favor.

- Ta, mamá – dijo obedeciendo.

- Hola, venimos a ver a la señora Ross por favor – le dijo Lorena a una enfermera.

- ¿Usted es...? –preguntó la mujer.

- La señora Pizzano y su hijo – contestó ella. Miguel olía algo raro, antes nunca nadie atendía la puerta y ahora de buenas a primeras pusieron a un guardia... sospechaba algo que no se terminaba de figurar.

- Me está terminantemente prohibido permitirles el paso – respondió la mujer.

Era una enfermera nueva.

- <Celeste no tuvo los huevos de decírmelo a la cara> pensó Lorena y dijo - ¿Cómo que no podemos verla? Somos sus únicos amigos....

- La señora depende del estado, la hubiéramos denunciado de no ser porque la señora Rosas apeló en su nombre. Entonces se emplearon otros medios para excluir su mala influencia sobre la paciente. Y se les está prohibido el contacto con ella – dijo ella muy pispireta.

- Pero son unos descerebrados ustedes, manga de conchudos, uno sólo pide morir alegre y ustedes chupa sangre, tranca huevos, reprimidos de mierda... - gritó sacada Lorena.

Los insultos de mamá se mezclaban con mi tristeza, porque nunca más vería a Mari.

Celeste estaba en la habitación de la señora Rosas.

- ¿Qué son ésos gritos, Celeste?... parece la voz de Lorena – dijo Mariana.

- Efectivamente, señora Rosas. Hemos decidido que sería mejor para su salud, no frecuentar más a ésa gente que sólo la altera – sentenció Celeste.

- ¿Qué... pero, qué estupideces está diciendo? – dijo enojada.

- Ve a lo que me refiero, la altera ésa gente – afirmó.

- Me altero por gente como usted, que amputa “su vida” cuando tiene libertad y la poca que un “amputado” puede tener, se la sacan.

La enfermera abandonó la habitación, dejando a la anciana en el sillón, con la bandeja de comida y las pastillas. Derramó un par de lágrimas y tiró la bandeja completa.

El tiempo pasaba y la anciana se encontraba cada vez peor, no hablaba ya, ni siquiera respondía moviendo la cabeza, comía lo que la obligaban a comer, varias veces hubo que darle suero por la manera en que se rehusaba a comer, parecía haber perdido gran parte de la visión también.

Capítulo 27

Al segundo año de la ausencia de Miguel, fue perdiendo el oído también, ya no oía Jazz, ni leía libros como antes, por la pérdida de la visión.

Pasó otro año más así. Celeste pasaba más tiempo con ella que con cualquier otra internada. Sentimiento de culpa ¿tal vez?. A pesar de sus esfuerzos, Mariana no la miraba, no la reconocía, ni la escuchaba, sólo miraba el vacío.

Al cuarto año de la ausencia de Miguel, en el geriátrico, Celeste abandona el asilo, al recibir ella misma familia y se fue, dejando el cargo de enfermera en Jefe. Y ése mismo año un muchachito golpeaba la puerta del geriátrico.

- ¡Adelante! – dijo una mujer gordita y simpática - ¿Te puedo ayudar en algo, hijo?
- Sí... vengo a ver a la señora Rosas, Mariana Rosas – dijo con vos gruesa.
- ¿"Quién" le digo que la busca? – preguntó la enfermera.
- Mi... mi nombre es Sebastián – contestó el muchacho.
- Espérame un momento... -se fue y al volver contestó- perdóname, pero me dijeron...

¡Mierda! Tampoco la puedo ver ahora...

- ¿Qué cosa? – dijo mordiéndose los labios.
- Le decía que puede pasar, pero que esperara porque la están terminando de arreglar.
- Ah ta bien ¿está Celeste a ésta hora? – preguntó bajito.
- No, hace unas semanas que dejó de trabajar con nosotras ¿la conocía? – preguntó de súbito.
- No, Mariana me hablaba de ella.
- Aha ¿y usted es el nieto de la señora Rosas? – preguntó sonriendo.
- De corazón, no de sangre – contestó el chico.

- Entiendo, como sabe... desgraciadamente estos últimos cuatro años la trataron mal... en sus estudios de los últimos años, figura una grave decadencia... ¿te sentís bien, muchacho?

-Sí, fue un mareo nada más... ¿me decía que empeoró? – preguntó con voz ronca.

- Sí, ¿no se dio cuenta al verla antes? – preguntó sin entender su reacción.

- Disculpe, me podría traer un vaso de agua por favor – pidió el chico. La señora volvió con un vaso en la mano.

- Acá tiene, joven. ¿Se encuentra mejor?... déjeme acompañarlo al ascensor... - dijo llevándolo del brazo -... pase y compruébelo usted mismo, cualquier cosa estoy abajo, en la oficina ¿sí? – dijo retirándose la enfermera.

El ascensor subía y al salir al pasillo, una enfermera le preguntó a dónde quería ir y al decir a ver a la señora Rosas, le respondió que su dormitorio era el que estaba al fondo a la izquierda, una habitación oscura, porque la luz le molestaba. El chico caminaba hacia su puerta y sentía como las piernas le temblaban, al girar el pestillo y abrir la puerta.

Entro al cuarto y la vio sentada, encorvada sobre un sofá, él se le acercó y la vio completamente abandonada por el tiempo y al ver sus ojos pudo ver que no había cambiado nada y ella lo quedó mirando a él fijamente y en un suave siseo pronunció un nombre...

- ¿SSSeebbaasssstiááánnn ?

El chico la tomo en brazos y lloraba como nunca lo había hecho, la mecía y le decía que todo iba a volver a estar bien, que nada los volverá a separar, que ya no lo permitiría.

- ¿Por qué me abandonaste, Sseba? – preguntó angustiada.

- Mari, soy Miguel, ¿no te acordás de mí? – dijo llorando.

- No te entiendo, Ssseba – decía afligida Mariana.

- No importa, Tanita, perdóname... no me dejaban verte, perdóname – pedía el chico.

- No llores, mi amor. Todo está bien – dijo sonriéndole, mientras le acariciaba la mejilla.

Miguel se quedó junto a ella, hasta que cerraron el asilo y prácticamente lo echaron. La enfermera se sorprendió enormemente, al oírlo decir que ella le hablo, porque hacían cuatro años que no mencionaba palabra alguna.

Y así repitió sus visitas, durante un año seguido, no hubo día en que faltara a su visita. La anciana nunca terminó de reconocerlo, siempre lo llamaba Sebastián.

Lorena también fue a visitarla y le hacía pedazos ver en que estado se encontraba,

aunque el año de visita de Miguel le devolvió en parte la alegría, tenía un sueño cada noche que era ver a Sebastián al día siguiente. La memoria le jugaba chueco, pero eso no impedía a Miguel volverla a ver cada día... está bien, no lo reconocía, le entristecía un poco, pero era feliz estando a su lado simplemente.

Capítulo 28

- Buenos días, Tanita - dijo el muchacho al entrar al cuarto.

- Hola Seba, volviste – dijo mientras una sonrisa bailaba en sus labios.

- Sí, a traer un poco de luz a éste lugar... - dijo abriendo de par en par las cortinas, la agarró por la cintura ayudándola a pararse -... ¡Vení Tanita! Sentí el sol en la cara...

- ¡Qué calorcito! Pero me lástima los ojos – dijo cubriéndose la cara.

- No... tranquila, yo estoy acá, no te va a pasar nada... – dijo poniéndole una mano sobre los ojos -... ¿Te gusta el sol? ¿Sí? ¡me alegro!... Vení a sentarte otra vez, pero mas cerca de la ventana.

Arrimó el sofá a la ventana y la ayudó a sentarse. Fue hasta su armario y sacó un disco, de los que antes ponía siempre y se acordó de aquel día en que la volvió a ver, tras cuatro años de ausencia, lo encontró todo intacto. Hasta podía asegurar que en los cuatro años transcurridos, nunca se tocaron esos discos y puso el disco finalmente. Era Jazz.

- Mari... ¿no te acordás para nada de Miguel, el chico de once años que fue contigo a Rocha y también al restaurante “Lemón”...? – preguntó

- Ah el restaurante “Lemón”, cuando nos encontramos por primera vez... lo recuerdo ¿tenés el pelo más claro?- preguntó de pronto.

- No, corrí las cortinas nada más, por eso tal vez te parezca. Ya me tengo que ir, Tanita.

- Bueno... pero volvé por favor, volvé – suplico.

- Te prometo que mañana vuelvo – dijo besándole la frente.

El muchacho llegó a su casa y volvió a salir con Brandy, tras media hora de caminata regresó a la casa y fue al living-comedor. Lorena estaba sentada en el sillón cocinando un pantalón.

- Hola, ¡mamá! – dijo desganado.

- Hola... ¿por qué esa cara larga? – preguntó la madre mirándolo.

- Ah... ¡nada! – dijo resoplando.

- ¿Cómo que nada? Vamos Miguel contame... - insistió Lorena.

- Mariana... a pesar de verme hace un año, no me recuerda para nada.

- Pero mi amor, sabes cómo está de salud, que no recuerda – trató de confortarlo.
- ¡Si recuerda a Sebastián! – dijo ofendido.
- Es ese novio que tuvo, ¿no? – preguntó ella.
- Fue su ángel, como ella siempre decía – respondió Miguel.
- Ah... ¿te hablo de él? – preguntó curiosa.
- Sí, conozco toda su vida y no paraba de hablar de Sebastián.
- Ahí lo tenes, mi amor. ¿Por qué no le hablas de su país, de sus amigos, de su familia y de ese Sebastián? – preguntó Lorena de repente.
- Porque su vida es tristísima, mamá. Quizás sea mejor para ella no mencionar nada, no aclararle el pasado, que siga pensando que soy Sebastián. Todos necesitamos una ilusión, mamá... y yo no se la voy a sacar a Mariana. Le sacaron todo, mamá “todo”.
- Puede ser que tengas razón y lo mejor sea callar – dijo Lorena finalmente.

Otro día amaneció en casa de Miguel y Lorena. El muchacho cumplía dieciséis años.

A la tarde se fue al Liceo y al finalizar el horario, se fue a un bar. Dónde conoció a una chica llamada Lucía, no muy alta, simpática de pelo rojo como el fuego y ojos oscuros.

Charlaron durante dos o tres horas seguidas, sin darse cuenta del paso del tiempo. Él la acompañó a su casa y la invitó a salir otro día y ella aceptó sin hacerse de rogar.

Capítulo 29

Al paso de una semana, Miguel estaba nuevamente en el asilo junto a Mariana. Era de tarde, el día era claro y caluroso.

- ¿Y cómo estás hoy, Tanita? – preguntó tocándole la mano.
- Bien, Ssseebaa... ahora que estás acá, sosteniéndome la mano, estoy bien.
- ¡Sí, claro! – dijo haciendo una pausa, mientras miraba el suelo y después de un rato alzó la mirada -... ¡Hoy cumplo años!... - dijo lleno de ilusión.
- ¿Cómo, si naciste en Febrero, Ssebaa? – preguntó dubitativa.
- Te estaba probando nada más...

Casi me gana el ego, mi vanidad de querer que me reconozca, por suerte le dije eso de que la estaba probando... Quiero contarle de Lucía, pero suena raro, si “soy

Sebastián" para ella, no le puedo hablar de "otra mujer".

- ... Hoy me tengo que ir más temprano, Mari – dijo como recordando algo.
- No pasa nada, amor... sólo una cosa, antes de que te vayas – dijo tomándolo del brazo.
- ¿Sí? – dijo aguardando la pregunta o petición.
- ¿Por qué me dijiste Mari, si nunca me llamaste así, sólo ahora éste último año, te oigo llamarme así de vez en cuando? – preguntó tranquilamente.
- No sé, pero si no te gusta no vuelvo a hacerlo – respondió Miguel.
- No no. Me gusta, me suena mucho ¿sabes?... es cómo si alguien querido, me hubiera llamado así siempre – dijo acomodándose el pelo.
- Si quieres vuelvo a llamarte sólo Tanita – dijo sonriendo tras oír lo que le dijo, lo cuál en cierta forma lo dejaba entender que en algún rinconcito de su memoria aun lo recordaba.
- No seas ridículo sólo me intrigó – contesto devolviéndole la sonrisa.
- Bueno ya me tengo que ir ¡cuídate! – dijo dándole un beso en la frente y salió del cuarto.
- ¡Sebastián! – llamó la enfermera.
- ¿Sí? – dijo dándose la vuelta.
- Estaba mirando los análisis de la señora Mariana y se los quería informar... - dijo con los estudios en la mano – ¿quiere pasar a la oficina?
- Bueno... - contestó el muchacho, pasó y se sentó un poco nervioso.
- Los análisis revelan, que en éstos últimos meses, recobró un montón de la salud perdida. Todos los estudios realizados, indican que su salud ha mejorado increíblemente. Resumiendo... ella está mejor gracias a usted, Sebastián.
- ¡Ah! – contestó sin saber que decir, le brillaban los ojos de felicidad al oír que estaba mejor.
- Bueno, eso nada más era. Gracias por todo, muchacho – dijo ya junto a la puerta despidiéndolo.

Miguel se subió a la bici y pedaleó hasta su casa. El día parecía reírle, las flores parecían haber florecido por su presencia, sentía que estaba lejos de aquel lugar y a la vez muy cerca.

Bajó de la bici y la dejó junto al portón, corrió dentro y vio a su madre revisando cuentas.

- ¡Estoy de vuelta! - gritó.
- ¿Cómo está Mariana? – preguntó levantando la vista.

- Bien bien bien... dice la enfermera que éste año se recuperó un montón, que los análisis dan positivos. Y además hoy me preguntó de sopetón porque la llamaba "Mari", yo (Miguel) siempre la llamaba así y ni me percaté de que le podía parecer ajeno a Sebastián...
 - Bueno, pero sólo es un nombre – adjunto ella.
 - No, mamá... es parte de recordarme, me dijo que lo de Mari la recordaba a "alguien querido", pero no puedo permitirselo...
 - ¿Seguís con esa locura de no contarle nada de su pasado, de no revelarle que sos Miguel y no ese Sebastián?... Porque lo estuve pensando y me parece que lo mejor es hablarle claro... Vos mismo decís que sufrió mucho, no podés agregarle otra tristeza a su vida. No podés mentirle y lo que haces es lo mismo que mentir.
 - ¿Qué es lo que buscas... que le cuente la mierda de vida que tuvo, que le anule éste año de felicidad que vivió, sólo para ser sincero? Yo puedo vivir con eso, mamá. No podés imaginarte la vida que tuvo...
 - Ya sé la vida que tuvo por tus relatos... - dijo casi susurrando.
 - ¿Ves?... Mi conciencia aguanta cargar con esa mentira (como decís), con lo que no aguantaría es ver nuevamente la tristeza en su mirada, sufrió demasiado... ¡Me voy al cuarto!
 - Pero está mal que no le digas nada, Miguel – insistió Lorena.
 - ¿Qué? No sé si está bien o mal, pero ¿quién sabe lo que lo esta bien o mal? – contestó altivo.
- Miguel subió a su habitación.

Capítulo 30

Al finalizar con unos trabajos para el Liceo, se fue a la casa de Lucía.

- Hola Miguel – dijo alegremente al abrir la puerta -... ¿qué te pasa?
- Hola... ¿te acordas de Mariana? La mujer de la que te hablé...
- Sí, ¿la que está internada en un hogar de ancianos, no?
- ¡Esa misma!. Mi madre me dice, que debería contarle de su pasado y yo al principio no quería hacerlo, pero cuando hoy hablamos me hizo ver un punto de vista distinto y... y no sé qué debo hacer, ni qué pensar – dijo agarrándose la cabeza.
- ¡Miguel... mírame! ¿qué sentís que deberías hacer? – preguntó sosteniéndole las manos.
- No decirle nada, pero las palabras de mi madre retumban en mi mente – contestó aturdido.

- Sé que está mal visto ponerse en contra de la suegra, pero creo que tenes que hacer lo que sentís. Y por “las dudas” no te preocupes que todos las tenemos – dijo firmemente.
- ¿Suegra? – preguntó levantando la cabeza.

En ese mismo segundo, Lucía se le acercó y le besó los labios, el besó duró cuatro segundos y al finalizar Miguel se quedó atónito, mirándola a los ojos.

Quedaron en verse mañana y el muchacho se subió a su bicicleta y regresó cantando y sonriendo a la casa.

- ¿Qué logro cambiarte la cara, mi amor? – preguntó la madre al verlo entrar.
- Nada – contestó y se fue al cuarto.

Rosita estaba tomando mate en la casa con Lorena y parloteaban.

- ¿Es que se sentía mal, el pichón? – preguntó Rosita sorprendida.
- Sí, estaba mal por Mariana, ya te había contado su historia... - contestó Lorena.
- Ah sí, la anciana del hogar ¡qué triste! – dijo con el mate en la mano.
- Sí, pero ahora entró tan sonriente, que ya me puedo imaginar a qué se deba.
- ¿Qué quieres decir? – preguntó intrigada Rosita.
- Que no fue mérito de Mariana, sino de esa chica que conoció.
- ¿Miguelito tiene novia? – dijo casi a los gritos.
- Shsh ¿quieres que me odie más?... no sé, pero me temo que sí. Está mucho más reservado ahora.
- ¿Ahora... más que cuando? – preguntó bromeando Rosita.
- No digas eso, nunca fue reservado, siempre me lo contó todo – reprochó Lorena.
- ¿Y vos estás segura de eso, Lorena?... ningún chico le cuenta todo a la mamá y a la mayoría, los entiendo.
- Bueno, pero Miguel a mí, me lo dice todo – dijo un poco ofendida.
- Está bien, no te pongas así. Sólo te lo decía, porque hay chicos que no lo hacen, como Martincito.
- ¿Nunca hablas con él? – preguntó sorprendida.
- Claro que sí, pero hablamos de trivialidades. Si veo que está mal, me callo y le muestro que estoy con él, a veces es lo mejor que podemos hacer, mamita.
- ¿Pero cómo te enteras de que está mal, si no hablan?
- Ay mamita, no parece que tengas un hijo, hace dieciséis años. Se lo noto en la cara, en su humor y además lo siento.
- Yo lo único que siento es un dolor de cabeza... si te parece me voy a acostar un rato, a ver si así se me pasa – dijo acompañándola a la puerta.
- Está bien, anda mejor a dormir un cachito, después te llamo a ver si se te pasó.

Bueno... chau y que te recuperes, mamita – dijo yéndose hacia el auto y subiéndose. Lorena la despidió y llamó a Brandy, le dio de comer y lo dejó dentro de la casa. Después se fue a acostar.

Miguel salió del cuarto y al no encontrarla la llamó.

- ¡Mamá, mamá!

- Ay no grites, mi amor, que se me parte la cabeza de dolor – suplicó desde la cama.

- ¿Ya te tomaste una aspirina? – preguntó parado junto a la puerta

- No, me vine derecho a dormir, pero me duele tanto que no puedo dormir.

- Bueno, ¡pará! Que te traigo una, también voy a calentar agua ¿te parece bien fideos para la cena? – preguntó.

- Sí, pero hacete sólo a vos que yo no tengo hambre, mi amor.

- Bueno... Acá tenés la pastilla y acá el agua – dijo alcanzándoselo.

- Gracias, mi amor.

El muchacho se fue a la cocina y echó los fideos a la olla, que estaba hirviendo. Agarró otra ollita chica y la llenó con una lata de salsa de tomate, le agregó un poco de sal, azúcar, pimienta y un chorrito de vino, al estar lista le agregó una pizca de orégano.

Se sentó a la mesa, con un plato servido y comió en silencio, hasta que sonó el teléfono.

Lorena dormía profundamente. El chico levantó el tubo con la mano izquierda, mientras que con la otra jugaba con una lapicera, que había al lado del teléfono.

- Hola – contestó el teléfono.

- Hola ¿está Miguel? – pregunto una voz femenina.

- Habla él, Lucía ¿no me reconoces? – dijo riendo.

- Ahh... sonas mayor jeje, no no me di cuenta ¡qué idiota! – dijo riendo.

- ¿Qué contas, Lucía? – preguntó volviendo al motivo de su llamada.

- Eh... nada.

- ¿Y por qué me llamaste? – preguntó nuevamente.

- Ah porque... mis padres salieron a una reunión de trabajo – respondió sin titubeos.

- ¿Trabajan juntos? – preguntó extrañado.

- Si y no. Trabajan en la misma empresa, pero tienen diferentes cargos y hoy volvieron, porque tenían una reunión en la empresa con todos los empleados y... y... - dijo tartamudeando - ... ¿por qué me haces explicártelo dos veces si ya te lo dije?

- Es que me gusta oírte nerviosa – dijo sonriendo.

- ¡Que sorete! – dijo reprochándole.

- Epa... no me refiero al mal nerviosismo de angustia.
 - Cualquiera es malo, ¡pavo! – dijo ella.
 - Naa reina, perdóname, es que estaba aburrido y me entretuvo la explicación.
 - Bue... me alegro por vos entonces, pero che ¿qué decís?
 - ¿A qué o qué? – preguntó desconcertado.
 - Que mis padres no están, Miguel ¿te venís? – propuso la chica.
 - Ehh – dijo vacilando -... bueno en diez minutos estoy allá – y colgó.
- Llevó su plato a la piletta y pasó por el cuarto de la madre.
- ¿Cómo seguís, mamá? – preguntó.
 - Mejor, gracias.
 - Ta, salgo un momento – afirmó.
 - ¿A dónde vas tan tarde? – preguntó sorprendida.
 - A casa de Diego... es que no encuentro los apuntes de hoy y los necesito.
 - ¿Y no lo podes llamar por teléfono?
 - No, mamá. Son trabajos con dibujos y sino los veo, no me sirven.
 - ¿Dibujos? – preguntó dudando.
 - Sí, además está a unas cuadras nada más.
 - Está bien, pero no te tardes.
 - Bueno – dijo yéndose. Cerró la puerta y el perro le ladró un par de veces

Capítulo 31

Se encaminó a la casa de Lucía, en su bicicleta y al llegar golpeó la puerta. Ella abrió no dejándolo hablar.

- ¡Pará!... ¿Estás segura de que van a tardar? – preguntó un poco nervioso.
- No, pero ¿eso te asusta? – preguntó desafiándolo.
- Eh... bue, un poco sí.

La muchacha tenía descaradamente la blusa entre abierta, era más que una insinuación y lo “tranquilizó” besándole la nuca, al menos ella creía que lo hacía. Subieron a su cuarto.

Su casa tenía dos pisos, era enorme. En su cama, Miguel sintió por primera vez la suavidad de las sábanas de seda.

- ¡Pará Miguel! – dijo ella frenándolo.
- ¿Qué pasó? – pregunto él, como quien despierta de un sueño.
- ¿Tenes uno, no? – preguntó.

- ¿Un qué? – dijo sin saber a lo que se refería.
- ¡Un condón! – dijo susurrando a su oído.
- Eh... no, nunca pensé hacerlo contigo.
- ¿Qué? – dijo un poco histérica.
- ¡Pará!... no pensé hacerlo ésta noche, eso habla bien de mí che...
- ¿Pero por qué creíste que te llamé?
- ¡No!... con que lo calculaste todo fríamente – dijo él bromeando.
- ¿Qué? no, claro que no...
- Es lo que insinuaste, nena... – dijo el chico.
- ¿Entonces no tenes ganas? – preguntó ella abotonándose la camisa.
- No, no es eso, es que no tengo ningún condón – dijo bajito cargándola.
- Espérame acá... - saltó de la cama y se fue del dormitorio.
- Hey ¿a dónde vas? – dijo quedándose sin respuesta.

Al volver traía un paquetito en la mano.

- ¿Y eso? – preguntó incrédulo Miguel.
- Es un condón.
- Ya sé que es un condón, pero ¿de dónde lo sacaste?
- Ah... del cuarto de mis viejos.
- ¿Cómo? Yo no me voy a poner un condón de tu viejo – respondió colorado.
- ¡Miguel! Ni que fuera como usar sus zapatos che.
- Paa... no me digas eso.
- Son re higiénicos, Miguel y al usarlos se tiran.
- Ya sé, pero...
- Pero nada, dale que se nos va el tiempo.
- Bueno... damelo – agarró el sobrecito, lo abrió y se lo puso.

Siguieron besándose, hasta que llegaron al segundo acto y al terminar se acostaron con los pechos agitados, el pelo revuelto y una sonrisa idiota clavada en la cara.

Al transcurso de unos minutos, la muchacha corrió desnuda, a la ventana tras oír el sonido de un motor estacionando en la entrada.

- Tenes que irte, Miguel, son mis viejos – dijo sacudiéndolo.
- ¿Qué? – dijo abriendo de par en par los ojos.
- No hay tiempo para explicaciones, Miguel. Andate ahora que si te ven, me matan y a vos primero – dijo alterada.
- Está bien ¿dónde están mis pantalones? – dijo bromeando.
- ¡Miguel! – semi gritó histérica.
- Es que te ves tan linda así, acá están ¿ves? Bueno... ¿por dónde salgo?

- Por la ventana – contestó sin vacilar.
 - ¿Qué... es que crees que me convertía en Spiderman?
 - Por favor Miguel – dijo casi llorando.
 - Está bien, Lucía, ¡tranquila! A ver... bue creo que podré... hasta mañana.
 - Sí sí, mañana, chau – dijo cerrando la ventana y metiéndose en la cama.
- Una luz se prendió en el comedor y una mujer se acercó al cuarto de la chica.
- ¿Ya dormís, chiquita? – preguntó la mujer.
 - Ahora no, me despertaste ¿cómo les fue? – preguntó fingiendo bostezar.
 - Sentí unos ruidos...
 - Yo no, hasta ahora dormía.
 - Perdóname, chiquita. ¡Seguí durmiendo! – dijo apagando la luz del comedor.

Miguel giraba la llave de su casa y entraba, Brandy le ladraba descontrolado.

- Buenas noches, mamá. ¡Basta Brandy! – le ordenó al perro y él se calmó.
- Por fin volviste, Miguel, pensé que te había pasado algo.
- ¿Qué me va a pasar... ni que José mordiera?
- ¿José? Creí que dijiste Diego.
- Es que José estaba en su casa y nos entretuvimos un rato – contestó rápidamente.
- Ah... ta. Anda a dormir que ya es tarde, mi amor.
- Si, mamá, buenas noches.

Miguel durmió flotando entre nubes. A partir de ese día sus salidas furtivas aumentaron, todas las noches salía con algo nuevo. Lucía no tenía ese problema, porque el lugar del encuentro era siempre su casa, que estaba vacía, porque los padres empezaron a laburar de noche.

Para ese entonces, Miguel era un experto en escalar y descender, como Spiderman.

Capítulo 32

Mariana cumplía noventa y seis años. Lorena averiguó con la enfermera, para hacer un paseo el fin de semana y la mujer no mostró reparos, Miguel se mostraba un poco reacio a la situación.

- Pero Miguel a lo mejor le sirve para recordar – dijo Lorena.
- Te dije que no quiero que recuerde, pero a vos nunca te importa lo que pienso, no?
- contestó enojado el muchacho.

- ¿Cómo no me va a importar? – protestó la mujer.
- ¿Entonces por qué no podes entender, que no quiero que sufra pensando en su pasado?.
- Porque tiene derecho a saberlo.
- Mamá no es cuestión de derechos. Se trata de que ahora es feliz, jamás me preguntó por el pasado, no quiero nublarle la felicidad que siente, por contárselo. A lo mejor me equivoco, pero ¿por qué no podes entenderlo? – dijo un poco desesperado.
- Es que es una cuestión difícil – respondió Lorena rascándose la barbilla.
- No me digas, eso sí que es una novedad, gracias por decírmelo. Estos últimos meses que estuve junto a ella comiéndome el coco, no lo sabía – contestó con sarcasmo.
- Bueno no me contestes así.
- No le digas nada, mamá. Por favor no le cuentes nada, culpame de todo, pero no trates de hacerle recordar. En cuanto a salir el fin de un fin de semana libre, está bien, que pase lo que tenga que pasar.
- Está bien, tranquilo, pero no sé... yo se lo diría.

Las madres, siempre tan sabias... o al menos queriendo parecerlo, teniendo siempre la última palabra.

Miguel se fue a su cuarto y de la estantería agarro un libro, se le cayó y junto a el un cuaderno, el cual no había vuelto a ver en años y los recogió. Se acostó en la cama y empezó a hojear aquel cuaderno, que tantas veces había leído. Le seguían conmoviendo ésos poemas y sin saber por qué, llamó por teléfono a Lucía y le leyó “Júbilo dentro del fuego”. La chica emocionada le respondió...

- ¡Es hermoso! ¿la escribiste vos? - preguntó.
- Emm no, es uno de los poemas de Mariana.
- ¡Qué lindo que escribía! – afirmó la muchacha.
- Sí, verdad... tiene más.
- Léeme otro, por favor – le pidió.
- Bueno, déjame ver... Éste se llama “Ignorando los hechos”;

Hay tanta gente discriminando

Hay tanta gente “intolerando”

Tanta basura que pertenece al basurero

Tanta injusticia que se ignora para no incomodarse

Tanta hipocresía porque según vos decís
"No creo en nada, ni nadie"
Y por eso te dejás gobernar por cualquier títere de derecha
Bien como se dice en mi tierra
"Te lavas las manos"
Y sin darte cuenta, te joden una y otra vez
¿Por qué no abrís los ojos y colaboras
En ponerle una raya a ésta locura?
No es cerrándolos, como se van a solucionar las cosas
Asique deja de correr, porque no sirve de nada
Podes mentirte todo lo que quieras
Pero tarde o temprano, enfrentarás la verdad desnuda
Te sentirás congelado, rodeado de llamas
Mientras tanto, seguiré caminando y vos...
¿Podes decir lo mismo? ... Terminó – dijo Miguel.

- ¡Está fuerte! – dijo al cabo de un rato.

- Sí, pero ¿te gustó? – preguntó.

- Sí. Parece que pasó por un momento difícil ¿no?

- Bue depende de a que te refieras... Vivió un hecho extraño de una desaparición en Italia. Perdió al padre en una accidente de auto. Estuvo con un hombre, que la golpeó, mandándola al hospital, haciendo que pierda un hijo, creyeron que no sobreviviría. Sufrió el exilio. Su marido desapareció en Argentina (durante la dictadura) y sus últimos años, se la pasó metida en un geriátrico ... ¿Lucía? – la llamó, al no sentir ni siquiera su respiración.

- Sí – contestó con un siseo lleno de tristeza -... pobrecita, ahora entiendo, porque no quieres contarle de su pasado. Siempre fue una víctima de los gobiernos.

- ¿Es que acaso no lo somos todos? Sólo hay algunos que salen "mejor" parados y lo digo entre comillas, hay que ver qué significa la palabra para esas personas.

- Y sí. Pobre mujer... ¿En qué andas?

- Estaba leyendo un poco.

- Aha está bien, ¿venís mañana? – preguntó

- Si me invitas...

- Claro tonto, te espero.

Tras colgar el tubo, se fue a cepillar los dientes y se acostó a dormir, pero se quedó leyendo y se quedó dormido con el cuaderno apoyado sobre el pecho.

Lorena entró al notar la luz prendida, le retiró el cuaderno y lo puso sobre el

escritorio, viendo que en la tapa decía grabado *Mariana Rosas*. Se sentó junto a él y le acarició la frente.

- ¿Todavía estás enojado conmigo, mi amor?

Miguel se hizo el dormido, la había oído entrar y también oía sus palabras.

Hace mucho que no me decía "mi amor", no sé porque... a lo mejor yo mismo se lo pedí.

La mujer se levantó y le apagó la luz, le deseo "buenas noches" y se fue.

A la noche siguiente, el chico estaba dormido, en la cama de Lucía. Al girar ella en la cama, él despertó y saltó al ver la hora.

- ¡Lucía... despertate! Nos quedamos dormidos y tus viejos llegan en cualquier momento ¿viste mi remera? – dijo poniéndose los pantalones.

- No, pero llevate una de las mías, cuando encuentre la tuya te la llevo.

- Me miran de costado, si llevo una musculosa de mujer – dijo sonriendo.

- También tengo remeras normales, nene – dijo ella dándole una roja.

- Bueno, no te me calientes que era joda...¡beso! Chau chau...

Se fue por la puerta de entrada (por faltar aun unos minutos, para que sus padres llegaran). La noche era fría y de mientras, él caminaba bajo los árboles y los faroles. Era una noche sin estrellas.

Vio a un mendigo sentado en el cordón de la vereda, lo miró y se le acercó. Se sacó la campera de jean y se la dio a aquel hombre que no podía creer el regalo que se le estaba haciendo y se arrodilló frente a Miguel.

- Gracias, joven – dijo llorando.

- De nada, hombre, pero levántese por favor y póngasela, que hace frío – reprocho levantándolo.

- Gracias, mil gracias. Pidame lo que quiera, cualquier cosa – decía el hombre.

- Nada, gracias.

- ¿Esta seguro, joven?

- Bueno sí... hay algo... ¡póngase la campera! – dijo Miguel.

- Gracias, joven, gracias.

El chico se fue alejando del hombre (que lucía orgulloso con su campera de jean), con las manos en los bolsillos del pantalón.

Llegó a su casa y la madre no se había dado cuenta, de que había salido.

- ¿Qué haces, Miguel tan tarde despierto aun... te duele algo? – preguntó con un vaso de agua en la mano.
- Eh no, bueno lo que pasa es que sentí ruido en la cocina y vine a fijarme, pensé que era Brandy – contestó rápido.
- Puede ser, ése perro me va a volver loca algún día – justo apareció Brandy al decirlo.
- Pero si es un amor... – dijo acariciándolo -... Bue me voy a dormir de nuevo, que descanses!

El perro se fue a dormir con Miguel y Lorena tras tomarse una aspirina (porque le dolía nuevamente la cabeza) también se fue a acostar.

Capítulo 33

Iba siempre al Liceo, al asilo, para ver a Mariana (que en ningún momento mostraba recordarlo), y sus salidas nocturnas, con destino a la casa de Lucía (a la cuál no quería abandonar, cuando se avecinaba la hora).
Se encontraba en su cama, como tantas noches anteriores.

- Pero Miguel... van a llegar – dijo nerviosa.
 - Pero si siempre llegan a la una y son las once, Lucía.
 - No es seguro, entendeme por favor, me da pánico pensar que lleguen antes de tiempo.
 - ¿Quieres que me vaya eh?
 - No es eso... - dijo más nerviosa.
 - Entonces me quedo media hora más, ¿sí?
 - Mi... , está bien media hora! – aclaró.
- Lucía temblaba de miedo a ser descubierta por sus padres y él la abrazó atrayéndola hacia su pecho.
- Lucía... ¿sabías que te quiero, verdad? – dijo con los ojos entre abiertos.
 - ¿En serio? – preguntó ella dándose la vuelta, mirándolo de frente.
 - Sí, creo... bueno siento que nunca quise a nadie como a vos. Me siento como decía Mariana...
 - ¿Y qué era eso que decía Mariana? – preguntó apoyando la cabeza sobre su brazo.
 - Que te sentís lleno de ternura, muy abierto al más mínimo rajuñon que podría hacerte pedazos. Preparado para saltar dentro del fuego si es necesario... para salvar al ángel de nuestra vida.
 - ¿Al ángel de nuestra vida? – preguntó Lucía.

- Sí, ese ser que nos hace vivir, el pilar con el cuál no podríamos, si nos hace falta...
- Epa te me hiciste poeta.
- Bueno eso lo decía Mariana. Bue... también decía que con lo único que estaba de acuerdo, en cuanto a la contaminación, era que le parecía barbara la creación del condón. Decía que nunca antes se había justificado tan bien la contaminación, como cuando lo inventaron.

La chica se partía de risa y el muchacho la acompañó.

- Bue... ya pasó la media hora y como soy un tipo de palabra, me las tomo.
- ¡No! Todavía no... ¡abrázame más fuerte... Miguel! yo... también te quiero.
- Eso ya lo sabía – dijo besándole la frente y desapareció por la ventana.

Sigilosamente se metió en la casa. Lorena dormía plácidamente y no se dio cuenta de nada, al igual el perro que ni se percató. Miguel se fue al baño y después se acostó.

Era de mañana, cuando Mariana abrió los ojos, se sentía cansada y no sabía por qué la invadió una tristeza enorme.

- Buen día, señora Mariana.
- Buenas, señorita...? Disculpe, olvidé su nombre...
- ¡Carla! no se preocupe ¿durmió bien? – preguntó, corriéndole las cortinas, con una amplia sonrisa.
- No sé, siento mucha tristeza.
- ¿Por qué, señora?
- No sé – contestó la anciana mirando por la ventana.
- ¿Quiere que llame a alguien? – preguntó la enfermera.
- Sí, por favor, a Sebastián.
- Está bien, en seguida lo llamo – se fue a la oficina y llamó a Miguel -... ¿Hola?
- ¿Sí, quién es? – preguntó Lorena.
- Hola señora, habla Carla del geriátrico “Del Sol” ¿podría hablar con Miguel?
- En seguida se lo paso, buenas tardes... Mi amor... te llaman por teléfono... – gritó la madre-... Es del asilo.
- ¿Qué pasó... Mariana está bien? – preguntó asustado agarrando el tubo.
- Hola joven, tranquilícese... la señora me pidió llamarlo, bueno pidió por ese tal Sebastián, que según usted es algo entre los dos.
- Ah si. En seguida salgo para allá, adiós. Mamá me voy a ver a Mariana.

- Bueno, mandale saludos ¿está todo bien?... ¡Qué apuro che!
El chico agarró la bicicleta y voló al hogar.

Capítulo 34

- Hola señorita ¿puedo pasar? – preguntó Miguel una vez que entró en el geriátrico y ver a la enfermera.

- Sí, por favor – contestó sonriendo.

- ¿Es grave? – preguntó preocupado.

- Le he dicho, que la señora sólo quiere verlo – dijo calmándolo.

- Bueno, gracias por llamarme... - subió las escaleras -... Hola Tanita – dijo al verla.

- Hola, hola Seba, que alegría que hayas venido.

- ¿Estás bien, Mari?

- Sí, pero abrázame por favor – pidió la anciana, sentada en el sillón.

- Claro... ¿estuviste llorando? – preguntó cuando ya la estaba abrazando y sentirla respirar.

- Un poquito sí.

- ¿Por qué? – preguntó mirándola a los ojos.

- Porque te extrañaba, sentí algo rarísimo, como que no te iba a volver a ver nunca más.

- Pero Mari... no te pongas así, acá estoy... - dijo cortado.

- No me dejes nunca, Seba, no me dejes – dijo desesperada.

- Mariana ¿Qué te pasa? Antes nunca temías que me fuera a ir ¿por qué ahora?

- No sé... - respondió la anciana con los ojos llenos de angustia.

- Bueno... tranquila.

El silencio invadió el aire, se oían cantar a unos pájaros no muy lejos de la ventana.

El día estaba nublado, casi gris.

- No fui, Seba ¿sabes? – dijo de repente la mujer.

- ¿A dónde no fuiste? – preguntó desconcertado.

- Al doctor en la capital... -dijo sin querer proseguir el relato.

- ¿Querés que te lleve ahora? – le preguntó.

- No puedo, Seba... se que a mi edad no puedo estarlo. Sé cuanto anhelabas tener un hijo... perdóname, amor. No quiero ver médicos, no quiero.

Ahora caigo, no habla de éste año, sino de cuando aun estaba con Sebastián, pobre.

- Está bien, Tanita, no te preocupes – dijo el muchacho.

Mientras que Miguel la peinaba, ella se quedó dormida. En la habitación sonaba un disco de Jazz.

Las enfermeras decían que había recuperado el audio milagrosamente, el muchacho creía lo mismo.

Antes de irse, Miguel le dejó una carta sobre la almohada, como regalo de cumpleaños.

Capítulo 35

Eran las cinco de la tarde, del 13 de Mayo.

El muchacho que iba en su bicicleta, vio pasar un Renault a gran velocidad que venía a contra mano. Ya era tarde cuando trato de girar. El auto lo había chocado y el golpe lo derribó sobre el cordón de la vereda. De su cabeza emanaba la sangre y él quedó inconsciente sobre el asfalto.

Horas más tardes, corría Lorena histérica por el hospital.

- ¿Dónde está mi hijo? – preguntó angustiada.

- Señora... ¿cómo se llama su hijo? – le preguntó la muchacha.

- Miguel Pizzano... ¿me va a decir en qué habitación está? – insistió.

- Espere señora, se está haciendo lo imposible por salvarlo...

- ¿Cómo que salvarlo? – preguntó fría y congelada tras oír a la mujer.

- ¿No sabía usted en qué estado ingresó? – preguntó al ver su asombro.

- No, me acaban de llamar y... y vine inmediatamente.

- Ah bueno, espere aquí por favor. En un momento la llamarán.

- ¡Espere! Quiero ver a mi hijo y si no me dice ya donde está empiezo a gritar – protestó llorando.

- Está en sala de urgencias, pero no tiene permiso de... - Lorena salió corriendo, mientras que la enfermera seguía hablando.

La mujer llegó ante un cartel que vigilaba una enfermera.

- Señora ¡lea el cartel "Sala de urgencias-Prohibido el paso"! – dijo la muchacha.

- Pero usted no entiende, es mi hijo el que está ahí dentro – contestó llorando desesperada.

- Entiendo su desesperación, señora. Permitame ver si puedo averiguar algo... - dijo un doctor, que se había acercado a la escena.

- Ay gracias doctor. ¡Su nombre es Miguel Pizzano! – dijo llorando.

- Bueno... voy a preguntar y vuelvo. Siéntese mejor, señora – sugirió el doctor.
El médico entró en la sala y Lorena lo vio hablando con una enfermera, que según la cara de lástima del médico pronosticaba malas noticias.
El hombre volvió a salir del cuarto y se acercó a ella.
- Lo siento, señora Pizzano – dijo bajando la cabeza.
- ¿Qué pasa? – preguntó destrozada de los nervios queriendo ocultar las lágrimas.
- Su hijo fue ingresado ya en estado de coma.
- ¡Nooo...! – gritó, tapándose la cara con las manos, mientras se deshacía en lágrimas cayendo de rodillas.
- ¡Señora... venga...! – la llevó hasta una silla y le alcanzó un café - ... ¡bébase esto!
Lorena agarró el vaso sin mirarlo, sólo miraba el vacío.
- Señora no hay nada que yo pueda hacer... Nos queda esperar y ver cómo evoluciona, ¿por qué no se va a su casa, se da una ducha y trata de descansar un poco? Yo la llamo si se presenta algo nuevo.
La ayudó a levantarse y la acompañó hasta la salida, donde ya un taxi la estaba esperando.
- Le aseguro señora que la llamo. Trate de dormir, que esto no depende de usted – le dijo el médico ayudándola a subir al auto. El taxi se alejó.

Cuando Lorena abrió la puerta de calle (de la casa), se le echo encima Brandy, haciéndole fiestas. Ella trató de ahuyentarlo y al llegar al comedor, se deshizo nuevamente en lágrimas y se fue deslizándose por la pared hasta llegar al piso. Abrazada a sus piernas y allí lloró sin vergüenza. El perro se puso nervioso y la lamía, empezó a aullar.

Al rato la mujer se levantó y fue al baño. Se pegó una ducha y al terminar, se tapó con una toalla. Se fue al cuarto y sin fuerzas se tendió en la cama y se quedó dormida.

A las dos horas, recibió una llamada que la despertó. Su mano agarró el tubo y se lo llevó junto al oído.

- ¿Sí? – dijo en un hilo de voz.
- ¿Lorena? Ay mamita, soy yo... Rosita. Te llamaba para pedirte una receta. Esa torta de naranja. Sé que ya me la diste, pero qué le voy a hacer, la perdí y por eso te llamaba... – dijo a carcajadas -... como Miguel me dijo que ibas a estar todo el día en casa – dijo más bajito - ... Ay mamita no me asustes ¿qué te pasa? – Lorena lloraba y no pudo explicarle nada -... ¡no te muevas, mami! ¡Salgo ya para allá!.

A los minutos se oyó que alguien golpeaba la puerta, esperó un poco y al no

poder controlarse, abrió ella misma con la llave que le había dado Lorena.

- ¡Lorena!... ¿dónde estás?... ¡Miguel! – gritó al entrar.

- Acá, Rosita – dijo débilmente.

- Ay mamita ¿qué pasó? Contame... ¿Dónde está Miguel?...

- Miguel... hospital... no responde – dijo tartamudeando.

- ¿Qué? No entiendo, mamita. A ver... ¡ponete ésta bata! Ahora te venís conmigo a la cocina – dijo llevándola.

Calentó agua e hizo un te -... Ahora tomate ésta taza, que te va a hacer bien.

- Gracias, Rosita – dijo poniéndose a llorar otra vez. Se tomó el te.

- Bueno... y ahora contame que fue lo que paso, mamita.

- Miguel tuvo un accidente y está en el hospital... dicen que está en coma, Rosita.

- ¡Ay! - se tapó la boca, cerrando los ojos. Los volvió a abrir y le dijo -... ¡Todo va a salir bien, mamita...! Ahora hay muchos avances en la medicina.

- ¿Y entonces, por qué me siento muerta? – dijo con la mirada perdida.

La mujer se quedó abrazada a su amiga, tratando de calmarla.

- ¡Tengo que irme al hospital! – determinó poniéndose de pie.

- ¿Quieres que llame y averigüe si ya respondió? – preguntó Rosita llevando la taza a la pileta.

- Me dijeron que me iban a llamar, pero... - dijo con angustia.

- Pero nada. ¡Anda a tu cuarto, vestite y lávate la cara!. Yo atenderé a Brandy estos días, no te preocupes de nada y dale... anda tranquila.

Lorena se fue a cumplir las órdenes de su amiga. Estando frente al espejo, vio una fotografía de ella con Miguel pegada en el costado del espejo, la tomó y empezó a hablarle.

- Mi amor, no me dejes...- dijo a punto de volver a llorar.

- Lorena veni acá. Tenes que comer algo. Te hice una sopa de fideos, sé que no es mucho, no tenías nada para acompañarlo, pero me temo que es lo único que me aceptarás. Así que al menos comelo con éste pan.

- Está bien – respondió bebiéndose la sopa sin ganas, pero obligada por la mirada de Rosita.

- Bueno, ahora llamo un taxi para que nos lleve – fue a agarrar el teléfono y discó – Hola, si quería un taxi para la calle Panamá 813. Bueno, gracias. ¿En cinco minutos? Bueno. Dejame hacer otra llamada, mamita – le dijo a Lorena que asintió – Hola Martín, habla mamá. No , mihijto, estoy en casa de Lorena, encontrate con nosotras en el hospital por favor, sí ese mismo. Bueno un beso, cuidate - y colgó.

Se oyó la bocina de un auto, frente a la casa y las mujeres se subieron a él.

- Buenas tardes ¿a dónde las llevo, señoras? – preguntó el tachero con cara de risueño.

- ¡Al hospital! – dijo Rosita.

- ¿Cuál, señora? – preguntó desconcertado.

- Disculpe, al de la calle Risollada por favor.

- Listo – dijo arrancando el motor.

- Ya llegamos, mamita, tranquila – dijo Rosita calmando a su amiga.

- Aquí estamos, señoras – dijo el hombre frente al hospital.

- Aquí tiene, señor... hay carajo no encuentro las monedas – protestó Rosita.

- No se preocupe, señora. ¡Mucha suerte! – dijo el hombre despidiéndose.

- Gracias, señor... vení, mamita – dijo agarrándola del brazo.

Capítulo 36

Entraron al hospital y fueron a la sala de espera, donde ya las esperaba Martín inquieto con la cabeza entre las manos. Rosita le tocó el hombro y él la miró. En su cara se veía el alivio de repente.

- Ay mamá ¿estás bien? Pensé que te había pasado algo – dijo abrazándola y al ver a Lorena, con los ojos rojos se soltó suavemente de su madre y la abrazó a ella -... ¿Qué pasa, Lorena? ¡Tranquila, Lore! ¿Mamá... ? –dijo mirando a la madre buscando respuesta.

- Ay mihijo, es Miguel... Miguel está internado en coma, Martincito – dijo callando.

- ¿Cómo, pero qué fue lo que pasó? – preguntó sin creer lo que había oído.

- Me dijeron que tuvo un accidente con la bici y que ya había ingresado en estado de coma. Que los primeros días son decisivos. en cuanto a su despertar se refiere, por daños que pueda haber ocasionado, pero que si transcurriera más tiempo no nos hagamos ilusiones. Él no siente nada, pero ¿qué mierda saben ellos si es verdad? – dijo llorando a mares -... Aún no me dejaron verlo, Martín.

Fue lo más largo que dijo en horas. Martín le iba a contestar, cuando el médico de la mañana se le acercó, al verla.

- ¡Señora Pizanno! Ya está de vuelta, pero si le dije que la llamaría.

- ¿Es que no reaccionó aún? – preguntó desesperada.

- No, señora – dijo serio.

- ¿Puedo verlo por favor? – preguntó casi arrodillándose. El médico pretendía

negarse por las normas, pero al ver su amargura y su insistencia no pudo hacerlo -...
¡déjeme ver, espere!

El médico se fue al cuarto donde estaba Miguel y regresó junto a Lorena.

- Bueno... ¡venga conmigo por favor! – dijo tomándola del brazo.

- Nosotros te esperamos acá, mamita – dijo Rosita.

Lorena se fue con el doctor y desapareció, por uno de esos millones de pasillos blancos, que tiene un hospital. Se frenaron ante una puerta.

- Bueno, está aquí. Entre y apúrese por favor que me estoy comprometiendo, yo la espero.

- Gracias, mil gracias, doctor. – decía ella mientras entraba.

Frente a su hijo no podía creer que aquel muchacho, era aquel que tantas veces había acunado, el niño que corría a su cama tras tener una pesadilla, el niño que en la mañana la miraba con clemencia para no ir a la escuela, el mismo que aparentaba estar lleno de fuerza y ahora se encontrado derribado por la situación. Sus ojos estaban cerrados, tenía la cabeza vendada, un brazo enyesado y tubos por todas partes. Lorena se le acercó temblando y le acarició la frente, derramando un par de lágrimas.

- ¿Quién te hizo esto, mi amor?

Me cache en diez... ahora que no puedo contestar, me dice “mi amor”.

-¡Miguelito! Háblame por favor, no te quedes callado, mi amor.

Pero si te estoy hablando, mamá. Perdóname... vino muy rápido y no lo vi.

- Dicen que estás en coma y que no me oís, pero yo sé que sí lo haces. Te amo, mi amor...

Demostrame que me oís... apretame la mano, no te esfuerces en palabras, sólo apreta! - dijo con la voz cortada por el dolor.

No puedo, mamá...

Del ojo del Miguel se resbaló una lágrima.

- Señora, por favor acompañeme ahora... creo que se acercan los otros – dijo el doctor entrando a la habitación.

- Pero él me va a hablar... - dijo ella ilusionada.
- Entiendo su dolor, señora, pero por favor se lo suplico.
- Perdóne, es usted muy bueno... ¡Vamos!...- tocó la mano del hijo y lo saludó-... Chau mi amor, te juro que volveré – dijo mirando atrás y cerrando la puerta. La acompañó a la sala de espera.
- Se fueron de la habitación, sin darse cuenta de que el muchacho lloró en frente a ellos.
- ¿Y... mamita. Lo viste? – preguntó Rosita al verla.
- Por favor, señora, hable más bajo, que el paso no está permitido acá – suplico el médico.
- Perdóne, doctor y muchas gracias por ayudar a mi amiga.
- No me las de, me sentí obligado – dijo el médico sonriendo.
- ¡Contame cómo está el nene, Lorena...! - insistió Rosita.
- Sigue en coma, parece dormir... tiene un montón de cables y tubitos que no entiendo, Rosita y éste puto hospital no me quiere decir nada – decía ya destrozada.
- Señora, venga... acompáñeme al bar y allí le cuento bien, usted también por favor, señora – dijo mirando a Rosita.
- Bueno, pero a mi dígame solamente Rosita por favor, doctor – protestó la mujer.
- Está bien, Rosita.

Capítulo 37

Los cuatro se encontraban en el bar del hospital, sentados en una mesa, junto a los baños.

- ¿Un café para todos? – preguntó el médico. Todos afirmaron -...Bueno ¿hasta dónde está enterada, señora? – volvió a preguntar mirando a Lorena.
- La mujer le contó todo, lo que los enfermeros le habían contado hasta el momento, y el doctor terminó por explicarle con todo detalle la situación.
- ¿Y cuándo va a reaccionar? – preguntó fría la madre.
- No quiero mentirle, señora... - Lorena sintió un nudo en la garganta -... no se sabe a ciencia cierta, puede que lo haga en cualquier momento o nunca – dijo pesándole tener que decirlo.
- Pero ¿hay esperanza de que sí lo hará...? - dijo temblando.
- Siempre nos aferramos a ella, señora, pero depende del paciente.
- A lo mejor es mejor llevarlo con un especialista, ¿no cree? – dijo Lorena.

- Señora... lo están atendiendo unos de los mejores médicos del país, se lo aseguro.
- Pero no me puede pedir que me quede quieta, esperando un milagro. No puede esperar que al decirme que mi Miguel puede morir, me quede tan tranquila como quién ve pronosticar el clima.
- Sé que es duro y no le estoy pidiendo nada, señora. Nada puede hacerse. Lo siento.
- ¿Qué sabe usted? si es mi hijo el se que está muriendo y no el suyo.
- Tiene razón, pero no se puede hacer otra cosa que esperar, disculpen – dijo retirándose.
- Ay mamita, él sólo quiere ser amable y te portaste un poco grosera.
- Puede ser... lo siento, no quise, pero es que... es que... - Rosita la abrazó y ella lloraba.

Rosita quedó dormida, a lo largo de tres sillas, Martín la cubrió con su campera y Lorena aun despierta cabeceaba, hasta que en una el sueño fue mayor. El muchacho recostó a la mujer y le levantó las piernas.

Mientras ambas dormían, Martín fue a un automático de bebidas; sacó un agua mineral y algo de chocolate.

Volvió a la sala de espera y se sentó en el piso, junto a ellas, agarrándose antes una revista para leer.

Así pasaron dos semanas.

Mañana si mañana no, Lorena se iba a la casa, se duchaba, se cambiaba de ropa, comía algo y regresaba al hospital.

Algunas tardes la acompañaba Rosita (cuando se podía ratear del jefe) y a veces lo hacía Martín.

La mujer dormía, junto a su hijo, a lo largo de la noche debido a la situación.

Una mañana la llamaron por teléfono y apresurada, tropezando con ropa tirada en el suelo atendió.

- ¿Si... hablan del hospital? – preguntó llena de ilusión.
- No, no señora. Soy una enfermera del geriátrico del Sol – contestó la muchacha del otro lado.
- Ah... - dijo como desilusionada.
- ¿Se encuentra bien, señora? – pregunta la mujer.
- Si, gracias. ¿Qué quiere? – pregunto abruptamente.
- Es la señora Rosas, me pidió comunicarla con el joven Sebastián... como hace dos semanas que no viene, me preocupé – finalizó la muchacha.

- Acá no vive ningún Sebastián – dijo colgando el tubo.

Capítulo 38

Lorena se levantó de la silla, en el comedor y fue al cuarto de su hijo, busco su mochila. No sabe qué la impulsó a subir al auto y en vez de ir al hospital, se dirigió al hogar de ancianos.

- Hola ¿la señora Rosas, por favor? – dijo Lorena.

- Sí, señora. Pase por favor, ella está en su habitación – le contestó una enfermera. Lorena subió las escaleras y se acercaba a la puerta del dormitorio de Mariana, golpeó y entró.

- Hola Mariana – dijo Lorena.

- Hola ¿sos amiga de Sseba, no? – preguntó sonriendo.

- ¿Qué?... ¡no! Mira vine a contarte todo – llena de amargura, le contó todo lo que Miguel le había contado acerca de su vida. No se olvidó de ningún detalle, hasta sacó de la mochila el cuaderno azul y lo puso sobre las piernas de la anciana; aquellos poemas que eran testimonio de todo el dolor que sufrió.

Se levantó de la silla y se encaminó a la puerta, al llegar se dio la vuelta y la miro...

- Todos tenemos derecho a saber la verdad y tenés que saber, que el que te acompañó, éste último tiempo fue Miguel, y ahora por culpa de un accidente que tuvo cerca de las calles de acá, está en coma. Creo que hice bien contándote la verdad – dijo yéndose.

La anciana no contestó, se quedó estupefacta mirando la pared. La enfermera al entrar y ver a Mariana le preguntó a Lorena qué le había dicho, porque la anciana no mencionaba palabra.

Esa noche Mariana tomó una sopa y se quedó dormida.

Lucía estaba en el hospital (avisada por Martin). Fue a averiguar si había cambiado su estado, porque al no ser pariente no le permitían el paso. Ella nunca se rendía y regresaba aunque le negaran el paso. Con Martín siempre iba averiguando cada día como estaba Miguel.

Esa noche, Lorena subía al tercer piso a ver a su hijo y en el ascensor estaba Lucía que bajaba.

- ¿Por qué tan triste, chiquita? – preguntó la mujer sin saber de quién se trataba.
- ¡Estamos en un hospital! – contestó Lucía.
- Claro, perdóname la pregunta estúpida. Yo tengo a mi hijo internado, pero se va a recuperar – dijo llena de insegura felicidad.
- ¡Qué suerte... mi novio también está internado, en coma y no se va a recuperar! – dijo amargamente.
- Ay ángelito, lo siento, pero no llores – la abrazó tratando de encontrar palabras.
- Ya estoy bien, gracias señora ¿pero usted no subía? – preguntó al llegar abajo el ascensor.
- Sí, pero no importa... ¿estás bien en serio? – preguntó impulsada a preocuparse.
- Dentro de lo que cabe, sí señora, gracias, adiós... - dijo bajando del ascensor, se dio la vuelta y le sonrió.

Capítulo 39

Eran las ocho de la noche, Lorena dormía en el sillón junto a Miguel, tapada con una mantita como todas las noches.

Despertó tras oír un fuerte sonido, un continuo “Pi ...”. Saltó histérica del sillón, corrió al pasillo pidiendo ayuda a las enfermeras.

- ¡Tranquilícese, señora!... “Dr. Gomez a la habitación 883, repito “Dr. Gomez a la habitación 883” – llamó la enfermera por altoparlante.

Aparecieron varios médicos, corriendo entre ellos el Dr. Gomez, entraron a atender a Miguel, mientras que la mujer luchaba para quedarse, unas enfermeras se la llevaron.

- Deje trabajar a los médicos, señora, venga con nosotras, esperaremos afuera – decía una.

- Ya lo están atendiendo, señora. No hay que preocuparse, pasa mucho esto y muchas veces se salvan – decía la otra.

La mujer no quería hablar, no podía, estaba demasiado preocupada en llorar. Al rato salieron todos los médicos de la habitación y el último fue el Dr. Gomez.

-Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos, señora, lo lamento – dijo mirándola. Lorena parecía encoger y en un solo grito cayó al suelo derribada, dio rienda suelta a todas las lágrimas que había reprimido a lo largo del tiempo. Maldijo al mundo entero hasta quedar sin voz.

- Señora ¿quiere que llamemos a alguien? – preguntó la enfermera.

- Quiero verlo... quiero ver a mi hijo – dijo temblando.

La acompañaron al cuarto y ahí la dejaron unos minutos junto al cuerpo de Miguel. Lorena no podía dejar de llorar.

- Señora Pizzano, venga conmigo por favor – dijo el médico que la había dejado pasar a verlo el primer día.

Pasó junto a la enfermera y le dijo que él se encargaría de llamar a su amiga, para que viniera y abrazando a Lorena, bajó con ella hasta el bar. La mujer estaba con la mirada ausente y su expresión era inexpresiva. La llevó al bar del hospital, sentándola en una mesa y el doctor ordenó un café. Él se disculpó y fue a llamar a Rosita.

- Hola, le hablo del hospital – dijo el hombre.

- Sí, si ya reconocí su voz, doctor ¿ocurrió algo? – preguntó Rosita.

- Podría venir por favor, es mejor que se entere aquí – dijo.

- Salgo en seguida para allá – afirmó la mujer.

- Ya llamé a su amiga, señora y viene para acá ¿señora Pizzano... Lorena? - dijo el médico contándole a Lorena.

Ella levantó la cara y lo miro. Él miro sus ojos, pensando que jamás había visto unos ojos que soportaran tanto el dolor como aquellos que estaba observando, quiso abrazarla, pero se contuvo.

En eso llegó Rosita corriendo.

- Ay... creo que tengo cinco multas sino más y encima el sorete de mi jefe no me quería dejar salir, pero contame ¿qué pasa? – dijo agitada la mujer.

- ¡Miguel acaba de morir! – dijo con voz ronca.

Rosita la abrazó sin saber qué decir, sólo repetía “ay, mamita” y lloraba junto a ella.

- Disculpen... Rosita ¿te quedarías con ella, es que tengo que volver al trabajo? – dijo el médico.

- Claro hombre y muchas gracias por atenderla y haberme llamado.

- No hay de qué, cuídela, hasta luego y lo siento Lorena, lo siento – dijo dándose la vuelta.

- Bue... vos ahora te venís conmigo, mamita – dijo Rosita llevándosela del brazo a su auto.

Habían llegado a su casa y al entrar, vieron a Brandy sentado junto a la chimenea. No parecía el mismo, se lo veía triste y apenas se movía, ni siquiera les hizo fiesta al llegar a la casa. Lorena se sentó junto a él y lo abrazaba llorando.

Miguel se había ido y nunca más lo sacaría a pasear, nunca más.

Cuando Martín volvió del gimnasio, vio a Lorena en el piso y trato de levantarla, pero la madre lo persuadió.

- ¡Vení a la cocina por favor, Martín! – dijo yéndose con él -... Hoy a la noche murió Miguel – quiso decirlo despacio, pero las palabras fueron más rápidas.

Sólo se escuchó un portazo, porque Martín se había ido enfurecido.

- Perdóname Lorena, pero tengo que ir a buscarlo, ya vengo – dijo Rosita.

- Claro, Rosita anda tranquila.

Rosita agarró su campera y la del hijo y salió a la calle. Se dirigió al puente, porque intuía y sabía que Martín estaría ahí, porque es el lugar al que siempre iba cuando se sentía mal.

- Te vas a enfriar ¡Ponete la campera! – dijo alcanzándosela.

- ¿Por qué, mamá? Miguel era un santo – dijo con los ojos rojos.

- Lo sé, chiquito. No sé por qué – dijo abrazándolo.

- El azar planificó su muerte ¿es eso? – preguntó secándose las lágrimas.

- ¿Cómo? – preguntó desconcertada.

- Miguel siempre lo decía, lo sacó de un libro de Benedetti

“El azar es un poco nuestra ley

Pero nosotros debemos planificar el azar

Intentar el arduo montaje de la suerte

Porque si dejamos el azar al azar

Entonces sí lo planifica el enemigo”.

- No sé qué decirte, amor – dijo la madre.

- Mentime por favor – dijo Martín llorando.

Ella lo abrazó y juntos volvieron a la casa.

Lorena estaba sentada, en la mesa de la cocina y el muchacho se le acercó. Con la mirada lo decía todo y ella se levantó y lo abrazó.

- Gracias por estar conmigo, chicos, me moriría sin ustedes – dijo Lorena.

- Y ¡hoy te quedas acá, mamita! – dijo Rosita.

Al rato se acostaron a dormir, Rosita le dio una pastilla para dormir a Lorena y entre interminables lágrimas, se quedó dormida junto al perro.

A la mañana siguiente Lorena se fue a la cocina.

- Buen... , hola – dijo Lorena.
- Hola, ¿por qué no seguiste durmiendo, mamita? – preguntó Rosita.
- Es que quiero irme a mi casa ducharme y cambiarme.
- Pero hacelo acá, mamita, yo te presto ropa.
- Gracias Rosita, pero “tengo” que ir a mi casa, por favor Rosita.
- Bueno, está bien, yo te llevo. No te voy a dejar conducir en éstas condiciones.

Ambas se subieron al auto y fueron hasta la casa de Lorena. La mujer miraba las calles e imaginaba a su hijo andando en bici por esas calles. El auto pasó, junto a un hombre con una campera de jean. El hombre tenía unos cartones en la mano y caminaba sonriente.

- Llegamos a tu casa, mamita, vamos a bajar – dijo Rosita.
- No te enojés, pero quiero estar sola.
- Bueno, pero me llamas cualquier cosa ¿listo?
- Sí, tranquila y gracias.

Rosita se alejó y Lorena entro a la casa.

Sentía a Miguel en el ambiente, en cada recoveco de la casa. Al entrar a su cuarto, se acostó en su cama y abrazó la almohada, que tenía su olor y con lágrimas la humedeció.

Capítulo 40

Eran las diez del mediodía y el timbre del teléfono despertó a Lorena.

- Hola – contestó dormida.
- Hola, habla la enfermera del geriátrico del Sol – dijo una voz femenina.
- Ah... tenía pensado ir hoy – dijo sabiendo cuánto quería Miguel a Mariana, de alguna manera quería estar junto a ella, porque veía a Miguel en sus ojos.
- Señora, la llamo para avisarle que la señora Rosas falleció durante la noche, pensamos que fue el corazón por lo repentino. Creemos que no sufrió. La encontramos inclinada en su sofá con un cuaderno azul en las piernas... Perdóne señora, el otro día me dio a entender que no quería que la molestase más, pero creo necesario comunicarle esto.
- ¿El cuaderno de gamuza azul... está segura? – dijo temblando.
- Sí, señora. Es un cuaderno de poemas re tristes, escritos por la señora misma.
- ¡Gracias por llamar! – contestó como zombi y se quedó congelada, con el tubo en la mano.

Al rato apareció Rosita en el umbral.

- Ay mamita, hace horas que trato de llamarte. Ahora entiendo porque no contestabas – dijo viendo el tubo en su mano -... ¡Veni levántate! ¿quierés agarrar algo antes de irnos?
- Yo la mate, Rosita – dijo como en trance.
- ¿Qué... a quién? – preguntó la mujer.
- Yo la mate. Miguel tenía razón, yo la mate – siguió diciendo.
- ¿A quién, mamita? No me asustes – dijo Rosita agarrándole la mano.
- Mariana Rosas, murió esta noche igual que Miguel, Rosita.
- Pero ¿qué es eso de que vos la mataste?... – preguntó y Lorena le contó toda la historia.
- La enfermera te dijo que probablemente fue el corazón y además tenía ya noventa y seis años.
- Recién cumplidos, Rosita ¿y cómo explicas lo del cuaderno? – preguntó angustiada.
- Casualidad, no te comas el coco, mamita.
- Puede ser, pero siempre viviré con esa duda ¿qué si Miguel tenía razón? Me convertí en una asesina por despecho, porque no fue otra cosa lo que me hizo actuar... Un estúpido despecho ante alguien que no se merecía lo que yo le había hecho. ¿Por qué... por qué le hable así?
- ¡Cálmate, mamita! Por favor cálmate – dijo tratando de hacerla volver en sí.

¡Qué lindo hubiera sido, si pudiéramos valorar cada segundo de nuestra vida, como éso, como lo que es... Un regalo.

Me gustaría volver a Rocha, junto a aquellas dos mujeres, mi madre y Mariana. Qué lindo si pudiera compartir mil noches más de amor con Lucía. Qué lindo hubiera sido seguir viviendo, para decir “yo del día de hoy, no me arrepiento de nada”!.

FIN.

Cataclísma

Septiembre 2007

Capítulo 1

- Che... me pasas la sal por favor – pidió una mujer con voz aguda y chillona.
- ¡Toma! – respondió un hombre, que se dio la vuelta hacia el otro hombre presente en la cena - ¿Viste el partido anoche, gordo? – preguntó masticando la carne.
- No, cuando llegué del laburo, mi vieja me pidió acompañarla a la casa de una enfermera, que la cuidó cuando estuvo internada, al sufrir un accidente – respondió.
- ¿Tu madre? - preguntó extrañado y alarmado.
- ¡No! La enfermera – contestó el gordo sonriendo.
- ¿Cómo está tu señora madre, gordo? – preguntó la otra mujer.
- Bien, bien... se queja del reuma y la columna a veces, pero ahí la va tirando “Así es la vida ¿no?” – afirmó el gordo.
- “Nosotros” con el gordo, queremos renovar la cocina, ya estuvimos viendo catálogos ¿verdad, gordo? – dijo la voz aguda y chillona.
- ¡Sí, Berta! – respondió.
- No sabes lo lindo que va a quedar... ¿Y ustedes dos qué? ¡Ay perdonen no quise parecer chusma! – agregó.
- No pasa nada, Berta, estamos entre amigos y para calmar a tu sed de novedades te diré que la Marta y yo no tenemos planes... Te quedó muy rica la cena, Berta – dijo el hombre.
- Ay gracias, Gerardo – se giró hacia la mujer -... ¿Y vos nena cuando nos vas a dar la noticia de que estás embarazada? – antes de que pudiese contestar la mujer, Roberta agregó -... porque se te está pasando el arroz y vos viste el trabajo que lleva criar a un hijo y no es lo mismo acarear con uno siendo mayor – dijo sentenciando la charla.
- La Marta y yo no tenemos apuro y te agradecería dejar el tema – dijo el hombre agarrándole la mano, por debajo de la mesa a Marta.
- Perdón... ¿Me metía en algo grave? – preguntó tras bajar la voz.
- ¡Hablemos de otra cosa! ¿Sí? – insistió Gerardo.
- No lo pude ver... ¡al partido! ¿Cómo salió? – preguntó el gordo.
- Ah... 3-1... unos goles lindísimos ¡Lindo partido! – contestó costándole un poco en

centrarse en el tema.

- ¡Qué lástima habérmelo perdido! Pero viste que como siempre jugamos pa tras, no le di importancia y... - dijo levantando los brazos.
- ¡Por juzgar a los muchachos! – reprochó Gerardo.
- El que sí vi fue el del Domingo ¡Qué gol que le metió El Petiso al Peludo booo! – estiró las piernas y se puso los brazos tras la nuca.
- ¡Viste! Pinta a convertirse en un gran jugar El Petiso – dijo sonriendo Gerardo.
- Sí, la verdad que podríamos mandar el resto del plantel a casa y jugar sólo con El Petiso – dijo el gordo bebiendo un sorbo de cerveza.
- Epa tampoco así che... - protestó Gerardo.
- Bueno, bueno voy a recoger la mesa ¿Quién quiere té o café? – dijo Berta.
- ¡Te ayudo, mujer! – dijo Marta.
- No, nena, vos sos mi invitada ¿qué te traigo un té o un cafecito? – dijo con tono peculiar.
- Café por favor – dijo volviendo a tomar asiento.
- Bien ¿Y ustedes dos qué quieren? ¡Ta! ... gordo ¡no empieces a fumar! – dijo rezongando.
- ¡Pucha con ésta mujer! – protestó el gordo terminando el contenido del vaso, se levantó y se fue a sentar a los sillones del living - ... ¡Vengan, chicos!

Estaban charlando en el living, cuando de repente entra Berta con una bandeja y tres tasas.

- ¿Vos no tomas café, Berta? – preguntó la muchacha alegremente.
 - ¡Ay no, nena, eso te deja alterada y a mí me cae mal! – dijo ella.
 - Ah... y... - antes de que pudiera decir algo la mujer agregó...
 - Además la cafeína no es buena, si tomo tiene que ser descafeinado.
- La chica asintió con la cabeza y tomo un sorbo quedándose en silencio.
- ¿Cómo te va en la construcción, gordo? – preguntó el otro.
 - Bien... ba, nada va bien. Las horas que laburo no me las pagan casi y encima laburo poco y nada. No hay guita, la gente no cumple y entre una cosa y otra eso te caga el laburo.
 - Entiendo, ¡qué macana che! – dijo bebiendo el café.
 - Y sí, la verdad es que vivimos con la guita que gana la Berta – dijo el gordo avergonzado.
 - Ay sí y yo no sé cuanto más podré seguir, porque la columna no me da más y para la limpieza te mata... Ay ya me siento como tu madre, gordo – dijo agarrándose la cintura y pegando un alarido que los dejó a todos sordos.

- Sí, está grave la cosa... ¿Y a vos cómo te va en el laburo? – preguntó el gordo.
- No me puedo quejar, hay días en los que no entra nadie al bar y otros con los que nos da para llegar a fin de mes. Además la Marta gana un sueldo fijo y en ese sentido estamos tranquilos la verdad – contestó.
- Ah ¡qué bueno!... ¿En qué trabajabas vos, Martita? – preguntó Berta.
- En una clínica privada – respondió ella.
- Bueno, pero haciendo ¿qué? es la pregunta – dijo sonriendo con falsedad.
- Soy doctora, neuróloga... te lo dije a...
- Ah cierto – dijo interrumpiéndola -... ¿Y vos Gerardo como te sentís, con respecto a que ella gane de forma constante y más cantidad que vos? – preguntó maliciosamente.
- Bien, me alegro por ella de que pueda trabajar en algo que le guste y además que se le reconozca su trabajo – respondió sin inmutarse ante la pregunta.
- Aha, me alegro también – contestó evasiva.
- ¿Cómo está tu viejo, Gerardo? – preguntó el gordo.
- Bien, por suerte bien. Está contento que es lo más importante, mi hermana me cuenta siempre que temprano agarra su caña de pescar y se va todos los días con el nieto al río.
- ¡Qué bueno che! Me acuerdo de cuando nosotros éramos chiquilines e íbamos con él a pescar ¿Se acordará él, Gerardo? – dijo el gordo sumergido en recuerdos.
- No lo creo, pero... - dijo siendo interrumpido.
- ¿Cómo se va a acordar, gordo, es que se te olvidó que el pobre hombre tiene Alzheimer? – chilló Berta -... igual que tu padre.
- Claro que no, pero... - dijo el gordo.
- No importa, no sé, gordo... a lo mejor sí – respondió Gerardo.

Berta miró a Marta y le empezó a hablarle.

- Gerardo y el gordo se conocen desde chicos, no sé si ya te lo dijeron y él es como un hermano para mí, por eso nos interesa tanto Don Francisco ¿sabes? Es como un padre – dijo insistente.
- Mi padre la quiere más a ella que a mí, Berta – respondió el hombre mirando a Marta.
- Ah... ¡qué bueno! – dijo desilusionada - ... Es importante llevarse bien con los suegros, el respeto es muy importante. Mismo los hijos con sus padres –contestó Berta.

El café se acabó y repitieron. El gordo propuso jugar una partidita de truco, ya eran las tres de la mañana y en medio del jolgorio, se abrió la puerta de calle, quién asomaba su cabecita por la puerta era una morocha de veinte años, ropa entallada

y un bolso marrón.

- ¡Aaa...! ¿Qué haces a éstas horas viniendo de la calle? Yo te hacía dormida en tu cuarto hace horas ya – gritó Berta al verla.

- Te dije lo de ésta noche y estuviste de acuerdo, mamá – dijo la chica.

- No me vengas con esas, Catalina. En la vida podría “YO” dejarte salir a éstas horas... ¿Vos estabas enterado, gordo? – chilló la mujer mirando al marido.

- No eh... - respondió con cara de lástima -... pero bueno lo importante es que está bien, vieja!

- ¡Qué bien ni ocho cuartos! Vos felicítala nomás por su cordura – dijo enfurecida.

- Nosotros mejor nos vamos, muchachos – dijo Gerardo poniéndose de pie.

- Sí, muchas gracias por todo, chicos – agregó Marta agarrando su abrigo.

- ¡Ay qué macana esto, bueno disculpen... nos veremos otro día entonces. ¡Los acompaño... y vos señorita te vas inmediatamente a la cocina, que tenemos que hablar! – dijo en un tono elevado -... Muchas gracias por haber venido y llamen para repetirlo algún día – dijo Berta sonriendo.

- Bueno, hasta luego entonces ¡cuídense! – dijeron los dos a la vez.

- Chau chau – saludó el gordo.

Capítulo 2

La chusma, histérica, víbora y chillona, es mi madre y el gordo... mi padre, al menos es lo que dice mi madre, yo lo dudo porque no me parezco en nada a ninguno de ellos. Aunque por el único que siento cariño de hija, es por el gordo.

Él estuvo toda mi vida a mi lado, es un poco boludo ¡el pobre! porque nunca tuvo los huevos de mandar a cagar a mi vieja (lo contrario a mí) y a raíz de eso se convirtió en un calzonudo. Bueno como ninguno, pero pollerudo al fin.

Soy hija única, por lo tanto doble castigo. Todas las frustraciones de mi vieja recaen sobre mi persona y eran una cantidad.

Los dos que se fueron al llegar yo a la casa, era un amigo, con su mujer, de mi padre de su infancia. No sabría decir cuál de los dos es más piola. Gerardo fue a la escuela con papá (El gordo) y se arregló hace poco con Marta (que es una divina total).

La pobre está pasando por un momento fulero, siempre quiso tener hijos y hace cuestión de un mes, se hizo unos estudios tras varios intentos fallidos para quedar embarazada y los resultados fueron desastrosos, tenía un problema en el útero que la imposibilitaba para tener hijos. Eso la derrumbó psíquicamente porque para ella era tan importante el hecho de traer vida al mundo, que la traumó en varios

aspectos de su vida.

Yo tal vez no sea la más indicada para dar consejos, porque no comparto la misma idea... no tengo esa necesidad que ella siente. Tampoco me puedo imaginar traer a un bebé al mundo, onda “madre de alquiler” para después dárselo a otro como sucede en las películas. Siempre nace un vínculo entre madre e hijo/a y es una crueldad quebrarlo, pero no quería hablar del tema, ahora a lo mejor me fichan de poco entendedora e insensible. No sé... ¿no les parece más cruel buscar locamente a una mujer, que esté dispuesta cargar con un embarazo para después extirparle a su hijo en vez de recoger sencillamente a un niño que no tenga padres?... Yo le planteé el adoptar, pero ella aun no está muy bien para hablar sobre el tema y lo de madre de alquiler es sólo charlatanería mía, a ella nunca se le pasó por la cabeza tal cosa.

Dejemos ese tema y vayamos al “CASTIGO”.

Tengo veinte años, carné de conducir (que nunca usé) y unas ganas terribles de mudarme y evitarme el sermón de cada día de Sor Berta, pero (como siempre) estoy terminando los estudios para recibirme y conseguir un trabajo para tomármelas. El que tengo ahora a penas me alcanza para comprarme los libros que necesito y algo de cosas personales, pero “en la vida...” me alcanzaría para alquilar una casa, pagar la luz, agua y gas, así que cierro el osico y acato órdenes del Ogro de mi vieja.

Harta de oír que mientras viva bajo su techo, se hace lo que ella decide (cosa que me lleva a otro punto “A los hijos se los tiene para sacarse las frustraciones con ellos” y nadie me saca eso de la cabeza, habrá padres que realmente quieran a sus hijos, pero inconscientemente siempre algo por más chico e invisible que sea se transmite y después ya es tarde.) si supiera que soy yo la que quiere irse... Es más triste que no te quieran al ver cómo te rechazan, pero ella no es mujer entendedora de palabras.

Su castigo consiste en mantener la casa limpia durante dos semanas, cosa en la que se refleja nuevamente su hipocresía. Ella se cree que durante la noche se mete un duende en la casa y la lava de arriba abajo, ordena y además hace la comida. Y a todo eso ni se da cuenta que la duenda ¡soy yo! Desde que tengo uso de razón. Entre los gritos que pegaba en la cocina (los cuáles despertaron al vecindario completo, porque la señora no se sabe medir) se le dio por hablarme del respeto, palabra que no combino con mi vieja.

Si hubieran visto al gordo ¡pobre y triste de ver! Junto a ella en la cocina se pondrían a llorar. Con los ojos me pedía perdón por su mujer y a mí me dio una lástima... por él, a ella que la parta un rayo, ¡es una reventada! Sé que la hipocresía de la gente

siente que está mal que lo diga, pero no puedo evitar decir la verdad, costumbre que tengo.

Tengo una amiga... (Hoy en día es muy difícil tener amistades, prácticamente los amigos "conocidos" que haces en un día se pierden después tras dos semanas)... como decía, tengo una amiga "Rafaela" (es su nombre, no muy lindo lo reconozco, pero ella es muy linda) nos conocimos en un club de natación. Hace tres o cuatro años, ella nadaba como un pececito y yo en ese entonces, sólo sabía lograr mantenerme para no ahogarme. De ahí comenzó una conversación que se convirtió en amistad.

Rafa tiene dos años más que yo, es rubia transparente (motivo por el cual siempre la jodo), ojos claros como el cielo y es muy dulce.

Ahora está saliendo con un muchacho que le presenté en una fiesta (un ex novio mío). Es bárbara el gurí, nos separamos porque yo entonces estaba en otra (como ahora y siempre) y ta, pero nunca pierdo la oportunidad de decirle a Rafa que quiero volver con el botija y ella tiembla porque según me chismeo le rompí el corazón. Yo para ese entonces no era consciente de poseer uno (como ahora tampoco). La cosa es que siempre la jodo y ella tiene un aguante que ¡dios mío! (para bancarme a mí, digo).

Una vez tuve un accidente horrible con una moto. Tanto hoy como ayer las aborrezco.

Yo venía en mi bici por el cordón (teniendo preferencia y cuidado) me mandé por dónde siempre y un alcornoque me agarra por detrás, o sea yo ya había cruzado, pero el de la moto, se me mete en la rueda trasera y bue... ahí caí y me maté (en sentido figurado).

Quedé hecha moco, tanto... que estuve tres meses internada y la primer cara que vi, fue la del responsable de que yo estuviera internada. Yo ignorándolo reaccioné confusa y con un dolor de cabeza increíble, que debido al tiempo que llevaba en coma debería haber sido historia ya.

Quién me atropelló era (por esas "casualidades" que tiene la vida) mi vecino, el típico tipo creído, soberbio y pedante, pero parecía otro desde nuestro último "encontronazo". Ahora siempre me saluda, se pasa de educación, me pide que le pida favores.

No... si siempre es la misma vieja historia, tienen que romperle la cabeza a uno para convertirse en "gente educada".

Me contaron que estuvo los tres meses junto a mi cama.

Otra noticia re triste para mí es la muerte de mi perra, murió hace una semana y

media.

Me la regalaron al cumplir los ocho años, compartió sus aullidos, sus ladridos, los momentos en que parecía que nada lograría parar su cola de lo contenta que estaba, sus travesuras, su compañía. Ella fue mi confidente en todo y me oía (no tenía otra ¡pobre!, pero a mí nadie me puede decir que no me entendía porque lo veía en sus ojos).

Ahí terminó mi lista de amigos; Rafa, “Daniel” (extrañamente. Mi vecino) y mi Sidney (que ya no está). Con Marta también tengo buena relación y como para que no, con eso tan doloroso que me confió me ayudó a ganarle confianza.

Cómo es la gente eh... de tan desconfiados que somos, sólo confiamos cuando comparten tragedias con nosotros.

A vos si te lo cuento, el real motivo por el cual llegué a las tres de la mañana anoche. Fue porque tonteando con un amigo nos quedamos hablando y hablando y entre trago y trago perdimos la noción y cuando volví en mí, miré el reloj y me apuré para llegar a casa, pero ya era tarde.

Debí haberme metido por la ventana, pero ta... . Ni te imagines ahora que pasó algo con el pibe, porque sólo hablamos y nos dormimos por los efectos del alcohol.

A vos no te quería mentir, a mi madre le dije que me fui a bailar con Rafa y que se nos fue el tiempo. (Cuando digo “a vos” me refiero a vos “lector”) – dije guiñeando el ojo. Uy... me llama mi vieja...

- ¡Catalina...!

- ¿Sí? – contesté bajando por la escalera.

- Mira nena... estuve hablando con tu padre y decidimos que lo mejor para vos es irte a vivir con tu tía Mabel. El hecho de estar lejos de la seguridad y el confort de tu hogar y tomar la responsabilidad de cuidar de tu abuelo te hará ver que la vida no es un juego. ¡No lo tomes como un castigo, sólo es para que aprendas! – dijo dando clases de moral.

- Está bien – respondí sin vacilar.

- ¿Bien? – reaccionó confusa mi madre. El gordo bajo tristemente la cabeza.

- Sí, voy a preparar las valijas – dije subiendo nuevamente las escaleras.

Berta se quedó con la palabra en la boca, el gordo se sentó de golpe con los ojos hinchados de lágrimas y en menos de quince minutos, me vieron bajar nuevamente con dos bolsos deportivos y una cartera-mochila.

- ¡Ya está!... acabo de llamar a la tía, pero me dijo que ya lo habían arreglado todo, así que...

- ¡Sí! hablamos ayer con ella y lo acordamos... ¿Te llamo un taxi, nena?

- ¡No! gracias, ya lo llamé desde mi cuarto... Chau, papá – dijo abrazándolo.

- Perdón, nena – susurró cuando ella lo abrazó – ... perdóname, mi amor.

- Te quiero – dijo dándole un beso en la mejilla -... Bueno Berta... ¡chau!

Le di un beso frío y distante y así abandonó la casa.

El gordo soltó las lágrimas cuando la vio cruzar el umbral y Berta se fue a su habitación.

Capítulo 3

Era una noche increíblemente oscura, en el cielo brillaban muchas estrellas y la luna estaba llena. Algunos grillos cantaban.

Frente a una casa frenó un auto y del que bajé, agarré mis bolsos y caminé hasta la puerta.

- ¡Va ...! – gritó mi tía, desde el interior -... ¿Quién es?

- Yo, tía ... ¡Catalina! – respondí.

- Ah... - abrió la puerta y saludándola la hizo pasar -... ¿Cómo estuvo el viaje?

- Bien, gracias – contestó.

- Pero déjame ayudarte con eso, gurisa... Pasa, pasa – dijo agarrándome un bolso.

Entramos a la casa, mientras que Mabel me condujo a la habitación que ya había preparado. Entré al cuarto y ya me quedé instalándome, me disculpe con la tía diciéndole que estaba cansada y quería dormir.

A la mañana siguiente me desperté con el cantar de los pájaros y en el mismo momento salte de la cama. Me dirigió a la ventana y me quede un rato observando a una pareja.

Baje a la cocina (era una casa de dos pisos, como la mía) y prepare el desayuno después de haber lavado casi todo.

- Buen día, Cata ¿Qué haces despierta tan temprano? – me preguntó la tía al entrar a la cocina.

- Buenos días, tía. Siempre me despierto a las siete ¿Querés desayunar? Ya está todo preparado – dije sonriendo.

- No... si ya veo lo veo y además lavaste la cocina, como para venderla, hasta me siento un poco mugrienta y con eso de que la lavaste parece como que te sentías incómoda antes...

- Para nada, tía. Estaba todo limpio, pero me quería sentir un poco útil y hacer algo, sólo le pasé un trapito a las cosas... Y ahora preparé el desayuno ¿seguro que no

quieres?

- Bueno... voy a despertar a tu abuelo y lo traigo así comemos los tres junto.

Ya estaba sentada a la mesa con todo servido, esperando a la tía y al abuelo. Al rato vio al abuelo Don Francisco, bajo el umbral, traía una mirada ausente, Mabel lo acompañó a sentarse y luego se sentó ella.

- Mira papá... ¿Te acordas de ella? – dijo señalándome con la mirada -... Ya no recuerda nada, Cata – dijo mirando el pan calentito.

- ¡Ca- ta- li- na tas her-mo-sa! – dijo costándole mucho hablar.

Mabel se quedó de una pieza y Catalina sonreía agradeciéndole.

- Papá ¿te acordás de mí, del gordo, de mamá? – preguntó ilusionada.

Él no la miró, ni le contestó, su mirada sólo iba dirigida hacia mi.

Mabel volvió a sentarse y comenzaron a desayunar. A lo largo de la comida Don Francisco contaba anécdotas de la infancia de la chica y Mabel no dejaba de sorprenderse, pero por otro lado observaba que su padre no recordaba otra cosa. Lo veía feliz como hacía mucho tiempo no lo hacía.

Sonó el teléfono y mi tía se levantó para ir a atender.

- ¡Ya vuelo!... Hola, sí, hola ¿Cómo te va a vos?... Sí, bien. La nena también, sí...

Tranquilo, gordo, está conmigo... No sabes lo que pasó hoy, cuando papá vio a tu hija, recordó su nombre y durante el desayuno nos contaba cosas de su infancia, traté de ver si recordaba algo más, pero no... en su memoria sólo hay lugar para ella al parecer... Puede ser, la verdad que tu hija se parece mucho a mamá, pero ¿Cómo te explicas lo de que la haya llamado por su nombre? No dijo Rocío sino que Catalina... Sí, bueno te espero a la tarde, Chau – y colgó.

La tarde llegó y con ella una noticia nefasta.

Mabel estaba al teléfono llorando, con la ayuda de Catalina colgó el tubo y se abrazó a ella.

- No puedo creerlo, Cata. Tan sólo ayer estuve hablando con ella – dijo temblando.

- ¡Tranquila, tía! – dije acariciándole el pelo.

- Tu padre dice que vaya a ayudarlo con unos papeles y cosas. No te lo pediría, pero... ¿podés quedarte...?

- ¡Anda, tía! Yo me quedo cuidando al abuelo – dije segura.

- ¡Ay no!... ¿Cómo se lo digo? – dijo desesperada de repente.

- Yo me ocupo, vos anda tranquila y no te preocupes por él, yo lo cuido, tía.

- Gracias, nena. Me voy a cambiar y salgo enseguida para allá - dijo tanteando con su mano su pecho.

- Bueno – dije agarrando la campera de la tía y ayudándola.

Estaba barriendo la casa, hasta que oí gritar mi nombre, deje la escoba apoyada contra la pared y fui al cuarto del abuelo.

- ¿Vos me llamaste, abuelo? ¿Qué pasa... por qué no me hablas? – pregunte agachándome frente al sillón.

- Lo sé, ne-na – dijo mirándola a los ojos.

- ¿Qué cosa sabes, abuelo? – pregunte dubitativa.

- Lo sé... - los ojos se le llenaron de lágrimas -... Fue la mu-jer má lin-da que vi en mi vi-da. Te nía que... ha-ber-la vis-to... el día que nos ca-sa-mo , yo es-ta-ba tan con-ten-to ... - decía respirando agitadamente y frenando en cada palabra.

- ¡Tranquilo, abuelo, te va a hacer mal ponerte tan nervioso! – dije tratando de calmarlo.

- No de-je que me lle-ven a ca-sa de Ber-ta – dijo aún más inquieto.

- Pero tranquilo, abuelo, nadie te va a querer apartar de acá – dijo sonriéndole.

- Pro-me-te-me-lo... a-yu-da-me... - dijo impaciente.

- Ta, tranquilo, te prometo que nadie te va a llevar allá, pero tranquilízate por favor.

- Gra-cia, ne-na. E-lla te que-rí-a mu-cho – dijo el hombre mirando hacia la ventana.

- Y yo a ella. ¡Era una gran mujer! Pero ¿cómo supi...

- Pero era su-mi-sa co-mo tu pa-pá. Sé que no es tás se-gu-ra de ser hi-ja del gor-do, pe-ro lo sos, ne-na. Bas -ta con ver-te... sos i-gual a Ro-cí-o de jo-ven.

- ¿Qué quieres decir con que era como papá? – pregunté por su comparación de mi padre con la abuela.

- An-tes me a-cor-da-ba más, no re-cuer-do bien... mi-ra lee – dijo sacando una carta que había doblado varias veces del bolsillo.

-"Querido Fran:" 21.11.1987

No creas que me aparto de tu lado por quererlo. Cómo bien sabes soy débil y siempre lo fui. Fuiste vos, el único que me hizo sentir la libertad.

Si ahora nos separamos, es porque los chicos creen que es lo mejor y no tengo el valor de contradecirles ¡perdóname!... No quiero encontrarles una disculpa porque hacernos esto no lo tiene, pero intuyo que atrás de todo esto está Berta.

Espero que me recuerdes, amor mío.

Siempre que voy a verte, tu mirada está tan ausente que me parte el corazón, yo ya no tengo fuerzas, Fran. Si pudieras ver a nuestros nietos jugar te derretirías, son tan chiquitos; Cata (la mayor) tiene casi un año y medio ya, le están saliendo los dientes ¡es una traviesa!... y Agustín... Agus (el nene de Mabel) tiene medio año, se la pasa llorando ¡el pobre... es re gracioso!

A lo mejor nunca entiendas éstas líneas que te escribo, pero a mí me sirven para seguir y así lo haré siempre. Hasta el día en que pueda volver a tu lado.

Te amo más que nada en la vida.

Tu cascara de nuez... Rocío.

Pasaron unos instantes en silencio, el anciano tenía los ojos rojos, mientras se agarraba de los posa brazos y yo con la carta en la mano de repente alce la mirada hacia él.

- No tenía ni idea.

- No es al-go que se... di-ga... - dijo él.

- Sí, pero ¿por qué tomaron esa decisión tan cruel? – preguntó confusa.

- Pa-ra ellos fue lo me-jor – contestó.

- ¿Y vos qué crees? – pregunte sorprendiéndolo.

- Nun-ca me lo pre-gun-ta-ron... no quie-ro o-pi-nar... - dijo cerrando los ojos.

- ¿Por qué? es tu vida, abuelo... La abuela dice que mi madre está atrás de todo ¿crees lo mismo, verdad? – preguntó insistente.

- Mmm... –dio vuelta la cara negándose a hablar.

- No te persigas porque sea mi madre... ¡yo no la paso, abuelo!

- Pe-ro no de-ja... de ser tu ma-má... - dijo volviendo a mirarla.

- El respeto se gana, no va atado al nacimiento. Pero... nunca te había oído hablar tanto, siempre que venía acá, vos nunca me dirigías la palabra...

- Pe-ro si la mi-ra-da, siem-pre te mi-ra-ba... Me re-cor-da-bas tan-to a mi Ro-cí-o.

- Me alegro, aunque no creas que no me di cuenta de que me estás eludiendo la pregunta que te hice, pero no te voy a obligar a decir nada que no me quieras decir – dije acariciándole las manos.

- ¡Gra-cias, ne-na! – dijo el hombre secándose las lágrimas.

- Bueno, te dejo descansar un poco, abuelo, al rato vuelvo para ver si se te antoja algo ¿ta?

- “Ta” – me dijo guiñando un ojo y cerrándolos para dormir.

Capítulo 4

Una semana después.

Llegaba de mis estudios y al entrar a la casa me encontré a Agustín, con unos amigos reunidos en el living.

- Hola, primita – dijo al verla.

- Hola, Agustín ¡Buenas tardes! - dije mirando a sus amigos - ...¿Está tu madre, Agus?

- No, se fue al laburo – respondió el chico.

- Bueno... nos vemos –dije saludando y subiendo las escaleras.

- Hermano... está como un tren, tu prima – dijo uno.

- ¿Tren...? Dirás avión ¿Hay onda entre ustedes dos? ¡Dale que vi tus miradas!– dijo el otro.
- ¿Qué? nada de miradas, ni onda, loco ¡es mi prima!
- ¿Y... sabes la cantidad de “primos” que tienen onda? – dijo el primero.
- ¡Sácame de tu lista, no me van ésas y no me atrae ella! – respondió Agustín.
- Ta bien, flaco. Tampoco es para calentarse – dijo el segundo.
- ¡Tenés razón!... Bueno, mejor se van, nos vemos mañana ¿ta? – dijo despachándolos.
- ¿Para estar a solas? – bromeó el primero.
- Veni, Mario – dijo el segundo tirando de la manga del primero -... Que acá se esta rifando una trompada y parece que estás como loco por ser el ganador. ¡No le des bola, Agustín! Nos vemos...
- Sí, si ¡váyanse! – dijo el chico cerrando la puerta.

Baje las escaleras con una toalla y una muda de ropa, lleve las cosas al baño. Fui a la cocina y preparó un té al abuelo.

Dejando el agua hirviendo volvi a subir las escaleras y fui al cuarto de Agustín.

- Che Agus... ¿Quieres un té? – el chico se quedó mirándola sin decir palabras -... Agus... ¿Todo bien?

- Sí, sí – dijo tartamudeando tras volver en sí.
- Te pregunté si querías un té y si te sentías bien – dije sonriendo.
- To... todo bien bien (Lindos amigos, ahora me hago la cabeza y también... Mira cómo viene...) - contestó y pensó Agustín.
- Bueno ¿te hago o no un té? – pregunte impaciente mordiéndome el labio inferior.
- No, gracias – dijo dándose la vuelta agarrándose la frente.
- Bue... me voy a la ducha entonces ¿no tenes que ir? – preguntó.
- No, no ¡anda nomás! – dijo tratando de pensar en otra cosa.

Al darse vuelta la chica, el primo soltó la respiración contenida y maldijo al amigo que lo llevo a pensar diferente de su prima.

Me encontraba en medio de la ducha, con el champú recién puesto y de repente sentí golpear a alguien en la puerta.

- ¡Adelante! – grite mientras el ruido de la lluvia era constante.
- Perdóname, estoy re apurado... ¿Te queda mucho? – dijo impaciente Agustín.
- ¿Aguantas a que me enjuague el pelo? Es lo único que me queda – dijo la chica.
- No – dijo con cara de situación.

- O sino pasa, no me molesta si no te jode a vos.
- ¡Gracias! (No mires, no mires) – contestó y volvió a pensar el chico.

Mientras que Catalina se enjuagaba el pelo, Agustín hacía pis. Terminó más rápido de lo que se sentó en el wáter, agradeció a la prima y salió como si tuviese un cuete en el culo.

Al cerrar la puerta, salió la chica de la ducha y se secó.

Ya arreglada agarre el canasto de ropa sucia y lo metió en el lava ropa y la puso a funcionar. Camine hacia la cocina y llenando un tacho con agua caliente empeze a lavar los platos. Finalizando pase por el cuarto del abuelo.

-¿Terminaste con el té? – el anciano asintió con la cabeza -... Bueno, entonces me llevo la tasa... Abuelo... ¿No quieres ir a dar una vuelta? – preguntó sonriendo.

- ¿En se ... en se-rio? –preguntó emocionado.

- ¡Claro que sí! ¿O crees que invito a la gente para dejarla plantada?... Además no te hace bien, no salir al aire libre – concluyó con una sonrisa que parecía que jamás se borraría.

- Za-patos... necesi-to za... - dijo moviendo con ansia una mano.

- Sí, ¡pará!... - busque debajo de la cama y junto al armario, hasta que los encontró -... ¡Acá están!... a ver – le puse uno y luego el otro -... ¡Listo! ¡Te voy a comprar zapatos nuevos! ¡Vení, abuelo parate... agárrate de mí!

- Ay ay ay... ay nena no sé si podré, hace mu-cho que no sal-go... mejor no... - dijo angustiado.

Yo sonreía de oreja a oreja sin darme por vencida.

- Nada de eso y menos ahora que te oí... ¿No te diste cuenta, no, de que estás hablando más fluido? ¡La rehabilitación recién empieza, abuelo! Haceme caso y ¡agarrate de mí!, pero si seguís creyendo que no podes y sólo en el caso que lo vea necesario usarás una silla de ruedas ¿ta? – respondió firme.

Agarrado de mi brazo, caminaba lento, pero sin pausa. De repente se frenó.

- ¿Quieres que te traiga la silla, abuelo? – pregunte con paciencia.

- ¡No! te quie-ro a vos – dijo el hombre abrazándola.

- Y yo a vos... ¡Agus... me voy con el abuelo a caminar, en media hora volvemos! – dije mirando a mi primo.

- ¡Ta! Que lo pasen bien – contestó sentado a la mesa.

Ya eran las ocho de la noche y no había señales de Cata y su abuelo.

Mabel estaba nerviosa y no paraba de ir a la ventana y sentarse otra vez junto al

teléfono.

- Mamá ¡cálmate! No les pasó nada – dijo Agustín leyendo un libro de estudios.
- ¿Me quieres decir cómo lo sabes? – dijo histérica comiéndose las uñas.
- Bueno... - dijo guardando silencio.

Pasaron varios minutos más y de repente al volver la mujer hacia el teléfono se abre la puerta de calle.

- Hola – dije al entrar.
- Ah... papá ¿Cómo estás? – gritó mi tía agarrándolo.
- Está bien, tía – contesté al ver que él no quería -... ¿Por qué estás tan nerviosa, tía? – pregunte.
- Es que él nunca salió de casa y la hora que es... - respondió la mujer.
- Sí, lo sé... le compré zapatos y en cuanto a la hora le avise a Agus que en hora y media volvíamos... - dijo justificando la hora.
- Perdón, Cata... te entendí media hora y por eso se puso tan nerviosa – dijo intermediando el muchacho.
- ¡Da igual! Él no puede... - dijo siendo interrumpida.
- ¡No!, él puede, yo sé que me estás bancando porque mi madre metió pata y te lo agradezco... Soy completamente capaz de mantener mi palabra... dije hora y media y al cumplirse la hora (hasta antes) volví. Si estás en contra de que acompañe al abuelo a caminar me lo decís y chau, entonces me vas a acompañar a llevarlo a caminar y bajo tu mirada y cuidado lo haremos. Porque no lo voy a hacer pagar a él por tu desconfianza en mí. Será tu padre, tía, pero es Mí abuelo – Mabel cayó sobre la silla como desplomada.
- Perdóname, Cata ¡Tenes razón! – dijo llorando.
- ¡No llores por favor! (¡Pobre! Es igual al gordo, me parece que heredaron el carácter de la nona).
- Perdonen que interrumpa la reconciliación ¿Me podría llevar a Cata, mamá? – dijo mi primo derepente.
- ¡Si, vayan nomás! – contestó mi tía secándose la cara.

Los chicos se encontraban en el cuarto de Agustín.

Su habitación era un gran despelote, era oscuro, pero el aire era puro y no estaba sucio.

- Wow... no se ve nada acá ¿Puedo levantar la persiana? – pregunte tropezándome.

- Si tiene que ser... - dijo levantando los hombros y ayudándome a levantarme.
- Tire de la cuerda de la persiana y la luz que entro era tenue, pero bastó para reflejar aquel caos.
- ¡Sentate por favor! – dijo el muchacho un poco avergonzado, desocupando a una silla de mil cosas.
- Gracias... - silencio - ... ¿De qué me querías hablar, Agus?
- ¡Qué quilombo que se armó! Perdón por equivocarme con la hora – dijo bajando la mirada.
- No pasa nada... igual ya dije lo que pensaba – dijo ella.
- ¡Estuviste increíble! – dijo sin poder cerrar la boca.
- Sonreí -... ¡Gracias! ¿Por qué el abuelo dice que hace años no sale a la calle? – pregunte repentinamente.
- Porque es la verdad, mi vieja nunca está en casa, mi viejo ... ¡ya ves, no existe! Y yo ... yo soy un pelotudo egoísta.
- ¿Por qué? – preguntó mirándolo de una manera que lo incomodo.
- Pregúntame algo más fácil. Supongo que tengo el carácter débil de mi madre... Vos en cambio sos igual a él – dijo sonriendo.
- ¿A quién? – pregunte extrañada.
- Al abuelo... en sus momentos de lucidez (por llamarlo de alguna manera) Tenes su comportamiento, su porte, sus mismas palabras... parecías él. Al principio él hablaba conmigo después dejo de hacerlo... - dijo Agustín jugando con el cordón del zapato.
- Me hablo de situaciones que tuvo que enfrentar, dónde pude apreciar un fuerte temperamento – respondió.
- ¿Hablo contigo? – preguntó sorprendido.
- ¡Claro!... tiene Alzheimer, no pérdida del habla – contestó con una sonrisa.
- Pero nunca habla con nosotros.
- Ah... por eso se asombraron todos... - dije quedándome colgada en el recuerdo.
- Si... era como un milagro para todos – dijo sin encontrar otras palabras.
- Entiendo... ¿Quieres que te ayude a acomodar? – pregunte mirando alrededor.
- Eh... no no, yo lo ordeno, no te preocupes, gracias – dijo avergonzado.
- Bueno, mira que no tengo drama, si quieres te doy una mano... Che te estás poniendo colorado, Agus, no era mi intención que te sientas avergonzado... Si no lo tenes sucio, lo tenes un poco despelotado nada más che... Bueno otra cosa para hacerte olvidar de esto... ¿No me querías decir algo? – pregunte girando en la silla (giratoria).
- Ya lo olvidé – respondió nervioso.
- Bueno, no importa, perdona... - dije mirándolo con piedad.

- No es nada... Igual ahora me voy a acostar para dormir si no te molesta.
 - Bárbaro, me voy contigo – dijo Catalina.
 - (Maldito Claudio... no me digas eso, Cata) ¿Cómo? – dijo abriendo los ojos de par en par.
 - ¡Tranquilo che! Te estaba jodiendo, sólo quería romper la tensión que se había formado al decirte lo del cuarto – dijo sonriendo.
 - Ah... ta, ta – me saludaron y cerró la puerta.
- Agustín se tiró de cara a la cama y así quedó.*

No crean que yo no me di cuenta, de cada una de las reacciones de Agustín frente a mí. Desde hace un par de días que noto que me mira diferente, no me molesta, pero por mi parte... cero bola.

Capítulo 5

Meses después.

Agustín estaba tirado sobre el sofá mirando televisión. El día estaba horrible y el muchacho se encontraba sólo despierto en la casa.

Todos dormían (o eso creía él al menos) Catalina se le acercó a ciegas.

- Aaa... - bostezó - ... ¿Vos tampoco podés dormir? – preguntó al verlo.
- No, por eso baje a ver tele – dijo el chico tapado con una frazada.
- ¿La de tu cuarto no funciona? – preguntó sentándose junto a él.
- Sí querés que me vaya, diciéndomelo de una manera sutil – dijo bromeando.
- No, boludo... Me alegro que te haya vuelto el humor che. Estabas tan raro conmigo últimamente – dijo sonriendo.
- No me di cuenta, perdón... y mi tele sí funciona, pero bajé acá para no molestar con el volumen, aunque por lo que veo no sirvió de nada – me dijo mirándose.
- ¿Lo decís por mí? No te hagas drama, estaba estudiando y cuando quise intentar dormir éste tiempo no ayudó en nada.
- ¿Te dan miedo los relámpagos? – preguntó con picardía.
- Sólo si me cae uno cerca – dijo sin dar vueltas -... Lo que sí ¡tengo frío... dame un poco de la frazada por favor!

Al principio todo iba bien, ambos estaban sentados en el sofá, tapados y mirando la tele; una película de detectives. Catalina se durmió y su cabeza cayó sobre el hombro de Agustín, el cual empezó a transpirar como un quineañero hasta que

poco a poco se fue calmando y en uno fue sorprendido por Morfeo, que lo obliga a cerrar los ojos haciendo que se perdiera del final de la película.

El sol brillaba intensamente y despertó a la chica, iluminándole los párpados y al sentir el calor, los abrió, miró la hora y sintió una enorme inquietud. Tanto es así que se levantó enganchándose con la pierna de Agustín y cayó de bruces al suelo despertando al chico, que la ayuda a pararse. Apresurada se fue arriba y volvió cambiada de ropa.

- ¿Cuál es el motivo de tu apuro?... ¡Pará! – dijo mirando la claridad del día y el reloj después - ... ¿Vos a ésta hora no estás en ...? ¡Entiendo! – dijo cerrando los ojos.

- Perdóname, no puedo hablar, nos vemos después ¿Pero vos no tenes que irte también? – preguntó dubitativa.

- Como se nota que no te olvidaste de los gritos de mi vieja, diciéndome todos los días “lo tarde que llegaría”. No te hagas drama... si quieres te llevo, sólo me cambio y vamos – dijo él.

- No no gracias, yo salgo ahora mismo. Tengo un examen a segunda hora y no me lo puedo perder – dijo abriendo la puerta.

- Entonces, nos vemos – dijo subiendo las escaleras.

- Chau chau – contesté.

Catalina estaba pedaleando lo más rápido que podía, pero al llegar a la tercer cuadra pincha la rueda de la bici y cayó raspándose la rodilla izquierda. Se le rompió el pantalón dejando la rodilla al descubierto.

Un auto freno junto a ella y de el bajó Agustín.

- Cata... por dios ¡te mataste! A ver ¡veni! – me sento en el cordón y miro la pierna... Mira ésa pierna – dijo mordiéndose el labio inferior sacudiendo la cabeza.

- Estoy bien, sólo es un rasguño – dije intentando pararme.

- Eso contaselo al médico – dijo ayudándome.

- No... no Agus, no puedo faltar a éste parcial por favor Agus – suplicó la chica.

- Pero te reventaste, Cata – dijo señalándome la herida.

- Cuando llegue a la facultad me limpio y la vendo... por favor... ayúdame – dijo haciendo pucheritos.

- ¿Sabes que mi madre me va a matar, no?

(Pobre... estaba preocupado, pero logré manipularlo)

- Te adoro – dije dándole un beso en la mejilla.

El chico la ayudo a subirse a su auto y metió atrás su bicicleta. Arranco y se dirigió a la facultad. A los tres minutos llegaron y la llevó a la enfermería, ahí una mujer le desinfectó la rodilla y se la vendó. Después la acompañó hasta la clase en dónde se haría el parcial y él se quedó afuera esperándola.

La segunda hora había finalizado, Catalina salió del aula y se dirigió hacia el primo.

- Gracias, Agus – dije sentándome junto a él.
- No hay de qué... ¿En serio estás bien, Cata? – preguntó preocupado.
- Sí, todo bien, sólo un poco nerviosa por el parcial, al estar frente al papel sentí que lo había olvidado todo – dije inquieta.
- Vas a ver que te fue bien – me dijo confiado.
- ¡Ojalá sea así! - dije sonriendo.
- Cata... sabes más que todo este edificio junto – dijo mirándome.
- Agradezco la confianza exagerada – dije más tranquila.
- ¿Quién exagera? – dijo sonriéndome.

El mediodía ya había comenzado y Catalina entró nuevamente a la facultad y al terminar el horario del curso.

- ¡Cata, acá ... a tu derecha! – oí que me llamaban.
- Hola, Agus... pensé que ya te habías ido, iba a buscar mi bici... mi bici, me la olvidé tirada en la calle esta mañana – dije nerviosa repentinamente.
- ¡Tranquila, está en mi valija!... y después decís que no fue nada. Si te olvidaste de que la subí... - dijo moviendo la cabeza.
- Bueno... - dije mirando de costado.
- ¡Dale subí! ¿O preferís que te baje la bici pinchada? – bromeó.

Catalina sonrió y abrió la puerta del auto subiéndose.

Estando a la vuelta de la casa se remango el pantalón para ver la herida, se sacó el vendaje y vio el raspón.

- ¿Te duele? – preguntó Agustín, mientras manejaba.
- No... bueno, un poco sí – confese finalmente.
- ¿Y cómo crees que te fue? – preguntó tratando de que me olvidara del dolor.
- Creer, la verdad que no sé, respondí rápido sin dudar. Si eso es un buen síntoma de que me fue bien, lo espero – dije apoyando la cabeza.
- Aha – dijo él, estacionando en la entrada de la casa.

El chico corrió hacia la otra puerta del auto y ayudo a la prima a bajar, hizo que se apoyara en él (porque le costaba flexionar la rodilla). Al abrir la puerta la sentó en el sofá.

- Ahora esperame acá y no te muevas – dijo burlón.

- ¡Qué gracioso! – contesté resoplando.

Agustín volvió con alcohol, gasas y un rollo de vendaje.

- ¿A dónde vas con eso? – pregunte dubitativa.

- No soy tan estúpido, vi a mi vieja varias veces hacerlo, ¡tranquila! – dijo él agachándose frente a mi.

- Sí, pero tu madre es enfermera y vos sólo su hijo – dijo burlona.

- Bueno... tampoco te creas que es una operación – dijo echando alcohol sobre una gasa.

- Está bien, sobreactué un cacho creo, no sé por qué – dije respirando hondo al sentir el ardor.

- No pasa nada... no es tan grave, pero te voy a llevar al hospital, ¡no te asustes! Te lo desinfectaron bien, pero me parece que necesitas unos puntos.

Me vendó la rodilla otra vez, con el vendaje que trajo del baño y me ayudó a subirme nuevamente a su auto, pero en eso apareció la tía...

- Hola ¿A dónde iban?... Ah... nena ¿Qué te pasó? – preguntó espantada mirándome el vendaje.

- Tranquila, mamá. Se cayó de la bici y tuvo... tuvieron que desinfectarle la herida, lo hicieron bien, pero ahora la llevo al hospital, porque me parece que le hacen falta unos puntos...

- Dios mio... los acompaño – dijo mi tía.

- No, no, tía... Mejor voy con Agustín sola, me alteran los hospitales y no...

- Ta bien, tranquila. Yo me quedo y preparo la cena... ¿Qué quieren?

- Fideos con tuco – contestó Agus.

- ¿Fideos? – pregunto ella, mirandome.

- Sí, tía, gracias.

El médico atendió la Catalina y le dio tres puntos en la rodilla, después la vendó y la mando a casa con dos días de descanso, sin exigirse movimiento a la pierna.

Al salir a la sala de espera, Agustín se levantó en seguida a ayudarla, haciendo que se apoyara en él, pero vio los ojos rojos de Catalina aunque ella trató de evitarlo y le preguntó que le pasaba.

- Es que... - dije mirando fijo la pared.
- ¿Qué... llamo al doctor? – preguntó preocupado mirándome a los ojos.
- No... - me agarró la cara, tratando de evitar su mirada - ... Le tengo pánico a las agujas y cuando me... cosió, creí desmayarme – dije finalmente temblando.
- Bueno che, ¡tranquila! – me abrazó y notaba como temblaba - ... ya pasó, Cata.
- Me siento como una estúpida... - dije sonándome la nariz.
- ¿Por qué? Yo le tengo pánico a las arañas, ya está... conoces mi debilidad, no hay motivo por el que te tengas que sentir mal – dijo él abrazándola mientras salían del hospital.

Llegaron a la casa y apoyándose en Agustín lo hizo frenar en seco, ante la puerta y le señaló que se sentaran en el murito un rato antes de entrar.

- Agustín ¿por qué te pones nervioso? – pregunte tocándole la mano.
- ¿Qué? – preguntó sin darse cuenta que se le ponían coloradas las orejas.
- No creas que no me di cuenta de tu cambio... antes ni me hablabas y hace cuestión de unos días volviste a soltarte y me das conversación, pero te noto nervioso y te reís tímidamente.
- No me di cuenta de haber sido tan sorete – dijo tratando de escapar de lo que intuía que vendría.
- Tampoco para tanto. No creas que te vas a escapar ésta vez... ¿Quieres un beso? – antes de que el chico contestara ella se acercó besándolo -... ¡ya está! ¿Sigue habiendo entre nosotros esa tensión sexual? – pregunte sin vergüenza.

El chico se quedó mudo, mientras que la chica se levantó y entro, dirigiendose a su cuarto, subiendo despacio por las escaleras. Agustín se quedó unos minutos como ido y al volver en sí, la siguió, subiendo las escaleras y golpeo su puerta para avisar que entraba.

- ¿Qué quiere decir? – preguntó agitado.
- ¿Qué cosa? Ah... el beso, ¡nada! Parece que lo querías, no dejabas de verme los labios y te besé, eso es todo – dije apoyada en el ropero.
- ¿No significa nada? – me preguntó confuso.
- No... sólo fue un beso. No me digas que vos sentís otra cosa – dije enderezándome.
- ¿Quién yo? No... para nada, sólo quiero evitar malos entendidos y lo de que te miraba los...
- No pasa nada, Agus, hubo momentos en que yo también me hice la cabeza

contigo. Con el beso de paso sacié una parte de la imaginación.

- ¡Sí que sos sincera! – me dijo anonadado.

- A veces es más fácil – respondí sonriendo.

- Ya que estamos en esto de la sinceridad... creo que Mario está detrás de vos, al menos fue él el que me llevó a pensar en vos, de otra manera a la que lo solía hacer – me dijo, agarrándose del marco de la puerta.

- ¿Por qué tanta vuelta? – insistí.

- La cosa es que creo que le gustas... parezco un chusma – dijo sentándose.

- No lo pareces... ¡lo sos!– risas -... y tranquilo que Mario está loco por vos, no por mí.

- ¿Cómo? – preguntó levantándose de una, de la silla.

- ¡Tranquilo! No hay motivo por el cual escandalizarse...

- ¿Te parece poco? – preguntó nervioso.

- Ay mijo pareces ser del tiempo de los cavernícolas... Si no te gusta se termino la discusión, es lo mismo que no te guste una mina que anda atrás de vos, si a vos no te gusta chau. No te va a contagiar lo que siente por la cercanía nada más.

- Eso lo sé – dijo ofendido -... pero ¿cómo lo sabes? – preguntó intrigado.

- Porque lo miro cuando está acá y me habla y además porque él mismo me lo contó – dije sonriendo.

- Ah... - dijo sin palabras.

- ¡Viste que no está atrás de mí... no te pongas colorado, Agus!

- No me pongo nada... me voy a mi cuarto – dijo cerrando la puerta.

No le hubiera dicho nada si hubiera sabido su reacción nerviosa, ¡pobre! Se puso re nervioso. Espero que no lo traté diferente ahora al amigo.

Capítulo 6

Alguien golpeó la puerta y Mabel se acerco para atender.

Era el gordo con Berta, entraron en la casa y sobre la mesa había preparación de picknick.

Entraban a la casa y salían a meter cosas dentro del auto; canastas, frazadas y más cosas.

Mabel sonreía y charlaba con su hermano, parados frente al auto.

- ¿Es la primera vez que volves a ver al viejo, no, gordo? Digo... desde que Cata está acá no lo volviste a ver – dijo queriendo culparlo un poco.

- Sí, no tuve tiempo ¡viste! Y entre una cosa y otra lo fui aplazando... ¡fui un idiota! Desde que pasó lo de mamá... no sé... - dijo agarrándose la frente.

- Tu hija sale a pasear todos los días con él... papá la adora... - dijo ella mirándola, mientras llevaba una canasta con las ensaladas al auto.
- ¿Y él se acuerda de algo? – preguntó el gordo viendo a su padre, sentado en una silla del jardín.
- No, a mí no me dice nada, pero con tu hija se queda horas hablando... ya ves hasta se sienta en el jardín y éstos últimos años ni eso hacía – dijo Mabel acomodando las cosas en la valija.
- Sí, es impresionante... pero qué raro que no hable con nosotros – dijo tristemente.

Metimos todas las cosas dentro del auto y la tía ayudó al abuelo a subir a su auto y lo ató. Berta y el gordo se subieron a su auto.

- ¡Cata! – gritó Agustín.
- ¿Sí... me vuelves a hablar? – dije haciéndome la víctima.
- Si siempre lo hice che... bueno, lo del otro día fue...
- ¡Olvidalo! Pero no pienso subirme en tu auto, como hace todo el mundo, el día está precioso como para ir encerrado ahí adentro ¡Me voy a ir en mi bici hasta la plaza! Allá los encuentro...
- ¿Pero qué vas a andar en bici si ni podes flexionar la rodilla...? Además yo no ten...
- ¡Pará! – bajo del auto y fue hacia ella, la ayudó a bajar de la bici y se subió él -
- ¡Subite atrás! Yo te llevo.
- ¿En serio? – pregunte extrañada.
- ¡Sí! de alguna manera tengo que demostrarte que está todo bien y pedirte perdón por mi reacción... Además quiero saber qué es lo que te atrae tanto de esto – me dijo.
- Bueno... - dije agarrándome del hombro de Agustín. Pase la pierna sobre la bici, sentándome sobre la parrilla y abraze su cintura.

Los autos aún no habían salido y los chiquilines ya estaban tirados sobre el pasto esperando a la parentela. Al pasar unos minutos los divisaron en el horizonte. Berta cotorreaba de lo lindo cuando bajó del auto y el gordo sin tener remedio la oía. La chica se levantó para ir a ayudar al abuelo. El anciano no le respondía cuando ella le hablaba, cosa que la extrañó. Estaban comiendo y charlando al aire libre entre risas. Todos observaban a Don Francisco, pero el hombre estaba como ausente. El gordo se giro al padre y sonriéndole le empezó a hablar.

- Papá... me contó Mabel que hablas con Cata y que recordas cosas con ella – dijo sin recibir respuesta.

- Don Francisco, soy Berta ¿Se acuerda de mí? – dijo con voz insistente.

- Papá ... ¿No te gusta estar acá? – preguntó Mabel sirviéndole ensalada.

- ¡No lo atosigan con preguntas!, es la primera vez que lo sacan a pasear y encima esperan que les responda con una sonrisa... - argumentó Agustín.

- ¡Tenes el carácter de tu abuelo, un poco escondido, pero está ahí! – le susurro la prima.

Observaba a mi abuelo al oírlo a Agustín decir aquello y pude notar brillo en sus ojos.

- Pero mocoso ¿Quién te crees ser con derecho de venir a decirme...? – protestó Berta.

- ¡Su nieto! Y no te atrevas a volver a decirle mocoso. Además tiene razón, ¡vergüenza debería darnos, comportarnos como una familia perfecta cuando no lo somos! – dijo Mabel parándose - ... y vos Berta sos la menos indicada para hablar de respeto.

- Ah... - gritó Berta ofendida -... ¡No voy a permitir que me hables así! ¡Nos vamos ... dale, gordo! – el hombre la siguió al auto -... Cata – dijo mirándome.

- ¿Qué? – pregunte.

- ¡Vení, nos vamos a casa! – dijo llegando a los decibelios de una cantante de Ópera.

- ¡No! yo me quedó acá... y para tu información no vivo más en “tu” casa - respondí.

La mujer se subió furiosa al auto y le dio órdenes al gordo de arrancar. Éste bajó la cabeza y obedeció mirando de soslayo a la hija.

Pasó media hora y todos seguían sentados sobre el pasto. La mujer tenía cara de lástima y tristeza.

- Tía... tranquila que no me mudé eternamente a tu casa, el próximo mes me empiezo a buscar otra cosa – dijo la chica.

- Nooo... como pensas eso. En mi casa te podes quedar hasta lo que desees... Mira si te voy a dejar ir... Además haces tan feliz a papá con tu presencia que no podría permitirlo. Me siento mal por el gordo, anda a saber cuánto tiempo pase hasta que nos volvamos a ver... porque la bruja de tu madre “perdón”... siempre supo como separarnos – dijo con los ojos rojos.

- Lo sé... papá te quiere pila, tía. Es débil, lo sabes, ¡es un pollerudo! Pero te adora y está orgulloso de vos – dije agarrándole la mano.

- Sos un tesoro, Cata – dijo abrazándome.
- Bueno, mamá... ¡no llores! – dijo el muchacho acariciándole la espalda.

Tras unos minutos, se pusieron en camino para volver a la casa.

Ya estaba oscuro, ésta vez fue Mabel quién llegó primero a la casa y acompañó al padre a su cuarto. Unos minutos después llegaron los chicos en la bici.

- Ésta vez nos ganaron de mano ¡pucha! – protestó Agustín.
- Si te hubieras apurado ... - le pelee.
- Si no pesaras tanto... - se burló el.
- Ah... te voy a dar a vos – dije llevando la bici al garaje.
- ¡Agárrame! – me lanzó.
- Burlate nomás de una inválida, pero preparate para cuando pueda caminar sin ayuda – respondí.
- ¡Ta ta! ¿Las pases? – propuso estrechándome la mano.
- Bueno – Agustín me agarró de la cintura y lo derribe al piso, girando sobre el pasto de manera que ella quede encima -... ¡ahora sí! – dije riendo.

Entraron al living riendo como locos y de repente olfatearon verduras hirviendo, el olor los llevó a la cocina dónde se encontraba Mabel cocinando.

- Bue... llegaron – dijo sonriendo.
- Sí, fue culpa de tu hijo que no le daba la nafta para acelerar – dije maliciosamente.
- Me... Voy a ser un caballero y guardarme la respuesta... ¡Me voy a lavar las manos! – dijo yéndose.
- Bueno, amor... - dijo la tía, sonriéndole.

Mabel agarrando a la sobrina de la mano, con la intención de que se sentaran a la mesa, le preguntó...

- ¿De qué te habla papá?
- De muchas cosas. Me habla de su adolescencia, de la abuela, de papá y de vos ... de poesía. Me pregunta cómo está el mundo... Si cambio algo a lo que él recuerda... de todo un poco.
- ¡Fui una blanda, sabes! – dijo apoyándose en la mano.
- ¿Por qué decís eso? – pregunte mirándola a los ojos.
- No debí haber permitido que separaran a mamá y a papá...
- ¿No se habían divorciado? – pregunte.

- ¡No! ellos estaban casados y no sabes cómo se querían... por culpa de sus hijos vivieron separados los últimos años de su vida. Mi papá no estaba (lo que se dice) “encantado” con Roberta, siempre la juzgó mejor que nadie y ella lo notaba. Al enfermarse mi padre, tu abuelo... movió cielo y tierra “con mentiras” para lograr que papá se quedase conmigo y mamá quedase al cuidado de ella, porque según decía ella le podría hacer mal a mi mamá ver tan mal al marido... Más allá de las mentiras fuimos nosotros los pelotudos (o a los que nos parecía lo más fácil) en creérnosla y cuando quisimos reaccionar ya era tarde... Quería que supieras porque le hable cómo le hablé a tu madre. Recién ahora pude enfrentarla, no sé porqué, tal vez fue porque se metió con Agustín, no sé...

- Lo que sea, lo que cuenta es que lo hiciste... Perdona que haya mentido al respecto de no saber que los abuelos seguían juntos... ¡Pará que quiero mostrarte algo si el abuelo me lo permite! – dije yendo al cuarto del abuelo.

Al rato volvió trayendo al hombre y lo ayudó a sentarse en el sillón. Cata se sentó junto a él, llamando a la tía que se acercó y se sentó. Agustín hizo lo mismo.

- Me quedé enganchado con un partido de futbol ¿De qué me perdí? – preguntó el chico.

- De parte de nuestra historia nada más – sonreí.

- ¿Qué ... cómo es eso? ¡Cuenten! – insistió.

- Después te cuento todo, Agus, ahora otra cosa... Abuelo – dije mirándolo.

El anciano no respondió, sólo contemplaba los ojos de Catalina.

- Abuelo... ¿Viste cómo le habló la tía a Berta en el parque, no te recuerda a alguien? – preguntó sosteniéndole las manos-... ¿Por qué no me hablas, abuelo? ... ¿Me dejas leerles la carta? – el hombre se puso nervioso - ... No lo haré si vos no me lo permitís – y aceptó.

Cuando empecé a leerles la carta, vi como la tía lloraba a mares arrodillada frente al abuelo y a Agus le había cambiado la cara. El abuelo estaba sumergido en otro mundo al oír nuevamente aquellas frases de la abuela.

- Perdóname, papá... ¡fui una cobarde y por mi culpa tuvieron que pagar ustedes dos!... Nunca podré perdonármelo... Perdóname por favor perdóname, lo siento – lloriqueaba mi pobre tía.

- Ya te per-doné – la mujer levantó la cabeza con asombro -... Sos como ma-má ...

por tu pro-pia fe-licida no haces nada, pero te to-ca-ro al ca-chorro y sal-tas-te. No te en-tie-rres, ne-na. Por fa-vor, no seas en to-do como ma-má. Te quie-ro, chiqui-ta – dijo acariciándole la mejilla a la hija y ésta no salía de su asombro al oír hablar al padre.

- Y yo a vos, papá – dijo abrazada a él como una niña.

Catalina y Agustín se levantaron de la mesa para dejarlos solos y no molestar.

Capítulo 7

Por fin llegó el día. Hoy de mañana fui al hospital en el que me retirarían los puntos, uno de ellos se cayó sólo, pero la rodilla había cicatrizado bien.

Al volver a la casa preparé el desayuno y cuando estaba listo desperté al resto de la familia.

Estaban en medio del desayuno cuando se oyó el timbre de la calle.

- ¡Voy! – gritó Agustín corriendo hacia la puerta - ...¿Quién es?

- Daniel, vengo por... - la puerta se abrió.

- Hola ¿a quién buscas? – preguntó mirándolo de arriba abajo.

- Hola Daniel... me pareció haber oído tu voz... Dani, él es mi primo y Agustín él es quién me atropello aquella vez cuando quedé hecha moco ...

¡Flor de presentación la mía! – dije riendo, acercandome a la puerta.

- Muy linda, sí – contestó Agus.

- Pero me la merezco... un gusto, Agustín – contestó Daniel.

- Bueno, lo mismo digo ¡entra! – dijo Agustín.

- Si no molesto me gustaría llevarme unos minutos a Catalina para hablar – respondió a su invitación.

- ¡Ya vuelvo, Agus! No se coman todo – dije besándole la mejilla.

Cerraron la puerta y dieron unos pasos acercándose a la calle.

- ¿Qué pasa, Daniel, me querías decir algo, no? – pregunte apoyándome en un árbol.

- Es que... hace meses que no vas por allá y te... - lo miré insistente preguntando “¿QUÉ?” con la mirada - ... te extraño, sí no me mires así. Sabes bien que estoy muerto con vos, te lo quería decir antes, pero nunca más volviste. Pensé que te encontraría acá. No sabes lo que me costó encontrarte. Porque tu madre no me

quería largar la dirección y... Esto parece una mala novela, lo reconozco, un imposible, un disparate el hecho de que alguien como vos salga con alguien como yo...

- De disparates está lleno el mundo, pero ¿cuál es la pregunta? – dije gozando cada segundo de su nerviosismo.

- ¿Queres... La gozás eh... Queres salir conmigo? – preguntó costándole un ojo de la cara.

- ¡Sí! – afirmé sin parpadear.

- ¿Cómo que sí, estás segura? Porque mira que entiendo si decís que no, sé que no soy la clase de gente que te gusta y comprendería si esto te parece una locura. Por otro lado ya que estoy quedando en ridículo... no puedo dormir desde que no te veo y... - dijo rojo.

- ¡Ta! – lo agarró del cuello de la camisa agachándolo hasta que lo besó -... ¡No cuestiones más mis afirmaciones!

- Bueno, no lo haré – contestó con una sonrisa grabada en los labios.

- ¿Queres pasar? Estamos desayunando... - dijo ella agarrándole la mano.

- No sé – respondió nervioso.

- Dale, no te van a comer ¡pasá! – dije abriendo la puerta.

Se sentaron a la mesa y Daniel se paró al lado de Agustín.

Mabel repartía las tostadas con margarina y mermelada que había untado. Mientras que Catalina sirvió el café.

- ¿Daniel, verdad? – preguntó la tía al darle dos tostadas.

- Sí, señora... hola. Buenos días – respondió.

- Decime Mabel nomás, pero sentate o es que queres seguir creciendo... - rió la mujer.

- Gracias... Mabel – dijo sentándose en la silla vacía junto al muchacho.

Al terminar de desayunar Catalina y Daniel se fueron a dar una vuelta y volvieron recién a las once de la noche.

La muchacha metió las llaves en la cerradura de la puerta y entró sin querer hacer ruido, pero la sorprendió el primo que leía un libro muy concentrado, pero al verla levantó la mirada.

- ¿Todo bien? – preguntó en un tono suave.

- ¡Sí! ¿La tía duerme, verdad? – pregunte preocupada.

- No, pero ni te asustes... estaba revisando unas cosas de la clínica y a lo mejor ya se durmió.
- ¿Y sabes si sigue despierto el abuelo? – pregunte sacándome la campera.
- Ah... ese no se duerme hasta que no le des el beso de las buenas noches, acabo de pasar por su cuarto y tiene los ojos abiertos de par en par – me contestó, dejando el libro a casi terminar.
- Bueno, entonces dejo esto en el cuarto y lo voy a ver – dijo subiendo las escaleras.

Capítulo 8

Ahora dejo de contarles la historia, así tiene un final feliz.

Cómo habrán observado, la historia de mi vida no tiene nada de extraordinario.

No transmite un mensaje, ni deja una enseñanza... Sólo son palabras que entrelazadas se convirtieron en el pasado que viví.

También les hablé de las cosas irrisorias que me ocurrieron, como caerme de la bici y romperme la rodilla perdiéndome casi un parcial que era importantísimo, hasta engancharme con el pibe creído de al lado que me dejó hecha huasca (no por deslumbrarme por su pinta o cosa semejante, sino que en serio me hizo mierda). Sé que son pocos los que quedarán satisfechos con lo leído, pero si se fijan bien yo no les pedí que lo hicieran.

Ya tengo veintidós años, me mudé a un piso compartido; una habitación con baño. En Abril empiezo de aprendiz en un hospital y tal vez me encuentre con Marta (que trabaja en el mismo).

Y ya no les cuento más... mi futuro aún es incierto como el de todos y como no puedo adivinarlo... me despido y espero que en vez de pensar tanto en el pasado, se pongan las pilas en vivir el presente, porque sino sí que estamos al horno.

FIN.

Lágrimas secas

Octubre 2006

¡Miren! Les voy a contar un poco sobre mi (no sé quiénes son ustedes, pero el Doc dice que es necesario, asique ahí vamos). Pueden cerrar el libro ahora mismo si no quieren acercarse un poco más a como soy realmente. ¿A qué esperan? Sé perfectamente que no les gusta bancarle la cabeza a nadie, no se sientan en la necesidad de demostrar hipocresía. No hace falta. Bueno... si insisten... A ver cómo cuento esto... .

Bueno, me llamo Abril y vivo con mi madre en un apartamento del centro. Hace más de un año que voy a lo del Doc. El Doc es mi psicólogo, todo el mundo me dijo que no estaba loca o cosa por el estilo por ir a ver un médico de “esos”, que sólo era para hablar. A mí no me importaba estar loca o no. Me gustaba charlar con Orlando (porque así es su nombre), bue... charlar o callar, la verdad es que nunca le di mucho tema en los meses que me atendió. No le permití lucirse con mi madre diciendo que “la nena progresaba día a día”. Bue... cómo dije al principio la idea de contar mi vida es del Doc, a propósito se llama Orlando Short, no sé si es por “corto” u otra cosa. Él dice que ayuda si estás atrapada en el pasado, no sé si estoy atrapada, pero si es posible quiero liberarme de él. Quiero deshacerme de ésa enorme mezcla de melancolía, odio y furia. Pero no es fácil, él me dice que nunca dijo que fuera fácil sino necesario. Bue ... sus palabras fueron más cursis, cito textualmente; “Nunca es sencillo abrir el corazón herido, pero hace falta hacerlo sangrar para que se vaya todo el veneno.” Replique diciendo que me quedaría sin sangre para vivir y él agregó; “No! te digo que hay que expulsar solamente la sangre envenenada, nada más y nada menos. Y tu alma necesita confidencia por tu parte, la necesita más que cualquier otra cosa ¿entendes?”. ¿Qué si entendía? Claro que lo hacía, pero hay una línea bestial que separa querer de poder. Para hacerlo callar (porque ya me dolía la cabeza y no soportaba más estar en un cuarto con él) le dije que me quería ir. Recuerdo que llamo a Sonia (su secretaria; Una morocha delgada de pelo corto y sonrisa franca) y le dije que le avisara a mi madre que me pasara a buscar. Al llegar ella a la clínica el Doc me despidió como siempre con un beso en la cabeza (los primeros días trató de besarme la frente, pero yo siempre bajaba la cabeza).

No se crean (aún no sé a quién le hablo) que fue el Doc el primer psicólogo con el que “atendí”. Bueno metiéndose en el significado de “hablar” sí fue el primero, tiene ese merito. Fue el único que consiguió que volviera a hablar. Porque antes que él intentaron de psicoanalizarme otros cinco o seis tipos. Uno gordo y terriblemente hueco, otro pecoso y re nervioso, uno se la re creían y otros eran una mezcla de lo anterior. Orlando en cambio espera, no interroga.

Así estuvimos los primeros siete meses. Las sesiones duraban dos horas, tres veces a la semana. Yo me sentaba en su oficina y no decía nada, él igual. Sólo que en vez de mirar la nada, como yo lo hacía, miraba documentos. No sé si realmente los miraba o tenía tantas ganas como yo de que se acabaran las horas y poder volver a casa.

No sé si fue su indiferencia que me atrajo y un buen día le dije que odiaba lo que hacía.

- ¿Perdón? - me dijo sorprendido.

- Eso de mirar documentos mientras estoy acá – le contesté.

- Pero como no quieres hablar adelanto trabajo – me dijo muy tranquilo.

- Pero pago para que me atienda estas dos horas y no es que me importe que mi vieja pague sus atenciones, pero paga por algo que usted no ofrece – le dije desafiándolo.

- ¿Qué me aconsejas? – me preguntó haciéndose el gracioso.

- Es usted el psicólogo – contesté.

- Mmm... no puedo obligarte a hablar, sólo escucharte y después tratar de ayudarte – dijo reclinándose con una sonrisa apacible.

- ¿Y entonces? – pregunté sin saber cómo contestar.

- Mira... ya pasó la hora, nos vemos mañana ¿ta? – dijo levantándose del sillón.

Asentí asombrada de su reacción, ni se asombró de mis primeras palabras en todo el tiempo que llevo de ir a verlo, en mi casa tampoco hablaba y sin embargo me dejó hablar hasta donde él quería.

Al día siguiente recuerdo que me saludó sin esperar mis palabras, se dio vuelta me hizo pasar y Sonia me trajo un jugo y un café para él.

- Gracias, Sonia – le dije al tener el vaso en frente.

Yo siempre me los imaginé a los dos abrazados entre sábanas y eso. Ella estaba casada, pero su marido era un cerdo. Ella siempre estaba triste y me contaba como él la trataba, mientras que yo esperaba en la sala de espera a que el Doc despachara al paciente anterior a mí.

No sé si tienen alguna historia Orlando y Sonia, pero de tenerla la comprendería y

me alegraría por ella, por ambos, porque Sonia es una divina y el Doc... es buen tipo.

Entré a la oficina, lo mire a los ojos y le dije...

- No se crea que no me doy cuenta que es esto exactamente lo que busca... espera para que hable, no sé ¿qué es lo que quiere oír de mí? Asíque pregunte de una vez – y así comenzó un “dialogo”.

- Contame de tus padres – dijo cruzándose de brazos.

- Sabía que me iba a preguntar eso – contesté altiva.

- ¿Por qué? – me preguntó rompiendo mi altivez.

- Porque es lo que me pregunta todo el mundo – dije recuperándome.

- Aha – respondió tranquilamente esperando que le contestara a su pregunta.

- Me crié con mis viejos que vivían peleando todo el Santo día. Vivíamos en Malvín, era una casa modesta. Los gritos de mis viejos eran suficientemente fuertes para que todo el barrio se enterara. Mi viejo era arquitecto y mi vieja ama de casa. Se casó con él para salir de pobre nada más. Al menos eso era una de las lindas cosas que se decían entre grito y grito.

Hubo una época en la que mi viejo no conseguía laburo y los gritos de mi vieja aumentaban en el barrio, siempre le reclamaba su juventud perdida y mi viejo cada vez se encerraba más en si mismo.

Ella se la pasaba siempre en el bar que quedaba a tres cuadras de casa. Los vecinos la traían siempre a casa.

Al principio ocultaban más cuando discutían por mí, bueno... mi viejo. El viejo siempre fue un pan de Dios conmigo, yo lo adoraba y lo sigo haciendo más que a nadie. Y ella cuando volvía borracha, en manos de los vecinos porque no podía encontrar sola el camino, le gritaba el desprecio que sentía por “lo” que los unió en matrimonio.

El “lo” soy yo.

Ahora ella me dice que no era ella la que hablaba sino el alcohol. Díganme ustedes ¿desde cuándo ahora habla el alcohol?.

El alcohol no cambia a la gente, puede que nos ayude a decir cosas que sobrios no nos atrevemos, pero no cambia el carácter de alguien. Si sos un santo y tomas alcohol no te vas a convertir en un asesino si eso sucede es porque ya tenes de antes la mierda dentro.

- Wow ... estoy de acuerdo. Pero a lo mejor lo de tu madre es una rama de arrepentimiento ¿no lo pensaste? – me pregunto de repente.

- No me llevo con ella, ni quiero hacerlo – afirmé.

- ¿Y si ...? – insistió él.

- ¡No! Si lo aburro me lo dice y chau, pero no me haga hablar con ella sino me voy – dije levantándome de la silla.
- Tranquila, no te voy a obligar a hacer nada que no quieras hacer por vos misma... siempre estás a la defensiva y lo único que quiero es ayudarte, ayudarte para que me ayudes a comprenderte – dijo él tratando de conseguir que tomara asiento nuevamente.
- ¿Es que nadie puede comprender que no quiero que me entiendan? Sólo quiero que me dejen tranquila... Estoy harta de miradas de soslayo, del puto arrepentimiento que simula mi vieja, de la gente hipócrita que dice estar si los necesitas, harta de que me tratan como a una minusválida – dije en un discurso que desconocía traer en mí.
- Es bueno sacar todo para afuera, ¿Verdad? – dijo él sonriendo.

Mientras él hablaba yo me preguntaba ¿en qué planeta habrá nacido éste? Si a nadie le importa cómo se siente otra persona. La gente sólo va por la calle fingiendo sonrisas y cuando hacen como que te están escuchando sólo ansían oírte terminar de hablar, pero no antes de mostrarte su fingida piedad por tu amargura.

Cuando el Doc me dijo ese “¿verdad?” le contesté...

-Diga que es bueno gritar o hablarle a las paredes, que es algo independiente y no hace falta gente falsa, estoy segura que ayuda mucho más.

El Doc se creía especialista en dar consejos, no es un mal tipo ¿cómo decirlo...? Es una rata capitalista (que me cae bien) que cobra un dineral por “ayudar” a los desequilibrados (como yo).

Como decía... es un buen tipo, un poco ingenuo para tratarse de un tipo que habla todo el día con “gente con problemas” (queda mejor decir “locos”).

Se los describo... es un tipo bajo, no petiso sino que bajo, un poco panzón, le brilla la cabeza (Un día se le volaron unos papeles del escritorio y al agacharse a recogerlos se le cayó el peluquín. Si lo hubieran visto... pobre, se puso colorado y tartamudeaba. No sé por qué tanto estrés (como siempre decía mi tía). Comprendía su nerviosismo y me dio lástima, creo que fue a partir de ese día en el que fui más transparente con él, aquel percance produjo confianza como que en el ridículo sentía estar bajo protección ... es una locura verdad, pero bue así fue).

Siempre le iba contando más de mi vida, un día me preguntó si tenía amigos.

- Lucía – le respondí.

- Qué bueno ¿y hablas mucho con ella o es amiga de juego? – me pregunto gracioso.
 - Es amiga exiliada, se fue con sus viejos a Europa hace dos años.
 - ¿Le escribís? – insisto.
 - Sí, pero no es lo mismo. Bueno... ni bien se fue le escribía todas las semanas y después cada mes – contesté ciegamente.
 - ¿Y eso por qué? – me preguntó queriendo averiguar algo más.
- No respondí y me quede mirando por la ventana.

Paso una semana y me preguntó por mi viejo.

- ¿Y tu padre, Abril?
- Está lindo el día verdad... No hace ni frío ni calor... incluso en la radio dijeron que iba a llover y mire... no cae gota alguna y... .
- ¡Abril! – dijo llamándome la atención -... ¿qué es de tu padre, no lo ves porque estás lejos de él o te llevas mal con él también? – preguntó incrédulo.
- ¿No se lo contó mi madre? – pregunté asombrada.
- No, contarme el ¿qué?.
- Que ella lo mandó al hospital y ahora está en coma, no se mueve, no habla, no llora, no sonríe, ni sé si me oye... ¿sabe lo que es verle a los ojos y ver que sólo mira la nada?.

El Doc quedó mudo, parecía que por primera vez en ocho meses de verlo todos los días, no sabía qué decir.

- ¿Y por qué decía que fue culpa de tu madre? – preguntó .
- No lo pienso... lo sé. Yo estaba en el comedor viendo una cosa en la tele y los oí discutir a pesar de estar ellos en el piso de arriba, sus voces eran tan fuertes y los insultos, que pude oírlos claramente desde abajo.

- ¿Y qué pasó ese día, Abril... qué pasó? – insistió.
- Sus gritos aumentaban cada vez más y era porque se acercaban a la escalera (peleaban por plata) – el Doc me miro esperando que siguiera hablando -... ¿podemos seguirla otro día, Doc?

No me siento bien – contesté en seguida ante mi petición.

- ¿Quieres un vaso de agua?
- No, gracias. Sólo quiero irme.
- Está bien... ¡Sonia, llame a la Sra. Rosales y dígame que pase a buscar a su hija por favor!... gracias... Bueno en seguida viene, tranquila. ¡Recostate en el sillón, Abril y

trata de descansar hasta que llegue!.

- Ta – contesté temblando, él se alejó y yo me tranquilice.

Y así fue que me quede dormida, pero seguía temblando un poco. Al rato llegó mi vieja y ni recuerdo cómo regresamos. Sólo me sorprendí al día siguiente al verme acostada en mi cama con el pijama puesto.

Vi a mi vieja parada en la puerta y cuando abrí los ojos se me acerco.

- ¿Estás mejor hoy, amor? – preguntó con voz hipócrita.

- Como si a vos te importara – le contesté sin mirarla.

- ¿Por qué siempre me hablas así? – preguntó otra vez hipócrita.

- Porque no olvido, vieja! – contesté dándome la vuelta en la cama.

- Te dije mil veces que estaba borracha... - dijo subiendo de tono.

- Sólo lo dijiste una o dos veces y no es por nada, pero lo único que remueve el alcohol es la verdad que hay dentro de uno – dije mirándola de frente.

- ¿No me lo vas a hacer fácil nunca, verdad? – dijo en plan reproche.

- Siento ser te una carga, pero vos... ¿nunca pensas en la carga que sos para mí, verdad? El verte todos los días como si nada mientras que mi padre se pudre en una cama a la cuál vos lo mandaste – dije saltando de la cama.

Entonces me dio la cara vuelta de un sopapo, pero no derramé una lágrima. La mire fijo, estoy segura de que en mi mirada había un profundo odio.

- Es la única manera que sabes tratar a la gente, verdad... Emborracharte y golpear.

La dejé arrodillada en el piso llorando lágrimas de cocodrilo ¿qué digo? Los cocodrilos no son falsos como ella.

El otro día me llegó una carta de Lucía, en la que me reclamaba noticias. ¿Qué le voy a contar?... Que mi vida está arruinada, mi padre en coma, mi madre es una bruja y que a pesar de todo eso escribirle fingiendo estar bien.

Guarde su carta junto al otro montón de cartas tuyas que no respondí.

Una prima me invitó a salir (la hija de la hermana de mi viejo).

- Dale Abril. Hace como un año que no salís ¡venite! – me dijo con pucherito.

- No, Nani, gracias pero no tengo ganas – le respondí.

- Pero flaca, te va a hacer mal no salir. Sabes que lo re quiero a Germán (mi padre) y aunque te parezca mal disfrutar cuando él no puede ¡Hoy te venís conmigo! –

ordenó finalmente.

- Pero... pero... - balbucee.

- Nada de peros, Abril ¿o es que tenés miedo de salir?... te agarras de mi brazo y chau. No te voy a dejar ni un minuto sola, hasta te metes al baño conmigo – me dijo mirándome a los ojos.

Y nos reímos... cómo nos reíamos.

Finalmente fuimos a un boliche del centro. Yo temblaba, pero Nani se dio cuenta o eso me pareció porque me miro y sonrió sujetándome fuertemente el brazo. Yo se lo agradecí, pero creo que tengo que pedirle perdón por el apretón que le deje en el brazo, ella ni se inmutó.

En la pista bailamos y yo sentía el miedo correr por mi espalda.

Después de estar dos horas mi prima me pidió esperarla un segundo que iba a buscar al novio (que también había ido), me dijo de acompañarla, pero le dije que la esperaba en la barra charlando con la chica de los tragos. Ella se fue a buscar a Alejandro y yo me quedé tomando el jugo que encargué.

- ¿Cuál es tu nombre? – me preguntó gritando.

- Abril – contesté del mismo modo.

- Qué lindo nombre, yo soy Marta ¿te gusta el boliche? – preguntó.

- ¿Perdón? – dije al no entenderla.

- ¿Qué si te gusta el boliche? – volvió a gritar.

- Eh... ah sí, pasable – contesté bajito lo último.

- Me alegro ¿querés que te sirva algo? – preguntó haciendo señas

- Ah... no gracias – contesté sonriendo.

- Bueno... discúlpame que tengo que ir a atender... - dijo yéndose.

Asentí y me di la vuelta hacia donde estaban todos bailando. No vi a Nani, ni a Ale, pero me quedé tranquila porque en cualquier momento aparecerían. En vez de ellos apareció un pibe de unos veinte años que me empezó a hablar.

- Hola ¿cómo estás? – preguntó.

- Bien – contesté fría.

- ¿Cuál es tu nombre? – dijo casi inaudito, pero leí sus labios.

- A... Ana María – contesté repentinamente.

- Mucho gusto, me llamo Leonardo ¿qué edad tenes? – preguntó sonriendo.

Tenía demasiado miedo para entenderle y ni siquiera le pregunté si me lo podía repetir y sólo me quedé como petrificada.

- No hace falta que contestes... ¿te sentís bien, Ana María? – preguntó.

En eso llegaron Nani, Ale y sus amigos. Ale me vio la cara pálida, blanca como el papel y se le fue encima al tipo que tenía delante.

- ¿Te estaba molestando éste tipo, Abril? – dijo agarrando al chico del buzo.

- No... no flaco sólo hablábamos – dijo él sorprendido al oír mi verdadero nombre.

- ¿Estás bien, nena? No debí dejarte sola... veni mi amor – me dijo mi prima.

- Está bien, Nani - Nada estaba bien, quería correr de aquel miedo que sentía.

- Bueno, vámonos ¡Ale lleva a Abril y no la sueltes!

- Sí, jefa – contestó saludando a la usanza marinera.

- Voy por el auto y nos encontramos en la puerta, ¿ta?

El tal Leonardo me miro y dijo –“Perdón Abril si te asuste, espero verte algún día, chau”. Sus palabras se me quedaron clavadas y el novio de mi prima lo noto.

- Abril... mira que sólo Nani me agarra tan fuerte del brazo y se va a poner celosa la flaca si te ve – dijo sonriendo.

- ¡Perdón! – dije soltándolo de una y confieso que se me escaparon unas lágrimas.

- Eh... nena, era joda, Abril. No chiquita, no llores por favor – dijo abrazándome.

Yo sabía que era joda, pero no podía olvidar las palabras del chico del boliche y estaba muy asustada. Me seguí las lágrimas y le pedí que no le dijera nada a Nani.

El lunes volvía a ver al Doc. Ya me había repuesto del susto.

- Hola Abril ¿contenta y triste de volverme a ver? – me dijo sonriendo.

- ¿Cómo? – pregunté sin entender.

- Lo digo por las mini vacaciones... el fin de semana.

- Ah, igual – contesté levantando los hombros.

- Bien... sentate! – dijo señalando la silla.

En ese momento entro Sonia con el jugo de siempre y el café con tres cucharaditas de azúcar.

Me sonrió y se retiro dejándome sola con el Doc.

- Bien... ¿me quieres seguir contando lo del otro día? – me pregunto.
- No, pero usted quiere que lo haga para psicoanalizarme – contesté.
- Si no quieres no tienes que decir...
- Los gritos eran cada vez más claros porque se acercaban a la escalera y al oírlos tan cerca me di vuelta y vi como ella lo empujó. Ahora dice que fue un accidente, pero eso fue planificado ¡Dios! Ni que se haya tropezado y por eso lo empujó. Todos la ven como una víctima y a ella le encanta dar lástima, ser el ombligo del mundo siempre le gustó.

- ¿Y si lo dice en serio? – me pregunto remangándose.
- Allá ella y un cura de esos estúpidos que se lo creen todo – respondí.
- ¿Cómo es eso?
- ¿Lo del cura?... ella es devota y va todos los Domingos a misa y siempre me dice que Dios perdona el arrepentimiento, acepta el perdón y bla bla bla. Claro que todo esto se lo dice un cura de cuarta y con él se lava las culpas.
- ¿No sos un poco dura con tu madre?
- No, usted no la conoce, así que no se deje llevar por lo que ve por fuera... Ante mí no vuelva a pedirme clemencia en nombre de esa – contesté fría como un templo.

Me quede en silencio observando su oficina, la cual jamás había observado realmente, mientras yo la miraba él hacia como que leía unos papeles que había en su escritorio.

Era una sala amplia, dos armarios altos llenos de libros se encontraban en el fondo, el escritorio grande frente a él, el sofá típico de los psicólogos, un sillón de cuero color bordo (en el que estoy sentada), hay tres ventanas grandes en la habitación que dan a una plaza, también había una pecera con un millón de peces de diferentes colores, tenía una alfombra que sólo cubría la mitad exacta de la habitación.

De repente lo vi alzar la mirada de entre de sus papeles.

- ¿Hiciste algo en el fin de semana o no te quedaste sola en casa como siempre?
- Salí con mi prima y unos amigos – noté su sorpresa al decirlo.
- Ah que bien ¿la pasaste bien? – me pregunto amablemente.
- Sí – contesté fingiendo una sonrisa
- Me alegro.

No sé porque le mentí, bueno en verdad sí lo sé. No quería que me preguntara el por qué. Preferí olvidar el tema, pero él como buen psicólogo insistió.

- ¿Y qué hicieron?

- Fuimos a bailar – dije secamente.

- Aha ¿y no te fue difícil salir de casa? Después de estar tanto tiempo metida en ella – pregunto hábilmente.

- ¿Por qué le da tanto placer remover el dolor y el miedo? – pregunté con los ojos rojos.

- ¿Qué pasa, Abril? Veni tranquila... contame... - dijo posando las manos en el escritorio.

- Estábamos en el boliche y mi prima se fue a buscar a su novio ...

- ¿Y...? – insistió él.

- Y un tipo se me acercó y empezó a hablarme. No ... me da vergüenza seguir contándole, ahora suena re estúpido, pero le juro que me asusté mucho – dije justificando el temblor de mis manos.

- ¿Por la conversación que te dio... que te dijo, Abril? – me pregunto.

- Sí... no, no sé. No lo entendía bien, no sé bien lo que me dijo.

- ¿Y entonces qué fue lo que te asustó... se paso de la raya? – pregunto como un padre poniéndose de pie.

- ¿Qué?... ¡no! Ya le dije que no sé lo que me dijo – dije nerviosa.

- Bueno, está bien. ¡Tranquila! Cambiemos de tema mejor... Hace nueve meses ya que venís a mis sesiones ¿notas algún cambio, te hace bien o mal, te gusta venir o no quieres hacerlo más?

- No lo sé – respondí encogiéndome de brazos.

- No me esquives por favor, Abril. Trata de contestártelo a vos misma y hace un esfuerzo para decirme la verdad... Te domina una inseguridad enorme, Abril, puedes confiar en mí ¡inténtalo!

Los minutos pasaron, mi vieja ya me estaba esperando (según el comunicado de Sonia) y entonces el Doc se levantó y vino hacia mí.

- No pasa nada, Abril, sólo quería saber si te servía venir a verme, pero bueno quizás tu madre tenga razón – dijo como recordando algo.

- ¿En qué... que le dijo? – pregunté.

- En que es inútil que vengas, si no prosperas de ninguna manera, es evidente que no puedo ayudarte y lo siento, pero me temo que no te veré más.

- ¡No! – dije con desesperada resolución.

- ¿Cómo no? – preguntó arrodillándose a mis pies.
- No me siento mejor, pero me gusta venir – dije.
- Y a mí me gusta que vengas, Abril, pero ¿qué le digo a tu madre?
- Dígale que estoy mejor, no sé cualquier cosa.
- No puedo mentirle, Abril.
- No me deje, por favor no me deje – dije abrazándolo como hacía tiempo no abrazaba a nadie.

Después me dijo que esperara en la sala de espera e hizo pasar a mi vieja. No sé qué le dijo.

A la mañana siguiente me dejó mi vieja con el auto frente a la puerta del consultorio, me tiró un beso mientras yo subía las escaleras. Toqué el timbre y la voz de Sonia preguntó; “-¿Quién?”- le respondí que era yo y me dejó pasar. Empecé a subir las escaleras del edificio (porque el ascensor demoraba demasiado) hasta llegar frente a la puerta. Sonia me abrió y me saludó, pase y enseguida me hizo entrar al consultorio del psicólogo.

- Hola Doc – dije con una sonrisa.
- Buen día, Abril. Sentate por favor, mira... tu madre me dijo que me daba una semana más para tratarte y que si ella no notaba cambio, en ese plazo, no vendrías más. Ya le aclare que así no funciona una terapia, pero no quiso escuchar razón. Me quedé sin habla y note un nudo en la garganta.

- ¿Es que soy tan anormal... cuánto demora usted tratando a los demás pacientes? – pregunté.
- Depende de la persona, pero suelen ser plazos largos, incluso algunos mucho más largos que éste tiempo contigo.
- ¿No le digo que es una víbora? – le dije llena de rabia.
- Decime... ayer me dijiste que te gustaba venir, ¿sólo para estar o estás dispuesta a hablar conmigo? No lo tomes a mal, no suelo tratar con ésta presión, pero de otra manera tu madre no te traerá más y ya no podría ayudarte, Abril.
- ¡Vengo sola y chau! – dije determinante.
- Ay Abril... si fuera tan fácil como decís... pero no, sos menor de edad, Abril.
- Entonces le digo lo que quiera. Desde que mi viejo no está, usted Doc, de alguna manera, ocupó su lugar sin ocuparlo realmente ¿entiende?
- Sí lo hago y no voy a ocultarte que me honra esa comparación, más sabiendo cuanto afecto le tenes a tu padre.

- Bueno... como le conté me crié en Malvín, antes de que mi padre "cayera" por las escaleras, discutían para separarse. Después del coma, mi madre empezó a tomar "todas las noches", había días en las que la veía en pleno mediodía con una botella en la mano.

Y uno de esos días en que estaba hasta atrás, me dijo que no sentía "nada" lo que había dicho, eso de odiar "lo" que hizo que se casara con mi viejo. Me lo dijo varias veces y me insultaba, sentí náuseas cuando se me vino encima con ese asqueroso olor a alcohol, me escape a mi cuarto y cerré la puerta. Pude sentir sus gritos y sus golpes . Fui hasta el grabador y puse música a todo trapo, no quería oírla más ¿entiende, Doc? Mi viejo no estaba más y sólo quedaba ésta vieja.

- Tranquila ¡tomá un poco de jugo! – dijo alcanzándome un vaso.

- Usted es el único que realmente me presta atención cuando hablo. Sé que le pagan para que lo haga, pero a mí me gusta creer que me oye por ser mi amigo.

- Es cierto que me pagan, pero creí que ya sabías que era tu amigo. - Las cosas hay que decirlas, Doc, uno no puede dejar pasar las cosas pensando que ya todo el mundo sabe lo que uno piensa y siente. Fue usted el que me lo dijo, Doc – le dije sonriendo.

- Va terminar resultando que me oís y todo, cuando miras la nada.

- Siempre lo oigo, Doc.

- Me alegro, bueno creo que por hoy es suficiente.

- Ah... con respecto a lo que dijo de que era menor de edad...

- ¿Sí? – preguntó él rascándose la ceja.

- En dos años dejo de serlo, Doc – dije jugando con un hilito de mi campera.

- Sí, lo sé. Lo dice en tus papeles.

- Ah... ta bien. Bueno hasta mañana. – dije levantándome de la silla.

Estaba en mi casa comiendo unas sobras de la cena de anoche, vi llegar a mi vieja y me levanté para irme, pero me acordé de que si no notaba cambio en mí, no me dejaría volver a ver al Doc.

Me acerqué a ella y le pregunté si quería comer algo. Le serví un plato de comida y antes de irme a mi cuarto, le di un beso en la mejilla. No tenía ganas, pero lo hice igual.

Pasó una semana y el Doc me conto que mi vieja le había dicho que cambio de idea en cuanto a no enviarme más a su consulta. Asique mi actuación de hija remendada funcionó. Estaba condenada a actuar frente a mi madre, pero así al

menos seguiría viendo al Doc.

De tan abierta que me vio (mi madre) me pidió algo que me temía... sino iba al almacén a hacer unas compras que había olvidado, le conteste que no había drama.

Salí a la calle y caminé por el borde de la vereda, al llegar vi la cara rechoncha y simpática de Don Tito que me dijo sonriendo...

- Hola Abril ¿cómo te va? Hace tanto tiempo que no te veía venir por acá.
- Es que... lo que pasó con mi padre... - respondí.
- Ay criaturita! sí lo sabemos todos acá. Si llegaras a necesitar algo ¿ya sabes, no?
- Sí, gracias Don Tito.

Pase al fondo del almacén, con un carrito e iba metiendo lo de la lista. Ya había terminado, tenía todo y me dirigí a la caja, con las compras. Vi que la caja estaba vacía y empecé a buscar a Don Tito por el local, lo descubrí discutiendo afuera con una mujer por el precio de las verduras, me hizo señas de que en seguida estaría conmigo y volví adentro a esperarlo.

Estaba mirando unos macaquitos de porcelana (creo), eran ositos, adornos que había en un estante. Sentí que alguien me tocó la mano y me di la vuelta sonriendo creyendo encontrarme con Tito, de repente sentí paralizarme y el miedo volvió a clavarse en mi mirada.

-Al principio dudé, pero al verte acomodar tu pelo estaba seguro ¿No vendrá ahora tu amigo a pegarme, no? Ey... ¿qué te pasa? Parece que hayas visto a un fantasma. Soy Leonardo, el del boliche ¿no me recordás... Ana María? Ya sé que no te llamas así, Abril, pero ta... yo que sé a lo mejor yo tampoco se lo hubiera dado a alguien que no me inspiraba confianza, pero no pasa nada. Tenes un lindo nombre – dijo mirando los macaquitos que veía yo.

Yo me quedé muda al verlo, pero ésta vez sí había oído cada una de sus palabras. En eso llegó Tito y me empezó a cobrar.

-Mira que quejarse porque los tomates y la lechuga están caros, es que la gente está idiota. Tengo el precio más barato de la zona, sino me cree puede ir a averiguar por ahí, vieja chocha, perdón Abrilita... son treinta pesos... ¿qué te pasa, nena? – preguntó Tito después de quejarse.

- Nada, nada, gracias. Acá tiene los treinta... estoy apurada, nada más – contesté evitando al chico.

Tito agarró la plata y metió la compra en bolsas, yo las agarré y al irme pude oír algo de lo que ése Leonardo le decía a Tito, pero me apuré a volver a casa.

Deje todo sobre la mesa y me fui a mi cuarto, me encerré y sentí como me iba calmando. Al rato agarre un libro y empecé a leer. Se me durmió la pierna, pero me levanté e hice que circulara la sangre aunque las cosquillas eran insoportables.

A mi vieja le encantaba el “progreso” que tenía de ir a las sesiones con el Doc. Si supiera que me sigo sintiendo para la mierda, que se me hace tan difícil despertarme y engañarme a mi misma diciendo que el día vale la pena, que no hay día en que no recuerde a mi padre caer de la escalera por “tropezarse”. Pero ella ya me había sacado tanto que no le iba a permitir que también ahuyentara al Doc. La oí hablar con él por teléfono, le decía que yo estaba mucho más cariñosa, que no sabe cómo él logro ese cambio, que ya no tenía la tristeza en la cara. Eso es porque nunca me miró a los ojos sino la vería intacta.

-Bueno... ¿qué has hecho, Abril? – preguntó con voz ronca y grave.

- Ay, Doc... nada! Ayer vi una película. Estaba en el sofá, mi vieja laburando y encendí la tele... ¿Y qué cree que estaban dando? Otra de esas miles de mierdas con la que los Yankees nos suministran el cerebro. Mientras que la gente muere de hambre, ellos gastan millones de dólares para hacer una película que trata de un gil que aterriza en un asteroide (“que tiene pensado estrellarse en América del Norte y así acabar con el mundo”) y así resultar él el que nos haya salvado a todos. Y ellos “nuestros salvadores” hacen explotar la cosa a tiempo a tan sólo unos minutos de conseguir acabar con la vida ¿Se da cuenta, Doc?... Hasta de esa liberación nos libran – dije terminando mi análisis.

- ¿Pero no es la vida un regalo? – preguntó inclinándose.

- Si quiere nos agarramos de las manos y empezamos a cantar sandeces al cielo y a la tierra...

- No hace falta el sarcasmo, pero no sabía que tenías tantas ganas de morir, nunca mostraste ese interés en acabar con todo... ¿lo ves como una obsesión?

- Puede que lo sea, no sé, pero aunque hable mucho de la destrucción eso no cambia nada ni ayuda a sentirse mejor, ni peor. ¡No me mire así! Fue usted el que quiso que hablara.

- Si, claro... ¿no quieres contarme más? – preguntó mirando como sólo lo hacen los psicólogos.

- No. Ah... y ojo que como le dije siempre caen en Estados Unidos que si cayera en Kenya o en Uganda ni se molestarían en convertirse en héroes de plástico.
- ¿Qué? – preguntó abriendo los ojos de par en par.
- El asteroide, Doc ¿De qué estamos hablando?
- Ah... entonces ¿quieres la destrucción mundial?
- ¿Realmente cree que sólo me preocupo de mí misma? Ni me oye cuando le hablo – dije ofendida subiendo las piernas a la silla.
- No, Abril, si te oigo sólo trato de entenderte mejor ¡Tranquila!
- No me diga que me tranquilice ¿no se supone que uno viene acá a sacarse la frustración? Bueno yo me la saco a los gritos.

Parece mentira que diciendo 1980 en el diploma que tiene colgado en la pared eh... “hace veintiséis años” que viene ejerciendo licencia para ver, entender, oír, opinar y juzgar a la gente no se haya dado cuenta siquiera que lo único que quiero es morirme y bien sola ¡no toda la humanidad! – dije enfurecida entre lágrimas que no pude reprimir, pero había un odio aún más grande en mí que se resistía a flaquear ante mi declaración.

Al ver la cara del Doc volví en mí y bajando la mirada le pedí perdón.

- No importa, entiendo que te parezca un idiota que quiere ayudarte.
- No diga eso, perdóneme Doc – dije mientras la voz me temblaba conteniendo las lágrimas.
- Está bien, Abril. En cuanto a lo de los gritos tenés razón, si te sirve hacelo!... ¿no me querés contar nada más? –preguntó nuevamente con una sonrisa apacible.
- Ayer volví a ver al chico del boliche, cuando fui al almacén – dije de repente.
- Bien... ¿el mismo que te hizo llorar entonces, no?
- Sí - contesté avergonzada y callando después.
- Contame, Abril. Por favor confía en mí – me dijo suplicando mirándome a los ojos.
- Ese día en el boliche me pregunto mi nombre y le conteste “Ana María”, después no le entendí el resto, sentí miedo y en eso llegaron mi prima, su novio y los amigos de él. Vi como Ale (el novio de mi prima) se le fue encima al verme la cara pálida frente al chico y mientras se alejaba me dijo “espero verte algún día” no lo oí exactamente, pero lo leí en sus labios, Doc. Sentí que Ale me llevaba hacía afuera porque yo casi ni caminaba.
- ¿Te hizo algo ese chico cuando lo viste en el almacén? – preguntó insistentemente.
- No, sólo lo que le conté – dije contestando a su pregunta.
- Pero eso no explica el miedo... ¿no serán nervios solamente?
- No sé, como le dije ayer lo vi otra vez.

- ¿Y qué pasó, Abril?

- Dijo reconocirme, hizo un chiste de que no vendría Ale a pegarle, me pregunto si lo recordaba, me dio su nombre. Me llamo Ana María insinuando que no era mi verdadero nombre y dijo que no le importaba que le haya mentido, que hasta él hubiera hecho eso si no le tenía confianza a la otra persona. Yo me quedé muda, cuando Tito (el dueño del almacén) se acercó a cobrarme me apure y me fui – dije un poco aturdida.

- Puede que te hayas enamorado de ese muchacho, Abril y por eso es tu nerviosismo. No veo temor real en tu historia, más bien temor de nervios... tal vez te sientas atraída por el chico.

- Jamás ... óigame bien, jamás me enamoraré de nadie – dije finalmente.

Pasaron dos años y yo seguía yendo a hablar con el Doc.

Hablé con mi vieja y le dije que me hacía bien y ella aceptó.

El Doc se casó con Sonia y vive con ella y los hijos de Sonia en el mismo edificio donde él tiene el consultorio.

Mi vieja tiene una nueva tinta en la cabeza y la cara más estirada, no se ve más joven, sólo más estirada.

Y mi viejo... mi viejo sigue en coma, dicen los médicos que puede reaccionar en cualquier momento y también puede no hacerlo jamás.

Yo me aferro a verlo cada vez que puedo y le leo el diario (cómo él lo hacía cada mañana antes de tomarse el café). Media visita le leo y otra media lloro agarrándole la mano.

Me anote a unas clases de pintura y voy de lunes a viernes. Ahora salgo más a la calle, ya no me quedó todo el día en casa, como hace dos años atrás. Ah ¿y a que no adivinan con quién me encontré hace un año y ocho meses?... Sí, Leonardo. Me lo encontré en la feria y se mandó una declaración de perdones entre risas y bromas, aflojé y lo saludé. Desde entonces hablamos, es re piola, nos hicimos buenos amigos y ahora cuando recordamos aquel día en el boliche sólo nos reímos. Como diría mi tía “pegué el estirón”, mido 1,78cm.

Era sábado, sonó el timbre del teléfono y mi vieja atendió, ni bien sintió su voz me paso el tubo. No sé si Leonardo no le agrada o qué, como nunca me dijo nada y no es de esas víboras que guarden su veneno...

- ¿Sí? Ah... Leo ¿cómo estás? – pregunté al oír su voz.

- Bien... ¿te venís a casa a ver una película? – sugirió.

- ¿Cuál? – pregunté.

- No sé... ¡elegí vos! – insistió.
- Mmm ¿te parece... eh... Miedo y asco en Las Vegas, con Depp y Del Toro?
- ¡Sí! te espero ¿ta? – dijo ansioso.
- Bueno... ¿a qué hora voy?
- A las ocho ¿sí? – preguntó nervioso.
- Bueno allí estaré, Leo , bye – y corté.

Me di una ducha y me vestí con un jean y una remera naranja.

Ya eran las ocho menos cinco, cuando golpee la puerta de su casa y en seguida me atendió.

- Hola, acá está la película – dije con una sonrisa levantando una bolsa.
- Bien, pasa... pasa por favor – me invitó con el brazo.
- ¿Perfume nuevo? – pregunte al pasar junto a él.
- No, bueno sí... ¿no te gusta? – preguntó tartamudeando.
- Huele bien... ¿está todo bien, Leo?
- Sí. Bueno pasa al living voy a la cocina a buscar chips – dijo yéndose.

Al rato apareció en el living y apoyó un tacho con chips sobre la mesa. Puso play en el DVD y se inclinó en el sillón, a la media hora la situación era más relajada y nos cagábamos de risa con la película.

En mitad de la película me quedé dormida, pero algo húmedo en el cuello me despertó y cuando abrí los ojos vi a Leonardo inclinado un poco sobre mí, pegué un salto para atrás y el antiguo miedo regresó a mí.

- Perdón, Abril... no sabía cómo decírtelo y al verte dormida no pude resistirme...
- ¿Dónde está mi campera? – pregunté sin mirarlo.
- Abril no te vayas, hagamos de cuenta que no paso nada por favor.
- Quiero irme, no me lo impidas por favor – dije poseída por un temor inexplicable.
- Perdóname por favor – dijo angustiado con los ojos llenos de lágrimas.
- ¡Soltame la mano, Leonardo! – dije junto a la puerta.

Me abrió la puerta y al pasar junto a él, sentí su llanto pidiéndome una y otra vez perdón. Sus lágrimas eran sinceras, al igual que mi pavor. Quise decirle que no importaba, pero mis piernas tenían otra voluntad.

Pasó una semana y no atendía ninguna de sus llamadas. Le decía a mi madre que le dijera que no estaba en casa, me preguntó por qué no le quería hablar si me llevaba tan bien con él. -¿Te hizo algo, Abril?-. Le dije que no, pero no quería ver a nadie y lo aceptó.

Deje que el tiempo pasara sin decir nada (como siempre lo hice), una vez más me comía todo el dolor, la angustia y la impotencia de no atreverme a hablar.

Sin saber porque agarré mi campera y tomé un taxi hacía la clínica. Entré a la habitación y vi todo igual a tres años atrás, había flores nuevas con una tarjeta en la que decía "Para el amor de mi vida, Rocío". Rocío se llama mi vieja. No sé para qué esa falsedad sin necesidad si igualmente él no puede leerlo, pero esa bruja es una avivada, se manda la parte fingiendo ser una víctima que sufre para no levantar sospechas.

No me pregunten por qué, pero agarre las flores y se las regalé a una enfermera (no hace falta maltratar las flores tirándolas a la basura), a la tarjeta la hice pedazos y la tiré. Después me senté junto a él y observaba como parecía estar durmiendo y esperé desesperadamente a que despertara. Me quedé dormida, una enfermera me despertó. Ya habían pasado cuatro horas mientras dormía. Le di un beso a mi papá y deje el cuarto.

Empezó a llover y vi como todo el mundo huía a cubrirse de la lluvia, mientras que yo seguía caminando bajo ella. Eran las diez de la noche y no volví a casa, fui directo al consultorio.

- ¿Sí? – preguntó Sonia con su peculiar voz aguda.

- Soy Abril, Sonia – dije ya sin fuerzas.

- Ay mihijta, pasa... pasa que con éste tiempo seguro que estas empapada.

Subí las escaleras y cuando llegué a la puerta, golpee y me dejaron pasar. Sonia me sacó la campera, me ordeno sacarme las botas, los pantalones, en fin casi todo.

- ¡Dale hija, sacate esas cosas mojadas... no hay nadie, tranquila! Toma esta bata... Abril, te traje también éste busito de lana para que te pongas sobre la bata... ¿qué te dio por salir con éste tiempo, nena?... te pudiste haber agarrado una pulmonía.

Yo no contesté, sólo miraba hacia abajo mientras ella me frotaba la espalda para entrar en calor. En un momento se fue a la cocina a prepararme un té.

Un ruido de cerradura se oyó y al abrirse la puerta se lo vio al Doc.

- Uy Sonia... no sabes... llueve como podrido ¡Hola Abril! No esperaba encontrarte acá, hoy no viniste a la consulta... - dijo con cara de sorprendido.

- Ay gordo, acabá de entrar de una vez y cerrá la puerta, no la rezongues ¡pobrecita! Le voy a prestar ropa para llevarla a su casa. La pobre llegó empapada – decía Sonia.

- ¿Qué pasó, por qué... qué pasó, Abril... está todo bien, te peleaste con tu madre? - preguntó.

- Deja respirar a la criatura, la estás atosigando con tus preguntas – se dirigió a Abril – ¡Vos mihijta te venís conmigo! vamos a ver si encontramos algo entre mi ropa que te quede bien y después llamamos a tu mamá así no te preocupa ¿sí? – dijo con un brazo sobre mi hombro.

Asentí con la cabeza y fui al cuarto con Sonia. Me dio un vaquero (que le quedaba chico) y una remera de mangas largas. Le pedí el abrigo de lana y con una sonrisa me dijo que me lo regalaba.

Volvimos al living y la mujer vio la mirada cómplice del Doc.

- Ya entendí, gordo. Entonces los dejo solos. Despedite antes de irte, mijita – dijo mirándome.

Asentí y volví a ver al Doc, mientras me frotaba los brazos. Orlando se sentó en el sillón y me observaba en silencio. Su inquietud y su silencio siempre lograban desesperarme y hablar.

- Tengo miedo, Doc – dijo respondiendo a su silencio.

- ¿De qué, Abril?... ¡hey linda... Mírame! ¿de qué tenés miedo? – preguntó calmado.

- De de... que vuelva... que vuelva a pasar – continué con un hilo de voz, las manos temblando y los ojos rojos, inyectados en sangre.

- ¿Qué cosa, Abril... a qué cosa le tenes tanto miedo? – preguntó mirándome a los ojos.

- De que vuelva a lastimarme – dije temblando.

- ¿Quién... quién te lastimo, Abril... tu madre? – pregunto acercándose a mí.

- ¡No! – dije retirándome de él.

Transcurrieron unos minutos en los que lloré sollozando y lo sentí a él queriendo abrazarme, pero yo me rehusaba a dejarlo.

- ¿Quién te lastimo, Abril? – volvió a preguntarme.
- Estaba en el hospital con papá y mi madre... nos acababan de decir que papá entró en coma...
- ¿Los médicos te hirieron eso quieres decir? – preguntó intentando acariciarme la cabeza.

Sacudí la cabeza y agarre mis piernas hasta que éstas tocaron mi pecho. Las lágrimas caían y seguí diciendo...

- Salí corriendo del hospital, sentí que me llamaban, pero eran ruidos distorsionados. Era un día horrible, Doc, como el de hoy, llovía, las calles estaban llenas de barro ¿entiende?
- ¿Y...? – dijo asintiendo buscando que siguiera contándole.
- Era de noche, no sé dónde estaba, sé que era lejos de casa. Lloré mucho, Doc, me sentí perdida y entonces un... un...
- ¡Tranquila, Abril! Estás a salvo acá... ¡pará que te voy a traer un vaso de agua!
- No – dije agarrándolo del buzo para que no se fuera.
- Bueno, me quedo entonces, tranquila – siguió diciéndome.
- Un tipo se me acercó y me empezó a hablar. Estaba asustada y me di la vuelta para irme, pero me agarró de un brazo, traté de huir, Doc, pero no pude... no pude – dije con un nudo en la garganta oyendo aquella historia salir de mis labios.
- ¿Querés decir que...? – preguntó él.
- Sí, Doc, me violó... ese tipo me violó. No pude hacer nada para huir. Traté de escapar pero no pude, no pude – decía tartamudeando, llorando y temblando.

El Doc me agarró entre sus brazos y al principio traté de soltarme asustada y después caí desesperada sin anteponer resistencia.

- ¡Tranquila, nena! Nadie más te va a lastimar ¿Cómo pudiste callar tanto tiempo, chiquita?
- Tenía miedo, Doc, de que no me creyeran, de que deje que sucediera, de todo... No deje que vuelvan a lastimarme, Doc por favor ayúdeme. Los sueños no me dejan en paz – dije sollozando.
- Tranquila ¿lo sabe tu madre? – preguntó.
- No, pero no le diga nada, no sé lo diga, Doc por favor – respondí histérica.
- Está bien, no se lo voy a decir, pero quédate tranquila... Decime Abril... ¿viste a un médico después?
- No, usted es el primero que lo sabe, ni a mi papá se lo dije.

Me quedé dormida en sus brazos, pero amanecí en una cama ajena y al mirar unas fotos en la pared, vi que me encontraba en casa de Orlando y Sonia.

Desayuné con Sonia en la cocina.

- Buen día, dormilona! Anoche los vi hablar hasta muy tarde y me fui a acostar ¿De qué hablaban... algo divertido?... Upps me metí en algo privado ¿no? Tranqui, Abril que ésta bocona se calla en éste mismo momento – dijo Sonia tapándose la boca.
- No pasa nada, sólo hablamos de lo divertida que es mi vida – contesté sonriéndole.
- Vamos, vamos, Abril... todo el mundo se echa abajo, pero la cosa nunca es tan mala como creemos, yo siempre digo “Respira mi aire, pero no lo contamines” De alguna manera siempre se sale adelante, por más negras que parezcan las situaciones. Bueno no sé si hablé con propiedad ante lo desconocido, pero sólo una última cosa y callo... podes salir de cualquier situación con una mano y ¡vos señorita! Tenes la de Orlando y la mía.
- Lo sé, Sonia y gracias. Justo ayer acepté la mano del Doc.
- Mira que es un hombre casado – dijo bromeando - ...¡tomate la sopa ahora, mihija!
- Sí, gracias – dije sonriéndole.

Pasaron dos semanas más y no sentía tanto miedo como antes, puede que realmente haya ayudado (como dijo Sonia lo de la mano). Necesité tres años para confiar, pero ahora temo que ésta mano no alcance, aunque trato de poner todo mi empeño.

Leonardo sigue llamándome, las últimas dos semanas le colgaba yo personalmente. Hasta un día en que lo atendí, sin saber que era él y al darme cuenta me planté a enfrentar el miedo (como me aconsejó el Doc).

- ¿Sí? – pregunté.
- ¿Abril? – sentí su voz cariñosa y amable como siempre.
- Si ¿Qué pasa, qué quieres? – pregunté haciéndome la fuerte.
- Hablarte nada más, no me cuelgues por favor – dijo como si supiera lo que iba a hacer.
- ¿Qué quieres decir, Leonardo, no te bastó este tiempo que estuve sin hablarte, para darte cuenta de que no te quiero ver más? – dije mintiéndole a él y a mí misma.
- Sé que estás enojada, por lo de esa tarde y te pedí perdón, Abril, te lo pido ahora otra vez, perdóname por favor – dijo dejando que también oyera un poco su llanto.
- Si sólo quieres eso, lo tenes, te perdono – dije cortante.

- Abril quiero que lo hagas porque lo quieres, no por mí.
- ¿Por qué insistís, Leonardo? – pregunté confundida.
- Porque quiero seguir siendo tu amigo, porque te quiero, Abril... ¿seguís ahí?
- Sí... te perdono, Leonardo, te perdono – dije colgando el tubo.

Me fui a la cocina a tomar un vaso de agua y me lleve el vaso y la jarra al living. Encendí la tele y estaban dando una de cowboys, cuando sonó el timbre de la puerta y me levanté a atender.

- ¿Quién es? – pregunté al llegar.
 - Leonardo – oí decir y quedé paralizada.
 - Hola ¿qué quieres? – pregunté armándome de valor.
 - ¿Me dejas pasar? – preguntó insistente.
- Abriendo la puerta le dije - ¡Pasá...!
- Estás viendo una peli Western eh... - dijo sonriéndome.
 - En verdad ni sé de qué va – contesté encogiéndome de hombros.
 - De un yankee “bueno” a caballo que persigue al “malo” (curiosamente oscurito) ¿de qué va a tratar sino? – dijo sonriendo -... te extrañé, Abril.

Él y el Doc son los únicos hombres en los que confío y yo sentía lo mismo que me decía Leonardo, tenía tantas ganas de que todo fuera como antes. Poder hablarle sin dar tantas vueltas. De repente él me agarró la mano y mirándome a los ojos sin yo sentir miedo dijo...

- Quiero que todo vuelva a ser como antes, Abril ¿crees que sea posible?
- No sé ni como me pegué junto a su pecho y le contesté que yo también lo quería a él.

Nos sentamos en el sofá y terminamos de ver la película, que no sabíamos de que iba, pero disfrutando de estar juntos otra vez.

Los días pasaban y nuestra amistad estaba intacta.

Mi papá seguía en coma. Mi madre seguía despilfarrando la guita.

El Doc y Sonia esperan un hijo, para dentro de seis o siete meses. Ah ... y Don Tito tuvo un accidente en el auto, pero está fuera de peligro, salió ileso. Sólo una herida externa.

Ahora a Leonardo se le había hecho costumbre pasar a buscarme al centro (al

terminar mis clases de pintura) para no volver sola.

- Hola señorita ¿cómo estuvo su clase? – preguntó sofisticadamente.
- Hola, Leo... estuvo bueno ¿vamos? – dije agarrándolo del brazo.
- Sí, claro – dijo sacándome el bolso para llevarlo él.
- ¡Pará! – dije sujetándolo.
- ¿Sí... o es que quieres... - no lo deje terminar de hablar al apretar mis labios junto a los suyos, él se quedó duro y en el momento en que retrocedí al notar que no respondía a mi beso, me sujetó la cintura y me beso él.
- ¿Qué me estabas diciendo? – dije finalmente.
- ¿Es broma, verdad?... yo que sé que dije ¿esto quiere decir...? – insistió él.
- Que te quiero y se lo podes contar a todos tus amigos – dije bromeando – ...pero tengo miedo, Leo.
- Y yo... estoy re cagado, pero sé que te quiero.

Y bue... desde entonces que estamos juntos. Me acuerdo de cómo le dije lo que me hizo huir de su beso tiempo atrás. Le conté todo y en sus ojos vi todo lo que había sentido yo en aquel tiempo de aislamiento, todo el miedo y el dolor.

Me besó la frente y me estrechó en sus brazos al finalizar la historia.

- Ahora entiendo ese brillo de tristeza en tus ojos, amor. No sé qué decirte... te quiero, Abril, te quiero.

Pueden creerme cuando les digo que fue lo más lindo que me dijeron jamás.

Bueno y ahora ..."¿pueden (anda a saber a quién le sigue hablando) cerrar el libro?

FIN.

Rodolfo

Abril 2007

¿Cómo empezar una historia, que llegó a su fin... cómo poder dejar de lado, las diferencias de ambos y hablar de la belleza compartida? Hoy no quiero recordar los insultos y la tristeza que despertaron en mí.

Recuerdo cuando salíamos a pasear los tres juntos, yo corría por el parque, mientras que ellos iban agarrados de la mano. Yo volvía agotado a casa, de tanto jugar en el parque.

Recuerdo los paseos bajo las estrellas y los mimos recibidos, también recuerdo el juego de la caza.

Ella se fue de casa dejando el armario vacío, no dejó ni un zapato para recordarla. El hogar está apagado y gris.

Recuerdo un día hace mucho tiempo atrás que nos fuimos los tres al campo. El cielo estaba azul, no había nubes, el sol brillaba fuertemente y yo corría como un loco sobre el pasto. Al no encontrar lo que buscaba volví junto a ellos y los sorprendí besándose. Los miraba sin entender su desatención hacia mí, empecé a aullar y a ladrar hasta que me miraron y rieron, acariciándome y yo movía alegre la cola.

Hace más de un año ya, que él no sale a la calle y yo día a día lo acompaño en el silencio. A veces se acuerda y salimos a dar una vuelta, pero casi siempre está tirado en el sofá. Ya me olvidé del sonido de su risa.

Pero hace una semana volví a ver una sonrisa en sus labios y a una morena dormida en su cama.

Ahora los recuerdos vuelven a ser realidad, un poco cambiados por la mujer que ocupa la cama junto a él, pero ahora volvemos a pasear todos los días bajo el sol y bajo las estrellas también.

FIN.

Entrevista a Alma

Mayo 2007

Lleva puesta una blusa azul y vaqueros negros, el pelo suelto le acaricia los hombros. Tiene un poco de sombra sobre los párpados, los lentes enmarcan sus ojos haciéndolos parecer más grande. Me sonríe y se sienta junto a mí en el sofá.

Hola Alma, gracias por recibirme.

- Hola y gracias a vos, por querer entrevistarme (Risas).

Es un honor... (Sonríe mientras juega con una cinta de su blusa)... Hace unos días expusiste tus últimos poemas. No quiero parecer un fan, pero los he leído todos y me encantan... (Sonríe)... pero ¿por qué esa obsesión, esa tristeza que hay en cada una de ellas... estás obsesionada con la muerte?

- Bueno, yo no lo llamaría obsesión (Hace una pausa y continua)... La muerte es parte de la vida un 99.9%. Es quién equilibra la balanza, la que nos motiva y desmotiva. A mí me interesa mucho, el efecto que produce su presencia con la gente que deja atrás. Con la que saben que se acerca y cómo alguien logra recuperarse ante ella. Me gusta ver todo desde un punto más humano (y no existe nada más humano que ella). Quiero decir que me gusta, como mis personajes reflejan ser sensibles ante el dolor. Me gusta la profundidad del tema en sí. El hecho de encontrarte ante un callejón sin salida y empezar a hacer preguntas (dice agarrándose la nuca).

¿Siempre te haces preguntas?

- ¡Sí! de no ser así, no sería atea (dice levantando una ceja mientras toma un poco de agua).

¿En qué sentido lo decís?

- Bueno, me refiero a que no tengo creencia en un Dios, no tengo fe ciega y no quiero ofender a nadie, pero el hecho de creer en una religión te encasilla y oprime. Sos un cordero que acepta las mordidas del lobo y no haces ninguna pregunta acerca del por qué te muerden. Sencillamente sos fiel a la creencia, lo cual a veces

es más fácil...

¿Por qué?

- Porque si yo creyera en Dios (por ej. en el católico), no me haría las preguntas que me hago. No pondría su decisión, de llevarse a alguien en duda, lo aceptaría como parte de su voluntad y bajaría la cabeza. Como es el caso de los niños bombardeados con bombas (por las guerras que crea el ser humano), los niños bombardeados con propaganda consumista, los niños que mueren de hambre, los niños que mueren por una enfermedad curable... Eso, no hay dios todo poderoso que pueda justificarme. Simplemente es la mente humana y la enorme capacidad de manipulación que tiene cierto grupo sobre la mayoría. Matemáticamente es una cuenta ilógica, pero la realidad nos muestra que no.

Si tuviera la "fortuna" de ser un corderito... Me levantaría todas las mañanas a las seis, para ir a trabajar a una oficina, pese al mal trato recibido de parte del jefe, cedería diciendo que es parte de SU voluntad. Iría feliz los domingos a la Iglesia y le agradecería la miseria de trabajo que tengo. Me sometería ciegamente a cualquier obstáculo, impuesto por él en el camino, pero te aseguro que sería feliz porque eso es parte de la mentira que te venden.

Es como ser idiota... A mí me encantaría serlo y no estoy diciendo que soy lo contrario. Me refiero a que todo sería más fácil, si creyera en las mentiras de un político, en las palabras de la gente, si me vendieran la moda, si me tragara la mierda que tratan de meterte por la televisión, si no tuviera tanta noción de lo que pasa a mi alrededor. Hay millones de idiotas en el mundo y lo triste es ver que son felices.

Es verdad. ¿Qué es para vos el amor?

-Un sueño (Se acomoda el pelo y saca un almohadón de atrás de su espalda, se cruza de piernas y guardando silencio).

¿No crees en él?

-No es cuestión de creer o no, está muy claro... África se muere, América Latina y Asia también. Sólo hay dos que se mantienen a "flote" en un mundo de cinco. Así que decime vos si hay amor en éste planeta... Hay mucha gente, que si se lo propusiera realmente, sacarían al mundo entero de la miseria en la que sumerge día

a día, pero lo que realmente hay es una ausencia total de amor. El odio es mucho más fuerte, por eso digo que el amor es un sueño, un lindo sueño, pero nada más.

Es muy triste tu respuesta, pero ¿No crees posible la unión de la gente, frente al hambre por ejemplo?

- De ser posible ¿cómo te explicas que estando en el año 2007, haya aún tanto hambre sobre el mundo? No, no creo en la gente, en ciertas personas sí, pero no en una utopía como creer posible que la gente se una, para frenar algo que está fuera de control, por ellos mismos.

¿Qué pensas de la soledad?

- La odio, pero aprendí a convivir con ella (Dice acomodándose el pelo tras la oreja).

¿Sos una persona solitaria entonces?

- Para nada, como lo acabo de decir "la odio", ¡perdón!... debido a las circunstancias sí lo soy, pero no me agrada para nada.

¿A qué le temes?

- ¿De la soledad? (Pregunta apoyándose más relajada en el sillón).

No, bueno también. Me refiero si hay algo en la vida a lo que le temas.

- Ah... perdón (Risas)... Mmm aunque te parezca una obviedad... a la traición. Me espanta el hecho de confiar ciegamente, de una forma total en alguien que termine finalmente por cagarme. En ese sentido soy muy vulnerable, puedo llegar a venirme abajo. Por eso no creo en nadie (Ríe).

¡Yo no te voy a traicionar!

- "Nunca digas nunca" hay muchas maneras de traicionar y salvo que tengas una bola de cristal que vea el futuro...

¿Hay algo en un hombre que te caiga mal?

- Sabía que me ibas a hacer una pregunta así (Dice sonriendo)

Es el rating, ¿viste!

- ¡No me banco el machismo!

Viste ... Llegamos a un tema interesante ¡Continúa por favor!

- Me cae como el culo, que un hombre diga que una mujer no es capaz de algo por su sexo. Mira que el machismo no es sólo cosa de hombres, muchas mujeres desgraciadamente tienen mente machista. Es una vergüenza, pero así es.

¿Hay algún deporte que sea tu pasión?

-Uno que acabo de descubrir para mí, el futbol. A ver si me entiendes... en mi casa se veía mucho futbol, pero yo nunca le di mucha bola, es más siempre me burlaba.

¿De qué cuadro sos?

- De tres, aunque te parezca mentira... Soy Xeneise, Manya e Interista (Boca Juniors, Peñarol e Internacional de Milano).

¿Cambiarías algo en el futbol?

- A los árbitros. Los sacaría y usaría las filmaciones como hacen en otros deportes. Sólo los mantienen por tradición. También expulsaría por un año al jugador que lastima intencionadamente y las hinchadas violentas las reduciría clausurandoles el estadio o la posibilidad de jugar un partido, como se salga de lo normal su comportamiento. Así lo vuelve a disfrutar la familia y no sólo los borrachos, con ganas de pelear.

¿Qué es lo más divertido que te sucedió?

- Es difícil decirlo cuando no te acordas.

No me digas eso.

- No... es en serio ni me acuerdo, tengo una memoria de mierda.

¿Tuviste un gran amor?

- Para mí si el amor no es grande, no es amor. A lo que te respondo; No.

¿Y qué clase de amor tuviste?

- Fogatas que al apagarse eran cenizas arrasadas por el viento.

¿Qué pensas de los abortos?

-Qué habría que legalizarlo en todo el mundo, porque cada persona es dueña de sí misma y tiene el derecho de decidir sobre sí.

Pero es vida la que se mata.

-También es vida la que vive sobre el planeta y la dejan morir de hambre, de enfermedades, de negligencia, por guerras, etc.

Por el lado de la moral vas mal conmigo. Mi moralidad va con los vivos que sufren. Con la mujer que no quiere tener al hijo porque el padre la mata. Con la que está enferma y no quiere transmitírselo a su hijo. Con la que no tiene dónde caerse muerta. Con la que no lo quiere porque no nació del "amor". Sencillamente porque debería ser considerado un derecho. Ojo... no estoy haciendo apología al aborto, porque en definitiva es una operación, que puede costar la vida. Pero al ser ilegal, cuesta más vidas de pobres que de ricos, y las pobres son mayoría. Así que se vuelve a presentar la diferencia de clases. Si tienes plata para pagartelo, vivis, de lo contrario, te abren las puertas del cementerio.

¿Y de la pena de muerte qué opinas?

Espantoso. Estoy completamente en contra de ella ¿Quiénes nos creemos ser para juzgar a otra persona? Sea o no culpable ponelo a trabajar en cosas como plantar papas yo qué sé, que sea útil en la sociedad, pero no esa muerte asquerosa. Y mira que si un tipo viola a mi hija (suponiendo que la tenga) soy yo misma quien va a matarlo, es una situación muy relativa... pero estoy en contra de ese acto tan "humano" que nos describe día a día como somos.

Y por el otro lado... Hay unos cuantos que se la merecen, por haber hundido a la

humanidad en donde se encuentra hoy en día.

Con temas a tomar con pinza.

Comparto tu opinión. ¿Alguna vez tomaste drogas?... (Sonríe levantando la ceja izquierda) No... es en serio, nada que ver con lo anterior. Cambié de tema...

- Bue... contestando a tu pregunta entonces: No, nunca.

No estoy en contra de las drogas, porque para mucha gente es la única vía de escape a tanto dolor sufrido que tienen. ¿Y en qué o quién te convertirías prejuzgando lo que hacen? Si lo único que alivia su dolor, es el olvido que les proporcionamos nosotros mismos, la sociedad, el mundo entero con su indiferencia. Con esto no quiero decir que me parezca bien, sencillamente no me trago la pastilla de la hipocresía. Sería muy fácil contestarte con un simple ¡Estoy en contra! Y sonreír para las cámaras. De no pienso convertirme en parte del circo, cuando los mismos que sacan carteles son los que por detrás ayudan para que todo siga tal cual se encuentra ahora. Sé que muchos menores consumen drogas, caen en ella a raíz de los millones de problemas que hay a su alrededor. Es más fácil echar culpas que hacerse cargo. En cuanto a los menores que caen en ella, aun teniéndolo “todo” (porque es lo que oís decirle a sus padres) todo todo no lo tienen... ¡préstales atención, edúcalos, ayúdalos, apóyalos, pero no te cruces de brazos. (Se inclinó sobre el respaldo y respiró profundamente).

¿Hay alguna pregunta que no te gustaría que te hagan?

- Una pregunta vacía, sin fundamento o una de esas que pretende ser profunda, pero es re idiota. Hace un tiempo me hicieron una así... (Pausa)... Ah, quieres saber cual era. Me preguntaron con qué me inspiraba para escribir los poemas.

¿Y qué le contestaste? Para saberlo nada más, no tomes ahora por hecho de que te lo pregunto.

(Ríe)

- Le dije que mi musa me invitaba a contemplarla en un atardecer o durante los paseos nocturnos... (Hace otra pausa y me mira a los ojos)... Lo más “cómic” fue que se quedó fascinado con la respuesta.

¿No se dio cuenta de que le estabas respondiendo a una pregunta estúpida? Como bien dicen “A preguntas tontas, respuestas tontas”.

- No, el guacho quedó encantado y me entristeció un poco (Dijo sentida).

¿Qué te hace llorar?

- La distancia, el extrañar hasta volverse loca, la soledad...

¿Sos una persona interesada en lo que ocurre a su alrededor?

- ¡Sí! como te respondí antes soy una persona muy receptiva y me afecta cualquier injusticia que veo. Odio no estar al tanto de algo que sucede a mi alrededor, por eso siempre trato de leer mucho.

¿Te jugás por tus ideas?

- Siempre que puedo lo hago, ¡no dudo!

¿No quieres ser más específica?

- No quiero hacer propaganda y no creo que haga falta.

Entiendo y es admirable, lo respeto. ¿Quién fue la persona en tu vida que más te lastimó?

- Tuve la suerte de que nadie me haya lastimado, quiero decir nadie en lo personal, más allá de eso me lastiman las situaciones a veces. Por ejemplo cuando veo el racismo a flor de piel, se me ponen los pelos de punta o los ataques homófobos. El otro día estaba viendo el informativo (el cual más que informar desinforma, la verdad) bueno... mostraban una demostración de la derecha y te juro había millones en esa marcha. Se te erizaban los pelos de verlo nada más, de la angustia que me entró casi me pongo a llorar (Hace una pausa para beber agua).

¿Te gusta algún/a cantante actual?

- Esa es una pregunta que suena a querer tirarme de la lengua para hacerme hablar de la última (de hace como diez años) moda sobre esos programas “musicales” de encontrar nuevos talentos que por fuera se ven como cajitas perfectas y adentro no tienen contenido alguno ¿Me equivoco o tengo razón?... ¡Lo sabía!... (Hace una

pausa rascándose el codo derecho).

Me parecen horribles esos programas que buscan “talentos”, destruyendo a los chicos anímicamente. Es un enorme negocio que te venden mostrándote cómo humillan a los pendejos y es decadente y la gente actúa frente a esto como si fuera algo de lo más normal del mundo. Van descartando a los chicos como si fueran forros usados, para quedarse finalmente con uno que suena exactamente igual a todos los demás. Porque en esos lugares se encargan de limarte la personalidad (o la poca que tenías) para dejarte dósil frente al mercado, te dan clase de artista, te dicen cómo vestir, qué caras ponerle a la cámara, qué contestar... Es espantoso ver a dónde hemos llegado como especie humana.

Sí. ¿Hay alguna película que hayas visto hace poco?

- Ves al cine últimamente le pasa lo mismo, hay que buscar mucho. Cada vez está más vacío y es una lástima... ¿Una película...? Mm “Medianoche en el jardín del bien y el mal”, buenísima, pero tiene diez años ya (Risas).

¿Te gusta escribir cuentos y ensayos también, o sea salirte de lo que haces habitualmente?

- A decir verdad lo hago (Sonríe como quien oculta algo).

Ah sí y ¿por qué no los públicas?

- Porque no quiero, soy muy autocrítica (demasiado) y no me gustan como para ver la luz del sol. Al igual que los poemas que publico, pero de algo tengo que vivir ¿no? Y no estoy hecha para tener un jefe (Risas).

¿Cómo es tu vida en privado?

- ¡Privada!... La pregunta para el rating eh... (Ríe y vuelve a acomodarse cambiando el cruce de piernas)... Me despierto a las diez u once (depende de la hora en que me haya acostado), me preparo el mate y el desayuno. Me meto en internet a leer noticias, a veces escribo, salgo a caminar porque no aguanto el encierro, vivo tomando mate... tarde, noche, madrugada... En la noche me preparo algo de comer y salgo al jardín a oír algo de música o leo un libro.

¿Hay algo que extrañes de antes, de publicar tus poemas (Antes de ser famosa, quiero decir)?

- Bueno, no usaría esa palabra, más bien “escritora pública” porque escritora siempre lo fui... (Sonríe)... Volviendo a tu pregunta, mi vida siempre fue como te la acabo de contar con la única diferencia en que las cosas que escribo ahora se publican y las puede ver todo el mundo. Lo cual me gusta, si bien no es del grado de todo el mundo, porque es imposible que así sea, ni pretendo lograr semejante cosa. Siempre tuve metido en la cabeza que lo que escribía era mierda, ahora con sólo saber que a una sola persona entre millones le llegaron mis líneas me siento bien. Me da ánimos de seguir en el ojo público, a pesar de lo que piensen los demás. De eso va el arte, de llegar a otra persona y si de vez en cuando lo logro con alguien... ¿Qué más puedo pedir? No existe una conexión más grande para mí.

Siempre logras dejarme con la boca abierta. ¿Qué opinas de las cirugías plásticas que cada vez son más recurridas por los jóvenes y de las personas que se operan las arrugas... qué piensas?

- Me parece demencial esa movida, es un ejemplo de lo enferma que está nuestra sociedad. Es una barbaridad que los padres apoyen semejante estupidez, más allá del hecho de que uno es lo que es guste o no. Hay que aprender a quererse como se es y no cambiar para perder tu identidad, más allá de eso que es algo FUNDAMENTAL.

En los cambios de “belleza” existe la posibilidad de un riesgo. Es una operación, eso no le entra a nadie en la cabeza. Las operaciones no son un juego.

Por retocar el exterior no quiere decir que no sea una operación y en una operación siempre hay riesgos. Yo nunca me quise, pero logré ganarle a esa batalla. Esa búsqueda de cambiar el exterior, es culpa de el sistema que nos rodea y nos oprime. A las gurisas le comen el coco y ellas compran.

Nunca se me pasó por la cabeza operarme y ahí sería la primera que no me acepta tal cual soy. Se trata de aprender a quererse, no somos lo que nos devuelve el espejo.

Vuelvo a apelar nuevamente a la educación, es obvio que si no tenes a alguien al lado que te guíe en los primeros pasos, caes vulnerable ante la crueldad de la tele, las revistas, la gente, etc.

Y en cuanto a lo de prevenir arrugas... Otra estupidez, hablando pronto y claro me parece que los que se someten a eso son unos frustrados de mierda a los que

dominó la hipocresía.

¿Cómo reaccionaste frente a la guerra de Irak?

- Como alguien que detesta las cuestiones bélicas. Me sentí horrible, sentí una gran furia mezclada con dolor e impotencia en mí. En la primera semana nomás en el informativo te pasaban los miles de cadáveres... (Se le humedecieron los ojos)... Tres veces puedes adivinar... la mayoría de esas muertes eran niños y mujeres "civiles" que nada tenían que ver con "las armas atómicas". Y ahora siguen destruyéndolo todo, esa gente que sobrevivió está enterrada por dentro (Hizo otra pausa y tomó un sorbo más de agua).

¿Sabías que lo que se gastó desde que empezó la guerra hasta ahora...?

-... bastaba para vacunar contra muchísimas enfermedades a los niños del mundo? ¡Sí! Lo sabía ¿no te dan ganas de pegarte un tiro en la cabeza, cuando oís esa clase de compasión humana?

Es horrible ¡sí!, pero hay cosas por las que vale la pena vivir ¿No lo crees así?

-Tanto como para creer... no sé, pero trato de meterme esa mentira día y noche en la cabeza. A veces me gustaría ser más insensible para no tener que dudarlo, pero yo pienso que tiene que valer a todos por igual y todavía no lo hemos logrado.

¿Te consideras ser una persona pesimista?

- Muchos me hacen la misma pregunta por ser realista, mi respuesta es no. Puedo ser más que optimista incluso, pero cuando hablo "negativamente" de algo, lo hago desde un punto de vista realista y no pesimista.

¿Tenes un ídolo?

-Sí. Las personas que son consecuentes con sus ideales, como por ejemplo el "Che", "Fidel", "Artigas"... Desgraciadamente la lista no es larga, pero esas son personas a las que admiro muchísimo.

¿Y un ídolo musical o un actor?

- Ahí no tengo, sólo siento admiración y reconocimiento. Me gustan muchísimos, para mí el artista no debe ser adulado, porque se pierde en el falso aplauso. Una cosa es reconocer y otra muy diferente es ponerlo en un pedestal y de ahí si se equivoca darle una patada en el culo. A nadie le hace bien el amor ciego, dentro de éste ambiente.

¿Te gustaría poder leer la mente?

- Sabes que estás proponiendo una nueva barrera entre las relaciones humanas ¿verdad?... (Dijo sonriendo)... Es un juego muy peligroso saber lo que piensa el otro, algunas cosas las haría más fácil, pero otras las complicaría, como todo tiene un precio y no me creo con derecho de tener tanto poder, paso. Haría falta ser frío y no pensar dos veces tus actos... y yo cada paso que doy lo pienso más de treinta veces... (Dijo guiñándome un ojo).

¿Así que no sos impulsiva?

- Sólo algunas veces y en determinados momentos, sino como te decía soy muy de machacarme cada cosa. Soy bastante traumada en ciertos aspectos. Digamosle así ... No soy impulsiva, pero sí imprevisible.

¿Qué es lo que te gustaría que no terminara nunca?

- Un sueño. El hecho de estar en uno y dejar a tu imaginación tomar las riendas es algo que no tiene nombre. La mente es tan poderosa que en sueños te hace sentir poder hacer cualquier cosa, mientras que en la vida cotidiana arrinconamos a nuestros sueños o sencillamente los dejamos de lado, hasta convertirnos en marionetas a las que mueven a su antojo.

¿Tenes auto?

- No tengo ni carnet con eso te digo todo. Aunque hoy en día no es un impedimento con lo que se ve..., pero no, no tengo auto. No me gustan, me ponen nerviosa y estoy segura de que no me pierdo de nada (Sonríe pícaramente).
La gente maneja enloquecida y por más que vos manejes bien, te pasan por arriba.

Muchos de tus poemas son desde una perspectiva masculina ¿Podrías decirme por qué?

(Sonríe y asiente)

- ¡Es que soy transexual!... (Dijo seria)... Noo... ¿te la creíste eh? Ahora tenes la primicia "Alma es transexual" (Ríe levantando los brazos). No me cuestiono en el momento de escribir, sencillamente escribo como me viene a la cabeza.

Aha, pero volviendo a lo anterior ¿Te gustan los transexuales?

- Para acostarme con ellos o ¿qué me estás preguntando?

Quiero decir si aceptas su sexualidad.

- Completamente, como respeto y quiero (como vos decís) a los homosexuales. La elección sexual es otra de las tantas cosas, que debería ser normal y necesario como respirar, pero la gente que tiene mierda en la cabeza prefiere seguir atada a la ignorancia y a la brutalidad.

A las mujeres que se prostituyen...

- También las respeto y quiero, pero ahí ya entraste a otro tema que es la prostitución. Por un lado es un trabajo como cualquier otro en el cual se exponen día a día a malos tratos y enfermedades y por el otro está lo más importante que es que entraron a ella por necesidad, no voluntad y mucha gente prefiere ignorar éste hecho... Por esa enorme hipocrecia que nos rodea y nos dicta a señalar, en vez de ponernos en el lugar de la persona antes de creernos con ese derecho. Estoy segura de que a más de una que lo ejerce lo aborrece, pero es la única salida que tienen muchas de la mujeres de nuestra sociedad. Para mí son ellas las víctimas de la noche.

Así que sos una persona tolerante.

- Tolerante es más bien aceptarlo te guste o no y yo lo acepto como algo natural, no necesito tolerar porque quiero a todo el mundo por igual hasta que me demuestre lo contrario. Es cierto que no somos todos iguales por fuera, pero por dentro gustele o no, a las masas... Somos iguales. Encuanto a las diferencias externas entre unos y

otros, me parece una de las cosas más lindas que tenemos, sin embargo no todos piensan así.

¿Hay algún lugar en el mundo en el que querías estar?

- "Uruguay" es el país más lindo que haya visto jamás y el único que yo haya vivido que ata a tu corazón tan fuerte que te hace extrañarlo hasta un punto en el que creías que no se podía hacer.

¿Puede ser que la respuesta no haya sido del todo neutral?

- Pedile a la sangre que sea neutral... (Hace una pausa y se acomoda los lentes) ... Es el amor el que me hace hablar. No existe la objetividad cuando se habla con el corazón. El es directo y no reprime ningún deseo.

Entiendo... ¿Hay algo más que quisieras decir?

- Tengo sueño y un poco de hambre... (Sonríe y apoya la cabeza pensativamente sobre la mano)... ¡Sí, hay una cosa... ¡Sos gallina! ¿Verdad?

¡Sí! pero ¿Cómo lo supiste... es que se me nota tanto la inteligencia?

- No, sólo el creértelo y además tenes cara de gallina (Ríe).

Bueno, bueno, no nos vamos a pelear ¿no?

- Le temes a una boquera eh...

Ta bien ¡ganaste!... Fue un gusto charlar contigo y gracias.

- ¡Arrugaste! (Risas)... Gracias a vos, chau...

Adiós.

Entrevista por Gonzalo Ramírez
30 de Mayo de 2007

FIN

Encuentros nocturnos

Marzo 2007

La brisa de la noche envolvía la silueta de Florencia; una joven de pelo largo y castaño, labios gruesos, ojos oscuros, medias caladas, minifalda gris, blusa bordo y tacones altos.

Ella caminaba sola, por una calle desierta llamando la atención de más de un vagabundo. Empezó a apretar el paso, cuando sintió unos pasos a su espalda, un momento después ya no los oyó más y cuando quiso arrancar otra vez la marcha se tropezó con un muchacho y abrió los ojos de par en par.

El chico era pobre de vestiduras, tenía una cicatriz de lado a lado en la garganta, una extraña mirada, el pelo negro azabache y era muy alto.

La muchacha controlada por el pánico se empezó a poner histérica.

- Si quieres llegar sanita y viva a casa, más vale que te quedes tranquila
- dijo el hombre con voz ronca y pitando un pucho.
- ¿Por por por qué... qué quiere? – dijo ella tartamudeando.
- ¿Yo?... ¡Nada! Pero ¿ves a esos tres de la vereda de enfrente? Se mueren por ponerte la mano encima, bombón... ¡Disimula che!
- Si, los veo ¿qué quieren? – preguntó inocentemente
- ¿Que qué quieren... qué van a querer?... Esos te meten la pesada mal, en la zona se habla y esos tres tienen un historial que te dejarían los pelos de punta, bombón.
- ¿A qué se refiere? – dijo ella secándose las lágrimas.
- A que si te agarran sos boleta, bombón – dijo soltando el humo del cigarro.
- ¿Y usted? – preguntó aterrada mientras las lágrimas le lamían el cuello.
- ¡Epa! Se podrá decir cualquier cosa de Ernesto Rivero... mi nombre a propósito, bombón, pero NO que es un violador ¡ta! – dijo levantando un poco la voz.
- Sí, sí, perdón – contestó con los ojos fríos y muertos a la vez.
- Bueno che, tampoco es para ponerse así, es que me vuelvo loco cuando me acusan injustamente, pero ta todo bien. Si yo hubiera querido actuar de alguna manera parecida a esas acusaciones, ni te hubieras enterado, bombón... Sólo soy un chorro honrado, para servirte, bombón – dijo haciendo una reverencia -... Te vi caminando sola, como por el patio privado de tu mansión, cuando estás realmente caminando dentro de la jaula del león – dijo sonriendo socarronamente.
- Es que tuve que hacer horas extras en mi trabajo... - respondió.
- Ta bien, no soy tu mamá. A mí no me tenes que dar cuentas, pero no podes ir por éste barrio así – dijo señalando su vestimenta -... la cosa está salada acá ¡viste! Y no

podes ir ofreciendo carne a los carnívoros – dijo en un tono más bajito. La muchacha temblaba y las lágrimas seguían corriendo por sus mejillas.

- Dale, bombón, sécate esas lágrimas y quédate tranquila que el tío Tacha está acá y no va a dejar que se te acerquen – dijo seriamente.

- ¿Por... - ahogó las palabras que iba a decir.

- ¿Qué? no te voy a comer ¿qué querías decir?... ¡háblame! Así se nota más que vas conmigo, bombón. No estoy jodiendo, si no les das a entender que venís conmigo te van a venir a molestar – dijo él.

- ¿Por qué me ayuda? – logró preguntar tras lo que él le había dicho.

- Ya te lo dije... porque no soy ningún violador y ¡los detesto! – dijo poniendo el brazo sobre su espalda.

- ¿Y qué pueden querer de mí? – volvió a preguntar.

- ¿Sos de familia bien, verdad? Y por lo que veo nunca saliste de casa...

- Sí, no salgo mucho, pero eso qué tiene que ver – preguntó desorientada.

- Mucho y todo – respondió firme y hasta un poco enojado.

Las lágrimas que habían frenado volvieron a brotar. Él se le acercó abrazándola y la hamaco en un abrazo.

- Tranquila, tranquila, bombón – dijo susurrándole al oído.

Los tres tipos de negro y gris, pasaron junto a ellos y al ver los ojos de El Tacha esquivaron la mirada y siguieron de largo.

FIN.

Magia o casualidad

Julio 2007

1º Parte

Se sentía mareada y tenía náuseas, se agarró la frente entreabriendo la boca y de a poco los ojos, pero veía todo borroso y los volvió a entornar. Trató de recostarse en el asiento, pero no pudo mantener la posición y volvió a inclinarse. De repente un muchacho, que se sentaba junto a ella le preguntó si quería un vaso de agua y ella asintió con la cabeza. La azafata se acercó con un vaso y la chica lo agarró, bebiéndoselo en seguida. Tras preguntar si quería algo más, negó con la cabeza sonriendo y se recostó cerrando los ojos. Al pasar cinco minutos volvió a abrir los ojos y giró la cabeza mirando al muchacho.

- ¿Embarazada? – preguntó el sonriendo.

- ¡No!, la panza la tengo sólo por la comida – respondió seria la mujer.

- ¡Perdón! No lo decía por su apariencia, sino por los síntomas que... - dijo disculpándose.

- ¿Es que tengo a un médico a mi lado?.

- Aun no me recibí, pero dentro de unos meses lo haré – contestó.

- Ah ¡qué bueno! – dijo ella .

- ¿Comió algo desde que despertó, señorita? – insistió el muchacho.

- ¿Qué? ah... lo de recién, sí, pero es otro el problema. Le tengo pánico a viajar en avión, por eso fue el malestar .

- No tiene de qué preocuparse, yo viajo siempre y acá me ve – dijo señalándose.

- Agradezco sus palabras, doctor, pero no es mi primer vuelo y viví de todo. Una vez se le rompió una turbina al avión, en otro vuelo un rayo pegó en el ala y “acá me ve”- dijo riendo.

- Pero con todas esas experiencias debería ser inmune al miedo – respondió.

- No es algo que pueda manejar ¡vivo! Ante la gente no tengo miedo a volar ¿sabe? – dijo mirándolo a los ojos.

- ¿Y por qué a mí me lo dice? – preguntó extrañado.

- Porque usted es un desconocido al cual nunca volveré a ver y no le importa mi miedo, por eso una vía de escape a la continua cara de acero que uno finge tener ... ¿No me va a decir que usted no guarda secretos, verdad? – dijo la mujer inclinándose.

- La verdad es que no, no tengo secretos. No se vaya a creer que soy un santo,

simplemente que el estudio de medicina me ocupa las veinticuatro horas del día y por ello no me relaciono con nadie, consecuencia de eso es no tener la necesidad de mentir – concluyó el muchacho.

- Parece que su historia superó la mía – dijo ella.

- Ni tanto, yo no tengo miedo a volar, pero le aseguro que si un rayo hubiese acariciado... ¡no tocado! Como lo hizo con usted, se me hubiese parado el corazón... ¿Quién le espera, si puedo ser curioso...? – preguntó repentinamente.

- Creo que una amiga, si es que sale a tiempo del trabajo ¿Y a vos quién te espera?

- Mi hermano mayor – contestó él.

- Y cuando... - la charla se interrumpió por las turbulencias.

Sus uñas estaban clavadas en los posa brazos, la cara le quedó blanca como el papel. Las turbulencias eran un poco fuertes, el hombre se giró hacia ella y le agarró las manos.

- ¡Tranquila! Ya van a pasar... ¡agárrame fuerte! A lo mejor le ayuda... ¡trate de pensar en otra cosa, hábleme... me estaba diciendo algo ¿qué era? Che... Señorita, mira empiece por decirme su nombre – dijo el chico agarrándole la mano.

El avión pasaba a través de algo más que nubes, pasaba a través de una tormenta eléctrica la cual se dejó sentir un poco.

- No puedo – dijo ella finalmente con lágrimas en los ojos.

- Claro que puede ¡deme su mano!... así está bien... Me llamo Andrés y ¿usted... Vos? ¡Mírame a los ojos! – insistió el chico.

- Bettina – dijo frotándose los ojos.

- ¿Qué deseas en éste mismo momento, Bettina? A parte de bajarte del avión... - dijo sonriendo.

- Abrazarme a mi padre – dijo tapándose la cara y sonriendo.

- Bueno... no soy él, pero ¡abrázame! – dijo el muchacho estrechando los brazos.

- ¿Cómo?... – dijo sorprendida -... ¡Mira que abrazo fuerte! - advirtió ella.

- Puedo soportarlo – respondió al desafío que le lanzó la chica.

Lo abrazó y efectivamente abrazaba fuertemente, con el paso de unos minutos el abrazo se tornó a calmado, pero sus brazos seguían temblando. Otros minutos más pasaron y la chica se quedó dormida entre los brazos de Andrés.

Tras dos horas más de vuelo, empezó a abrir los ojos y miró a su alrededor viendo a Andrés junto a ella.

- ¡Buenos días, Bettina! – dijo sonriendo con una revista entre las manos.

- ¿Buenos días? – preguntó.

- ¡Sí! ya dejamos atrás la tormenta y hace hora y media que amaneció ¿Cómo te sentis? – preguntó alegremente el chico.

- Creo que bien, me duele un poco la columna, pero sino... bien –respondió la chica acomodándose.
- Debe ser por la postura ¿quieres desayunar?
- ¡Sí, eso debe ser!... y sí me muero de hambre ¿ya sirvieron la comida?
- Aun no, pero ya vi como preparaban las bandejitas.

A los quince minutos pasó una azafata con dos bandejitas, uno para él y otro para ella. La muchacha traía una sonrisa de oreja a oreja.

- Señorita... ¿té o café? – preguntó con un acento muy marcado.
- Café, gracias – respondió la mujer agarrando la bandeja y depositándola en la mesita.
- ¿Usted caballero... té o café? – volvió a preguntar la muchacha.
- Café también por favor – dijo sonriendo.

La muchacha ya le había servido, entre otras dos azafatas más, el desayuno a toda la gente del avión. Casi la mitad del mismo acababa de despertar y comían con cara de dormidos.

- Tengo que pedirle una disculpa por el comportamiento de anoche, doctor. No me puedo controlar ¿sabe? Siempre me traigo mil calmantes y pido alcohol para distraerme, pero me olvidé de meter las pastillas en la cartera y con el alcohol que dan acá no alcanza...
- Está bien, no hace falta ningún perdón, Bettina.
- Pero sé que pierdo la cabeza y digo mil estupideces sin darme cuenta, si en algún momento lo ofendí con lo que dije le pido perdón.
- Realmente está bien. Ahora no me puedo acordar de algo que me ofendiera, pero por si acaso y para que te quedes tranquila te perdono ¿Te sentis mejor?- pregunto y ella asintió.

El tiempo pasaba muy lento. Andrés leía un libro y Bettina miraba las nubes por la ventana, después se recostó nuevamente y respiro profundamente. El chico poniéndole su mano encima del brazo le hablo.

- ¿Por qué si sabe que le hace mal, mira por la ventana? – preguntó intrigado.
- La vida hace lo mismo, pero por tener miedo no me la quiero perder.
- ¡Buena respuesta!... ¿Puedo hacerte una pregunta?
- Ahora que me tuteas sí – dijo sonriendo.
- ¿Por qué no me decís Andrés? – preguntó él.
- Ah ¡esa era fácil!...
- No no, es otra... ¿Por qué viajas tanto? Antes lo habías mencionado, pero no dijiste el motivo ¿Es por asuntos personales o laborales?

- Un poco de ambas... trabajo en una empresa tecnológica de exportación y vivo lejos de mi familia por lo cual cada año los visito.
- Aha ¿y te gusta tu trabajo? –preguntó cerrando el libro.
- Para nada... lo odio. Tampoco es un laburo que valga por el sueldo, más bien es porque fue lo único que conseguí. Nunca quise ir a la Universidad. Mis padres en el fondo querían que hiciese una carrera, aunque traten de ocultarlo, pero dicen haber aceptado mi decisión y así conforme fue pasando el tiempo, aumentaba la presión de alrededor, de la misma sociedad y el trauma inculcado crecía. Me busqué un trabajo que odiaba, por un sueldo que me alcanzaba a duras penas y un pasaje que me liberaba de esa presión... ¿Y vos? – preguntó.
- Bueno yo realmente lo hago porque me gusta la idea de ayudar. Cuando termine quiero irme por toda América Latina o a África. Mi padre siempre quiso que siguiera el legado de la familia o sea pescador y mi madre no era muy comunicativa que digamos, pero siempre me ayudo en “mis locuras” como siempre me decía.
- ¿No me los quieres cambiar? – preguntó ella de súbito.
- La verdad que no, por más que mi padre sea un poco seco es un buen tipo y aunque mi madre sea de pocas palabras es igual ¿Cómo son los tuyos? – preguntó mirándola.
- Los causantes de todos los traumas que me acompañaron en ésta vida. A mi padre de chica lo veía poco, todas las promesas que me hacía las rompía. Es un autoritario asqueroso y re frío. Mi madre es igual, trabaja todo el día en una agencia de turismo, parecía como que su lema era “Cualquier cosa es más importante que mi hija” Ella directamente no me dejo sentir si era fría, porque nunca estaba en casa, al volver yo de la escuela. A raíz de eso conocí a muchas niñeras y fueron muchas porque ellos las espantaban. Me acuerdo que siempre me pedían perdón antes de irse y yo me volvía a quedar sola con ellos, hasta que caía la siguiente...
- Lo siento – dijo él un poco dubitativo.
- No pasa nada, ya pasó aunque llevó tiempo asimilarlo, no creas...
- ¿Y ahora cómo te sentís frente a todo eso? – preguntó analítico.
- ¿Qué casualidad que me haya tocado un psiquiatra de compañía, no? – dijo sonriendo.
- Bueno yo no creo en casualidades... Seguramente recordas a un rubio con lentes de sol y campera de cuero rojo bordó en el aeropuerto ¿no?
- ¿Sí? – dijo dubitativa.
- Bueno, le cambié el asiento junto a la ventana por éste – dijo esperando su respuesta.
- ¿Se me está insinuando, doctor? – preguntó bajando un poco los parpados.

- No, no, no me malentienda por favor, primero soy un perro para ese tipo de “insinuaciones”.
- Bue... a mí no me pareció muy perro a decir verdad – afirmó ella.
- No te me rías en la cara por favor – dijo él poniendo cara de lástima.
- Bueno... ¿qué quiere decir? – insistió Bettina.
- Es mi primera vez – contestó sin vacilar.
- ¿Qué se lo cuenta a una mujer? – preguntó desconcertada.
- También... mi madre pondría el grito en el cielo, pero siempre viaje en tren... ¡Sí, soy un pueblerino!
- ¿Qué tiene que ver ahora que sea pueblerino? – preguntó repentinamente.
- ¿Es que acaso no le da risa, que un hombre de veintiocho años, le mienta a sus padres por una tontería así?
- Ya que estamos con esto de las edades, tengo treintaicuatro años y nunca les hable desde la verdad a los míos.
- Aha... otra cosa... ¡no soy psiquiatra! – dijo riendo.
- ¿Y qué médico serás al recibirte? – preguntó ella peinándose.
- ¡Cirujano! Por eso quiero aprovechar el estudio al mango y emplearlo donde no tienen recursos.
- ¡Qué bueno!... Volviendo repentinamente a lo anterior no me dijo al final porque decidió sentarse junto a mí.
- Bueno... no soy de dar vueltas y se me da muy mal el arte de las palabras, no tengo la sutileza que se requiere en éstos casos. Tu cara me transmitió franqueza y amabilidad y quise conocerte – dijo el chico rascándose la cabeza.
- Para no ser bueno le sacas las palabras de la boca a una.
- No era mi intención. ¿Sabía... sabes que respiras con dificultad mientras dormís? Seguro que sí, pero...
- No, no lo sabía, no tengo a nadie a mi alrededor que me lo diga, pero ¿ronco? – preguntó susurrando.
- No, haces una pausa como que te costase respirar y a cada cinco segundos hinchas el pecho y ahí soltas una respiración de alivio... - dijo enumerando cada cosa.
- Me hiciste la radiografía – dijo cubriéndose la cara con la mano.
- Sí – dijo sonriendo -... pero lo puedes corregir con un calmante si quieres.
- ¡Gracias! – Andrés sonrió como con vergüenza - ... y contestándote a como estoy ahora ... Mas o menos, vivo sola, no tengo amigos, ni conocidos, ni siquiera mascotas o plantas. Mi vida se convirtió en una marioneta que va y viene del trabajo a casa.

- ¿No conservas el contacto con tus padres? – preguntó curioso.
- No, desde hace diez años que no les hablo más.
- ¿Y es el mismo el trabajo que tenes ahora al que tenías entonces?
- ¡Sí! Seguramente estarás pensando... y sabiendo dónde poder localizarme no lo intentaron ¿verdad? – dijo ella suspicaz.
- Debe ser duro vivir algo así. No me podría imaginar lo que sería perder a los míos.
- Yo lo prefiero así. El tenerlos sólo me hacía peor y ahora por lo menos esa parte ya es historia, pero dejando el drama familiar, contame ¿Tenes alguna muchacha esperándote en casa?
- No – respondió sintiéndose un poco acosado.
- ¿Vivís sólo o con tu hermano? – preguntó nuevamente.
- Sólo con dos gatos – respondió sonriendo.
- ¡Qué lindo! ¿cómo se llaman? – preguntó bostezando.
- Malé y Sindra aun son cachorritos, bueno... a mis ojos.
- Lindos nombres ¿se te ocurrieron a vos? – preguntó apoyando la cabeza en las manos.
- En un principio sí, pero si después sale uno diciendo que Sindra lo inventó él, le dejo el placer.
- ¿Te describirías como alguien sumiso, Andrés?
- A veces sí – respondió.

Pasaron tres horas más, Bettina dormía nuevamente y su cabeza se había deslizado del almohadón al hombro de Andrés, que no dijo nada al gustarle verla dormir y así dejó nuevamente el libro (que había reanudado tiempo atrás) sobre sus piernas y recostó la cabeza para descansar un poco y a los minutos se quedó dormido.

Bettina despertó sobre aquel hombro ya familiar y se quedó mirándolo.

La azafata les acercó la comida y ella despertó al chico preguntándole si quería comer.

- ¿Cuánto faltará para llegar? – preguntó impaciente.
- Creo que un par de horas todavía – respondió él.
- ¿Para qué pregunté? – dijo llevándose las manos a la cara.
- ¡Vamos, Bettina! Que ya hicimos la mitad del recorrido y estás aguantando bárbaro, hasta opacaste mi pequeña inseguridad de la primera vez.
- ¡Anda...! Lindo consuelo – respiró profundamente cerrando los ojos y sonrió.
- Tenes que pensar en otra cosa... ¿Dónde te gustaría veranear? – preguntó.
- En una playa de arena blanca y médanos... agua verde, muchas olas y olvidarme

de todo... ¿Y vos? – preguntó de repente abriendo los ojos.

- Me emocionó tanto tu relato que opto por el – dijo sonriendo.

- ¿Por qué viajas? – preguntó cambiando de tema.

- Ya te lo dije, vine a visitar a mis padres y vuelvo a mi casa (dónde estudio) y mi hermano aprovecha para romperme la paciencia cada media hora, porque vive a tres cuadras.

- ¿Él también estudia medicina? – preguntó jugando con un botón.

- Sí, pero se fue por otra rama de la medicina. Él se recibió hace unos años y ya es practicante. Es el doctor de Malé y Sindra “El veterinario”- calló al darse cuenta que contaba cada detalle.

- Me imagino la reacción de tu padre – dijo ella.

- Me acuerdo de cuando Alejandro (mi hermano) salió con sus planes a mi padre no le gustaba nada, creía que su propio hijo lo estaba traicionando y a mi sólo me hizo más difícil salir con los míos, pero bue...

- Al menos los tuyos por más enojados que estuviesen con tu decisión, siempre estuvieron junto a vos – dijo mirando por la ventana.

- No te creas, bueno sí estuvieron conmigo, a lo que me refiero es a eso que llamas “decisión”, estuve tiempo maquinándome mientras salía a pescar con el viejo pensando en qué es lo que quiero de la vida. El click definitivo llegó cuando me olvidé del resto y sus opiniones, fue entonces dónde me di cuenta que quería ayudar a la gente y a partir de eso lo que ya te conté... ¿Qué te pasa, Bettina? – preguntó al ver sus ojos rojos.

- ¿Qué haces si nunca te llega un momento en dónde sentís que tu vida se resuelve y tiene sentido?

- ¡No permitir que eso te derrumbe! – respondió.

- Es más fácil decirlo que hacerlo.

- Nunca dije que fuera fácil. Algo que no puedes olvidar, es que muchos de los “oficios” son expectativas vacías de una sociedad que está podrida.

- Tener tan presente eso, es lo que me hace alejar de todo y aun así estoy metida en uno de esos “oficios”...

- ¿Cuál es el momento en el que haces algo, con ganas y pasión? – preguntó él.

- ¿Me lo preguntas en serio? – su mirada insistente se lo afirmó – bueno, cuando pinto, los fines de semana. Como estoy sola en casa salgo a la terraza y empiezo a dibujar.

- ¡Una artista! – dijo sonriendo.

- No para tanto – respondió.

- Eso lo pueden juzgar mejor ojos que no se juzguen a sí mismos ¿Qué es

exactamente lo que pintas? – preguntó.

- Dibujo con óleo en grandes telas y a veces dibujo con acuarela, aunque eso ya es más como un pasa tiempo.

- Mira vos... ¿y no te gustaría dedicarte de lleno al arte? – preguntó.

- No sabría por dónde empezar, ni cómo encararlo y si lo conseguiría dudo de que mis pinturas gusten – dijo finalmente.

- Bueno lo primero, rastrillando los rincones es posible solucionarlo, lo de cómo encararlo es cuestión de encararlo y lo de tu baja autoestima ya lo había notado, pero todo salvo la muerte tiene solución, Bettina – respondió sonriendo.

Ella bajó la mirada asintiendo.

Estuvieron charlando el resto del viaje, las horas pasaron como “volando” y cuando quisieron darse cuenta, por los altos parlantes les comunicaban que ya estaban llegando, por lo cual les pidieron enderezar los asientos, plegar las mesitas y atarse el cinturón.

- ¿Qué tal el aterrizaje con tu...? – preguntó Andrés.

- ¡Horrible! No importa cuántas veces haya volado, ese miedo está pegado a mi subconsciente – dijo interrumpiendo su pregunta.

- ¡Tranquila, respira hondo y cerra los ojos! – dijo agarrándole la mano.

Bettina siguió sus instrucciones, hasta que la máquina aterrizó y bajando del avión fueron juntos, a buscar sus valijas.

Él en seguida encontró sus cosas; una valija azul y un bolso de cuero marrón. Ella tuvo que esperar más, hasta obtener sus cosas; una valija vieja del color violeta y una mochila negra, el muchacho se quedó haciéndole compañía hasta que finalmente bajaron de la cinta sus cosas.

Agarraron un carrito del aeropuerto, para subir sus valijas y se fueron a chequear algo de los pasajes. Al finalizar dieron vueltas mirando alrededor, pero no habían rastros ni de Gustavo, ni de Julia.

- Y otra vez que éste sorete me deja plantado – dijo riendo Andrés.

- No sos el único, aunque yo ya lo intuía, como estaba trabajando mi amiga a lo mejor le pidieron horas extras.

- Bueno... ¿quieres tomar un café? ¡Yo invito! – dijo él caballerosamente.

- Bueno, acepto ¿pero dónde? – preguntó pasándose la mano por el pelo.

- Acá mismo junto a las vidrieras hay una cafetería – dijo señalándole.

Fueron caminando con el carrito hasta la cafetería, se sentaron en una mesa en donde podían estar junto a sus valijas. Pidieron dos cafés y dos sanguches calientes y así continuaron su charla.

Habían llegado a las cinco de la tarde y ya eran las diez, cuando miraron el reloj se

quedaron mudos. Se pusieron de pie, mientras que Andrés pagaba la cuenta Bettina aprovechó para ir al baño.

Al salir del baño, se dirigió a la mesa dónde estaba Andrés y agarrando el carrito se fueron hasta la salida.

- ¿Tenes dónde quedarte? Lo digo por... porque tu amiga no vino – preguntó el chico.

- Tengo sí, ella sólo me iba a hacer de taxi – respondió sonriendo.

- Ah ta... - dijo él.

- Es ahora o nunca – susurró.

- ¿Qué? – preguntó sin haberla oído.

La mujer se puso de puntitas de pie y le dio un beso sobre los labios, cuando volvió a abrir los ojos, vio que los suyos estaban cerrados.

- Nunca me voy a olvidar de haber conocido al mejor doctor del mundo – dijo mientras subía sus cosas a un taxi y éste arrancaba.

2ª Parte

Se estaba lavando las manos, tras una operación que demoró tres horas, dónde logró extirparle el tumor a una joven. Que se encontraba en su estómago y al terminar salió a la sala de espera, comunicándole a sus familiares la buena noticia.

Después se dirigió a un cuarto de descanso y se recostó en la cama. De repente se abre la puerta y se enciende la luz. El hombre se tapo los ojos, irritado por la luz y oye decir a una enfermera...

- ¡Tenes teléfono, Andrés, es tu hermano! – y salió del cuarto.

Andrés se enderezó y bostezó, se puso nuevamente la túnica blanca y salió al pasillo, hasta llegar a recepción y atender el llamado.

- Hola, gracias – atendió el tubo -... ¿Sí? hola, bien... aha. ¿Qué? no no, no sé hasta cuando estaré acá. Bueno... quedamos así... Si Martínez te llamo y te aviso ... ¡ta!... chau.

- ¿Buenas noticias, Dr. Binoche? – preguntó alegre la enfermera.

- Yo que sé, era mi hermano que me invitó a una exposición de pintura. No quería ir, bueno... no quiero, pero ta me habló tanto, que termino por convencerme. Si, ahora a abusar de Martinez que se ofreció para para suplantarme.

- ¡Qué bueno! Va a ver como Carlos lo hace sin problemas, me acaba de llamar para avisarme que estaba en su casa por cualquier cosa.

- No... y yo que había confiado en que ésta noche no vendría... – dijo lamentándose en broma – Estoy bromeando, Ana. Me voy a recostar un poco, cualquier cosa

avísame y otra cosa, ¿me harías un favor... llamarías a mi hermano para decirle que venga cuando quiera? ... ¡Gracias!

Media hora más tarde, siente como alguien lo zarandea y al abrir los ojos ve a su hermano, se pone (como puede) de pie y trata de arreglarse. Caminó hasta el baño y se lavó la cara, al volver a la habitación, se cambió de ropa y se disponían dejar el hospital saludando a Ana, cuando en la puerta vieron a una mujer ensangrentada. Ana se acercó con dos enfermeras y Andrés quiso quedarse a ayudar.

- Flaco no sos el único médico que existe. ¡Ya está por hoy... nos vamos y te vas a calmar un poco de todo éste circo! – dijo Gustavo.

- ¡Vaya Dr. Binoche! Nosotros nos encargamos – dijo la enfermera.

- Gracias, Ana – respondió Gustavo agarrando a su hermano.

Se subieron al auto y el hermano mayor arrancó el motor.

- ¿En qué piensas, hermanito? – preguntó el conductor.

- En que debí haberme quedado para ayudar a esa mujer – dijo reprochándose.

- Hermano... moribundo como estás no le servís a nadie – dijo Gustavo.

- ¡Gracias! – dijo sarcásticamente.

- Lo digo en serio, flaco, estás hecho una piltrafa. Tenes que tomártelo con calma, por eso quiero que te despejes un cacho – dijo mirando a la calle y mirándolo a él.

- Sé que lo haces en una buena, Gus... ¡allá vamos! – dijo mirando por la ventana.

Habían recorrido tres kilómetros y Andrés de repente le comentó al hermano si se acordaba de aquella vez, hace cinco años ya, de cuando lo dejó plantado en el aeropuerto y rieron al recordar qué lo había retrasado.

- ¿Viste el partido anoche? – preguntó Gustavo.

- No, al llegar a casa eran las tres de la mañana y ni bien me acosté quedé frito, perdiendo la noción de todo – contestó con los ojos entornados.

- ¡Mejor! Te ahorraste el dolor de cabeza, que yo me agarré viéndolo. Mira que con la guita que ganan, podrían meterle más motivación eh, esos zanguangos. No sabes la cantidad de goles desperdiciados. Estoy seguro de que juega papá y les gana a todos y mira que él odia el fútbol y no sabe ni cómo son las reglas – rieron -... Lo de ayer fue el arte del bochorno lo que obró en la cancha ¿Y vos qué me contas? – preguntó de repente.

- Nada, lo de todos los días, me levanto voy al laburo y a la noche vuelvo a casa y ya está.

- Uh... “cuanto sentimiento” – respondió el hermano.

- ¿Y qué quieres que te diga? – preguntó un poco mal humorado.

- No sé, hermano... que conociste a una minita. Que saliste del armario. Que tenes planeado de hacer un viaje en moto como hizo el Che. Alguna emoción, flaco, sólo vivís para el laburo y especialmente en tu trabajo, lo respeto y te admiro, pero no podes vivir toda tu vida enfocado en eso nada más, Andrés.
- ¿Estás buscando que te invente una mina? Porque vos mejor que nadie sabe como soy, sabes que no se me da ese terreno y por eso me voy más dentro de la medicina y me vuelco en mi trabajo ¿tan mal está eso? – dijo sintiendo la obligación de defenderse.
- Primero que nada, quiero que quede claro que no te estoy atacando y si digo esto es porque es lo que veo, flaco, Acordate de que vos también sólo vivís una vez. Che... sabes bien que mi intención no es ser pesado, lo digo porque te quiero y veo como dejás que pase la vida sin hacer otra cosa, no quiero que te pierdas de la vida, por estar dentro de un libro.
- Lo sé y te agradezco, pero ya me conoces – dijo levantando los hombros.
- ¿Qué hora es? – preguntó.
- Las diez de la noche ¿por? – contestó y preguntó Andrés.
- Llegamos justito, es “premier” lo que vas a ver, flaco.
- ¿Premier de qué? – preguntó.
- Una exposición de pintura, ya te lo dije... “Tuttodino” presenta sus nuevas obras ... pensé que te gustaría por eso te invité...
- Está bien, no hace falta que te disculpes – sonrió -... ¿Qué tal dibuja el loco, abstracto... no soy muy ducho en esto?
- El loco es una mujer y sus obras tienen varios estilos, ya los vas a ver ¡déjate sorprender, hermano!.
- Está bien, sólo preguntaba.

Encontraron un lugar, para estacionar el auto a unos pasos del museo. Entraron a la sala y Andrés se quedó como embrujado ante el primer cuadro; era un cuadro hecho al óleo; una mujer recostada, dejando la vista la silueta, se podían ver las huellas de unos dedos sobre las curvas, tenía el pelo suelto y salvaje, y su mirada le era tan familiar, que no le pudo sacar ojo de encima. Gustavo se acercó a él golpeándole suavemente la espalda, para hacerlo reaccionar.

- ¿Te embrujaron, flaco? –dijo.
- ¿Qué? Ah sí... ¡mírate éste dibujo! – dijo anonadado.
- ¡Está hermoso, la verdad! –dijo Gustavo al verlo.
- ¿No sentís algo familiar en él? – preguntó dudando de su pregunta.
- Familiar no, es muy expresivo y salvaje a la vez, pero no me resulta familiar.
- Debo estar alucinando entonces – dijo desilusionado.

- Bueno... ¡veni a ver el resto de las obras! – dijo tirando de su brazo.

Y así vagaron por el museo y vieron las veinticinco nuevas obras junto a algunos clásicos de la artista.

- ¡Tenías razón, Gustavo! – dijo Andrés.

- ¡Como siempre!... - dijo riendo -...¿con qué? – preguntó mirando un dibujo.

- Con la pintura, ahora entiendo que te guste tanto, yo nunca me había salido de los márgenes de la medicina, no ¡pará! ... Una vez hace tiempo ya compré varios libros de grandes pintores, pero por el trabajo los fui dejando de lado.

- ¿Vos tenes libros de pintura? – preguntó burlón.

- ¡Sí!... dibuja hermoso la chica ésta... ¿Tuttodino? ¡Mira ese dibujo! – Era un paisaje de una playa de arena blanca con altos médanos, un par de gaviotas rondando sobre el mar y olas que acariciaban la orilla -... ¿Sonaría estúpido decir que transmite tranquilidad?

- ¿Sentís tranquilidad al verlo? – preguntó Gustavo.

- ¡Sí! – respondió.

- Entonces no suena estúpido. Es un dibujo muy pasivo... Mira la técnica con la que está hecha y los trazos delicados... - dijo entusiasmado.

- Me hablas en ingles si empezas con tus técnicas – reprochó Andrés.

- Está bien me callo – dijo levantando los hombros.

- ¿Crees que las venderán? – preguntó interesado.

- ¿Éste? Mmm no lo creo, pero podemos averiguarlo.

Al terminar de ver todo el museo se dirigieron a una muchacha (detrás de un mostrador) y le preguntaron acerca de las obras.

- ¡Buenas noches, señorita! – dijo Gustavo.

- ¡Buenas noches, señores! ¿En qué puedo ayudarlos? – preguntó la chica con voz aguda.

- Nos preguntábamos si éstos cuadros están a la venta – esperó respuesta.

- Algunos... ¿Cuál le interesa? – preguntó la chica sacando un catálogo.

- Uno que se llama “La calma ante mis ojos” – dijo Andrés sumándose a la conversación.

- Ah... ya sé cuál es, es muy hermoso si... pero lamento decirle que ese no está a la venta, si quiere ¡acá! En éste catálogo encuentra las pinturas que sí lo están y si así lo desea, puede comprar una – dijo sonriendo la muchacha.

- ¿Y la pintura de la entrada? – preguntó insistente.

- ¿Cómo se titula? – pregunta jugando con una lapicera.

- No sé, es una mujer pintada sobre la piel con el pelo alborotado...

- Déjeme ver... - dijo hojeando el catálogo -... Lo lamento, señor.

- Está bien, gracias igual ¡Buenas noches! – dijo frustrado Andrés se le leía la desilusión en la mirada.

- ¡Pará!... yo quiero éste, señorita – dijo señalando uno en el catálogo.

Saliendo del museo y subiéndose al auto, Gustavo le muestra al hermano el cuadro que compró. Era una mujer amamantando a un bebé.

- ¡Éste es para la colección! – dijo orgulloso.

- ¿Colección de pinturas o todas las que tenes son de ésta Tuttoboni? – preguntó Andrés.

- ¡Tuttodoni, bestia! Y ¡sí! tengo una gran colección de cuadros de Tuttodoni, cuando quieras, puedes pasar por casa a verlos... ¿ta? – dijo sonriendo.

El auto frenó en la puerta del edificio de Andrés, éste bajo agarrando su bolso de cuero negro y la campera y saludando desde la puerta se metió en el hall. Esperó al ascensor y mientras lo hacía, entraba Gloria (una vecina anciana) con su perro.

- Buenas noches, doña Gloria – dijo el muchacho.

- Buenas, nene. ¿Me haces más vieja de lo que soy con ese “doña” eh?

- Disculpe – respondió.

- Y ahora encima me pedís perdón – dijo riendo a carcajadas.

- ¿Todo bien, “Gloria”? – preguntó acentuando el nombre.

- Sí, nene. Las nanas de siempre, pero bien.

- ¿Y vos Negro, cómo estás? – dijo agachándose para acariciar al perro.

- El veterinario me dijo que no tenía nada, pero esa falta de pelo que tiene en el lomo me dice otra cosa... ¿Vos no tenías un hermano que es veterinario? ¿Me podrías dar su número de teléfono? – preguntó la anciana apoyándose en la pared.

- ¡Qué lástima que no nos hayamos encontrado afuera! Me acaba de dejar con el auto y a lo mejor lo podía haber visto ya mismo, pero claro que le doy su número. Se metió la mano en el bolsillo interno de la campera y sacó una tarjetita del hermano dándosela.

- Gracias, nene – dijo agarrando la tarjeta y después se metió en su casa saludándolo (Vivía en planta baja).

Al llegar el ascensor salió Raúl con sus dos Rotweilers y Andrés les dejó paso saludando a Raúl y a sus perros, se metió y apretó el octavo piso. Al llegar al piso, caminó hacia su puerta y abrió, se encontró con Malé jugando en medio de sus piernas, tiró las cosas sobre el café y levantó al gato.

Fue a la cocina y lo bajo al piso, abrió la heladera; solo había un tomate, un queso casi acabado, un tetrabrick de jugo de manzana y uno de leche y sacó la leche para servirle en un tachito y para él se sirvió un vaso de jugo.

Al rato se metió a la ducha y tras el baño, se puso calzoncillos y se encaminó a la cama, vio que Malé estaba dormido sobre su almohada y decidió no joderlo apoyando la cabeza en la esquina de la misma.

El sol entraba con todo su esplendor por la ventana del cuarto de Andrés y éste entreabrió los ojos, al ver el reloj saltó de la cama.

- ¡Mierda... mierda, mierda, mierda! – puteó -... ¿Dónde deje los pantalones?... - encontró los pantalones y sacó una camisa del ropero, se terminó de arreglar y después salió volando derecho al hospital.

Se tomó un taxi, porque el ómnibus ya se lo había perdido, así que llegó en cinco minutos después al hospital. Dónde Ana lo recibió con una sonrisa y un ¡Buenos días!

- Hola hola... ¿llego muy tarde? – preguntó agitado y casi sin aliento.

- No, Dr. Binoche, bue... una hora tarde, pero yo lo cubrí con el jefe – dijo sonriendo.

- ¿Cómo? – preguntó tragando aire y atragantándose.

- ¿Está bien, doctor? – preguntó la muchacha levantándose y dándole un vaso de agua.

- Sí, gracias ¿qué me decía? - preguntó.

- Acaba de venir el Dr. Wood y preguntó por usted y le dije que usted pasó por aquí diciendo, que iba a ir al cuarto 448 a ver el paciente recién ingresado y que como todo estaba tranquilo, aprovechaba después para ir al restaurante del hospital a tomarse un café, porque no había dormido bien – dijo sonriendo.

- No sé cómo darte las gracias, Ana, ¡sos un ángel!

- De nada, doctor – dijo poniéndose un poco colorada.

- ¿Qué hizo Ana para ganar el agradecimiento del Dr. Binoche? – preguntó un pelado de lentes con túnica y cara bonachona que se acercaba al mostrador.

- Dr. Wood, nada nada, ya sabe cómo es el Dr. Binoche que agradece todo – atinó a responder Ana.

- ¡Tiene razón, señorita! Se pasa de atento éste muchacho ¿Se siente mejor, Dr. Binoche?

- Sí, Dr. Wood... el café me hizo bien – respondió acobardado.

- Bueno... lo andaba buscando para saber su opinión, acerca de las placas de un paciente... acompáñeme por favor – dijo yéndose por un pasillo.

- Como no... ¡hasta luego, Ana! – respondió Andrés guiñándole el ojo.

Se quedaron un tiempo reunidos y discutiendo acerca de teorías que tenían. Uno de los casos era una sombra extraña que se había detectado en uno de los pacientes, al que dijeron que tenían que operar para ver a qué se enfrentaban.

- Bueno, le agradezco, muchacho – dijo el viejo médico retirándose de la habitación.
 - De nada, doctor... Me voy a pasar por el cuarto 448.
 - ¿No es qué ya había ido? – preguntó extrañado.
 - Sí, pero estaba dormido y no quería despertarlo, ya ve que es mejor que descanse en su condición – dijo arreglando la mentira en seguida.
- Así se separaron y el día transcurrió como otro cualquiera.

Sonó el timbre de la puerta y Andrés se levantó del sillón, dónde estaba leyendo un libro, mientras que Malé observaba por la ventana a los pájaros que estaban como locos.

- ¿Quién? – preguntó bostezando.
- ¡Gustavo! – gritaron del otro lado de la puerta.
- ¡Pasa... está abierto! – dijo invitándolo a pasar -... ¿Qué haces?
- Llegué recién del trabajo y me dije “Si Maoma no va a la montaña” y vine... Cada vez se te ve menos, hermano.
- Sí, lo sé, lo siento... éstos últimos meses...
- ¡Exactamente ¡meses! Hace que no te veo y vivo a tres cuerdas de tu casa, flaco ¿Qué estás haciendo? – preguntó sentándose.
- ¿Cómo? – preguntó desconcertado.
- ¿Qué te mantuvo ocupado desde la última vez que nos vimos? – preguntó .
- Lo de siempre... el trabajo y ahora me metí más en la literatura y las ciencias, me leí un par de libros buenísimos – respondió embaldado.
- ¡Estás loco! – dijo riendo.
- Es otra manera de llamarlo... ¿Quieres un café? – preguntó levantándose yendo a la cocina...
- Dale... - aceptó y acarició al gato -... hola Malé ¿Cómo te trata éste zombi?... ¡pobrecito!
- ¡Toma! – dijo Andrés volviendo con una tasa y se sentó con otra para él.
- Gracias ¿Cuál es éste libro... de qué va? – preguntó Gustavo agarrando un libro rojo que estaba sobre la mesa.
- Lo estaba leyendo... - dijo acariciando al gato que se había sumado a la reunión.
- Pero nene no paras nunca. Un día de descanso y seguís leyendo cosas de medicina, bue... a lo que venía Tamara y Raquel me pidieron que venga a invitarte para ir ésta noche al cine ¿Y... qué decís? – dijo mirándolo a los ojos.
- No, gracias me quedo mejor acá en casa, voy a seguir con el... - dijo cruzándose de brazos.
- Si terminas esa palabra, grito, ¡nada de eso! A las ocho te esperamos abajo, no le

vayas a fallar a tu sobrina... Riquísimo tu café che.

Se levantó y se fue saludándolo. Andrés que quería huir otra vez de las garras del hermano, se quedó en el molde al oír “no le falles a tu sobrina”.

Al acercarse la hora determinada por el hermano, se pegó una ducha y se puso unos jeans y un buzo rayado. Se peinó y se perfumó un poco con una colonia que le había regalado Tamara.

Se sentó a la mesa, esperándolos, mientras miraba al gato jugar con un hilito de la cortina, empezó a cabecear al sentir de repente el timbre y oyó una bocina insistente que lo obligó a enderezarse. Bajó de la mesa y se lavó la cara, atendió el portero eléctrico avisando que estaba en camino. Y así agarró la campera y las llaves y cerró la puerta al salir.

- Hola, pensé que ya no venían – dijo al acercarse al auto.

- ¿De qué hablas? Te dije que a las ocho y son las siete y media, es más pensé que aun no habías vuelto del laburo, pero Tamara insistió tanto... - respondió Gustavo.

- Ah... no me di cuenta, debo tener adelantado el reloj entonces – dijo mirándolo.

- ¡Subite! – dijo el hermano.

- Gracias, hola Raquel – saludó Andrés.

- Hola ¿Cómo estás? – preguntó la mujer.

- Bien bien y ¿por acá cómo anda todo... cómo anda mi princesita? – dijo al ver a Tamara.

- Hecha una atrevida, solo quería verte... desde ayer que nos tiene como locos.

- Así que andamos autoritarias eh – dijo mirando a la cuatro añera.

El auto arrancó y se puso en marcha hacia el cine.

Vieron una película animada. La nena se rió mucho durante toda la cinta, los padres pasaban el tiempo de otra manera y Andrés miraba los dibujitos con su sobrina.

A la salida del cine la nena lloraba, para que Andrés la llevara en brazos, la madre insistió en no darle el gusto, pero Andrés la convenció y la levantó.

Se subieron al auto y volvieron a casa.

Entraron en el apartamento de Gustavo y familia. Raquel preparó café e intentó acostar a la hija, pero ésta sólo quería al tío.

- ¡Che muchachos! – dijo Raquel interrumpiendo la charla de Gustavo y Andrés.

- ¿Qué pasa, amor? – preguntó Gustavo.

- Tu hija que no quiere dormir, a menos que sea su tío el que le cuente un cuento ...

¿Te molestaría, Andrés? – preguntó mirándolo de soslayo.

- Para nada... aguántame un cachito, Gus – se levantó y se fue al cuarto de Tamara y le empezó a leer un cuento (de un gran libro) que tenía sobre la cómoda, hasta que la nena se quedó dormida en sus brazos.

Delicadamente la metió en la cama mirando, la tapó y le apagó la luz. Se acercó al comedor y vio a Gustavo mirando la tele con las luces apagadas.

- Hola, la nena ya duerme – dijo sentándose en el sillón individual.
- Ah bueno, gracias – contestó.
- No es nada ¡es una divina! ¿Dónde está Raquel? – preguntó mirando alrededor.
- Se fue a dormir – dijo apagando la televisión.
- Bueno me voy yendo entonces.
- Nada de eso, ahora te venís a ver los cuadros que hice – dijo poniéndose de pie.
- ¡Bueno! – dijo siguiéndolo.

Gustavo lo llevó a un cuarto junto a su dormitorio, mirara donde mirara veía cuadros colgados en la pared o apilados en el suelo. Un montón de diferentes tacho con pinceles dentro y retazos de tela.

- ¿Son todos tuyos? – preguntó mirándolos.
- No, los de ésa pared son de Bettina... - de repente el nombre mareó un poco a Andràes-... Tuttodino los que te había dicho hace tiempo atrás y...
- ¿Cómo dijiste que era su nombre? – preguntó intrigado.
- Bettina Tuttodino – respondió extrañado por su cara.
- ¿La conoces? – preguntó repentinamente.
- Personalmente no, pero ¿por qué te interesa tanto? – preguntó inclinándose.
- Solamente curiosidad ¿Es joven? – preguntó.
- Yo que sé... bueno no pongas esa cara... Me parece que tiene entre treintaiséis y treintainueve. Ya que te interesa tanto puedo hacer una cosa... A ver... - dijo revolviendo unos papeles -... ¡Acá está... tomá! – dijo alcanzándole un papel.
- ¿Qué es esto? – preguntó agarrándolo.
- El número de teléfono de una agencia, que trabaja con ella y te pueden dar más información, pero una cosa no entiendo ¿Por qué recién ahora despertó tu interés y aquella vez (hace seis meses) en que fuimos al museo ni te interesó?
- La verdad es que sabía su apellido, pero no me fijé en el nombre – respondió.
- ¿Y quién crees (o sabes) que es? – preguntó interesado.
- No sé nada, Gus, es sólo que el nombre... no sé, se me vino a la cabeza el cuadro de la mujer, la mirada y creo que vincule algo, pero ¡deja!... - dijo dándose por vencido.
- Deja deja, ya es tarde ¿Dónde la conociste? – insistió el hermano olfateando algo.
- Es que... no sé si es la que pienso que es – dijo tratando de escabullirse.
- ¡Pará!... - abrió un cajón del escritorio con una revista y se la entregó - .. ¿Es ésta

mujer la que tenes en mente?

- No sé – respondió.

- Pero mírala, boludo – dijo abriendo la revista, hasta la página dónde había una nota a la mujer.

Andrés agarró la revista y se sentó mirándola, se quedó callado observando a aquel rostro, Gustavo al ver la cara del hermano le dijo...

- ¿No me digas que realmente la conoces? – Andrés asintió -... pero contame cómo, cuándo y qué pasó después – insistió Gustavo.

Andrés comenzó a contarle, de aquel encuentro en el avión, que tuvo con ella y el hermano se sorprendió, porque aparte de ser “Tuttodino” era la primer “relación” que mencionaba. Nunca lo había visto en compañía de una mujer, al menos no públicamente. Andrés nunca hablaba de su vida privada, pero al terminar de contarle de su encuentro con Bettina, Gustavo le preguntó si fue por ella que nunca quiso conocer a nadie y él no quiso o no supo contestar.

Los siguientes minutos transcurrieron en silencio.

- Todavía no puedo creer que conociste a Tuttodino... Che ¿qué vas a hacer? – preguntó.

- Ni idea... mira que trate de dar con ella, a la semana de conocerla y estuve un tiempo buscándola, pero no había caso. Era como si la tierra se la hubiese tragado, bueno se me hizo difícil porque sólo conocía su nombre y la podía describir. Tras un tiempo de constantes negativas, me hice a la idea de no verla nunca más... ya hacen casi cinco años de eso y ahora cuando creí borrar aquel recuerdo que tanto me persiguió, aparece nuevamente...

- Se encuentra lo que no se busca, flaco.

- Sí... y ya es tarde para darle la espalda, porque el sólo hecho de recordarla avivó todo lo que creí apagado... y otra vez me siento como un quinceañero. Desde la vez que fuimos al museo, hubo un cuadro que ahora comprendo por qué me dejó tan pensativo...

- “El de la mujer”.

- Sí, era su mirada, un autorretrato... Pero ni siquiera sé (no lo creo) si ella me recuerda... ¡Ves! Por eso no me gusta hablar de esos temas, sirven sólo para deprimirte. Sos el único que me conoce mejor que yo mismo, pero hay algo que nunca te dije, bue... lo estoy haciendo ahora... Bettina fue la única que logró moverme el piso y lo hizo sólo con palabras y miradas... Sabes que nunca me duraron las relaciones, bue... con decirte que nunca conociste una novia mía es suficiente. Nunca logré estar demasiado con una mujer. Bue... vos siempre te quejas de que sea así. Es ridículo, pero al conocerla me sentí estar entre nubes y me refiero

a esas nubes que dicen (porque estábamos literalmente en las nubes) ¡En la vida se me hubiera pasado por la cabeza, conocer a alguien así, sobre el avión! No te lo puedo explicar, Gus, conforme iba transcurriendo la conversación sentí perderme en ella y ahora...¡reaparece! – dijo él.

Gustavo observó a su hermano como nunca antes, era más bien reservado y eludía al cien por ciento hablar sobre sus sentimientos. Tenía los ojos hinchados de lágrimas y una mano sobre la frente. Gustavo se paró y sirvió vodka en dos vasos, se acercó al hermano y le dio un vaso.

- ¿Qué es? – preguntó agarrar el vaso.

- ¡Vodka!... - empezaron a tomar hasta bajarse la botella -... Cómo te lo tenías guardado eh... Me siento como que debería darte un abrazo.

Fue decir eso que Andrés se levantó y lo abrazó.

- ¡Perdón! – dijo incorporándose.

- No pasa nada, flaco – dijo sonriéndole.

- Me voy mejor, Gustavo, gracias.

- A ninguna parte, Andrés, de acá no salís a menos que te acompañe.

- Pero sin son tres cuerdas nada más. Ya soy mayorcito, no me van a hacer nada.

- No me preocupo de lo que otros te puedan hacer. Nunca te vi tan abatido como ésta noche, flaco y quieras o no te acompaño. Más después de habernos bajado la botella.

Dicho y hecho, se pusieron las camperas y tras avisarle a Raquel que en media hora volvería, porque iba a acompañar al hermano a la casa, salieron a la calle y empezaron a caminar. A los cinco minutos había llegado.

- ¿Estás contento ahora, papá? – preguntó bromeando Andrés.

- No me cargues que te pegó mal el vodka ¿Estás mejor? – preguntó el hombre.

- Sí, sí. El aire ayudó y no te olvides que no tomo nunca... Vuelve a tu casa que yo ya entro... Ta, chau – dijo metiéndose en el edificio.

3ª Parte

Afuera los pájaros cantaban tan alto y el calor era tan pesado, que no aguantó más estar en la cama y se levantó para irse al baño, en seguida se metió bajo la lluvia de la ducha. Se vistió y se preparó un yogur con fruta en la cocina, mientras que el ventilador le daba en la cara. Puso un poco de música y cuando

puso “play” sonó el teléfono y al atender oyó la voz de una mujer con vos nasal.

Eran recién las siete de la mañana.

- ¿Señora Tuttodino? – preguntó.

- ¡Sí! – contestó sorbiendo el café (sin dejar que se escuchase).

- Hola... ¿acepta que la comunique con un joven, que me llamó preguntando por usted, señora? – preguntó amablemente.

- Bueno – dijo un poco confusa.

- ¿Hola? ¡Buenos días! – dijo la voz de un hombre.

- Hola ¿Usted quería hablar conmigo? – preguntó ella sentándose en la silla.

- ¡Sí! acerca de un cuadro que no estaba a la venta cuando fui al museo, en su última exposición – continuó.

- Ah lo sien...

- ¡Espere por favor! – dijo interrumpiéndola -... ¿Me permitiría encontrarme con usted?... En la plaza, frente al Restaurante “Tatú”, de la estación principal de trenes. Me pondré un buzo naranja así si no le gusta mi pinta, se va sin hablarme siquiera...

- ¡Está loco! – dijo la mujer más relajada.

- Es otra forma de llamarlo – dijo él.

Y así continuaron charlando sobre la vida y otra cosas, pero no del encuentro en el avión. Parecía que Andrés no lo quería mencionar adrede. Y se quedaron durante casi una hora, pegados al tubo.

Era de tarde, el sol seguía pegando fuerte, no corría ni una pequeña brisa.

Andrés estaba sentado en una mesa, junto a la ventana del pequeño restaurante y tenía puesto unos vaqueros y un buzo naranja. Leía la carta (menú) del lugar, sin haberse percatado, de que Bettina estaba parada frente a él, sin poder creer a quién tenía sentado en frente.

- ¿A... Andrés? – dijo la mujer haciendo que él dejara la carta sobre la mesa.

- ¡Bettina! – dijo sonriendo al verla.

- ¿Vos sabías que estabas hablando conmigo ésta mañana... por qué no dijiste nada?

- Quería ver primero si te acordabas de mí – dijo retirando una silla para que se sentara.

- ¿Qué si me acordaba...? ¡Déjame abrazarte! – dijo ella estrechando los brazos. Andrés se levantó y la abrazó.

- Pensé que sería más difícil éste encuentro – dijo al volver a sentarse.

- ¿Por? – preguntó sonriendo.

- Porque soy un dramático – respondió ocultando la verdad.
- Que loco che... ¿Hace cuántos años fue lo del avión? – preguntó recostándose en el respaldo de la silla.
- Casi cinco años... ¿Seguís con miedo a volar? – preguntó llamando al mozo.
- ¿Qué si sigo?... y ¡moriré con él! – ambos rieron.
- ¡Te ves bárbara! – dijo dándose cuenta después de lo que dijo.
- Y me siento así, es increíble cómo una persona influye tanto para bien en otra.
- No entiendo – dijo él.
- Aquella vez no me ayudaste sólo a olvidarme de mi miedo a volar, sino que... fuiste vos quién me empujo a atreverme a entrar en el mundo de la pintura. Me hiciste sentir esa confianza que se necesita para salir adelante y nunca pude agradeceréte... ¿Andrés? – preguntó al verlo como ido.
- ¡Mi hermano se volvería loco! – dijo riendo.
- ¿Por qué? – preguntó sonriendo al ver su reacción.
- Porque te adora, tiene una pared llena con tus cuadros y ni yo puedo creer que mis palabras te hayan ayudado, pero me alegro.
- ¿No te dije que eras el mejor doctor del mundo? – preguntó ella sonriendo.
- Sí, me acuerdo – dijo asintiendo.
- ¿Ya te recibiste seguramente, no?... ¿Y te fuiste a África o viajaste por éste continente como querías?
- ¡Sí y sí! Tras ejercer una año acá, me fui a África por un año y después viaje por América.
- ¡Qué lindo! Contame cómo te fue... - dijo insistente.
- Hermosas, ambas tierras, el calor con el que te recibe la gente es impresionante, la alegría que te expresan los chicos por algún regalo que les haces, por más insignificante que parezca. Experiencias únicas la verdad y lo que aprendes estando en las diferentes culturas no se puede ni comparar, con la educación cuadrada, capitalista y vacía que tenemos...

Y perdiéndose en relatos, le habló de mil cosas que vivió en ambos continentes. Hizo una pausa, tomando un sorbo de la bebida servida.

- Perdón, estoy hablando yo todo el tiempo, pero contame vos algo...
- No pasa nada. Me quedé pensando en algo que dijiste en el avión – respondió ella.
- ¿Qué estupidez te dije? – preguntando entre sonrisas.
- Que no creías en las casualidades ¡y míranos! – dijo sonriendo.
- Y sigo sin hacerlo.
- ¿Y cómo le llamarías a esto entonces? – preguntó el jugando con su pelo.

- Insistencia – respondió él.
 - ¿Cómo? – dijo ella intrigada.
 - Mientras que vos ardes por encontrar magia, yo me mataba para averiguar algo más de una tal Bettina Tuttodino, porque algo me decía que tras ese nombre estabas vos – respondió.
 - Y ahí tenes la magia ¿O qué te decía que era yo? – dijo riendo pícaramente.
 - Puede ser... bueno si soy sincero y dejo jugar a tu magia, tengo que reconocer que arrastrado, por mi hermano, fui hace seis meses más o menos a ver una exposición tuya, pero en ese momento no me avivé porque él (mi hermano) me hablaba de vos como Tuttodoni, como no conocía tu apellido y recién antes de ayer fui a lo de mi hermano y me mostro la colección que tiene de tus pinturas y al ver tu nombre, lo enlacé con un dibujo tuyo que vi en la exposición...
 - ¿Qué dibujo? – preguntó ella.
 - Uno de una mujer de cuerpo pintado y el pelo salvaje y unos ojos que me cautivaron desde que la vi. Eran ojos familiares para mí, eran los tuyos. Entonces mi hermano, me dio tu número de teléfono y te llamé – dijo Andrés.
 - Vos siempre me ganas con las historias che – dijo sonriendo.
 - Pero sin intención... – sonrió -... ¿Qué tal tu vida? – preguntó tras un silencio.
 - Bien, soy muy feliz. Tengo a una nena de un año y medio...
- La sonrisa que se había instalado en los labios de Andrés, se había borrado, intentó ocultarlo, poniéndose la mano delante de la cara como bostezando.
- ¿Y cómo se llama? – preguntó auto controlándose.
 - ¡Andrea! – dijo ella dulcemente y a él le brillaron los ojos.
 - ¿Le pusiste así por...? – preguntó sorprendido.
 - ¡Vos... sí! – dijo sonriendo.
 - ¿Y tu marido cómo reaccionó ante la historia del nombre? – preguntó Andrés apoyándose sobre la mesa.
 - Nunca se enteró... se rajó cuando le dije estar embarazada. Así que soy madre soltera ¿Y vos qué tal? – preguntó.
 - Ah bue... Yo no tengo hijos, ni esposa, ni novia, sólo mi trabajo en el hospital.
 - ¿Y tus gatos como siguen? – preguntó Bettina.
 - Malé bien, tiene ocho años y Sindra murió hace tres años ya tenía quince al morir. La vieja, era una divina...
 - Ah... yo tengo un perro, es cachorro todavía, tiene seis o siete meses. Se llama Loco, mi nena le puso el nombre... Como fue la primer palabra que dijo se me ocurrió en seguida y decime... ¿Estás contento con tu vida? – preguntó.
 - En algunos aspectos sí... y en otras no... - contestó mirando la mesa.

- ¿En cuáles no? – preguntó ella mirándole las manos y los ojos.

- Mi hermano te daría una lista...

- Pero la quiero con tus palabras y no con las de tu hermano.

- Tenés razón ¡Que imbécil!... - se rascó la nuca un poco nervioso -... Vivo solo, no hablo con nadie y a veces la soledad me pega con toda la fuerza, no me malinterpretes... Soy un solitario y me gusta serlo, pero a veces me doy cuenta de que... De a momentos se me viene todo encima y noto que hace falta cierto equilibrio entre soledad y compañía que no tengo, que no logro tener y nunca tuve... Mi balanza siempre pesó más de un lado ¿entendes? Bueno... dije un montón de cosas y no sé si llegué a explicar lo que quería decir.

- Lo hiciste y no sé qué decirte. Lamento que te sientas así - dijo agarrándole la mano.

- No pasa nada, te lo conté porque me lo preguntaste y no quería mentirte... ya me manejo eh, pero decime ¿Cómo te sentís vos... Estás contenta ahora? – preguntó él.

- Y sí... tengo a la nena, las pinturas que me dan para vivir y en ese sentido me siento muy libre y agradecida, pero... por otro lado por más que tenga todo lo que desee, creo que siempre habrá un hueco en mi mente y corazón insatisfechos... Pero a otra cosa ¿Vos ahora tenes unos treintaiún años, no? – preguntó.

- ¡Exactamente... qué memoria che... ! – replicó Andrés.

- ¿Qué... vos no te acordas de cuántos tenía yo en ese entonces? Ahora soy una vieja, pero entonces tenía treinta y...

- ¡Cuatro! – dijo interrumpiéndola.

- Sí ¿Y vos te asombras de mi memoria...? Ahora tengo treintainueve años.

- Y el tiempo no te acarició si quiera el rostro – recalcó Andrés.

- Pero sí el alma... vos, lo único que cambió en vos quiero decir, es que te dejaste un poco la barba y ahora usas lentes, cuando antes sólo tenías de leer ¡Cómo te jodí durante ese vuelo eh! – dijo quejándose consigo misma.

- A pesar de tus constantes ataques de miedo, quedate tranquila que pude terminar de leer el libro (por el cuál recordas lo de los lentes).

- No te lo dije cuando aterrizamos, pero fue el único vuelo en el que viaje tranquila, en serio lo digo.

Y así continuaron charlando, horas y horas.

Eran las doce de la noche y ellos seguían charlando en aquel restaurante, comenzaba a lloviznar y cada vez llovía más fuerte.

- ¡Cómo está cayendo! – dijo ella mirando por la ventana.

- ¡Soretas de punta! – dijo Andrés.

- ¿Tenes auto? – preguntó Bettina.

- No, no tengo – contestó.

- Yo los odio, pero no le soy consecuente con mis palabras... ¡paga y te llevo a tu casa!

Llamó al camarero y pagó la cuenta. Después salieron del local corriendo hasta el auto.

Bettina abrió la puerta y se metió, y desde adentro intentaba abrirle la puerta de acompañante a Andrés, pero ésta estaba atascada, hasta que finalmente abrió y él subió.

- No hago nunca más tratos con vos – dijo al sentarse y sacarse el buzo empapado. Por los mechones de su pelo chorreaba el agua y se ató -... Todo esto era para no mojarme y ¡mírame!.

- Perdón, estaba atascada – dijo tentada -... pero el acuerdo era llevarte solamente, nunca dije nada acerca de tu estado.

- Sí, sí ¡reite no más! – dijo con la remera pegada al cuerpo, porque también estaba ensopada.

El auto arrancó tras varios minutos, porque el motor se había enfriado y no arrancaba.

Después de unos minutos llegaron al edificio de Andrés y buscó un lugar para estacionar y él la invitó a subir. Bajaron del auto y se dirigieron a la puerta. Estaban esperando el ascensor y de repente, se abrió una de las puertas por la que salió Gloria, a sacar la basura.

- ¡A la pucha como llueve... qué barbaridad!... Hola, chicos ni los vi – dijo sonriendo.

- Hola Gloria ¿Cómo estás? – saludó Andrés -... Gloria ella es Bettina – dijo presentándola.

- Hola, encantada, señora – dijo cortésmente la mujer.

- Ay mihijta... ¡cuánta formalidad! también es un gusto para mí... ¡Es un amor este chico, nena, es un pan de dios! Y...

- ¡Gloria! – dijo un poco sonrojado - ...¡Es una amiga!.

- Upps ¿metí la pata, no? ay da igual, vos sos muy tímido, nene. Es un amor éste muchacho, Bettina, no te vas a arrepentir – dijo ella sosteniéndole la mano.

- ¡Llegó el ascensor! – dijo en un tono un poco elevado -... gracias, Gloria, hasta luego ... ¿Subimos, Bettina?.

- ¡Pasen lo lindo! – dijo de forma pícara la anciana.

- Perdónala por favor – dijo una vez que las puertas del ascensor se cerraron.

- No pasa nada, Andrés. ¡Estás muy tenso! Pareces yo en el avión – dijo sonriendo.

Al llegar al octavo piso fueron hasta la puerta, la abrió y la invitó a pasar. Prendió las luces y le ofreció algo de tomar, mientras que Malé se fue al comedor a hacerle compañía.

- Sólo agua, gracias... ¡opala! Vos debes ser Malé. Tuvieron que pasar cinco años hasta conocernos eh... ¡Qué lindo que sos! – dijo acariciando al gato.
- Ya me está sacando la popularidad éste gato - dijo dándole un vaso.
- ¡Es divino!... gracias – dijo agarrándolo.
- ¿Quieres oír algo de música... qué estilo? - dijo mostrándole un par de CD's, ella indicó el segundo CD.

Puso un cd y volvió a sentarse junto a la mujer.

- Me encanta éste disco. Me transporta a una época; libre de pensamientos, de prejuicios de mí misma y una alegría inocente que se convirtió en un recuerdo nostálgico ahora... ¡Me encanta! – dijo ella tirándose el pelo hacia atrás.
 - Conservo recuerdos parecidos relacionados con el disco. Lo oía estando en Colombia con un radiocassette y me acuerdo de que los niños a que atendía, se reían, cantaban y bailaban con su voz.
- A mí en realidad me ponía romántico, nostálgico tal vez... Una canción de él, que decía “Como duele perder algo, que en el momento, uno no es capaz de ver lo que se está perdiendo...”
- ¡Seguí! – pidió la mujer.
 - “¿Cómo he de explicarte, que amor como el tuyo, no he de encontrar en ninguna parte? - Cuando el viento calla, los árboles dejan de bailar y cuando yo callo - sólo quiero oírte respirar”... ta, no recuerdo más – dijo sonriendo – pero ¡es hermoso!.
 - Sí, me dejo tonta la verdad ¿Y cómo se llama la canción? – preguntó dubitativa.
 - No me acuerdo, pero lo averiguaré... - dijo riendo.

Minutos de incertidumbre y tensión, invadieron la habitación.

Miradas que se cruzaban y al advertir la mirada del otro esquivaban la dirección. Bettina sentada en el sofá, agarró todo su pelo trayéndolo hacia adelante (tenía una cantidad de pelo), dejando la nuca desnuda y con otra mano se abanicó teniendo una revista en la mano.

- ¡Que calor! – dijo.
- ¿Quieres más agua? – preguntó él.
- ¡Sí por favor! – dijo la mujer sonriendo.

Andrés se levantó, yendo a la cocina y volvió, con una jarra llena de agua y hielo. Le sirvió el vaso hasta arriba, dejando caer a propósito algunos cubitos en él. Dejó la

jarra sobre la mesa y se fue, en dirección de uno de los cuartos, trayendo un ventilador consigo. Lo enchufó y lo prendió en tres.

- ¿Mejor? – preguntó sentándose nuevamente.

- Sí, gracias... Está loco el clima, primero llueve como podrido y después te morís del calor.

- La verdad que sí... ¿Dónde vivís ahora? Digo... si se puede saber... - preguntó el cruzándose de piernas.

- ¿Conoces la “Plaza de la Libertad”? Bueno por ahí, a dos cuadras – respondió ella.

- Aha... yo vivo acá, desde que me fui de la casa de mis padres, nunca tuve drama con la mujer que me alquila y eso que llevo unos... creo, que ocho o nueve años acá. Viste que ahora, todo el mundo te alquila por un corto margen de tiempo, o al menos es lo que le pasa a muchos – hizo una larga pausa inhalando el aire -... ¡Qué vueltas que da la vida eh! – dijo recostándose contra el respaldo.

- Sí... parece de telenovela, que la primera vez que nos vimos fue en el avión y ya entonces había un onda, pero por estúpidos nos perdimos de vista y después de cinco años por “casualidad” o “insistencia” (como vos le decís) nos encontremos de vuelta... - calló viéndole los ojos abiertos de par en par -... ¿Metí la pata, no?

- No, no... nada que ver, es que que... - dijo tartamudeando.

- ¿Sí? – preguntó ella haciéndose la disimulada.

- Dijiste que hubo onda... por dios me oigo como un tarado – dijo quejándose de sí mismo.

- Por mi parte lo noté, pero ya es parte del pasado – dijo cruzándose de piernas.

- ¿Qué... por qué lo decís? – preguntó yendo hacia adelante, después de descruzarse de piernas.

- Porque ahora tengo cuarenta... - dijo con cierta nostalgia.

- ¡Treinta y nueve! – corrigió Andrés.

- ¿Es que acaso eso hace una diferencia?... No sabes las veces que me hice la cabeza, imaginando que reaparecerías.

Entonces conocí a Manual, siempre se portó muy bien conmigo, bueno... me enamoré tontamente de él y entonces pasó lo del embarazo y desapareció. A los ocho meses después tuve a Andrea y ella ocupó todo mi tiempo, haciendome olvidar en parte lo que me hizo su padre y a pesar de eso... A pesar de eso seguía pensando en vos – Andrés abrió la boca, como para decir algo, pero ella en seguida preguntó -... ¿Y vos... tenes pareja?

- ¡No!... Lo intenté dos veces, pero no funcionó – contestó como embrujado.

- Yo sólo tuve la relación que te acabo de contar, que sólo duró año y medio.

Siguieron conversando y el gato, celoso de que el dueño le preste más atención a

alguien que no sea él, no le gustaba nada. Caminaba entre las piernas de su amo y le mordía el pantalón.

Bettina se levantó y caminó hacia la ventana corriendo la cortina.

- Parece que a tu gato no le gusto para nada – dijo con una sonrisa.

- No, no te creas. Siempre es muy celoso – mintió Andrés.

- ¡Cuánto verde que hay en éste barrio che! – dijo mirando hacia afuera y dándose la vuelta le preguntó -... ¿Te gusta salir a ca...? – interrumpió la pregunta topándose con una pila de libros, que había en el suelo -... Veo que te gusta más pasar tu tiempo devorando libros.

- Reconozco tu sarcasmo – dijo él atento.

- ¡Erróneo! Porque no soy para nada sarcástica, sólo te decía la verdad.

- Ah... - hizo una pausa -... ¿A vos te gusta pasear?

- Cuando me encuentro con ánimos sí, pero prefiero andar en bici... Está tan podrida nuestra sociedad, nuestra generación... Ahora a los pendejos los ves sobre una moto sin casco y con el celular en la mano... Realmente te dan ganas de llorar cuando lo oís hablar. No tienen ninguna opinión, ni carácter o personalidad y a pesar de todo seguirán viniendo nuevas generaciones, criadas por mentes retrógradas y así nuestra humanidad continuará de la misma manera, tal cual lo hizo hasta ahora... - ella seguía protestando y él la observaba.

- Opino igual, es muy triste... la historia humana es extremadamente pesimista - contestó.

- ¿Cuál es tu consejo, para un paciente que tiene pocas probabilidades... porque si mal no me acuerdo sos cirujano, no, y seguramente operas?

- Sí, opero... ¿y qué le digo?... Sí es mayor de edad le hablo de sus estudios y si está de acuerdo con someterse a la operación, se la practico – respondió Andrés.

- ¿Y dónde está el consejo... Solo le decís que tiene un tumor cerebral por ejemplo y lo operas mientras que está inquieto y deprimido tal vez? – dijo ella ladeando la cabeza.

- Si es menor, no le cuento exactamente qué tiene, porque podría ser contraproducente para su salud, durante lo que dure la operación – dijo defendiéndose.

- O sea que a un mayor si, le das la posibilidad de que sea negativo para el mismo ¿Y ni siquiera le das ánimos? – preguntó sin pelos en la lengua.

- Las enfermeras hablan con el paciente... yo... no sirvo para esos temas de consolar... - se rascó la frente -... Me acerco a ellos cuando les doy los resultados y los opero y una vez cumplido el propósito me voy...

- "Un típico cirujano"... Pongamos que es tu hermano el que tiene que retirar unos

análisis que le hiciste y la cosa está delicada para él ¿Reaccionarías igual ante él?

- Quizás no, no lo sé – dijo aturdido.

- Es lo más natural no saber la reacción ante algo que no ocurrió, fue de maldita esa pregunta que te hice... ¿Y si fuera yo? – dijo pretendiendo hacer un chiste negro.

- Me paralizaría – dijo mirándola repentinamente a los ojos -... ¿Puedo robarte un beso?

- Si pedís robármelo, no sería un robo – dijo ella mojándose los labios con la lengua.

Andrés se levantó y fue hacia ella besándole los labios, el beso fue correspondido. Bettina le sacó los lentes, dejándolos sobre la mesa y agarrándole la nuca comenzó a besarlo otra vez. Él deslizó la mano por su pierna y sintió que ella le desabrochaba la camisa, con los últimos botones no pudo y los rompió.

La agitación y la desesperación se unieron y tras algunos minutos el fuego se apaciguó.

Semi desnudos él la tomó de la mano y la llevó a su cuarto, se acostaron y entre besos y caricias volvieron a hacerlo y no sólo una vez.

- ¡Fue increíble! – dijo Bettina acostada boca arriba.

- Bueno, tuvimos que esperar cinco años, así que tuvimos tiempo para practicar ¿no? – dijo sonriendo.

- Creo que sí y... Gloria tenía razón – dijo riendo -... ¿No habrás...?- dijo insinuando.

- ¿Qué? no..., sólo es mi vecina che – respondió.

- ¿Cómo lo supo entonces? – dijo riendo a carcajadas.

- Ah... está bien, ¡estás de viva! – dijo.

Siguieron las típicas rutinas del ritual, él le empezó a hacer cosquillas y ambos rieron mucho.

La madrugada ya había asomado en el horizonte. Algunos pájaros cantaban alegremente y en casa de Andrés Binoche, todo estaba silencioso, ambos cuerpos se encontraban acostados en la cama.

Él estaba abrazado al vientre de Bettina, ésta despertó y al verlo, sumergió sus dedos entre los cabellos de Andrés.

Al rato despertó el hombre, inclinándose y frotándose los ojos, la miró mientras que ella le sonreía y apoyó su cabeza sobre el pecho del hombre.

- Che Andrés... - dijo casi susurrando.

- ¿Sí? – preguntó mientras dibujaba con el dedo sobre la espalda de la mujer.

- ¿Seguirá siendo todo tan perfecto como este momento?...

FIN.

Gabriel, el boxeador

Junio 2008

Uno

Gabriel medía un metro con sesenta y nueve centímetros, pesaba setenta y seis kilos. Tenía el pelo oscuro, ojos fríos como si no tuviesen vida. De cuerpo robusto.

Entrenaba cada día a las nueve de la noche, tres horas diarias. A veces hasta lo veían salir del Gimnasio a las tres de la mañana.

Nunca, ni siquiera cuando dejaba el local a las tres de la mañana, se lo veía cansado, ni se le notaba que estuviese agitado. Era como un animal que no se saciaba con nada de lo que hiciese para cansarse.

Vive solo, en un piso en medio de la ciudad y en medio de la nada.

En su barrio había que tener cuidado con la gente, que sin más te degollaba por un par de monedas o por verte con una barra de pan y querértela sacar. Los niños más chicos, andaban armados hasta los dientes y cuando se te acercaban era fijo que la ibas a quedar.

A Gabriel no le preocupaba caminar de noche, por esas calles. Parecía como que ardía por tener un encontronazo con alguno, pero por algún motivo nadie se le acercaba.

Cada vez que peleaba un combate de Boxeo, noqueaba al contrario sin dejarlo llegar al tercer round. Tenía un instinto casi animal, de aniquilar al contrario sin siquiera dejar que éste le tocara un pelo. Nunca perdió un combate y a cambio ganó ocho títulos.

Era osco, de pocas palabras. Nunca se frenaba ante un reportaje, sólo lo hacía frente a la sonrisa de un niño o una niña que lograba milagrosamente un esbozo de sonrisa en su frío rostro.

Su comportamiento tenía una fácil y complicada explicación. Tenía una hermana cinco años menor que él que murió el año pasado, cuando él tenía 21. Al cumplir la niña 16 años fue violada, por uno de los muchachos del vecindario, que aún no se sabe quiénes fueron. Dos semanas después de lo sucedido, cuando las cosas parecían estar más tranquilas y la rutina parecía haberse adecuado nuevamente a sus vidas, Gabriel encontró a su hermana tirada en el suelo del living con una bala en la cabeza, la sangre bañándole el cuerpo y un arma desconocida

en la mano derecha.

Siempre despertaba bañado en sudor, desde la cabeza a los pies y sobresaltado. Se inclinaba en la cama y se pasaba la sábana por la cara, para secarse el sudor, estiraba su brazo hasta abrir el cajón de la mesita de luz y sacaba una caja con puchos, se encendía uno mientras sentía que la nicotina lo “tranquilizaba”.

Terminaba el pucho y se metía en la ducha para despertarse.

Desayunaba una dieta estricta, que le había mandado el entrenador, después salía a correr una hora por el parque. Volvía a la casa, se daba una ducha y tomaba un vaso grande de jugo de naranja recién exprimida.

El resto del día mataba el tiempo leyendo y oyendo música, hasta que se cumplieran las nueve. Hora en que se encontraba en el Gimnasio, para enfrentarse a un saco de sesenta kilos, el punchin y a veces en el ring se enfrentaba a un ingenuo que se declarase voluntario. No se medía, porque todos los socios del club de Boxeo, eran de su barrio y al no saber quién era el responsable de lo que sentía, se desahogaba aprovechando la oportunidad.

El tiempo pasaba y su dolor no hacía más que aumentar. Volvió a ganar otro título, pero ni la alegría del triunfo alcanzaba para enmendar su vida.

Dos

Un mediodía salió a correr por el parque, parecía estar poseído. Tenía el rostro colorado y cada vez corría con más fuerza, más desbocado, dejando de lado el esquema del entrenamiento. Hasta que en un momento se llevó puesto (nunca mejor dicho) a un nene de cinco años. Él salió volando como dos metros hacia uno de los costados y el niño quedó tendido sobre el camino, de la cabecita le emanaba sangre. Al darse cuenta de lo sucedido e incorporarse, corrió de inmediato hacia el niño. Una mujer estaba llorando a mares sobre él y al verlo acercar lo puteó de arriba abajo. Gabriel no sabía cómo pedir disculpas y del jogin (pantalón) extrajo un celular para llamar a una ambulancia.

La mujer quiso levantar al niño del piso y Gabriel se lo impidió, porque la mujer que lo atendió (por teléfono) desde el hospital le dijo “que no lo movieran”. A los cinco minutos llegó y Gabriel corrió a la camioneta, para señalarles dónde estaba el niño y ellos se acercaron con una camilla y se lo llevaron. La mujer se subió a la ambulancia y antes de que arrancara, Gabriel preguntó si lo llevaban al hospital a dónde llamó o a uno más cerca, le contestaron que lo llevaban al hospital al que llamó y arrancó con la sirena a todo volumen. Gabriel corrió detrás y después se metió por otro camino.

Cinco minutos después, llegó al hospital y entró hasta toparse con la recepción dónde preguntó por el niño, pero no le facilitaron información porque su descripción era vaga y no tenía ningún parentesco con el niño.

Espero a ver en algún momento a la mujer y a los diez minutos la ve salir de una oficina llorando, se acercó a ella ofreciéndole un pañuelo y nuevamente le pide perdón. Le explica que no lo había visto, que venía pensando en otra cosa y la mujer le dio la cara vuelta de un sopapo. Gabriel bajó la cabeza, tenía los ojos rojos y la mujer lo abrazó sollozando.

Al tranquilizarse, le contó que el niño había sufrido una conmoción cerebral por el golpe y como había perdido mucha sangre, debido al golpe que se dio en la cabeza hacía falta una transfusión sanguínea.

El hombre se levantó y fue hacia una enfermera que vio. Remangándose la manga del brazo, le dijo que quería hacer una transfusión para el hijo de la mujer, señalándola con la mirada.

Diez minutos más tarde, le permitieron a la mujer entrar a la habitación donde se encontraba su hijo.

En una cama estaba tendido el niño, con el brazo izquierdo estirado junto a su cuerpo, tenía la cabeza vendada y del bracito salía una aguja con un tubito por el cual circulaba la sangre proveniente del brazo de Gabriel, que estaba en la habitación en una cama al lado del niño. Estaba recostado, con la cabeza apoyada en la almohada, observando la cara del niño que parecía estar dormido.

La mujer se acercó al niño tocándole la mejilla, se sentó en la parte baja de la cama y le sostenía un piecito. Miró a Gabriel y le agradeció con la mirada, dejando pasar un poco de tiempo, le preguntó cómo fue a coincidir con el grupo sanguíneo del hijo con el suyo queriendo hacerlo parecer un milagro. Gabriel la miró y cortándole el brillo de la ilusión le dijo que era "Cero positivo" (Grupo sanguíneo que puede donar a cualquier otro grupo de sangre) y la mujer suspiró volviendo la mirada hacia su hijo.

Media hora después, despertó Gabriel inclinándose en la cama. Se miró el brazo y lo vio vendado al igual que su pierna. Miro a la cama vecina y vio al niño y a la madre dormidos. Se incorporó y se acercó a la cama de la familia, observó al niño y le retiró el cabello de la frente. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Una enfermera lo vio salir del cuarto y lo frenó, diciéndole que no era conveniente que se moviera debido a la transfusión. No lo logró convencer de que permaneciera y se fue rengueando un poco.

Tres

Al día siguiente, despertó un poco mareado y nuevamente sudado.

Se fue al baño y se arrancó el vendaje, entró a la bañera y se duchó, al terminar notó que le ardía la rodilla. Se sentó en la mesa de la cocina y se miró con más atención, observando que alrededor de la herida tenía un color violeta oscuro con un poco de amarillo. Se levantó puteándose por la infección agarrándose la frente.

Se puso un short y una remera, agarró las llaves y la billetera. Salió de su casa y al notar que le dolía bastante flexionar la pierna, decidió llamar a un taxi.

Llegó muy rápido y al entrar al hospital, se dirigió al lugar en donde lo habían atendido ayer. La enfermera lo hizo pasar y le revisó la herida. Lo vendó nuevamente y le recetó un medicamento para bajar la hinchazón de la herida. Al finalizar, preguntó por el niño que ingresó ayer explicándole más o menos su caso, pero la muchacha le dijo que ella no cubrió el día de ayer y no sabía nada acerca del chico.

Así fue que abandonó el hospital, tomándose otro taxi que lo llevó a su casa.

Abrió la puerta y entró al living tirando las llaves sobre la mesa y recostándose en el sofá.

Minutos después, se estiró hasta alcanzar el teléfono, que estaba bajo la ventana a un metro de donde estaba él. y discó, esperó y al atenderlo dijo que hoy faltaría al entrenamiento de las nueve. No dio explicaciones, pero sin duda alguna el receptor de sus palabras enmudeció, porque Gabriel nunca había faltado a un entrenamiento.

Se tiró nuevamente, en la cama y durmió tres horas, al despertar lo hizo como siempre... con la espalda empapada de sudor. Al recordar las pesadillas, sintió un escalofrío recorrer a lo largo de todo su cuerpo, lo cual lo impulsó a meterse bajo la ducha y acallarlo.

Salió a la calle, topándose con un vecino que lo miró de forma extraña y él no se amedrentó, le aguantaba la mirada como desafiándolo sin palabras, el otro retrocedió y se dio la vuelta.

Gabriel caminó hasta el parque y se sentó bajo un árbol, cerró los ojos y un pensamiento arrasado por el viento lo hizo pensar en el niño de cinco años. Abrió los ojos mirando hacia los costados, pensando que a lo mejor volvería a verlo, pero no fue así.

La noche se acercaba rápidamente sobre la ciudad. Gabriel se levantó y caminó lentamente hacia su departamento.

Cuatro

A la mañana siguiente volvió a cumplir la rutina de su entrenamiento y a la noche fue al local.

Gabriel estaba volviendo a su piso, caminando con una botella en la mano derecho, un chico creyendo que estaba indefenso al verlo borracho, se le acercó para robarle y salió vendiendo boletines, tras una piña que le dio Gabriel.

En el barrio algunos lo miraban con lástima y otros con desprecio, sentimiento que él notaba y que lo dejaban sacar sus conjeturas alrededor de la muerte de su hermana. Le faltaban las pruebas, pero cada vez estaba más convencido del culpable.

Al paso de tres meses, Gabriel se encontraba frente a la bolsa dándole con todo. Un hombre de un metro noventa, le agarró la bolsa y éste cegado le siguió dando, sin haberse dado cuenta de la presencia de Roberto (su entrenador). Entre bromas, le dijo que lo iba por terminar de matar, Gabriel reaccionó y se frenó en seco, preguntando qué había dicho. El otro rió y lo invitó a tomar una cerveza a la vuelta del Club.

Gabriel aceptó y caminaron hasta la esquina, pidieron dos cervezas y Roberto empezó a hablar y a hacer chistes, el otro sólo asentía con la cabeza y se mantenía en silencio.

El chico volvía al departamento, pero justo en la esquina lo agarra uno de los chicos que siempre lo miraba de reojo y poniéndolo contra la pared, sosteniendo un pedazo de vidrio junto a su ojo, lo amenazó con que no volviera a mirarlo de pesado. Gabriel se rió y el otro le asestó una piña en las costillas, quedó doblado en el piso puteándolo, mientras que el otro le pisó el cuello obligándolo a que permaneciera acostado y volvió a amenazarlo, dándole la razón a ese pensamiento que él tanto había sospechado. Le dijo que si no quería terminar como su hermana, mejor sería que se comportase y no hiciera macanas. Tras asestarle una patada en el estómago, que asegurase que no se levantara, se fue corriendo. Gabriel se giró como pudo y agarrándose de la pared se levantó. Caminando despacio, llegó al edificio y subió las escaleras quejosamente, agarrándose el torax con la mano derecha y con la izquierda se agarró de la baranda de la escalera. Escupía un poco de sangre, pero al llegar a su puerta abrió y se fue al baño. Se miró en el espejo, se lavó la cara y escupió más sangre, enjuagándose la boca. Después se levantó el buzo, con mucho dolor y vio que tenía un gran moratón en el lado izquierda de las costillas. Se fue al sillón y se recostó, durmiéndose.

Cinco

A la noche del día siguiente, se acercó al Club y Roberto salió a recibirlo. Al verlo no creyó lo que veían sus ojos. Jamás había visto a Gabriel así de golpeado y ¡eso que era boxeador!.

Lo ayudó a pasar y lo hizo sentar, en una silla de su oficina. Cerró la puerta y se sentó frente a él. Tras servirle un vaso con agua le preguntó, qué le había pasado. En un principio, Gabriel se rehusaba a abrirse, pero Roberto exigió palabras como un de acuerdo para que siguiera boxeando, (No sólo era su entrenador sino que también era su manager) fue entonces cuando Gabriel se confió a alguien y le contó pestaños de su vida, (lo cual era una información bestial, para lo poco que hablaba) hasta llegar al porqué de los golpes que marcaban su cuerpo. A Roberto lo dejó sin habla, entrecerrando los ojos. Le preguntó qué era lo que pensaba hacer, pero el chico no respondió.

Roberto lo llevó en su auto hasta la casa y lo ayudó a subir las escaleras. Mareado por el dolor, le decía a Roberto que “él ¡sí era un verdadero amigo!” y al recostarlo en la cama, se quedó frito enseguida.

El hombre se fue al living y vio que la casa era un despelote. Decidió quedarse un rato y le empezó a acomodar un poco el living. Ya había pasado media hora y él seguía ordenando, hasta que se topó con la foto de una muchacha y sosteniéndola se sentó en el sofá.

De repente desde atrás oyó la voz de Gabriel que le dijo “¡Era hermosa la guacha!” y se sentó junto a él. Roberto se disculpó y el chico sacudió la cabeza y le agradeció por haber ordenado.

Pasó una semana y Gabriel se sentía mejor. Las placas que se hizo bajo la orden de Roberto, demostraban que las heridas ya formaban parte del pasado y así convenció a su entrenador de que lo volviera a dejar entrenar.

Como todos los días volvió a correr una hora a la mañana, a hacer la dieta y a la noche se volvió a entrenar con bolsa, punchin y en ring para agarrar de nuevo el equilibrio.

Otra semana pasó y con ella, llegó una llamada de una propuesta para pelear con un gordo que se hacía llamar “El Camaleón”. El manager vaciló, pero Gabriel lo convenció de aceptar.

Al cortar el teléfono, le dijo que éste tipo no había perdido un solo combate. El chico apeló a que él tampoco y Roberto le dijo “¡Sí, pero él te lleva seis años más de experiencia!” Gabriel resopló sin darle importancia.

El combate sería dentro de dos semanas y el chico aprovechó el tiempo para

entrenar más duro.

Seis

Seis de la mañana. Un cuerpo encorvado sobre la cama. El sudor bajando por la espalda. El frío notorio invadía la habitación. Gabriel se levantó, se vistió y salió a correr. A la vuelta se tomó un vaso de jugo de naranja y se dio una ducha de agua fría.

Eran las siete de la tarde y estaba entrenando en el Club. Roberto lo ve y se le acerca, juntos se fueron al estadio porque dentro de una hora se liberaba el combate. El entrenador le insistió, que aún podía frenar la locura que estaba por cometer, pero cuando algo se le metía en la cabeza a Gabriel, nadie podía hacerlo cambiar de opinión.

El reloj marcaba las ocho menos cinco. El Camaleón ya estaba en el ring, pero no había rastros de Gabriel. Ya se acercaba más la hora y en el último momento anuncian la salida del chico, que se acercaba con Roberto detrás. Se subió al ring y se fue a su esquina. El juez dio libre la pelea y comenzó pegando Gabriel, le asestó buenos golpes y desvió bien los intentos del grandote. De vez en cuando le daba en la cara, pero no le afectaron. El combate siguió, ya estaban en el cuarto round y parecía que El Camaleón no se levantaba más, después del último golpe que le dio Gabriel, pero al darse la vuelta el chico para volver a su esquina lo perdió de vista y el otro aprovechó, se levantó y le pegó en las costillas de lado izquierdo. Gabriel se encogió por el sorpresivo dolor y al querer reaccionar, sintió como le volaban la cara hacia atrás.

El juez paró el combate y obligó al Camaleón ir a su esquina. Roberto saltó al ring y lo ayudo a sentarse en el banquito. Lo rezongaba por haberlo perdido de vista y le repitió que -"Por más que esté en el piso, nunca debes bajar la guardia", le limpió la cara con la toalla mojada y le preguntó por sus costillas, el chico dijo estar bien. El juez volvió a dar libre el combate.

Al finalizar la pelea Gabriel parecía sonreír, Roberto se asombró, porque nunca lo había visto recibir tanta piña como aquella noche, pero ignoraba que las piñas a Gabriel le servían para castigarse por lo que él creía que fue su culpa.

Siete

Tres días después, Gabriel estaba sentado en el banco del parque, cerca de su casa, mirando a dos chicos que parecían hermanos, jugar. El varón era mayor que la nena, de repente se le fue la sonrisa que inspiró el verlos.

Una mujer se le acercó y le pidió sentarse, Gabriel dejó lugar.

- Veo que no te acuerdas de mí – dijo retirándose el pelo de la cara mientras le sonreía.

- Sí... sí la recuerdo a usted y a... al niño ¿cómo está? – preguntó ansioso Gabriel.

- Acá está... ¡saluda al señor, Bruno! – dijo agarrándole la mano al niño.

- Hola, Bruno ¿Cómo estás, chiquito? – preguntó hoscamente.

- Está bien... - el chico se dio vuelta y abrazó a la madre -... No le quedaron secuelas de aquello – contestó sonriendo la mujer, pero enseguida cambió de tema -... Pero a vos ¿qué te pasó? – preguntó viéndole la cara llena de moretones.

- Nada... Me alegro de que estén bien y perdóneme otra vez, señora – dijo levantándose.

- Está bien, pero no te vayas... - El chico se giró esperando que le dijera por qué motivo no quería que se fuera -... Ya veo que sos uno de los duros... - dijo sonriendo.

- Disculpe, nos vemos... - contestó seriamente y empezó a caminar.

- ¡Espere!... – dijo corriendo hacia él, porque ya para ese entonces había recorrido tres metros -... Quédense con nosotros por favor – dijo finalmente -... ¡Mire si vuelve a pasar un loco y lo atropella a Bruno o a mí! – dijo sonriendo logrando que Gabriel mostrara los dientes -... Por favor acompañenos... ¿Sí? – dijo con Bruno en los brazos. El chico aceptó y se volvió a sentar en el banco.

- ¡No soy bueno con las palabras! – confesó tras cinco minutos de silencio.

- No pasa nada... El 6 de Junio, Bruno cumple los seis años y le vamos a hacer una fiesta... Como soy madre soltera, no sé a qué viene eso – rió -... Voy a hacer la fiesta en mi casa ¿Nos quieres acompañar? – preguntó ilusionada.

- Tal vez no pueda – contestó tímidamente.

- Ah no... no puede faltar, siendo quién le dio por segunda vez la vida a mi hijo...

- ¡Y el primero en haber estado cerca de sacársela! – respondió a su insistencia.

La mujer calló con cierto temor en los ojos y se frotó las manos.

- Perdone... no quise, no debí decir eso... - dijo viéndola de reojo.

- ¿Me vas a contar con quién te golpeaste? – preguntó la mujer alegremente cambiando de tema.

- Fue... ¡soy boxeador! – sentenció finalmente.

- Ahh y yo bailarina de ballet... - se levantó -... No hace falta que me cuentes nada si

no quieres. Realmente no quería joder ¡Bruno nos vamos, agarra tus cosas, amor!

- Por eso nunca hablo con nadie, nadie te cree... - volvió a levantarse y encaminó corriendo hacia la otra dirección.

Ya estaba a tres cuerdas del parque y unos instantes después frenó, al sentir unos gritos que venían detrás de él.

- Perdón... que estás entrenado se nota ahora, pero en serio perdóname, es que pensé que te molestaba y me querías sacar de encima – dijo la mujer agitada con Bruno en los brazos.

- No tiendo a mentir cuando hablo – respondió viéndola exhausta- ... ¡A tres cuerdas está mi departamento! – afirmó sacándole al niño de los brazos para llevarlo sobre sus hombros.

Cuando llegaron subieron las escaleras y entraron a la casa.

Ocho

Gabriel acercó una jarra con dos vasos, al living dónde se habían quedado la mujer y Bruno. Se disculpó otra vez yéndose al baño y cuando volvió vio que la mujer tenía la foto de su hermana entre las manos.

- ¡Es muy linda!... ¿Es tu novia? – preguntó esperando oír una negativa.

- ¡No! mi hermana – respondió acercándose al sillón.

- Ah... - dijo aliviada y sonriendo - ¿Dónde vive ella? – preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

- Ya no vive... ¡Ya vuelvo! – dijo yéndose a la cocina. Al llegar se apoyó contra la pared y dejó caer un par de lágrimas, que reprimía.

La mujer que se había quedado angustiada por su intromisión, se levantó y fue hacia él, pidiéndole disculpas.

- No podía saberlo – dijo lavándose la cara, para que no lo viese llorar.

- Pero igual... ¿Puedo ayudarte en algo?... Digo para la cena – dijo sonriendo -... ya que nos invitaste que sea con cena, no?

- Ah sí, claro, pero... no sé cocinar – dijo agarrando el teléfono.

- ¿Y qué pensas hacer con ese teléfono? – preguntó la mujer.

- Llamar para que nos traigan algo del restaurante – respondió.

- No ¡yo voy a cocinarles algo! – dijo ella metiéndose en la cocina -... ¿Dónde tenes las ollas?

- Eh... creo que ahí arriba... pero...

- Pero nada, del resto me encargo yo ¡Vos anda a cuidar de Bruno! – ordenó la mujer.

Media hora más tarde, ya había olor a comida en el departamento. La mujer lavó los platos sucios y puso la mesa. Los llamó y Gabriel dudoso se sentó a la mesa, empezaron a comer y el chico le dijo que estaba muy rica la cena. Bruno parecía tener una barba de spaghetti.

- No tienes muchas cosas comestibles, pero me las ingenié como pude... Me alegro de que te guste... Mira a Bruno parecen gustarle también. A propósito mi nombre es Paola... - dijo sonriendo.

- Ahh... - contestó él.

- ¿Y el tuyo cómo es? – preguntó ella tocándole el brazo para llamarle la atención.

- ¡Gabriel! – contestó el chico, se levantó y sacó la mesa -... ¿Alguien quiere fruta? – preguntó asomándose bajo el umbral.

Tras otros instantes en el que Paola le sacó la edad y otros detalles de su vida se levantó entre carcajadas y dijo tener que irse porque tenía que acostar a Bruno, que ya era hora.

Gabriel le dijo que la acompañaba y ella se sorprendió diciendo que no hacía falta, pero él insistió y la acompañó levantando a Bruno del suelo.

Al dejarla en su casa le pasó de brazo en brazo al niño, que se había quedado dormido en sus brazos y se despidió.

Nueve

En la noche del día siguiente, Gabriel estaba entrenándose y Roberto se le acercó al notarlo distraído. Él chico le explicó que ayer había estado con una mujer y enseguida el entrenador abrió los ganchos aplaudiéndolo de manera cómplice. Gabriel quiso explicarle, que no había sucedido nada de lo que se estaba imaginando, pero éste no quería oír explicaciones.

Sin dejar que terminase de explicarle, Roberto le dio la noche libre y se podría decir que lo dejó de patitas en la calle, sabiendo que el chico no iba a aceptar faltar a sus obligaciones.

Así que el chico ya en la calle empezó a caminar y se empezó a maquinar el bocho pensando en cómo funciona la mente del hombre. Sacaba conjeturas y se armaba todo un gráfico, en algunos puntos lo disculpaba y en otras lo puteaba y lo maldecía y otras simplemente le daba lástima.

Llegó a la casa y al querer subir las escaleras, vio una nota junto a la escalera con su nombre, se acercó a agarrar el papel y de la oscuridad salió el mismo tipo que le había asestado en una oportunidad un piñazo en las costillas y lo había amenazado.

Gabriel dio un paso atrás poniéndose en posición de ataque y el chabón arrancó el papel de la escalera y le dijo antes de marcharse que había visto a la mujer que le había dejado la nota y le advirtió que tenga cuidado con sus pasos. Gabriel lo miró con odio queriendo advertirle que no se acercara a ella, pero para ese entonces el otro ya se había ido.

Subió las escaleras y entró apoyándose contra la puerta. Respiró profundamente y se acercó al teléfono, lo levantó y discó un número que tenía anotado en un papel verde pegado a la ventana.

- Hola – contestó alegre la voz de una mujer.

- Hola Paola ¿Estás bien? – preguntó agitado.

- ¡Sí! ¿Gabriel? – contestó extrañada - ... ¿y vos?

- Sí... ¿el nene? – preguntó respirando medianamente tranquilo.

- También ¿Por qué... - de repente preguntó de manera más seria - ...Por qué, Gabriel?

- No te preocupes... a veces tiendo a exagerar ¡No te molesto más! – dijo nervioso.

- Pará... Gabriel no me puedes llamar preocupado por mi bien estar y el de Bruno y después querer hacer de cuenta que no pasó nada... ¿Qué pasa... Gabriel seguís ahí?

- ¡Sí, acá estoy!... ¿Puedo ir para allá?... Quiero ver al nene – dijo humildemente.

- A veces no te entiendo, Gabriel... Obvio que puedes venir. Te espero entonces, chau.

Diez

El chico se dio una ducha y después salió a la calle, dirigiéndose bajo las estrellas hasta la casa de Paola y Bruno. Ya estando frente al edificio, tocó el timbre y enseguida le abrieron, subió en el ascensor (a pesar de odiarlos) y golpeó la puerta al estar frente a ella.

Paola preguntó quién era y le abrió sonriendo. Entró y lo invitó al comedor en dónde Bruno aun jugaba con unos autos en el suelo frente a la chimenea. Gabriel se sentó junto a él y agarró uno de los autos.

La mujer le dijo que acababan de cenar, pero que si tenía hambre le calentaba un poco de la comida. El hombre dijo que sólo quería ver al nene y la mujer asintió con una sonrisa agachándose junto a ellos. Le acarició el pelo y orgullosa dijo que su hijito era un imán por lo lindo que era y le sonrió. El chico también sonrió, pero más nervioso.

- ¡No salgas de la casa! – dijo dándose la vuelta agarrando a la mujer de los brazos.

- ¿Qué pasa, Gabriel? Otra vez no te entiendo... ¿Qué es lo que pasa? Contámelo por

favor...

Tras unos instantes silenciosos en los que el niño jugaba sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor, mientras que la madre mantenía la calma para darle espacio a Gabriel de que sintiera confianza en ella y le contara el porqué de su nerviosismo, se puso a jugar con el hijo.

Gabriel los observaba jugando entre ellos, sin prestarle atención a él. Fue así como de repente Gabriel soltó una lágrima y la mujer se levantó agarrando en brazos al niño, lo llevó a su cuarto, le cambió la ropa por el pijama y lo recostó en la cama. Volvió al comedor y se sentó en el piso junto al chico, sin decir nada, sólo lo miraba a los ojos.

Sin explicación alguna Gabriel la abrazó fuertemente, mientras derramaba un par de lágrimas. Minutos después recuperó la compostura y se enderezó pidiéndole perdón, se secó las lágrimas avergonzado y se puso de pie. Paola lo agarró del brazo y lo obligó a mirarla.

Otro cuarto de hora pasó y él seguía mirándola a los ojos, como buscando algo en ellos que hicieran rendir a la parte que se negaba a hablar de frente, mientras que la otra peleaba ciegamente por acallar sus pensamientos.

- ¿Qué pasa?... nunca me habían mirado tanto y menos como lo estás haciendo... ¡Gabriel! – dijo sacudiéndolo con fuerza, pero delicadamente.

-... Hay un tipo que está atrás de mí y... no quiero que estés con miedo, Paola... Él te vio dejar una nota para mí, en mí edificio... - contestaba mientras le temblaban las manos.

- ¡Tranquilo, Gabriel, estás transpirando como un loco!... ¿Por qué decís que te persigue? – preguntó la mujer tratando de calmarlo.

- ¡Porque me amenazo! – respondió contundentemente.

- Entonces hay que denunciarlo...

- A ese tipo no lo frenan los canas... Esos son de los que tienen vía libre ante los ojos de los milicos, Paola...

- ¿Pero cómo fue que empezó... por qué te amenazo? – insistió ella.

-... Hay algo que no te conté... Hace año y medio murió mi hermana...

- Sí, Gabriel, eso me lo contaste – dijo corrigiendo la mujer.

- ¡No!... no te lo conté... mi hermana se mató, con un arma que no sé ¡no sabía de dónde había sacado!... y... ¡Yo la encontré!... estaba envuelta en sangre, dejó una nota pidiéndome disculpas por no ser tan fuerte como yo lo era, pero que ya nada tenía sentido para ella y también escribió que se sentía muerta en vida... Dos semanas antes había sido violada, pero durante ese tiempo parecía haberse normalizado todo... ¡No fue así!... Aún no puedo creer cómo fui capaz de dar por

cerrado el tema y no tratar de hablar con ella, en vez de hacer de cuenta como que todo estaba bien... Hasta el día de hoy, sé que fui el culpable de su muerte, aunque me digan lo contrario... - tras un largo silencio en el que Paola no dijo nada por no poder creer la historia que estaba oyendo, Gabriel prosiguió -... ¡Y yo sé quién fue!

- ¿A qué te referís? – preguntó Paola mirando con extrañeza.

- A que sé quién fue el hijo de puta que abusó de mi hermana – respondió con los ojos fríos.

- ¿Y qué pensas hacer? Porque decís que la policía no te va a ayudar... - preguntó desconcertada apretándole la mano.

- No sé ... - respondió mirando el piso.

Durante la noche Gabriel había estado devolviendo y con un espantoso ardor en el estómago. Se pasó toda la noche yendo al baño, bañado en sudor. Hubo momentos en que despertaba a Paola y ella lo acompañó en su malestar pasándole la mano por la espalda para calmarlo, diciéndole que ya iba a pasar.

Once

La madrugada llegó y Gabriel despertó viéndose abrazado a Paola, se enderezó tratando de no despertarla y se dirigió al baño. Entró y prendió la luz, vio en el espejo que tenía nuevamente la remera empapada de sudor y se la saco colgándola del palo de la ducha. Se lavó la cara e intentaba frenar la aceleración de su corazón.

Volvió al comedor y vio a la mujer recostada en el sofá. Se acercó a ella y le puso un brazo bajo las piernas y el otro bajo la nuca levantándola y se dirigió con ella al cuarto de la mujer, la recostó sobre la cama y después la tapo sacándole los zapatos.

Fue al cuarto de Bruno y vio que el niño seguía durmiendo, cerró la puerta.

Agarró su campera poniéndosela y fue a buscar la remera al baño, la metió en una bolsa de plástico y con mucho sigilo abandonó el departamento. Estando ya a unas cuadras de su casa, sentía la frente afiebrada y tambaleaba mareado. Finalmente llegó y metió la llave en la cerradura, girandola y abrió la puerta. Fue hasta su cuarto, tirando la bolsa sobre la cama y frenó junto a una cómoda, se agachó y del penúltimo cajón sacó algo envuelto en una remera verde gris.

Cerró los ojos y recordó cómo adquirió lo que tenía entre las manos. Era de noche cuando salió del departamento, dirigiéndose a un local de ventas de armas y allí la

compró sin tener que dar constancia de tener licencia ni nada.

La desenvolvió y se quedó un momento observándola. Se puso de pie con el arma en la mano y se la enfundó en la parte de atrás del pantalón cubriéndola con la campera.

Salió del departamento dejando una nota sobre la mesa, dirigida a Paola.

Caminó tres cuadras, hasta llegar y entrar en un bar completamente a oscuras. Se frenó y gritó el nombre de un hombre “¡Ramón Gutierrez!”. Este se levantó de una mesa caminando hacia él y burlón le dijo que había entrado en la cueva del gato. Gabriel le bajó los sumos de “amenazador”, diciéndole que tuviera los huevos de enfrentarlo afuera sin testigos, a lo cual sin duda alguna el otro reaccionó como un desafío y entró de una.

Salieron solos y se metieron en un callejón, el otro enseguida sacó un puñal del zapato y apuntándolo le avisó que éste sería el final. Gabriel sacó el chumbo detrás de su espalda y apuntándolo sin vacilación alguna apretó el gatillo, disparándole al medio del corazón. El otro voló hacia atrás, dándose contra unos tachos de basura.

El chico se le acercó, para verificar sus últimos segundos de vida y en eso le dijo – “¡Tenes razón... éste es el final! y ahora por fin recibís lo que te mereces, hijo de puta”.

Gabriel dio un paso para atrás, al ver que Ramón murió. Se giró y dio unos pasos hacia la calle, miró al cielo y cerró los ojos. Se metió la pistola en la boca y volvió a apretar el gatillo.

Doce

A las ocho de la mañana del día siguiente, Paola recibe una llamada telefónica que la hace saltar de la cama, no estaba dormida. Levantó el tubo y desesperada preguntó “-¿Gabriel?”, del otro lado un policía le dice que llamaba de la Comisaría, lo cual la desesperó aún más, al oír que hablaba por algo que tenía que ver con Gabriel. El milico le explicó que la llamaba porque Gabriel tenía su número telefónico pegado a la ventana y que hasta el momento, no encontraron a nadie que tuviera que ver con él, más que su número. Ella respondió agitada, que no pasaba nada y le preguntó angustiada al recordar las últimas palabras que le oyó decir a Gabriel, la noche anterior cuál era el motivo de su llamada, el oficial respondió que habían hallado el cuerpo sin vida de Gabriel junto a otro que estaba a tres metros de donde yacía él.

Paola temblaba y casi dejó caer el tubo. El hombre le dijo que le tenía que entregar

unas cosas y le pidió su dirección.

A mujer estaba con el hijo sentada en el sillón acunándolo, mientras que ella dejaba que unas lágrimas se asomaran a sus ojos. Trataba de calmarse, pero era inútil. Notó que la muerte de aquel joven le afectó más de lo que pudo creer posible.

A las doce del mediodía, tocaron el timbre de su casa y golpearon la puerta. La mujer que a esa hora se encontraba en la cocina, fue a atender y al llegar oyó la respuesta a quién se encontraba tras la puerta.

Un hombre y una mujer vestidos de policías le pidieron autorización para entrar en la casa, ella se hizo a un lado y ambos entraron.

Paola les ofreció tomar algo y ellos se negaron cordialmente. El hombre sacó del chaleco una carta y una billetera dándoselos a Paola quién al sujetarlo comenzó a temblar.

Los oficiales se levantaron y se excusaron nuevamente por el lamentable suceso, la mujer dejando a Bruno sentado en el piso sobre la alfombra, acompañó a los policías hasta la puerta y al cerrarla comenzó a llorar.

Fue hasta su cuarto para que no la viera su hijo y abrió el sobre.

“Si te llega ésta carta, es porque habré alcanzado el objetivo que me marqué al perder a mi hermana. Perdóname... “Sé como duele ésta frase”, perdóname por hacerte vivir todo esto... ¡No lo merecías!... Sos de las pocas personas en el mundo que conocí, a la que no deberían lastimarla ni con el roce de una rosa y sin embargo he me aquí provocándote éste disgusto... Las mañanas me abrazaban empapadas en sudor, recordándome a cada segundo lo que no debía olvidar por nada del mundo y no lo hice, pero hay fantasmas que sólo uno es capaz de callar ... Gracias por todo, Paola. Gracias por hacerme vivir plenamente antes de morir”

Sus lágrimas mojaban el papel, lo dejó sobre la cama y agarró la billetera. Empezó a mirarla y encontró un carné de manejar, la cédula con una foto de Gabriel de dos años de antigüedad, un poco de plata y un carné de socio de un club de boxeadores el cuál la hizo estallar en llantos.

FIN.

El hombre del traje

Julio 2007

En una cárcel, en algún lugar del mundo encerraron a un joven de traje y corbata. El policía empujaba a éste dentro de la celda, mientras que él se rehusaba entre quejas y gritos. Cayó de cara a la piedra desnuda del suelo, junto a un hombre de color que lo miró con sus ojos amarillos y le sonrió mostrando sus únicos cuatro dientes.

Se enderezó en seguida y gateó de espaldas hasta tocar la pared, dónde se topo con una mujer alta y grande de quincho rubio, que le habló con un tono peculiar, lo cual le hizo ver que era un hombre el que se ocultaba en su interior.

Se sintió acosado y miró hacia el otro lado, levantándose del piso y se dirigió junto a una chica de aspecto menudito de pelo corto, ropa ligera y en el cuello tenía la marca de dos dedos. Estaba sentada con las piernas recogidas y la cabeza apoyada sobre las rodillas. El joven se sentó a su lado y ésta lo noto, pero no movió la cabeza. Él empezó a hablar como consigo mismo haciendo un montón de preguntas, soltando un montón de prejuicios y quejándose de todo.

La chica seguía en la misma posición, sin hacer un solo movimiento, pero cuando él le rozó el brazo, queriendo saber por qué había ido a parar a ese lugar de mala muerte, fue perforado por una mirada que era arrasada por un raro fulgor y con los ojos abiertos de par en par, lo amenazó diciendo con voz cristalina <<¡No vuelvas a tocarme!>>, la chica se paró y se fue hasta la reja.

El chico que tenía apenas treinta años, se sintió un poco desconcertado ante su reacción y dijo unas palabras que lo convirtieron en carroña <<"No se podía esperar otra cosa de éste tipo de gente">>.

En la celda se encontraban nueve personas, las tres mencionadas y los otros eran tres morenos, una prostituta, un pendejo blanco y una mujer de aspecto elegante. La prostituta al oír las palabras del hombre de traje, lo agarró del cogote llevándolo hasta el fondo de la pared (para que no la viera ningún milico) y junto a su oído le dijo <<Antes de abrir el hocico, fijate dónde estás y date cuenta que sos parte de "ésa gente". Porque te estás codeando con nosotros, papi >> Lo tiró al suelo y se sentó junto al otro blanco.

El hombre del traje se quedó sin palabras. Uno de los morenos lo miró fijamente y le preguntó que cagada se había mandado para que lo metieran, éste le respondió que por querer estafar al jefe y aprovechando la charla que abrió el moreno le preguntó qué por qué lo metieron a él y el moreno contestó <<Hubo un choreo en el

almacen de mi barrio y eran grones, los que se metieron>>

Extrañado insistió <<¿Pero ... tuviste algo que ver?>>. El muchacho negó con la cabeza, comprendiendo su silencio el hombre del traje calló y se quedó mirando el piso.

A la madrugada se acercó un oficial a la celda, abrió la reja y miro de arriba abajo a cada uno de los encarcelados. En los ojos del milico se leía el desprecio y el creerse superior. En un momento su mirada se detuvo, dijo algo y esperó respuesta impacientemente, el hombre del traje levantó la mano y se acercó al oficial, éste le dijo con una sonrisa entre abierta y voz desagradable <<Bo... "trajecito"... en seguida terminan con unos papeles y quedás libre>> Entre el alivio abrumador que despertó en él y la repentina vergüenza, se agachó para agarrar el saco y la mujer de apariencia elegante sujetó el mismo suplicándole que se lo dejara, porque las noches eran muy frías, el hombre del traje le sonrió regalándoselo y queriendo evitarse hacer preguntas que ya estaban acosando como por ejemplo eso de que las noches eran frías... ¿Cuántas noches llevará ahí y que habrá ocurrido para que terminase ahí,...? De repente oyó la voz cruda y agresiva del milico <<¡Vamos! Que no tengo todo el día>>. Se apuró y al pasar junto a la prostituta (del lado de afuera) la oyó decir <<¡Lástima! Que no todos tenemos a una mamá como la tuya eh>>.

FIN.

Viaje de dos

Mayo – Junio 2007

1

La primer gran sabiduría se adquiere cuando se reconoce que uno se equivoca, que uno pierde, que uno no debe ceder.

Yo la adquirí demasiado tarde (para mi gusto).

Vivo en un departamento chico en el centro de la ciudad, pero es algo momentáneo. Todas mis estadías podrían considerarse momentáneas. No aguanto estar en el mismo lugar mucho tiempo. Al máximo que llego son tres meses, pero para que eso suceda tengo que sentirme a gusto o bien, cosa que no suele pasarme, a lo cual le debo estar cambiando constantemente de dirección.

Como decía vivo en un departamento de un ambiente, un baño chico y cocina incorporada al único ambiente de la “casa”. Para ser más exactos son 15m², pero me gustan los espacios reducidos. Ver a mi alrededor y comprobar estar realmente solo es algo que... ¿cómo explicarlo? ¡Me da seguridad!

A raíz de mi continuo desplazamiento, tuve mil trabajos diferentes, algunos en los cuales me trataron bien y la mayoría asquerosamente mal, injustos y mal pagados. Aquellos trabajos en los que invertí mis años y mi mente, estudiando la carrera adecuada, ni siquiera tuvieron los huevos de rechazarme mirándome a la cara. Sencillamente me enviaron un impreso donde decía; Señor Ibáñez lamentamos (...)

Después de estar más de un año insistiendo en todos lados, porque como bien dicen “la esperanza es lo último que se pierde” me cansé y mandé a cagar mi “Diploma”. A mí me gustaría que memoricen una frase que se me vino a la cabeza “La dignidad es lo primero que te violan”. Yo prefiero renunciar a la esperanza que ser consciente de una violación.

Desperté bruscamente, al oír un par de cotorras chillando en mi ventana, me levanté y moví la cortina (vivo en planta baja) en señal de molestia ¿Creen que se inmutaron?... ¡Exacto! Siguieron cotorreando más alto aún. Entonces fui hacia mi cassette grabador y lo puse al mango, el foco de cotorras se dispersó como si les hubiese echado aceite hirviendo. Creo que no simpatizaron con los gritos que les puse. Igual no pude volver a dormirme y me agarré una chinche

enorme... porque eran las ocho de la mañana y hoy por asuntos personales del jefe, entraba recién a las once y no a las siete como siempre.

(Desde hace tres semanas que trabajaba ahí, era un local que vendía tabaco, nada extraordinario... Por el tabaco una vez fui al hospital y el médico que me mandó sacar placas a mis pulmones me dijo: "Como no dejes de fumar, tu próxima visita a un médico será con uno de la morgue". Me hizo pensar mucho lo que me dijo, un doctor es alguien que conecta y ayuda a la gente, alguien interesado en salvar vidas... Su frialdad si bien no fue directa, pero cansado de repetirlo mil veces a mil quinientas personas diferentes me hizo ver que todo era un disfraz... Aquel tipo le importaba una mierda la persona en sí, sólo esperaba llegar a fin de mes y cobrar la guita. A sus palabras respondí diciendo: "¡Mis pulmones, mi tabaco! ... ¡Su guita, sus putas! ... No nos toquemos las pelotas", agarré mi campera y me fui).

Finalmente a las ocho y diez me levanté y lavé los platos (que no eran muchos, porque apenas ensucio, suelo comer fuera y mal). Prendí la tele, pero no encontré nada interesante y le saqué la voz, prendí la radio y tampoco encontré nada. Entonces puse un disco de Queen y motivado por la voz de Freddy me puse a bailar (muy mal) con el delantal y un cubierto en función de micrófono.

Terminé con los platos y me tiré en el sofá, cuando volví a mirar el reloj, ya eran las ocho y media, pero el sueño no quería volver. Agarré un libro y me puse a leer, recién estaba en el capítulo diecisiete cuando sonó el despertador, eran las diez y media.

Pasa de rápido el tiempo cuando estás entretenido...

Me puse los vaqueros y una remera que dejé sobre la cama, me até el pelo (tengo que cortármelo, pero no tengo guita, ni espejo) Salí corriendo a la parada de ómnibus, esperando que no haya pasado aún el que me tenía que tomar, para ir al laburo. Al llegar vi como éste se alejaba, le pregunté a un anciano que estaba sentado si había visto cual era el bondi, me dijo lo que sospechaba. Empecé a caminar en dirección del local, eran más de treinta cuadras, llegué completamente transpirando a chorros. Habían treintaiún grados y se hicieron más que notorias.

Miranda (una compañera del trabajo) que me vio entrar, abrió los ojos de par en par y lo primero que dijo fue "-Déjame desnudarte"... mentira, eso decía mi mente, ella me dijo "¡Pará que te traigo una toalla!". Era un bomboncito la guacha, morena de ojos oscuros, pechos puntiagudos, colita firme y el pelo amarillo como la paja (siempre se teñía, pensando que le quedaba bien con la creencia de convertirse en alguien "digno", no tenía mucho criterio la chica, era más digna a mis ojos si llevase orgullosa el pelo negro que emanaba desde sus raíces, pero su

tintura igualmente no lograba actuar de repelente, con sus movimientos atraía a más de un pescado (como a mí)).

Me trajo una toalla e hizo como que se le cayó, se agachó para recogerla mostrándome su profundo escote y como uno es humano... . Muchas veces se me había insinuado, pero nunca lo hice con una mujer quince años menor que yo. Cuando me sequé un poco me cambié de remera (por suerte tenía la costumbre de dejarme una muda de ropa en el laburo) y después empecé a atender a los clientes que se acercaban.

Un día una chica de doce años, vino a comprarme cuatro cajas de cigarros, le dije que no podía venderle a menores y me respondió que eran para su madre que estaba en silla de ruedas (Sabía perfectamente que no era el caso), entonces se los vendí y al terminar mi turno antes de irme, me llamo el jefe “-Esto es por los días en que trabajaste acá” dijo dándome un par de billetes. “¿Me está despidiendo?” pregunté sorprendido al creer que todo funcionaba bien. Él se levantó de la silla; “-¡Así es! Bernardo te vio venderle cigarros a una menor y no puedo exponerme a que me cierren el local por tu negligencia”.

Agarré la plata y me fui.

Caminando me encontré con Bernardo que esperaba un taxi, al verme empezó a sudar yo ni lo había visto, pero su nerviosismo lo delató, callado fui hacia él para ver su reacción. Preguntó -¿Ya te dio el sobre, no? – con una sonrisa idiota, la cual borré de un piñazo.

Entré en el bar del gordo Pablo y me senté a la barra “¿Qué te pasó, flaco?” así fue su saludo. El gordo era un tipo legal. Su bar apestaba a depresión y vómito, pero actuaron de anzuelo en mí. Le pedí un coñac tras otro y lentamente fueron dejando efecto en mi persona, ya no sabía dónde estaba.

Lo último que recuerdo es la cara de Miranda y la situación no era otra que estar en posición horizontal haciendo el amor.

Me desperté de súbito y la resaca me apretó el cerebro, me agarré la cabeza y miré alrededor. Me encontraba desnudo en una cama ajena de sábanas amarillas, sobre la mesa habían tres envoltorios de preservativos. La habitación tenía una luz insoportable y en la pared colgaban unas fotos de jóvenes, más bien niñas y una de ellas era Miranda. Me llevé las manos a la cara... no es que sea un moralista, pero me fui a la cama con una nena y no me lo perdonaba.

De repente vi que la puerta se abría y por ella entró Miranda sonriendo, estaba desnuda. Traía un vaso de agua en una mano y en la otra una pastilla.

Mi reacción fue pedirle que se tapara y su respuesta fue “-No me decías eso anoche”. Me dio la aspirina y el agua y al tomarlo le pregunté por sus padres.

- “No están, tengo la casa para mí sola”. En menos de un segundo se me subió encima.

- Perdóname, Miranda, no puedo hacer esto – la hice a un lado, me puse los pantalones al no encontrar mi remera salí de la casa sin ella.

2

Me mudé por X vez. Estaba cómodo en el departamento, pero por circunstancias de las que fueron testigos, me sentí en el deber cobarde de huir de la cercanía de Miranda. Solía mucho huir de ciertas mujeres con las que mantenía relaciones, pero ésta si bien se diferenciaba de las otras era un caso singular. Fueron varias las damas que me brindaron su compañía sobre un colchón, tras mostrarme su simpatía y algunas cosas más. Abogadas, profesoras, limpiadoras, prostitutas, empleadas públicas, desempleadas, casadas, divorciadas, secretarias, ..., pero los remordimientos tras aquella noche actuaron muy hondo en mí. No me convertí en ningún monje ni nada parecido, varias veces me ocurrió estar con otra mujer en plena acción y ver un flashazo de la cara de Miranda.

No podía evitar no comerme el coco, a lo mejor ¡no! Seguro que ella está como si nada, encantada tal vez y yo acá torturándome a mí mismo. No podía hablarlo con nadie porque no tenía amigos, por lo cual desarrollé en mí un espejo con el que hablaba de todo, pero eso sólo ocasionó volverme más loco tras oír dos veces lo que ya sabía.

Conseguí un trabajo de limpiador en una panadería y vivía en un cuarto, que me alquilaba una señora gorda de anchos vestidos con flores; llevaba el pelo recogido, su nariz parecía un botoncito y tenía los ojos claros. Una mujer llena de alegría y gracia.

Varias veces se me pasó por la cabeza el degustar de sus labios, el problema era que el marido se sentaba fuera de la casa y me tenía junado.

En la panadería trabajaba de noche, el sueldo no era gran cosa, no daba para tirar manteca al techo, pero seguía laburando ahí porque no me jodía nadie. Llegaba cuando Rosita terminaba su horario y se iba dejándome de encargado para cerrar, como siempre.

Una noche salí de casa saludando al marido de mi propietaria y me fui hasta la Avenida, apenas dos cuadras tuve que caminar para parar un taxi. Al abrir la puerta del auto, una mujer se lo tomó como una invitación.

- Señorita... me urge llegar temprano a Valverde (mi trabajo) – me sonrió creo que en compasión a mi cara de lástima y me respondió risueña...

- También voy para allá... (No me urgía ir, sólo quería ser amable y recordarle sutilmente que yo había parado al taxi, pero di por perdida la batalla y di un paso atrás)... ¡Suba, hombre! Hice caso y me senté junto a ella. El tachero miró por el retrovisor diciendo -"¿Valverde entonces?" Asentí y arrancó el vehículo, ella sonreía sin parar de hablar. Me hizo mil preguntas a las que sólo respondí dos, le di mi nombre y dije trabajar en una panadería. Al ver que no me sacaba más información me empezó a hablar de su vida y planes. El tachero me miró con compasión por el espejo retrovisor.

A los cinco minutos llegamos a destino y nos cobró, yo pagué el viaje y bajé manteniéndole la puerta abierta a la mujer. El taxi se había ido y la mujer me dio la mitad de lo que había salido el viaje diciéndome <<¡Tome!>>. Le sonreí diciendo que no hacía falta y me dirigí a la panadería noté que me seguía y me frené dándome la vuelta "-¿Desea algo, señorita?" . -"¡Un beso!" Su respuesta fue lo último que me esperaba, bueno ... no en mis deseos, porque estaba linda la chica, pero no mostré reacción alguna. Ella me rodeó con sus brazos sobre mis hombros obligándome a inclinarme (porque era un veinte centímetros más baja que yo) y me besó. Fue un beso corto, pero cargado de algo que no tiene nombre, no fue fogoso o apasionado, más bien tierno e inocente después me sonrió y paró un taxi subiéndose a él y no la volví a ver.

Entré a la panadería y Rosita me dio la llave con aire ofendido, preguntándome si la que me besó hace un momento frente al local era mi novia, negué su pregunta y ella se fue contoneándose como siempre lo hacía. Desde el día en que empecé a trabajar ahí, no me sacaba un ojo de encima. Tenía una linda figura, grandes pechos, una cinturita de muñeca, cara bonita, pero yo no sentía ninguna atracción sexual hacia ella y creo que lo notaba, cosa que la alteraba. Era de esas chicas que no aceptaba un NO por respuesta, aunque nunca le di tiempo a preguntarme nada.

Limpié el local y cerrando la puerta y la persiana me fui a mi casa.

Estaba tirado en mi cama mirando el techo, en un momento miré el reloj (que marcaba que eran las doce y media). Bajé a la recepción y el marido de la dueña me atendió, le dije que salía y volvería tarde.

Me fui a un bar y empecé a tomar sin límites, un tipo se me acercó -"¿Puedo ayudarte, hijo?" le respondí -"¿A tomar? Puedo solo, gracias" me di vuelta y el tipo se alejó.

Sentí la necesidad de tomar más y callar los recuerdos que despertaron en mí al oír la palabras "hijo". Nadie emprende un viaje de vagar aquí y allá si no experimenta un gran cambio en su interior.

El bar cerraba y el hombre tras la barra me sacudió diciendo -"Jefe" señalándome la salida, me levanté y me fui. Vagaba por las calles hasta caer en un banco y dormirme.

Sentí que algo me tocaba el hombro sacudiéndome, al abrir los ojos vi la cara de un milico que me estaba tocando con la porra, me dio asco y me senté. Agradecí con una sonrisa falsa, de esas que se les brinda a los chanchos y me levanté yéndome a mi casa.

Carmen (la propietaria) salió a mi encuentro preguntándome si estaba todo bien y mientras me acompañaba a mi cuarto me decía que estaba preocupada, le pedí disculpas.

Al llegar a mi habitación, me di una ducha y al salir del baño, caí en la cama en bolas mojado aun. Tenía los ojos cerrados, pero sentí que se abrió la puerta, al inclinarme a ver si había alguien no vi a nadie y me recosté otra vez, estaba muerto de cansancio, me dolían los huesos.

Al volver a abrir los ojos miré el reloj, notando que había dormido un par de horas.

Me levanté y me lavé la cara y los dientes. Me até el pelo y bajé a la recepción.

- Señora (era Carmen) ¿Estuvo alguien en mi cuarto hace un rato? – pregunté dubitativo.

- Sí, una de mis hijas y bajó corriendo a los gritos por haberlo visto desnudo – respondió.

- Lo siento, estaba cansado y me acababa de dar una ducha, al llegar a la cama caí desplomado... - expliqué.

- No me tiene que dar explicaciones, no vio nada extraordinario. Yo le tengo que pedir disculpas, por la intromisión de mi hija en su cuarto – dijo muy amablemente. Pero lo de "nada extraordinario" me desconcertó un poco ¿A qué venía esa insinuación, sería una provocación? Opté por hacerme el pobrecito y subí de nuevo a mi cuarto, aun queriendo evitarlo no podía sacarme de la cabeza las palabras de Carmen "¡Nada extraordinario!"...

Pasaron dos semanas, en las que seguía trabajando en la panadería, el marido de Carmen me seguía mirando de costado.

En la tele, seguían dando la misma mierda de siempre y yo justo me encontraba con Rosita, para que pudiera irse a su casa, tras darme las llaves. Me fui a la despensa a dejar mi mochila y al volver a la parte de delante del local me encuentro con Rosita que me obstruía el paso, amagué por un lado entonces ella me besó el cuello y la sujeté de los brazos alejándola. Cayó al suelo de tal manera que pensé que se había

desmayado, pero cuando quise impedírselo abrió los ojos y en menos de lo que me di cuenta me bajó la cremallera y extrajo “el asunto”, sentí sus labios sobre él y... (Ya saben cómo es esto... un tema delicado) Al terminar se levantó y yo me subí los pantalones, se extrañó de mi reacción -“¿Qué haces... no te gustó?” . -“¡Si, sos como una profesional!” Nunca, pero nunca le digan eso a una mujer si no ejerce. Me puteó en todos los idiomas habidos y por haber, agarró su cartera y se fue.

Terminé de barrer y de limpiar los vidrios. Agarré la mochila y salí cerrando la persiana y pasando el candado.

Volví a mi casa, era Viernes y hasta el Lunes no tenía que volver a trabajar. Con ese pensamiento me fui a dormir, pero a las ocho de la mañana, me despertó la dueña anunciándome que tenía un llamado telefónico. Me vestí y bajé a atender.

- ¿Ibáñez?... ¡Queda usted despedido! – me gritó Raúl, el dueño de la panadería.

- ¿Por qué, señor? – pregunté aturdido.

- ¡Dejo la puerta del local abierta, inepto! – dijo cortante.

Me senté junto al teléfono, agarrándome la cabeza.

- ¿Malas noticias, señor Ibáñez? – preguntó la dueña poniéndome una mano en el hombro.

- Me despidieron, señora Carmen.

Trató de animarme y con ese sentido protector que emanaba de ella empezamos a conversar, nunca había sido tan abierto con una persona como lo fui con ella. Las hijas estaban en la casa de una amiguita, porque iban a festejar un pijama party, era la primera vez que las dos pasaban la noche fuera de casa, o sea lejos de mamá y además el marido estaba internado por una úlcera que le habían diagnosticado doce horas atrás. Ella estuvo junto a él hasta las seis de la mañana.

Tenía un aura melancólico a su alrededor, hablamos de todo sin pudor alguno.

Palabra va palabra viene, terminamos en la cama sin pudor alguno y entre risas me confesó haber experimentado por primera vez un orgasmo.

La luz del sol me sorprendió, abrazado a una almohada y a la vez abrazado por Carmen. Suavemente dejé la cama y me vestí, marchándome de su cuarto.

Mientras me duchaba pensaba sobre la panadería. En seguida asocié el despido con una persona que seguramente con palabras y otras cosas, ayudó en la rápida solución. Por resentimiento y querer hacerme pagar el haberla rechazado y humillado.

Pasaron tres días. Carmen parecía ser insaciable, cuando sus hijas se iban a la escuela ella subía a mi cuarto (como estaba desempleado le dedicaba mis horas) me arrancaba prácticamente la ropa que traía puesta y en las noches hacía lo mismo, mientras las nenas dormían.

Al cuarto día, las nenas se despidieron yéndose a la escuela, yo me disponía a irme cuando Carmen me sorprendió entre besos desesperados le dije que tenía que ir a buscar trabajo y me dijo -"¿Para qué?" -"Para comer" respondí.

La semana siguiente transcurrió igual. Una tarde estábamos en su cuarto, mientras las nenas estaban en la escuela. Estábamos practicando la postura del perrito, cuando de repente vemos entrar al marido por la puerta y me quedé sin trabajo y sin casa.

Se quedó de una pieza y al reaccionar me lanzó una piña que esquivé y cayó al piso. Carmen no se le ocurrió nada mejor que decirle -"¿No era que te daban recién mañana el alta?".

Al correr poniéndome los pantalones intenté subir a buscar mis cosas, vi que el marido intentó nuevamente golpearme y corriendo a la salida me encontré con Patricia (una de las hijas de Carmen) que me daba mi valija.

- ¡Andate, por favor! – gritaba Carmen

El marido ya volvía en sí y al verme me gritó – "Desgraciado, hijo de puta".

Yo me tragué la respuesta por respeto a la nena.

3

Nuevamente estaba viajando en un tren y me dirigía a la ciudad en dónde vivía Ornela, la única mujer que logró robarme la cordura. Y tuve la suerte de que me correspondió, no como en esos relatos de que la única mujer que no te da bola es en la que te enamoras perdidamente. Éste no era el caso nos amamos profundamente, tanto es así que a los tres meses de estar saliendo me casé con ella, pero tras otros tres meses nos divorciamos, esa relación creó a mi hija Soledad (la única hija de la cual sé de su existencia).

Ornela era bailarina profesional en un burdel y así fue como la conocí, el primer día en vernos, me tiró su slip. Sus padres la llamaron Ornela por Ornela Mutti. Era una tana cabeza dura, histérica y adorable como no hay dos.

Murió hace dos años por SIDA, yo me enteré demasiado tarde. Me llamaron por teléfono para comunicarme de su fallecimiento, ni siquiera sabía que estaba enferma. Estuve dos meses en un pozo de depresión y culpa por no haber estado a su lado.

Soledad pasó al cuidado de sus abuelos, al investigarme a mí y comprobar públicamente, que era un caso perdido.

Ella ahora tiene doce años, espero que quiera y me dejen verla, sólo voy con ese objetivo.

Cuando el tren llegó a destino, me baje y llamé un taxi para que me acercara a la casa. El chabón hablaba y hablaba hasta que por fin llegamos le pagué y salí del vehículo.

Ornela me vivía mandando fotos de Soledad (cuando le decía dónde me encontraba). Tenía un parecido increíble con la madre. Hubo un tiempo en que me carteaba con ella (Soledad), pero por boludo lo deje de hacer. A pesar de eso ella me seguía escribiendo, pero en esa época me atraía más la bebida. Después me mudé y perdí el contacto. Recién al año siguiente las llame para ver cómo estaban, Soledad llena de alegría (no sé porqué se alegró de oír la voz de un hijo de puta que desapareció tanto tiempo, una cosa era clara y es que yo nunca me perdoné, ni me perdono ahora el haber creado una anti-relación con ella y su manera de atenderme no hizo otra cosa que recordármelo) me saludaba y me hablaba de mil cosas que había vivido y si soy sincero me mencionó que Ornela estaba un poco débil por esa época (Cinco meses después moría en el hospital). Hoy voy a volver a ver a mi nena ¡sí!... ¡Soledad!.

De vez en cuando, la llamé por teléfono, después de la muerte de su madre, pero la cáscara insensible que me rodea me impidió establecer nuevamente una relación que estuve evitando (sin quererlo conscientemente) durante diez años. A lo mejor me recibe con una sonrisa, por esa extraña relación que tienen los hijos con los padres, me refiero al hecho de que les perdonan cualquier cosa.

Dejando la soberbia de lado, espero que ya me haya perdonado tantos años de abandono.

Al estar frente a la puerta de la casa de los padres de Ornela me quede un rato en silencio, recordando ciertos momentos vividos allí.

Entonces toqué el timbre y me atendió una mujer con el pelo blanco como la nieve, de ojos oscuros, tenía la piel cubierta por relieves y una sonrisa que luchaba por permanecer, pero había una melancolía más fuerte oculta en su mirada; era María, la abuela de Soledad.

La note tan cambiada, ya no parecía ser ni la sombra de la mujer que era cuando Ornela estaba viva. Me sorprendió su recibimiento, me hizo pasar al comedor dónde se encontraba don Giovanni (su marido) sentado en el sofá, su apariencia también había cambiado, pero mucho menos.

Me recibieron afectuosamente y yo no podía sacarme de la cabeza que “una sonrisa guarda mil sorpresas”. Con gusto me tomé el café, que había preparado María y la torta de limón que había cocinado, horas antes a mi llegada.

Estuvimos charlando del pasado, María soltó un par de lágrimas cuando hable de Ornela, don Giovanni no mostró ninguna emoción. Me preguntaron cómo me estaba yendo a mí y bueno... le conté que momentáneamente no tenía trabajo, aunque tenía un dinerito ahorrado que me daba hasta encontrar otra cosa. En seguida don Giovanni me ofreció un puesto en su restaurante “Bello Cuore” (el nombre lo escogió Ornela, significa “corazón bello”).

Él siempre quiso que empezara a trabajar en el restaurante, para que Ornela no tuviese que presentarse más en el burdel, pero ella siempre le dijo que seguiría trabajando y el viejo ponía el grito en el cielo. No había quién la obligara a hacer algo que ella no quería.

Lo que son las cosas... ahora que todo terminó voy a empezar a trabajar en “Bello Cuore” ¿Ironías de la vida?.

La conversación transcurría hasta que se abrió la puerta de calle y por ella se asomó una chica teñida de rojo fuego, alrededor de los ojos estaba pintada de negro, los labios tenían el color de su pelo, su piel era blanca como la leche. Una campera de jean sobre los hombros, pollera corta y unas botas que le llegaba hasta las rodillas. Por sus ojos vi que era Soledad, pero su mirada era diferente.

Oí a María decirle –“¿No vas a saludar a tu padre?”. Se me acercó, me miró a los ojos y dijo “Hola, Ibáñez”. Su mirada no decía nada y yo no supe cómo contestar. Yo no soy un tipo emotivo, pero un impulso me hizo pararme y abrazarla, sentí sus manos en mi espalda, pero no su abrazo.

Después siguió un –“Estoy en mi cuarto por cualquier cosa” y desapareció. Me volví a sentar y comenté –“Cómo cambió la nena”, don Giovanni contestó –“Su madre influencio mucho en su apariencia” tras esas palabras se elevó la voz de María – “¡Giovanni!” y el hombre mirándola le dice –“¿Qué? No digo otra cosa que la verdad, María. Ésta chica se nos está yendo de las manos y lo sabes, yo lo sé y hasta nuestro yerno lo sabe y eso que la vio sólo dos minutos” María se levantó –“¿Me quieres hacer el favor de bajar la voz? La nena está en su cuarto y te va a oír” – “Y que me escuche, no estoy mintiendo y no le digas nena que más que eso parece...” vi cómo María le voló la cara al viejo de un sopapo, éste la miró con furia y se fue al comedor.

La mujer se sentó con las manos en la cara, yo me acerqué a ella y le alcancé un pañuelo, lo único que me decía era “perdóname” una y otra vez –“Giovanni cambió mucho tras la muerte de Ornelita... Soledad, mi amor... es puro corazón, tiene el alma llena de lágrimas, lágrimas que durante éste tiempo yo he expulsado, pero ella se traga todo el dolor... ¡No mires su exterior con prejuicios, hijo, trata de ver en su

interior!... Tiene mucho de vos, sabes... gestos, reacciones, miradas... Ah, ya lo había olvidado, pero hablando me acordé de una carta que me dio Ornela antes de ingresar en el hospital para vos. ¡Pará que la voy a ir a buscar!”.

Al rato la volví a ver con un sobre en la mano, me extendió el brazo con ella. Había una parte en mí que se rehusaba a agarrar aquel sobre y otra que quería recordar desesperadamente sus palabras. Finalmente me incliné por agarrarla y dije que después la leería si no le molestaba, ella asintió y dijo retirarse para recostarse un poco.

Antes de irse, me mostró el cuarto de Ornela, diciéndome que podía dormir en él.

4

Estaba acostado en la cama, la cama de Ornela y fue como si hubiese atravesado un túnel de recuerdos. De repente vi su cara llena de color. Recordé cosas que vivimos juntos. Recordé el día en que lo hicimos por primera vez en su cama. Recordé muchas situaciones que nos hicieron querer arrancarnos los pelos, todas aquellas memorias por las que luché evitar para no recaer en esa agonía. La odiaba por cómo la amaba. Por cómo su amor me lastimó. Por ser el único verdadero amor que experimenté. El resto de mis relaciones no las vinculaba con esa palabra y todas lo supieron. Puede que ello haya supuesto el que muchas me quisieran demostrar que era amor lo que me unía a ellas.

La carta está sobre la mesa de la cómoda, pero mi inseguridad e incertidumbre no me dejan mover de la cama. Pasaron varios minutos hasta que me decidí, me senté y me levanté caminando hacia ella. Levanté el sobre, miré de ambos lados y en un lado leí “Léela por favor”... ¡qué hija de puta! Cómo me conoce. Me mordí el labio inferior y fui nuevamente hasta la cama con la carta, la abrí y extraje el papel...

Hola Amor mío:

Sabía que ibas a tardar para decidirte, como siempre lo hiciste...

Me parece injusto hablarte desde una posición moribunda, pero enfrentémoslo éste es el caso. No culpes a los viejos, por haberte enterado tarde de mi enfermedad, yo fui la que los obligó a callar.

Te estoy más que agradecida por visitar a nuestra hija. Sé que no estuviste todo el tiempo que hubieses querido estar junto a ella. Déjame decirte que te perdiste lo mejor que me pasó en ésta puta vida. Soledad es el motivo por el que te escribo. Sé que mamá cuidará bien de ella, como lo hizo conmigo. Y bue... papá ya sabes

como es. Si puedo pedirte algo, te pediría que la quisieras. Sé que te pido algo muy grande. Sólo te pido que si llegas a acercarte a ella, hazlo con y por amor.

¡Amor! Una palabra tan grande y tan chica a la vez... Te quise más que a mi vida y menos que a Soledad. Ella se convirtió en mi primer y único gran amor y en éste momento, me estoy odiando por abandonarla tan joven.

Por favor recórdale todo lo que su madre la ama y no le ocultes tu amor, sé cómo te cuesta decir las cosas que sentís. ¡No pierdas el tiempo! Mírame a mí... yo lo perdí.

No tengo más que contarte...

Cúdense, mis amores

Mami Ornela

Y otra vez, como tantas veces anteriores, Ornela me hizo llorar con sus palabras. Era la única que lo lograba, el pozo que me ató entonces parecía abrirse nuevamente bajo mis pies. Las lágrimas me llevaron a sumergirme en un sueño impregnado de su olor, de su sonrisa, de su pelo y de todos sus cuidados.

Alguien golpeó la puerta y al despertar, oí la voz de María diciendo que la cena estaba lista. Me arreglé un poco (aunque seguía pareciendo una piltrafa) pasé junto al espejo del corredor y antes de ir al comedor, me dirigí disimuladamente al baño, me lavé la cara y me senté a la mesa. Había raviolos caseros hechos por Giovanni. Elogié su comida, pero reaccionó un poco cortante. María me miró a los ojos y leí en su mirada la pregunta, respondí asintiendo y ella sonrió. Soledad no levantaba la mirada del plato.

Dos semanas después, yo seguía en casa de los padres de Ornela. A Soledad la veía poco y nada, sólo durante la cenas y a la mañana antes de irse. Empecé a trabajar con don Giovanni de pinche, camarero, limpiador, cocinero, de todo un poco.

Varias veces releía la carta de Ornela. Con quién más hablaba era con María y cuando hablábamos de su hija ya no aparecían lágrimas en sus ojos, sino que ahora los reemplazaba la alegría al recordarla con tristeza, pero no dolor.

Volvieron a pasar dos meses en un respiro, todo seguía igual.

Era de noche y yo estaba sentado en las escaleras, de enfrente a la casa con un cigarrillo en la mano, bajo las estrellas. Había una brisa refrescante que me envolvía y en eso veo llegar la silueta de una muchacha sobre una bicicleta. Reconocí a Soledad y me levanté a saludarla –“Pense que a ésta hora ya estabas en la cama”. A lo que me respondió (como era de esperarse) –“¿Te vas a poner de padre ahora?”

Me parece que ya es tarde". –"Pero...". – "Pero nada... ¿qué te crees? Que con una visita queda todo olvidado, que te respeto como padre a pesar de no saber quien sos. ¡Decime! Te esperabas encontrar con la estúpida que hace tres años te recibió llena de ilusiones, que destrozaste al poco tiempo eh ... ¿Por qué te callas ahora?". – "¡Porque tenes razón!". Me miró sorprendida –"No me quieras hacer creer que estás arrepentido". –"No te puedo pedir nada, Soledad, tenes toda la razón y el derecho de odiarme". Se rehusaba a creer en mis palabras, pero note un diminuto afloje –"No te odio..." dijo al fin. – "¿Entonces?" pregunté. –"¿Qué...?" calló y me pareció ver que retenía un balde de furia, entonces me metí la mano en el bolsillo del jean y extraje la carta de Orneta –"¡Toma!" le dije alcanzándosela. –"¿Qué es esto?" – "¡Abrilo!" concluí.

Se sentó en un escalón y abrió el papel.

Cuando llegó al final de la carta, ví como unas lágrimas caían por sus mejillas y la vi llorar, como nunca había visto llorar a nadie. Torpe como soy me senté junto a ella y le di una palmaditas en la espalda. Ella se giró hacia mí y se hundió entre mis brazos llorando.

Entre el llanto la oí decir; "¿Por qué me dejó? No me quedó nadie, estoy sola. Mis abuelos me odian y lo único que quiero desde el día en que mamá se fue es morirme, así no molesto a nadie...". Me conmovieron tanto sus palabras que empecé a llorar sin decir nada. De repente ví a María acercarse tras oír unos ruidos. Con la mano la aparte por un instinto, que más que instinto parecía la mano de Orneta queriendo dejar, que su hija se desahogara del todo. María se secó las lágrimas y se tapaba la boca con las manos. –"Mamá me dijo que sea fuerte y que hable con la abuela, pero le fallé... No soy fuerte y me culpé por no cumplir sus deseos y ahora hacen como dos años que se fue y es como que en la casa hayan aceptado su ausencia. Nunca se habla de ella y tengo miedo de olvidarla, cuando hablo de ella el abuelo me hace callar y yo no entendía por qué y..." – su llanto era desesperado, pero cuando iba soltando esas penas, parecía calmarse de a poco. Un impulso (que creo "propio") me llevó a darle un beso en la frente, se secó las lágrimas y me miró largo y tendido a los ojos, me pareció ver a Orneta, después se volvió a apretar contra mí.

Finalmente sus abuelos se acercaron y la abrazaron, yo me retiré sigilosamente, en el bolsillo del pantalón me llevaba el papel con la letra de mi Orneta y las lágrimas de mi hija.

Al día siguiente vi a Soledad sentada en el jardín, me vio y me llamó – "¡Acá está enterrada mamá!" dijo señalando la tierra junto a unas margaritas, me

sorprendió y continuó diciendo –“Cuando estaba por irse al hospital, la noche anterior me sacó de la cama y me trajo acá, tenía una tijera en la mano, se sentó en el pasto y me sentó sobre sus piernas. Me cortó un mechón de pelo y se cortó uno a ella misma y con el cordón de su zapato los ato y los enterró acá. Me dijo que nunca íbamos a estar separadas y que cuando estuviera sola o me sienta así, que viniese a éste lugar y ella me oiría”

Me agarró de la mano y la seguí a la cocina, dónde estaban sirviendo el desayuno.

5

Sobre la mesa habían pancitos de manteca, mermelada casera, queso, salame, leche, café, cocoa... todo tenía una pinta bárbara.

Soledad se sentó junto a mí y cuando terminó de comer se me prendió del brazo. A mí me quedó por terminar el café (que estaba delicioso). En las artes culinarias los viejos eran difíciles de superar.

De repente don Giovanni, que siempre estaba callado dijo algo que nos sorprendió a los tres, bueno... las mujeres se sorprendieron más a decir verdad, porque yo sé lo que es ser un asno de pocas palabras y ser más frío que un témpano.

- “¿Te acordas, María de cómo le gustaban los panes con manteca y la mermelada, que vos hacías, a la nena?” A lo que ella le respondió – “Sí, claro que me acuerdo.”

Quise ayudar al viejo en desempolvar recuerdos y de alguna manera ayudarme a mí también a lograrlo -“¿Se acuerda, don Giovanni de lo que le respondía Ornella cuando le pedía usted ayuda en la casa?” –“Claro que sí, la muy atrevida me decía - Si podes contratar a obreros, quiere decir que lo podes hacer sólo-”. Soledad dijo que no entendía y el abuelo le respondía que él tampoco sólo la recordaba decir eso e irse conmigo. Todos rieron, yo inclusive.

- “¡Sí! tu padre fue el único que logró enamorar a tu madre, Soledad ... No sabes cómo estaba al conocerlo, nosotros creíamos que le había dado alguna droga porque era una relación extraña, vivía cantando y con esa sonrisa tonta que tienen los tortolitos, pero la prefería a la cara de tristeza que la reemplazaba cuando se peleaban, venía llorando a mí diciendo que todo se había terminado y yo le decía que todo se volvería a arreglar, se ve que me creía porque alegraba la carita al tocar el tema ... ¡Contale, gordo!...” – insistía María tocándole la mano –“... de cuando la nena te dijo de irse de casa con el novio “tu papá”...” – dijo mirando a Soledad - “... a acampar.”

“-Una mañana que me vio de buen humor... ¡era viva la loca! Se me acercó y me dijo -papá ¿me das permiso de ir con un amigo a acampar?” se me saltó la vena.

¿Cómo una Paladino se iba a ir a pasar la noche con un desconocido?...".

En ese entonces, mi suegro no sabía cómo había conocido yo a su hija, pero tampoco se lo aclaré. Me puedo imaginar su reacción al enterarse, de que su única hija bailase desnuda frente a masas de hombres hambrientos, sino murió entonces es porque el viejo es inmortal - "... Obviamente no le di el permiso, lo mismo dio... se fugó durante la noche y a la mañana siguiente, la agarramos entrando a hurtadillas por la puerta de la cocina"- terminó de relatar don Giovanni.

Reímos todos otra vez y así seguimos de recuerdo en recuerdo. Soledad sonreía con la frescura que lo hacía su madre.

Terminamos el desayuno y sacamos la mesa. María se fue a lavar los platos, don Giovanni se fue al restaurante y yo me senté en el comedor con Soledad.

Ella leía un libro y yo la contemplaba - "¿Soldad?" . "¿Sí?" contestó mirándome. -"Van a ser tres meses que estoy acá" dije como disculpándome por lo que venía a continuación -"¡Sí! tanto tiempo ya, parece como si hubiese sido ayer cuando llegaste". No supe cómo enfrentar a esos ojitos -"¿Qué pasa?" me preguntó. -"Que es hora de irme" respondí de la manera más bestia posible, pero su reacción me dejó helado -"Bueno" dijo desconcertándose y prosiguió "¿A dónde vamos?" - "Bueno... pensaba en irme sólo...". Efectivamente las palabras no eran lo mío "-... y que vos te quedaras acá con tus abuelitos, que tan bien te cuidan y ahora están mejores las relaciones ¿no?" Su mirada era idéntica a la de Ornela cuando la dejé (me refiero al día en que nos separamos). No me respondió y se levantó dejándome solo.

La seguí y golpee su puerta -"No quiero hablar contigo ahora ¡andate!" me dijo, pero yo insistí -"Chiquita entendeme..." . -"Me pasé la vida entera entendiendo a los demás ¿y quién me entiende a mí?" . -"Aunque no lo creas yo lo hago, Soledad, yo soy el menos apropiado para criarte ¡Soy un desastre! No sirvo para educar a nadie... Ni sé cuidar de mí mismo".

De repente abrió la puerta -"¿Y quién puede o es que pensas que hay personas que pueden con todo? No necesito a una niñera, te necesito a vos, tengas o no tiempo para mí". -"Pero yo me vivo mudando, no me gusta quedarme por mucho tiempo en un lugar". -"Te voy a ayudar con la mudanza". -"Pero me quedo despierto hasta muy tarde". -"Te haré compañía y si no la quieres me voy y no te jodo". -"Pero...". -"¿Ahora qué?". -"¿Estás segura?" dije notando un brillo en sus ojos. ¡Claro! Con esa pregunta le acabo de dar el SI. Saltó a mis brazos pegando un gritito.

Ahora estoy en la habitación de Orni. En el cuarto que me acogió durante éstos tres meses. No toqué nada, lo único fueron la cama y el piso, para

dejarlo tal cual a cómo estaba. Había una foto de Ornela con un perro, colgado a la pared junto al espejo de la cómoda. Tendría la edad en la que la conocí (diecisiete o dieciocho). Era una foto que transmitía tranquilidad, creo que por eso la colgaron y sé que la colgó la madre porque Ornela odiaba sus fotos y antes no había ni una.

Estoy tirado sobre la cama, después de haber mantenido una conversación con los abuelos, acerca de llevarme a Soledad. María lloró y don Giovanni trató de consolarla diciendo cosas como... -“Es su padre, vieja. Aunque la verdad nunca creí que quisieras ocupar ese roll... – dijo mirándome- ... ¡Vieja! ¿No oíste al chico decir que es lo que Soledad quiere?” Y así pasó el tiempo hasta que María se levantó, dándome la mano y me paré -“¡Cuídala, hijo y como la hagas llorar, voy a buscarte hasta debajo de las piedras!. No te olvides que te llevas a Ornelita y sabes lo que significa para mí” Sus palabras fueron su manera de decir que estaba de acuerdo. Me abrazó fuerte y entonces sentí otros brazos más robustos al abrir los ojos vi a Giovanni.

El sol penetra tan fuertemente por la ventana que me obliga a salir de la cama, miré el reloj y leí que eran las ocho de la mañana. Me vestí y arreglé. Tras tender la cama, subí la valija a los pies de la misma.

Despacio fui hasta el cuarto de Soledad y golpee, me abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, en el piso tenía tres valijas -“¿Todo eso te llevas?” pregunté. -“¡Sí! ¿Es mucho?” -“No, no, está bien” Le sonreí y fui a la cocina. Dónde me encontré con María que ponía la mesa para cuatro, entonces supe que nos quedábamos a desayunar. La ayudé a poner la mesa y cuando ya nos sentábamos, oí la voz de Giovanni llamándome desde su habitación.

Fui hacia él y al entrar al cuarto vi que era chico, una cama matrimonial en el centro y dos mesitas de luz en los laterales y un ropero a los pies de la cama.

Me miró a los ojos y en ellos divisé unas lágrimas aun no producidas, casi susurrando me agarró la mano y me dio un sobre, en ese momento pensé que era otra carta de Ornela, pero en seguida me dijo -“¡Toma, hijo, esto te corresponde! Mire dentro del sobre y quise devolvérselo -“No puedo aceptártelo, don Giovanni” -“Vas a tener que poder, es para mi nieta” Yo era un administrador de mierda y pensaba (déselo a ella entonces seguro que lo cuida mejor de lo que yo lo haría). Acepté el sobre bajo la insistencia del abuelo y recibí un fuerte abrazo que no me esperaba.

Fuimos juntos a la cocina, las mujeres seguían comiendo, pero ya estaban acabando.

La hora de la despedida se acercó. María sólo lloraba abrazada a Soledad, después la abracé yo despidiéndome y agradeciéndole todas las atenciones. Me subí a la camioneta de don Giovanni, ayudando a Soledad y nos alejamos de la casa saludando con la mano. Don Giovanni nos alcanzaba hasta la parada de ómnibus y ahí nos separamos.

Yo llevaba las valijas de Soledad y ella mi valijita.

El viaje en el ómnibus demoró tres horas, en las que Soledad iba dormida y yo leyendo. El ómnibus frenó y desperté a Soledad, nos bajamos y el vehículo se alejó. Empezamos a caminar y le dije –“Ahora a buscar un lugar para dormir...”.

6

El primer lugar que encontramos fue una pensión, pero a Soledad no le gustó. Seguimos recorriendo hasta alquilar uno por fin a la noche ya. Nuestro “hogar” era una pensión chica que tenía baño, cocina-comedor y un dormitorio. Ni bien lo alquilamos Soledad se tiró en la cama quedándose dormida. Yo preparé una sopita, pero cuando le ofrecí no contestó.

Me senté frente a la ventana y tomé una tasa del caldito, que preparé. Ella seguía durmiendo como un ángel, no era intranquila y respiraba normalmente. Agarré el diario y empecé a buscar trabajo, como tantas veces, marqué varios anuncios. Deje el diario sobre la mesa, lavé la tasa y me fui al baño. A los minutos me acosté sobre el sofá y me quedé dormido.

Afuera cantaban enloquecidos los pájaros y frente a mí cantaba una jovencita de doce años con la música a todo trapo, me senté y le pregunté la hora, a lo que me respondió una hora que no conocía estando desempleado. –“¿Qué haces?” pregunté –“Ordenando mis cosas...” –dijo con una sonrisa-... ¿Te desperté?” – agregó.

Pero no... ¿cómo me iba a despertar la radio a todo volumen, ella cantando encima, moviendo las valijas y las cosas que traía dentro y todo frente a mis narices...? Le sonreí y le respondí como se debe en éstos casos –“No, no, tranquila”.

Viéndome obligado a levantarme, me fui a la cocina a preparar café, agarré el teléfono y el diario y empecé con la búsqueda.

Conseguí trabajo en una empresa de electricidad, no me gustaba, pero pagaban bien y ahora tengo que pensar por dos y eso es algo que hago como el culo, aunque por ahora parecen ir bien las cosas. La cosa era qué hacer con Soledad cuando salga de la escuela y yo seguía trabajando. La solución vino de su

boca –“No soy más un bebé y puedo quedarme sola un par de horas”

No me gustó la idea de dejarla sola, pero la dueña de la pensión se ofreció para echarle un ojo mientras yo regresara del trabajo.

Y así pasaron los días. Había anotado a Soledad a una escuela con todos los papeles que me dio María y parecía irle bien.

Pasaron dos meses. Soledad me contaba de la escuela y como le iba, de que estaba feliz por vivir conmigo en el pisito que alquilamos. Lo cual no me gustó mucho oír porque yo ya me quería mudar, pero callé porque hay una diferencia entre “aceptar y tener” una responsabilidad. Yo ésta responsabilidad la adquirí hace doce años, pero recién ahora la aceptaba y eso quiere decir agachar la cabeza cuando decidís por dos.

Pasaron dos semanas más y yo mismo notaba como mi humor cambiaba. Empecé a tomar una botella de vodka que me había comprado hace tiempo, al terminarla empecé con una de whiskey añejo. Soledad estaba en casa de una vecina, pero entró justo cuando me terminé la segunda botella, recuerdo que corrió hacia mí y trato de enderezarme apoyándome contra la pared, se quedó mirándome –“¡No me mires así! – grité sin darme cuenta.

Sentí miedo de su mirada, era igualita a cómo solía mirarme su madre y sentí que no podía, que fracasaría, cosa que nunca me importó, pero ahora todo era diferente. No quería fallarle a ella y era exactamente lo que estaba haciendo.

El miedo y los nervios se hicieron conmigo y yo que siempre me reía de los débiles que vivían atrapados por sus miedos fui recompensado por mi boca.

Soledad corrió a su cuarto y cerró de un portazo la puerta. Yo estaba muy entonado como para seguirla y me semi desmayé.

A la mañana siguiente después de bajarme la jarra de café y tomar como tres aspirinas fui hasta la puerta de su cuarto y no la encontré. Alterado bajé a la recepción y le pregunté a Irma (una vecina) si Soledad estaba en su casa, me respondió –“Está en la escuela, se fue esta mañana con mi hija, como siempre, señor Ibáñez”.

Dos semanas más tarde aprendí a controlar mis ansias con descontrol. Irma me hacía el favor de llevar a Soledad a su casa, dándole la excusa de que tenía que hacer horas extras y yo de mientras me recorría los burdeles, que había por la zona con una botella de compañía.

No volvimos a hablar de “aquella noche” con Soledad, de cuando me encontró borracho en el comedor y le grité. Me comporte como lo que no era y evité el alcohol estando en casa. Todo parecía marchar bien, cosa que no dejaba de inquietarme.

A la noche cuando llegué del “trabajo” abrí la puerta y la vi sentada a la mesa –“Te estaba esperando” dijo seriamente, pase y me senté junto a ella –“¿Irma no...?”. “-Le dije que estabas por llegar y me acompañó hasta la puerta”. –“Ah...”.

Su silencio me dio un poco de miedo y de repente cuando se disponía a hablarme suena el teléfono. Eran sus abuelos (que la llaman todos los Lunes). La deje sola, de mientras me fui a duchar.

Me até la toalla alrededor de la cintura y vi a Soledad mirándome atentamente, cosa que me inquietó un poco, pero traté de actuar con normalidad y me dirigí al armario; saqué un calzoncillo, un short y una musculosa.

Preparé café y le hice una cocoa mientras que le pregunté cómo estaban sus abuelos y me contestó “-Bien, mandan saludos”. “-¿Alguna novedad?”. “-No” respondió.

Me senté junto a ella, poniéndole la tasa enfrente y le pregunté si estaba todo bien, me agarró la mano y levanté la vista hasta encontrarme con su mirada -“¡Quiero mudarme!” No podía creer lo que me decía, después de haberme dicho que se sentía bien acá y que si fuera por ella nunca se iría de aquel lugar. Después de haberme hecho el coco, resulta que dice algo que me deja con la boca abierta. Traté de preguntarle si había algún motivo en especial, pero supo escabullirse con habilidad, de la misma manera en que lo hacía su madre al no querer responderme.

Una hora más tarde estaba oyendo la radio mientras fumaba un puchito, de repente aparece Soledad saliendo de su cuarto y me da el diario “-¡Toma... busca otro lugar para alquilar!”. “-Pero... ¿estás segura?”. “¿Alguna vez me viste bromear?” Ahí tenía razón. Se reía de vez en cuando, pero nunca bromeaba. Al contrario que Ornela, para ella “todo” era un juego.

Empecé a hojear el diario, pero primera vez en mi vida sentía un sabor agri dulce sobre la lengua. Lo que antes era libertad y renovación, ahora había cambiado tras ocupar el puesto de padre “responsable” lo cual me carcomía, aunque sé que nunca podría cambiar mi irresponsabilidad, más allá de que se lo haya dicho antes de viajar. Finalmente encontré un par de anuncios y se los mostré, ella marcó tres de las ocho que subrayé y a la tarde llamé para acordar de ir a verlos.

Dentro de una hora salimos a ver una de las casas. Soledad está encerrada en el baño y cuando intento hablar con ella, llora y me manda a cagar “- Soledad... ¿no quieres mudarte?” dije dubitativo, sólo recibí gratas palabras de su boquita.

Pasó media hora más encerrada allí, me acerqué una vez más y golpee la puerta “- No podes quedarte eternamente ahí adentro” . “-¡Sí que puedo!” me respondió. “Bueno... ya te va a dar hambre... ¡Buenas noches!” dije retirándome.

Tras quince minutos recostado en la cama, volví a acercarme a la puerta de baño, pero ésta vez sin palabras. Pegué mi oído a la puerta y oí un llanto apagado, insistí y le pedí que me abriera. No me contestó y tiré abajo la puerta. Tal vez fui un descerebrado al hacerlo, tal vez tuve que haberlo hecho antes. Lo primero que se me cruzó por la cabeza, fue la desesperación de oírla llorar sin consuelo alguno.

Estaba sentada en el suelo junto al wáter, tenía el maquillaje corrido y se tapaba con una toalla. Me arrodillé junto a ella y le volví a preguntar “-¿Qué pasa, chiquita?” Esta vez me respondió, pero sus palabras estaban llenas de vergüenza. En el fondo me alegré por saber el motivo de sus lágrimas, pero a la vez me dio lástima que haya tardado tanto en lograr decírmelo. “-Con que sólo era eso” dije aliviado.

En momentos como éste me doy cuenta de la falta que le hace Ornela.

Mi hija se había desarrollado. En el instante que me lo dije me pregunté por qué no se llamará Samuel (que sea varón, así evitaba los “temas de mujeres”), lo cual es un pensamiento cobarde. Es el miedo a enfrentarme a ésta jovencita que empieza a descubrir su sexualidad y me aterra pensar que no logre ayudarla en éste momento.

Otra semana pasó delante de mis ojos, desde aquel día en que Soledad vino a mí pidiéndome alquilar otra casa. Cinco de las ocho casas ya estaban alquiladas. Así que hubo que elegir una de las tres que quedaban. Irma lloró cuando se despidió de Soledad, pero ella le prometió llamarla.

La nueva casa era muy parecida a la anterior, pero el barrio era muy diferente. Había más árboles y más chicos jugando en la calle.

Durante la semana que transcurrió en nuestro nuevo hogar, traté de desatarme de la vergüenza que sentía al hablar con mi hija, sobre un tema que no me era para nada conocido, pero ella sencillamente me evitaba cada vez que le mencionaba alguna palabra relacionada con la menstruación, se ponía colorada y me mandaba a callar. Un día logré hacer que me escuchase y en ese mismo momento no se me ocurrió qué decir. Estuve informándome acerca del tema, creo que sé más que una mujer, claro que solamente la parte teórica. Estuve viendo cómo abarcar el tema para mí vergüenza y sobre todo la suya.

Por mí parte, bueno... estoy aprendiendo a tragarme el orgullo y la vergüenza para tratar de que me vea como a un... Bue, no voy a decir que me tenga la confianza como si fuera una mujer, porque para eso hay hechos que demuestran claramente lo contrario. Sólo espero que me tenga la confianza para contarme cualquier cosa, que cualquier duda venga a mí y si llegara a ser que no sé cómo ayudarla averiguaría todo para hacerlo.

Finalmente aceptó lo que le dije y llevamos bárbaro la cosa, bueno... A veces hay algunos cambios de humor, pero eso se debe a que las hormonas femeninas se ven alteradas cuando están en el momento menstrual...

Hace ya dos meses que veníamos majeando la cosa y tengo que ser sincero... Todo va mejor que mejor. Me siento muy satisfecho de ella y de mí mismo.

Era de tarde, el sol brillaba fuerte, pero estaba nublado.

Soledad llegaba de la escuela en una bicicleta roja (la cual le había regalado por todo el tema de que ahora es una señorita y en alguna parte leí que una madre le regaló un televisor a su hija cuando se desarrolló. Yo prefiero un regalo más físico en el sentido de que le sea útil para moverse), paró junto a mí que estaba sentado en el frente de la casa, leyendo un libro de un tal Damián Demú “-¡Deja de leer y subite a andar una vuelta!” dijo dando círculos a mi alrededor “-No sé” contesté susurrando.

“-¿Qué, no sabes...?” Sentí como se reía sin ser explícita. “-¡Sí! nunca anduve” .“-Ah no... ahora lo vas a hacer”. “-¿Qué?”.

Se bajo de la bici y me hizo agarrar el manillar, me subí. Tengo que reconocer haberme sentido ridículo apoyado en el hombro de Soledad temiendo caerme, tanto es así que queriendo hacerme el macho (tras haber aprendido que cuando se está aprendiendo algo, hay que encararlo humildemente frente a lo desconocido) puse el brazo con el que me agarraba de ella en el manillar y fui derecho a parar entre los arbustos. Soledad corrió hasta donde me había estrellado y cuando vio que estaba bien más allá de una lastimadura superficial y diminuta, me sonrió golpeándome en el orgullo diciendo “-Me parece que va a ser mejor ponerte las rueditas de principiante”

A la semana ya íbamos a todas partes con la bici. Yo me compré una naranja-verde (Bue... a decir verdad el color no fue lo que me atrajo sino el precio). Uno siente tanta libertad andando en bicicleta. No sé cómo explicarlo, es una mezcla de bien estar físico (porque exige respirar profundo) y paz mental (si logras olvidarte de todo por un minuto, eso a mí me sale de la nada) al conseguir combinar éstas dos cosas te sentís increíble.

Creo tener una buena relación con mi hija, más allá de ser la primer relación que tengo con alguien y ta... más allá de los típicos conflictos que eso despierta, va todo bien.

Ninguno de los dos es muy charlatán, pero sí comunicativo. Bueno... yo no voy a ella y le cuento mis penas, pero ella ahora sí acude a mí frente a un mal físico o mental.

Soledad despertó quejándose de dolores en la panza, yo llamé en seguida a un número de emergencias y me preguntaron los síntomas. Dije que había vomitados tres veces, tenía fiebre alta y grandes dolores en la barriga. Querían saber de qué lado provenía el dolor y me dijeron “-¿Proviene del lado derecho?” con lo bestia que yo era, me quedé sin saber qué hacer. La mujer me dijo qué tenía que hacer para averiguar.

Al hacer lo que me indicaba y decirle bien cada cosa que provocaba, me comunicó que una ambulancia ya estaba en camino y me puse nervioso. La mujer me explicó que al parecer, por los síntomas que le había dicho, padecía de apendicitis y que en la ambulancia averiguarían el diagnostico superficial y que si se comprobaba la internarían de inmediato, acudiendo a la cirugía dejándola ya curada.

Traté de mostrarme despreocupado frente a ella que me miraba con los ojitos llenos de lágrimas, trataba de tragarse el llanto y casi lo lograba... Es el vivo retrato de Ornella.

Por fin llegó la ambulancia y salí de la casa, para que me encontraran fácilmente. Entonces les señalé, en dónde se encontraba mi hija; eran tres hombres, uno parecía ser el médico por su túnica blanca, los otros dos parecían ser enfermeros.

Al llegar a la habitación, donde estaba Soledad recostada en la cama, el de la túnica blanca se agachó junto a ella “-Hola, señorita”. “-Hola” dijo ella agarrándose la panza. “-¿Dónde te duele?”. “-¡Acá!” dijo mostrándole. El hombre puso sus manos sobre la panza de Soledad, buscando exactamente dónde se quejaba. Después le sonrió y le dijo “-Bueno señorita, ahora te vamos a llevar al hospital para ayudarte a dejar ese dolor en el pasado ¿sí?”. “-¿Qué me van a hacer... qué tengo?” preguntó secándose las lágrimas. “-¡Tranquila! Tenes apendicitis que es una inflamación del apéndice intestinal, es normal y no tiene riesgos. Te llevamos para operarte y después vas a ver, que éste dolor solo fue un mal sueño ¿de acuerdo?” Ella asintió con la cabeza. Los otros dos entraron una camilla y la cambiaron, de la cama a la camilla, la sacaron a la calle y al subirla al vehículo, me senté junto a ella agarrándole la mano y note cómo temblaba “-¡Tranquila! Chiquita el doctor dijo que no te tenías que preocupar”. Una lagrimita corría por su mejilla y yo la detuve para que no cayera al suelo. Le apreté con más firmeza y cariño la mano, sonriéndole y con la otra mano le aparté el flequillo de la cara. Ella me sonrió y me dijo “-Te quiero, papá”. Fue la primera vez en que me decía algo así e inclusive me llamara papá.

Pasaron tres horas y Soledad ya estaba en un cuarto, recuperándose. Dormía plácidamente. Yo estaba sentado junto a su cama, en una silla muy incómoda, pero verla tan tranquila me hizo olvidar mi incomodidad. Le acaricié la mano izquierda.

El cuarto era chico, pintado de amarillo y tenía las cortinas blancas como las sábanas.

Cada tanto entraba una enfermera vestida de azul, a vigilar el estado de Soledad.

Era linda la muchacha y al irse me dejo soñando con su cara al cabecear.

De repente desperté, al sentir que me tironeaban de la camisa, era Soledad que me miraba como perdida. Llamé al médico y vino en seguida, dijo que era normal, que se estaba despertando de la anestesia.

Al día siguiente ya le habían dado el alta y estábamos de vuelta en casa. Soledad llamo a sus abuelos, para informarle todo y de paso me dio el tubo y me putearon de arriba abajo, por no haberlos llamado cuando ella estaba internada. Les respondí que no los llamé, porque no estaba en mí, que pasé tal vez por las peores

horas en mi vida (y sí que pasé malas horas eh) y que no tenía cabeza para acordarme de nada que no sea mi hija. Que era una operación sin riesgo alguno, según me dijo el médico, pero no dejaba de ser una operación la cual siempre conlleva riesgos. Del otro lado del teléfono no oí ni MU.

9

Conforme iban pasando los años, cambiaba el cuerpo de Soledad (casi día a día). Aquella niña a la que le había brindado mi “protección” años atrás, ahora era una mujer. ¡Tendrían que verla! Si bien se parecía mucha a la madre además de mentalmente porque era igual de testaruda, igual de histérica y en mi apreciación, más adorable y encantadora (¡No me malinterpreten! Con su madre dormía por una atracción sexual y más profunda aun, pero el lazo que me ataba a Soledad era completamente diferente... se podría decir que más sincero y con esto no quiero ofender a la memoria de mi querida Ornela). Tiene un cuerpo envidiable, la loca y se me hincha la vena cuando veo como la miran, los hombres con intenciones que conozco perfectamente, por haber mirado a las chicas de la misma manera. No quiero ni pensar en el día en que se aparezca con un noviecito. Tuvo varios, no crean, que la convertí en una monja, para nada. Pero por ahora no presentó a ninguno como su “novio” si entienden a lo que me refiero.

Fueron seis años los que pasaron, en los que nos mudamos más de veintitrés veces. Por la misma razón, Soledad me echó varias veces en cara el no tener amigos, pero tras largas caras y oídos sordos que aprendí a hacer, nos reconciliábamos.

Era el último año Liceal de Soledad, sacaba la nota suficiente para pasar y yo la envidiaba “sanamente” porque volé del Liceo mucho antes de empezar.

Ahora empecé a laburar en una papelería “Papelitos” (se mataron con el nombre). Estaba bien era embolante, pero traté de controlar a “las hormigas” porque quedaban tan solo unos meses para que terminara el año y no quería someter a Soledad a más estrés del que ya tenía. Estaba con sus últimos exámenes y de paso aprovechaba para estresarme a mí.

Eran las nueve de la noche y volvía a casa, después de estar más de catorce horas parado (bueno... cuando la dueña no miraba, me sentaba lo cual nunca era más de tres minutos). Abrí la puerta y grité que había llegado. Dejé las

llaves y la billetera sobre la mesa y me dirigí al cuarto de Soledad. Al golpearle la puerta se abrió, porque estaba entreabierta nada más y lo que vi me dejó sin palabras. Mi nena estaba en la cama con un tipo, que no conocía, en plena acción y yo reaccioné de la peor manera posible. Le grité al guacho que saltó al verme y le tiré la ropa, que supuse era de él. Abría la puerta de calle y lo eché.

Soledad recostada en la cama, tapándose con la sábana. Me miró y se empezó a reír. Lo cual por un lado me dejó helado y por el otro me hizo ver lo ridículo que actué “-¿Por qué te reís?” le pregunté finalmente ¿Y saben qué me contestó?

“Porque solo necesitaba relajarme y vos reaccionaste como el típico padre conservador y celoso, que se encuentra a la hija con un chabón haciendo el...”. “-Ya entendí... ¿cómo que chabón?”. “-¿No te creéras que me voy a casar con él?”. “-No no, claro que no”.

En ese momento entendí, lo que sentían los padres de los hijas que me encontraban en la misma situación y de repente me sentí viejo.

Había bolsas de comida China sobre la mesa (las que compré al salir del laburo), estaba sentado en una de las sillas del comedor y Soledad en otra. Ella comía sin vergüenza alguna y encima tenía razón. Creo que fue lo que más me molestó, porque yo me sentía rarísimo, era como estar avergonzado y ridículo a la vez. Yo comía sin abrir la boca, no quería decir algo incorrecto en aquel momento tan embarazoso para mí.

De repente ella alzó la vista y me miró con piedad. Cosa que me hizo sentir peor, siempre creí que era un padre canchero y que reaccionaría “cool” (como dicen los chicos) frente a las cosas y ella aprovechó ese momento para enfrentarme a esos machistas y retrógradas que odié toda mi vida, siempre los repudié, pero la reacción que tuve fue definitivamente influenciada por el entorno que me rodeó toda mi vida y ese miedo a lo desconocido) y preguntó “-¿Seguís enojado por verme por primera vez con alguien en la cama?”. “-¿Cómo que primera vez?”. “-Sí, no te habrás creído que era virgen hasta el día de hoy...” me dijo sonriendo y a mí no me salían las palabras, no sé cómo le llegué a decir “-Nooo...”. Otra reacción totalmente machista. Me dio un beso en la mejilla y se fue a su cuarto.

Levanté los tachitos de cartón, que quedaron de la comida y algunos los tiré otros los guardé en la heladera. Lavé las cosas que usamos y salí a la calle a tomar un poco de aire, mientras aprovechaba para fumarme un cigarrito.

Me quedé pensando en todo lo vivido hasta el momento y eso que no soy un tipo

sentimentalista que se pone a recordar el pasado. No sé qué me pasó... fue como si fuera más fuerte la emoción que yo.

Recordé los seis años junto a ella, cuando sus sonrisas eran solo mías y ahora no sé a quien más se las regale. Recordé el tiempo, antes de que Soledad se mudase conmigo. A las noches sin control. A la gente que mandé a cagar sin pensar en las consecuencias. En el rostro de Ornella, en su carta y finalmente en su hija y la mía. Entré nuevamente a la casa con el tercer pucho ya acabándose.

“-Pensé que estabas acostado ya en tu cama” dijo al verme “-No, fui a dar una vuelta”. “-Siempre fumando eh...” dijo sacándome el pucho ya acabado de la mano.

No había dicho esto, pero hace cuestión de un año, me internaron por un problema en el pulmón izquierdo y ante la preocupación de Soledad le contesté tontamente “-Me queda el otro”. Yo tenía cierta tendencia a discutir, pero preferí la ironía en ésta oportunidad. Ella me miró de soslayo con los ojos un poco rojos y me contestó “-No te estoy diciendo que lo dejes, papá, sólo que no fumes tanto. Te quiero vivo por unos años más” y ¡sí!, así me dejó.

10

La habitación estaba a oscuras y yo descansaba con los ojos cerrados, de repente sentí la mano de una mujer, la mano era chica y fría lo cual me hizo notar en seguida que era Soledad.

No me quería levantar de la cama, me sentía a gusto, pero ella no trató de que lo hiciera, sencillamente se sentó en la cama con las piernas cruzadas y me sonrió diciendo “-A ver si te gusta...” levantó un cuaderno que tenía apoyado sobre sus piernas y empezó a leer en voz alta...

“Estoy parada frente a vos, aunque no puedas verme estoy acá
Lo único que tenes que hacer es darme tu mano y aguantar por siempre
¡Agarra la esperanza y cree fuertemente en ella!
No importan los errores que hayas podido cometer
No importa la diferencia que puedas ver
La vida se trata de vivir y dar amor
La educación es una señal de amor
La atención médica es una señal de amor
Estamos tan cerca del amor, pero el odio...
Está más cerca de la ignorancia y siempre tendemos a la violencia

Vine a ti para recordarte que a menos que el aliento que aspire sea el último NADA
habrá terminado aun para ti
Siempre podes retornar al lugar en el que empezaste
No te dejes derribar por un hundimiento
Porque siempre podes nadar hasta la superficie”.

Frenó y se quedó mirándome a los ojos como esperando una respuesta “-¡Es hermoso! ¿de quién es?” pregunté tras la curiosidad que despertaron en mí aquellas palabras. Cuando me respondió, sentí que la curiosidad era reemplazada por el asombro “-¡Yo!” . “-¿Desde cuándo escribís?” pregunté anonadado. “-Hace dos años” respondió inclinándose. “-¿Por qué...? No deja...”. “-Queres saber por qué no te lo dije antes. No sé... tal vez porque no te tenía confianza o quizás por miedo... Miedo a que te parezca estúpido y vació lo que escribo ¿entendes? Invierto mucho en esto y me es algo importante, pensar en que a alguien pueda no gustarle y me lo diga me hubiera lastimado... ¿Qué puedo decirte? ¡Soy una cobarde! Y aunque me enferma reconocerlo es algo que no podía cambiar”.”-¿Y por qué me lo decís ahora?” pregunté una vez que me habló de ese miedo. “-Porque cambié y confío en vos”.

Pasaron dos semanas y Soledad ya finalizó de forma óptima el curso Liceal, se sentía feliz de tener al fin vacaciones y aprovechó su alegría y energías para ayudarme a hacer las valijas. A las tres horas nos mudamos de casa. Ésta nueva tenía un fondito y dos habitaciones, baño y cocina también obviamente. Habíamos visto el anuncio en la vuelta del Liceo, mientras nos tomábamos un cafecito juntos.

Ya dejamos otro mes detrás, en la nueva casa. Me fui hasta el fondo y me senté en el pastito, Soledad estaba recostada sobre una toalla tomando el sol y yo le pregunté si me mostraba las cosas que había escrito. En el fondo me sentí un poco avergonzado de mí mismo (advierto que esto de cuestionarme cada cosa, no me pasaba antes de tener a Soledad) porque si bien ella no me dijo nada, lo hacía por algo que ahora comprendí. Por miedo a mi desinterés no me los había mostrado antes, porque ya hace mes y medio que me leyó aquel poema y significan mucho para ella. Por mi estupidez de no saber pensar en otra cosa que no fuera yo mismo, no le había dicho nada. Le empezaron a brillar los ojos “-¡Sí... pará que los voy a buscar adentro!” y desapareció, apareciendo unos minutos después con una pila de cuadernolas que puso junto a mí “-Podes leerlos cuando quieras”. Me quedé con la boca abierta al ver la cantidad de cuadernos y le sonreí.

Recién habían pasado dos días y ya me había leído la mitad de los cuadernos que me dio Soledad. Tengo que decir, que la loca sabe atrapar al lector y tiene una hermosa manera de escribir sus cuentos, canciones, ensayos, etc. Me hizo sentir más orgulloso que sus años en el Liceo, porque es otra clase de lección, de manera de ser. En sus cuentos era ella misma, sin frases hechas, sin previo estudio alguno y era hermosa. Me hizo llorar varias veces y el hecho de que me haya permitido leer sus cosas, significa mucho para mí.

No me pidió opinión alguna, dejó pasar hábilmente el tiempo.

Al día siguiente, en la noche, fui hasta su cuarto. Me senté en su cama con la pila de cuadernos, que me había dado tres días atrás. Me miró un poco dormida y prendiendo la lucecita de la mesita de luz, le empecé a decir...

“Ay mi amor...
Te sostengo entre mis brazos y veo tus ojos
La noche se nos unió
Las estrella velan sobre nosotros
No te di la vida, pero vos me la diste a mí (...)”

... y callé porque se me volvió a hacer un nudo en la garganta, solo sonreí.

A Soledad se le habían llenado los ojos de lágrimas, porque lo que le dije era una de sus poesías, que me había quedado grabado en la memoria. Se sentó y me abrazó, sentí su cuerpo como vibraba exactamente igual a como lo hacía seis años atrás.

Tengo que reconocer que a mí también se me pianto un lagrimón, cuando con un hilito de voz me dijo “-Te quiero, papá”. Era como si esa poesía viniese de mí sin ser yo poeta.

Le di un beso en la frente y me fui apagando la luz. Me fui derecho a la cama.

“-Buen día... acabo de llamar al dentista por un dolor de muela que tengo ¿me quieres acompañar?” me preguntó Soledad, agarrándose la mejilla derecha. “-Sí, sí” respondí extrañado de que a su edad aun me quiera a su lado frente al dentista, aunque por otro lado no, éstos años juntos nos llevaron a todas partes unidos. No suele hacer cosas sin mí, si bien es muy independiente cuando tiene oportunidad de tenerme a su lado la aprovecha. “- A las cinco de la tarde salimos ¿Sí?” me dijo y yo asentí.

Ya eran las cinco, Soledad estaba en el baño peinándose y desde ahí me gritó “-Ya voy...” La esperé sentado en el pasillo, hasta que la vi acercarse a la puerta con la cartera y nos fuimos caminando hasta la parada del ómnibus. Al subirnos a uno, que justo pasaba cuando llegábamos, tuvimos que ir parados porque no había asientos libres. En la tercer parada, se bajó una parejita que iba sentada y los asientos quedaron vacíos frente a nosotros, Soledad se sentó junto a la ventana y yo en el pasillo (no en el pasillo sino junto al pasillo... sé que no hace falta explicarlo, pero nunca se sabe vio).

Sólo viajé una parada sentado, porque vi a una mujer embarazada que viajaba parada y nadie le dio el asiento (nosotros estábamos sentados al fondo del omnibus). Me paré llamándola y deje a todo el mundo alrededor avergonzado. Ella se sentó agradeciéndome con una sonrisa. Me agarré de uno de los fierros y viaje así el resto del viaje.

Estábamos en la clínica, esperando a que nos atendieran. Era un lugar muy chico y con pocas ventanas.

Soledad sacó de la cartera un libro y yo me agarré una revista de las que había sobre la mesa. A los diez minutos la llamaron y entró a atenderse.

En el viaje de vuelta me explicó qué tenía y qué le hicieron. Tenía una caríe en la muela y con una máquina asquerosa le cavaron la muela hasta que no quedara más rastro de la caríe cubriendo el agujero después con un empaste y listo.

Entre a casa con una mujer pelirroja (teñida) de cejas oscuras y anchas, bastante narigona, tenía ojos claros. Era muy sospechosa y tenía unas caderas que sacaban el aliento. No terminé de entrar cuando ella estaba como enloquecida besándome, primero me quería fijar si estaba Soledad en casa, pero me distrajo. Yo esperaba que siguiera en el cine como me había dicho ayer que lo haría.

Estabamos en la cocina porque le quería servir un vaso de vodka, pero obviamente no me lo permitió; me sacó la camisa descociéndome los botones y me besaba como una desesperada, mientras me desabrochaba los pantalones. En ese momento vi salir a Soledad de su cuarto. Yo me encontraba con la pelirroja tras el pasa plato, pero ella estaba oculta, agachada (si entienden lo que digo). Ella no se había percatado de la presencia de la pelirroja hasta que ésta la oyó hablar “-Hola, papá, pensé que llegabas más tarde” dijo un poco cansada. “-Y yo pensé que estabas en el cine” respondí aturdido. “-Con que tenes una hija ¿o es otra amante?” dijo la pelirroja. Yo la tironeé de la manga y Soledad en seguida dijo “-Ah perdonen la interrupción” y sin más se fue a su habitación. Oí música venir desde su cuarto, pero no estaba alta. La pelirroja emprendió de nuevo los besos y yo la aparté, diciéndole que no me sentía con ánimos de seguir adelante. Fue la manera más diplomática que se me ocurrió decir el no volver a existir. La acompañé hasta la puerta y volví a la cocina a preparar algo de cenar.

A las diez de la noche le golpee la puerta del cuarto a Soledad avisándole de que la cena ya estaba lista y ella asomó la cabeza diciendo que ya venía.

Tendí la mesa con los cubiertos, dos platos y dos vasos, llevé la olla con los fideos y una salsa blanca con pedacitos de jamón que había preparado.

La cena fue silenciosa hasta que ella se empezó a reír sin más “-¿Qué pasa?” pregunté asombrado mientras comía un bocado. “-Nada... es que me estaba acordando de tu cara cuando salió tu pelirroja de debajo de la mesa” su risa me contagió y seguimos toda la noche bromeando y carcajeando.

13

Mi hija cumplió diecinueve años ayer. No lo festejó a lo grande, sólo invitó a un par de compañeros y según pude ver con uno de ellos se llevaba bastante bien, pero cuando quise acercarme para conocerlo un poco con la excusa de charlar con todos, ella me echó.

Cuando la noche se cerró sobre la casa, Soledad se acercó a mí avisándome (porque no era un permiso lo que buscaba) que se iba a ir con los chicos a bailar.

¿Y qué iba a hacer yo? Seguro que no aceptaría una negativa de mi parte y por otra parte ya tenía una edad en que me quería demostrar constantemente que podía cuidar de sí misma. Me dejó (como quién diría) pagando, me dio un beso y se fue junto a los otros.

Ya eran las tres de la mañana yo estaba en la cocina, traté de mirar un poco de televisión, oír música y leer un poco, pero los nervios no me lo permitieron. Soledad no había llegado aún a la casa y yo ya me imaginaba lo peor porque nunca estuvo hasta ésta hora en la calle.

Creí volverme loco al no saber en qué condiciones se encontraba cuando por fin a las tres y media de la madrugada se abre la puerta de calle y Soledad entra...“-¿Estás bien?” pregunté nervioso. “-Sí, claro” respondió sonriendo “-¿Y no me pudiste haber llamado por teléfono?” me quiso responder, pero bajo la mirada “-Perdóname, papá, no me di cuenta de la hora”.

Yo estaba con los nervios de punta, no ocurriéndoseme nada mejor empecé a levantar la voz. Ella me respondió de la misma manera, tras un portazo no se oyó más nada.

Estaba mirando el techo, mientras estaba acostado en mi cama arrepintiéndome de la reacción que tuve con Soledad. Deje pasar media hora y apague justito el despertador antes de que empezara a sonar, me levanté yendo al baño y al finalizar me fui a la cocina a preparar café, tosté pan y puse la mesa.

Fui hacia la puerta de su cuarto, pero al golpear no me respondió. Abrí y vi la cama tendida. Me senté a la mesa y empecé a desayunar. Decidí dejar todo tal cual lo había arreglado, así cuando ella volviese lo vería.

Me puse los zapatos, me terminé de arreglar frente al espejo y me fui al laburo. Llegando al trabajo me encontré con Cecilia, quise safar delicadamente, pero esa es una cualidad que no poseo “-Epa... ¿jugando a la mancha con tu amiga?” dijo osada “-No veo a ninguna alrededor” respondí crudamente “-Auch!” dijo haciendo pucheritos, bajando el labio inferior. Algo tengo que dejarle... será pesada, no muy inteligente, etc., pero tiene unos labios como sopapa que me atraían para acallar a mi frustración.

Sentimos los golpes de alguien a la puerta y nos levantamos abotonándonos la ropa. El que nos avisó era el limpiador Adolfo, un buen tipo que aun vivía con la madre y era virgen, me hizo la pierna avisando que se acercaba el jefe.

Ahora trabajaba en una fábrica contaminante y sentía en mis propios pulmones toda la mierda, los residuos altamente contaminantes que expulsamos al mar. Me odié por hacer aquel trabajo, no duré mucho en el, a la semana antes de

terminar la jornada y querer renunciar, fue el mismo trabajo el que me despidió derecho al hospital. Me enteré de todo lo que sucedió por Cecilia.

Ella me acompañó en la ambulancia y trató de comunicarse con Soledad, pero me dijo que no la encontró. Sin embargo creo que sí lo hizo, pero ella se negó a venir, la entiendo y no la culpo. Fui un estúpido la última vez que cruzamos palabras.

Cecilia me dijo que sufrí un desmayo, por los gases que respiraba en la fábrica.

Pensaban que no era nada “serio” y que me recuperaría fácil, pero tras unos estudios que me practicaron, descubrieron una sombrita sospechosa en uno de los pulmones. No están seguros de lo que sea, yo creo que es un tumor o a lo mejor un cáncer... no sé porque se hacen tantos problemas en mencionarlo si es así.

A la tercer noche de estar internado abrí los ojos y frente a mí, vi a Soledad con los ojos llenos de lágrimas. Traté de hablarle, pero en vez de eso le susurraba, no sé qué me habrán hecho para hablar tan bajito.

Ella se acercó más y le dije “-Viniste, chiquita” ella se enderezó y me miró a los ojos “-¿Cómo no iba a venir?”. “-Pense que no me querías ver” dije lentamente, me cansaba hablar. “-Recién me enteré, me acaba de llamar Cecilia. Te quise hacer pagar por... por idiota yo... y no terminaba de oír a Cecilia cuando me lo trataba de decir, por eso tardé tanto”. “-Mi amor... siento tanto que seas tan igual a mí”. “-Yo no, me gusta ser como soy, no tenes que sentir nada... sólo es ésta estupidez, ésta testarudez” dijo llorando “-¡Igualita! La estupidez como le decís la heredaste de mí y la testarudez de tu mamá... Agua” dije sintiendo seca la garganta “-¿Quieres tomar agua?”.

Me sirvió un poco de agua en un vaso que había en la habitación y lo tomé.

Después le agarré la mano y me dormí.

14

Al mes siguiente me dieron el alta, los muy ignorantes no pudieron detectar que era la sombra en mí pulmón.

La casa era otra, ni bien llegué me sentí renovado y feliz entrando con una silla de ruedas que empujaba Soledad. Me llevó junto a la cama y me ayudó a sentarme en la cama. Ya podía hablar mejor y le pregunté a qué se debía el cambio, sonriendo me respondió “-Ya llevábamos cuatro meses en la otra casa, yo aguanté un mes más de la cuenta, porque me la pasaba contigo en el hospital y no podía cortar el contrato y llevarme todas nuestras cosas al hospital, así que quedó un mes como alquiler de despensa más bien”. Pobre criatura... ahora también le contagié mi

histeria de mudarme. “-Aha... otra cosita... ¿me traes un pucho por favor?”. “-¿Me estás jodiendo, papá? Acabas de venir con un problema en los pulmones... ¿por qué reís?... Ah... ¡No me hagas eso!” dijo con los ojos colorados “-Perdón, chiquita, estaba bromeando, pero me pasé... Te ves tan linda enojada, es como ver a...”. “-¡Tranquilo, papá!”. “-Es como ver a tu madre”.

A la tarde se acercó Soledad con una bandeja “-¡A comer!”. Traía una sopa de verduras, algunas pastillas y un vaso de agua.

Así pasaron los siguientes siete días y aún no me dejaba salir de la cama.

La guita que estaba ahorrada se me estaba acabando y no sabía cómo decírselo a Soledad. Hasta que finalmente se lo dije y así fue cómo ella empezó a trabajar hasta que yo pudiera estar nuevamente de pie. Al principio quiso convencerme en usar la plata que me había dado el abuelo, pero me negué a usarlo como tantas veces anteriores. Era plata para ella y no para los dos, yo estaba acostumbrado a bancármela, pero no estaba dispuesto a ver que cuando ella necesitara la plata le faltara. Trabajaba de camarera y decía que le gustaba. Le pidió a Flor una amiga suya del Liceo que cuidara de mí. Como si yo fuera un bebé y necesitara niñera. No me podía hacer el vivo con la muchacha, primero porque la conocía desde que era una niña y segundo porque no va “hacerse el galán (castrado)” que era como me sentía, con la gurisa.

Flor era un amor, me aguantaba el mal humor constante que desprendía al no poder valerme por mi mismo, tenía mucha tos y a veces mal estar respiratorio. No tuve una sola oportunidad de darle una pitada a un puchito, porque cuando no estaba Flor, estaba Soledad y viceversa.

Otro par de semanas volaron de mi calendario y cada vez me sentía mejor, cosa que atribulaba la mente de Soledad, porque sabía que en la mínima oportunidad que tenía de estar sin supervisión de nadie caería nuevamente en los brazos de la nicotina.

Llegó el día que tanto temía, la llamé “-Bueno chiquita... ¡Muchas gracias por tus cuidados y los de Flor, pero ya me encuentro bien... Vos misma me ves y si no empiezo a laburar me voy a volver loco” dije decidido para no dejarle espacio para un “pero”, igualmente llegó “-Pero...”. “-Pero nada, Soledad, no me puedo quedar más en cama y necesito salir de acá”. “-¿Qué quieres hacer?” me preguntó y no supe qué contestarle.

Justo tocaron el timbre y se fue a atender, era Flor que venía a reemplazar a Soledad, miré a mi hija recordándole la conversación que mantuvimos y dijo “-Flor ... gracias por todo, pero creo que ya puede estar solo”. “¿Con que por fin la

convenciste eh?” me dijo la chica y yo le sonreí.

Soledad trajo tres tasas al comedor y una jarra con café y entre unos pastelitos que había cocinado Soledad a la mañana, nos sumergimos en una extendida charla.

Flor era una muchacha realmente atractiva y varias veces noto mi mirada de viejo verde insistente a la que respondía sonriendo como diciendo “¡Hasta ahí!” Nuestro “affäre” (relación fugaz) no pasó de ahí.

Se quedó para cenar y después de cenar y más charla se fue a su casa.

Un nuevo día me despertó. Fui al baño y me di una ducha. Me vestí y fui al comedor, dónde empecé a buscar arduamente los cigarros “-¿Es esto lo que buscas?” dijo Soledad con un paquete de cigarros en la mano. Me sentí como un nene buscando una excusa que dar y respondí “-¿Qué? no no... estaba buscando un... un... un libro”. “-No hace falta que me mientas, sé que es difícil, pero perdóname mientras pueda evitar que fumes lo haré”. “-¡Esta bien, Soledad!” me senté en una silla y prendí la tele.

15

El año pasó en un abrir y cerrar de ojos. Ya hace más de nueve meses que salí del hospital y tal vez gracias a Soledad que no me deja fumar me sienta mejor.

Hace poco me llevó (sí, me llevó, porque no me hubiese creído si le hubiera dicho que fui) a la clínica a hacerme una placa y según ellas demostraban parecía estar mejor.

Ella trabajaba en el hospital de enfermera, por fin dejó aquel bar de mierda y está en un lugar por el que invirtió su tiempo para lograrlo, está estudiando medicina y aprovecha ésta oportunidad para aprender más y ganarse algo de paso.

Yo trabajo en la caja del zoológico, cobrando tickets y sentado, tal cual lo quiere Soledad y el doctor.

A las nueve cerré la caja y me fui a la casa; un apartamento y vivimos en el quinto piso.

Cociné polenta e hice una salsa de tomate que según “yo” me quedó de re chupete. Cuando oí que una llave giraba en la cerradura, agarré la olla y me dirigí a la mesa. Había arreglado un poco la mesa con un mantel verde, servilletas blancas y un poco de música, para celebrar el aniversario de la primera vez que comimos juntos bajo “nuestro” techo. Se cumplían ocho años.

Entró riendo y la saludé, de repente detrás de ella vi el motivo de su risa. Un chico más alto que ella, pelo oscuro medio largo, nariz recta y mirada penetrante. En el momento que me sonrió, pensé que hizo propaganda para Colgate de lo blanco que estaban sus dientes. Ella brillaba y entusiasmada me dijo “-Papá te quiero presentar a alguien...” Sus palabras bastaron para que me cayera mal la polenta, que ni siquiera había comido aún. Traté de ser amable, lo saludé y me disculpé dando una excusa de tener que ir a la cocina.

No podía creer en lo que me había convertido mi hija; era un guardabosques de lo peor, un sentimental de mierda y lo peor que pensé fue que se me notara por lo tanto regresé al comedor sonriendo y me senté con ellos a la mesa.

Fui amable durante toda la cena, charle con el chico y creo que Soledad lo noto. “-Chiquita ¿sabes por qué toda ésta presentación que...?”. “-Tengo que decirte algo papá, perdón ¿me querías decir algo?” dijo excitada. “-No importa ¿qué me quieres decir?” Salté ignorante dentro de su respuesta “-Pablo y yo... ¡nos vamos a casar!” Como terminó con la frase terminó con mi razón, no sabía qué decir y solamente tartamudeaba “-¿No te alegras, papá?” preguntó con los ojitos llenos de lágrimas, pero eran lágrimas de emoción “-Claro que me alegro por vos”.

¿Cómo le dice uno a su hija que la quiere sólo para él y de por vida...?. No se puede expresar ese deseo tan egoísta, ¿Cómo hallar paz con su decisión y aceptarla? Por suerte las lágrimas en mi cara fueron confundidas con la emoción. Qué ingenua y qué irónica es la vida, el primer chico con el que simpatiza, es el primero en arrancármela de al lado.

Festejamos la unión simbólica de los dos, porque no querían casarse con papeles. Cosa que me cortó más la esperanza, porque los papeles se anulan, pero esto parecía ir más allá. Puse la mejor cara posible y entre música, vodka y charla terminamos la noche.

Eran las seis de la tarde y yo estaba dando vueltas por la casa, Soledad me llamó y me senté junto a ella “-Papá ¿no me querías decir algo ayer?”. “No, no, chiquita”. Entonces me agarró las manos y me dijo “-Quería decirte algo más, pero quería hacerlo entre nosotros dos nada más”. “-¿Sí?” - “-Pablo tiene familia en Italia y su primo le consiguió trabajo allá...”

El mundo entero dejó de girar, intuyendo que seguía a aquellas palabras quise eludir lo que seguía deseando que esa haya sido toda la noticia, pero lo dudaba profundamente “-... me pidió ir con él ¿Qué te parece?” Los ojos se me llenaron de lágrimas como nunca. Ella se me acercó y yo la alejé diciendo que sólo era una basurita, me levanté y le di la espalda. Ella me repitió sus deseos de irse con él (No lo repitas más, negrita). Y espero mi respuesta “-¿Papá?” insistió. “-Me parece bien, chiquita, si es lo que quieres ¡hacelo!”

Decirle eso fue como clavarme un cuchillo en el medio de mi pecho. Ella estaba feliz, saltaba y me abrazaba tanto que no me importaba la falta de aire.

Peleaba contra mí mismo, para no sacar a la luz al blandito que había dentro de mí. Hasta le sonreí y le dije que me iría a acostar un poco. Estando en mi cuarto me liberé de todas las lágrimas que me había guardado.

Al despertarme y ver el reloj, las diez de la noche, fui a la cocina y vi a Soledad cocinando. Preparaba pollo al horno con papas. Le pregunté si había algún motivo aparte de la noticia de la tarde y su respuesta fue entre canto y risas “-El motivo de que le estoy preparando una cena a los dos hombres que más quiero”.

“Dos” ya no era el único, lamento ponerme tan asquerosamente sentimental, pero mi melancolía retornó y aunque sabía que éste día llegaría nunca creí que dolería tanto.

A la media hora después golpearon la puerta y fui a abrir, era Pablo. Lo hice pasar, pero lo hubiera dejado con gusto afuera, sólo que Soledad no me lo hubiera perdonado nunca... ¿Y qué no hace uno por sus hijos?...

Nos sentamos a la mesa y degustamos del pollo con papas, que estaba riquísimo. Otra cosa que me enteré, durante la cena fue que se irían en tan sólo dos meses. Sabía que no podía ocultar más la tristeza y me disculpé yendo al baño.

Ya había logrado calmarme y me lavé la cara, después salí al comedor y me gritaron desde el living. Me acerqué y los vi acarameladitos sobre el sofá. La mesa había sido desalojada y adornada con un florero, así que no tuve otra que sentarme junto a ellos y poner esa sonrisa entre comprometida y falsa.

Pablo me empezó a hablar de fútbol y yo con mi bajo conocimiento traté de no quedar como un completo idiota. Soledad se levantó “-¡Voy al baño!” Yo en seguida pensé me dejó la “cancha” libre. “-Pablito... te llevas mi tesoro a Italia ¡cuídala, nene y hacela feliz!... me llevo a enterar de algo que no me guste, te juro que me tomo el

primer avión y te busco..." dije. "-Señor... ¿por qué no se viene con nosotros?" preguntó un poco nervioso.

Con el pibe estaba todo bien, no se parecía en nada a los noviecitos anteriores que tuvo, era serio no un tipo con traje y corbata sino que realmente serio, alguien de la planta, eso se veía. "-No... mihijo, yo tengo... no tengo nada ¿para qué mentirte? Pero mi vida es esto ¿entendes? Uruguay es mi lugar y me moriría si me fuese algún día de acá. Te agradezco tu invitación, Pablo" El guacho me sonrió asintiendo "-Le juro que la voy a cuidar".

16

24 de Junio, 12:00.

Parado junto a mi nena en el aeropuerto de Carrasco y ese "ladrón" (su novio), esperando que los llamaran para embarcar.

Flor se apareció para despedirse de Soledad. Le dio un beso y un fuerte abrazo que duró unos instantes, se fue media hora antes de que despegara el avión, alegando que no soportaba las despedidas. Yo hubiese querido hacer lo mismo por miedo a que mis emociones me traicionaran, pero no tenía escapatoria y me quedé.

Soledad se levantó de la silla dejándome a cargo de un bolso de mano y un bolso deportivo de Pablo y se fueron los dos a hacer el "Check-in" con las cuatro valijas (sólo tres eran de Soledad, como aquella vez en que se vino a vivir conmigo) Yo los observaba de lejos... La guacha logró metérseme dentro de lo que llaman corazón y mal que me pese (porque siempre creí ser invencible e insensible y que jamás necesitaría a nadie) Esa mujer logró romper la coraza e introducirse tan hondo en mi corazón, que me hará extrañarla hasta el punto de volverme loco.

Me salte la despedida... fue muy duro. Bastará con contarles que lloré como sólo un bebé es capaz de hacerlo, ¡Eso sí! cuando el avión despegó, logré mi propósito de no entristecerla con mis lágrimas.

Ya van cuatro meses y todavía espero verla entrar por la puerta. Me llama cada dos días por teléfono y nos quedamos horas charlando como dos colegialas. Ella siempre tiene más que contar; dice que está chocha, que le encanta el lugar, que la gente la recibe de puta madre y que me mandaría fotos ni bien pueda.

Antes me hubiera alegrado de todo corazón, pero quién ama no me deja mentir y quién miente amando diciendo que no es verdad lo que voy a decir a continuación está mintiendo. Cuando me dio la noticia de la suerte que la acompañó en el viaje, sentí esa tristeza egoísta que forma parte del amor. Siempre con la esperanza abierta de que la nena volviera a papá.

Estaba durmiendo profundamente. La habitación estaba a oscuras, era Invierno y había un temporal de perros, llovía y el cielo estaba cubierto de nubes grises, pero yo en mi cama estaba calentito y confortable cuando de repente suena el teléfono haciéndome saltar del susto. Atendí prendiéndome la luz y sentándome un poco en la cama.

“-Ciao” dijo una voz que reconocí en seguida. “-Pero si acabo de atender” dije bromeando. “-Es un saludo, papá” dijo un poco ofendida. “-Ya sé, chiquita ¿Cómo estás?”. “-Bien ¿Te desperté?”. “-No , no te preocupes, chiquita” dije rápidamente. “-Upps... entonces sí lo hice, perdón. Es que no calculo bien la diferencia de horas jeje y justo ahora cambiaron”. “-No importa, Soledad, estoy despierto”. “-Ta ¿Te llegó el paquete?” preguntó excitada. “-¿Qué paquete? Acá no llegó nada ¿no lo habrás mandado por el correo, no? Mira que esos...”- Sonó el timbre - ...”Chiquita me esperas un segundo, es que tocaron a la puerta, bueno, no... mejor te vuelvo a llamar, bue... lo hago rápido, un segundo...” “ Fui a ver quién era y me encontré con Flor que sostenía una caja. Me la entregó y me dijo que le diera saludos a Soledad y se fue. Con el paquete me fui nuevamente a la cama y agarré el tubo “- ¿Es que acaso tienen walkitalki ustedes dos?” pregunté extrañado “-¡Abrilo!” me dijo emocionada.

Agarré un cúter (de la mesita de luz, sí, tengo un cúter en la mesita de luz y ¿qué?) y abrí la caja, saqué un sobre que contenía fotos del lugar, de ella, de ella con Pablo... se me cayeron las lágrimas y me perdí mirándola en las fotos, mientras que le decía lo que veía, ella me explicaba cada una de las fotos. La oí decir “-¡Seguí mirando dentro de la caja!” deje la pila de fotos sobre la cama y lo siguiente que extraje fueron unos esarpines, primero me quedé mudo y después le pregunté adivinando la respuesta y al decirme que estaba embarazada de dos meses la felicité. Soledad insistió en que siguiera mirando en la caja y saqué una fotocopia de un contrato de trabajo en un hospital de la capital y volví a felicitarla. Saqué un sobre (verde clarito) y de él extraje un montón de papeles escritos por su puño y letra, le dije que después las leería. Saqué otro sobre (violeta) que tenía un mechón de su cabellera en el interior y en el fondo de la caja encontré un libro que se titulaba “Tan profundos como son tus ojos... Son mis sentimientos por ti” debajo el nombre de la autora;

Soledad Ibáñez. Me quedé sin aliento y emocionado le dije “-Te pusiste mi apellido” . “-No, el mío. Ibáñez es mi nombre artístico y Paladino el personal y privado por todo lo de los papeles”. “-Entiendo, que lindo che... ¿y cuándo lo escribiste?” Pregunté asombrado “-Estando acá lo combiné con cosas que escribí allá, hace dos meses lo envié a una editorial y tras dos semanas de desesperación me contestaron por fin, pero abrílo y lee el final del libro... la dedicatoria”

Abrí el libro y hojé hasta llegar al final, leí en voz alta algo que me obligó a quedarme sin palabras y a veces no poder leer las palabras por las lágrimas que me lo impedían.

“-Te lo dedico a vos, viejo. Vos que me permitiste acompañarte en un viaje que duró ocho años, llenos de preguntas que contestaste, llenos de miedos que enfrentaste y ahuyentaste. A vos que me protegiste y ayudaste a seguir mi camino. A vos por convertirte en “Mi propio milagro”* (ver Pág. 38).

Y a vos mamá, por haber estado desde el comienzo y hasta el día de hoy siempre a mi lado”.

Con besos y agradecimientos me despedí de ella y al colgar me puse a buscar en la página treintaiocho y me encontré con la poesía “Mi propio Milagro”...

Mi amor
Te sostengo entre mis brazos
Y veo tus ojos
La noche se nos unió
Las estrellas velan sobre nosotros
No te di la vida
Pero vos me la diste a mí
Verte crecer es maravilloso
Compartir todas las sonrisas
Y sostener tus lágrimas
Amor... no estás sólo (x2)
Necesito agarrar tu mano
Y protegerte

Terminé de leerlo con lágrimas es los ojos.

Estaba en un bar, sentado en una silla del fondo, junto a los baños. Sobre la mesa había un libro (el de mi hija) que estaba terminando de leer, un vaso de vodka y una caja de puchos.

Terminé llorando con la última frase, saqué un cigarro de la primer caja que compré tras tres meses de control involuntario. Agarré el chesquero y encendiendo el faso lo posé sobre mis labios inhalando profundamente.

FIN.

*Poesía que le leí, en la cama, en el momento de devolverle los cuadernos.

La intrigante convirtió en verdugo al santo

*Días turbios se ciernen sobre la tierra
Y una mujer es santificada ennegreciendo el nombre de un santo
Engañó al mundo entero con la ayuda de la “información”
Ahora a los ojos de la humanidad ella es la víctima
Es increíble con la facilidad con la que se le engaña al mundo*

**Un gato camina hacia atrás
Un caballo empieza a aullar
La verdad es negra y lo blanco también es verdad
Los buenos son tan negros como te lo hacen creer
Y mientras que el bien está creciendo
Hay gente que no se toca el corazón...
Para empanarlo con sucias mentiras**

*Hay gente que tiene mucha facilidad para tapar al sol con un dedo
Hay gente que no se mide a la hora de cubrir con mugre la verdad
Gente que olvidándose de la humanidad por codicia miente y miente
Gente que tiene un enorme talento sobre la manipulación
Gente que no le importa que cada uno piense por sí misma*

**Un gato camina hacia atrás
Un caballo empieza a aullar
La verdad es negra y lo blanco también es verdad
Los buenos son tan negros como te lo hacen creer
Y mientras que el bien está creciendo
Hay gente que no se toca el corazón...
Para empanarlo con sucias mentiras**

El intento que no se intentó

*Toda mi vida me la pasé corriendo
Sin saber a dónde estaba corriendo
Buscando algo que le diera a ésta vida un sentido
Y sin darme cuenta me iba perdiendo por el camino*

**Hay que tratar antes de decir no puedo
Hay que ser capaces de querer ver el cielo
Nada está perdido mientras exista el intento**

*A lo largo de mi caminata lágrimas negras fui dejando
Y recién al dejarlas caer fui capaz de decir adiós
Las cosas que no salen como lo deseabas no eran para vos
De lo único que te podes arrepentir y deprimir son de tus no intentos*

Siento lo que aún no es

*Estaría contenta si me regalaras una sonrisa
Me sentiría bendecida si me miraras
No sé nada sobre cómo seguirá mi vida*

**No sé cómo sobrevivir el dolor
Pero cada vez que te veo todo desaparece
Haciendo que me sienta liviana y estúpida a la vez
Y de repente siento que no hay nada más**

*Sos el extraño en todos los sentidos
Tus ojos parecen un profundo océano virgen
En los cuales me encantaría nadar
Tus palabras son frescas como el viento en el invierno
Lo que te hace tan hermoso es la transparencia de tu corazón*

*No sos de éste planeta, no podes serlo
Tenes que pertenecer a un antiguo pueblo que ya murió
Sos más parecido a un sueño que a la realidad
Desearía conocer tus besos para soñar por siempre
Pero el sol está saliendo otra vez y pierdo ésa ilusión*

*Por supuesto que no existís aun
Pero también sé que algún día nos encontraremos
Y cuando llegue ese día sentirte libre de mirarme
Porque sos exactamente lo que tanto he esperado*

¡Deja de preguntar y piensa!

*El humano no tiene más meta que seguir agonizando
Sólo tienen la palabra "dinero" en mente
Sólo buscan la mentira que les contaron
Sólo siguen poniendo más tela a la cortina*

*Siguen gritando por la cantidad de basura
Pero no hacen nada por dejar de producirla
Siguen llorando por el asesinato de la industria animal
Pero no hacen nada por cambiar la alimentación*

**No te pares y preguntes ¿por qué me pasó a mí?
Empezá a hacerte esa pregunta desde el principio y cambiá!
Cada cosita que te rodea te afecta directamente
Y las cosas que haces, siempre vuelven a vos**

*Decís “pero el hombre tiene que construir calles para caminar”
Me giré hacía vos y te miré a los ojos “¿Quién te dijo eso?”
Decís “pero ¿qué pasa con el hombre que quiere comprar un hogar?”
Yo cambiaría mi elección de palabras y excluiría la palabra “comprar”*

*No podés ver un mundo sin dinero y yo añoro verlo
Un mundo sin esa cosa sucia que sólo consiguió separarnos
No podés ver un mundo sin cosas superficiales
Cosas que sólo se convierten en tu propia cárcel*

*Decís que tenés un dolor de cabeza horrible, pero yo no te diré ¡mira el aire!
Porque solo me tomarás por una tonta
Llorás por un espantoso dolor de estómago, pero yo no te diré ¡mirá lo que
comés!*

Porque me tomarás por una chiflada

Algo llamado amor

*No estás buscando amor
Estás buscando una mentira llamada amor
Tu entorno te dijo como es
Pero el amor no tiene forma, ¡es inmaterial!*

*Estás enamorado de cuentos de hadas
Estás enamorado de héroes falsos
Has sido engañado como un montón de otros*

**Lo que te doy es una “verdadera realidad”
Y si la compartis, la verdad nuevamente volverá**

*No busques lo que se supone que tienes que buscar
No hagas lo que se supone que tienes que hacer
Simplemente usa tu mente y déjalos atrás*

*El amor no tiene tamaño, ni nombre, ni color
El amor es lo que nos rodea y está dentro de nosotros
El amor es lo que damos con la mirada, brazos y pensamientos*

*El amor es fácil de encontrar
Si tienes abierta la mente*

Para LO que te quieren

Te quieren para que te conviertas en el próximo huevo perfecto
Y así llegar a mantener en movimiento las ruedas de la “civilización”
Y vos estás tan deslumbrado con la falsa esperanza que te dan
Que no sos ni siquiera capaz de despertar de ese complot-traición

**Para vos la vida es estudiar de memoria algo, que nunca terminas por
comprender*

*Llegar a tener un trabajo, en el que cobres más que bien, no importa haciendo
qué*

*Tener uno o tal vez dos hijos para así seguir con tu estúpida manera de ver
Pero la vida va mucho más allá de poseer cosas, para así sentir que estás vivo
Porque lo que realmente importa no se vende*
Pero sería inútil tratar de hacértelo entender*

**Porque éste sistema se encargó bien de lavarte la cabeza
Para hacerte pensar en lo que ellos quieren que pienses* (x2)
Seguí comprando las cosas que te muestran en la tele
Seguí comiendo sin protestar lo que te sirven en la mesa
Seguí respirando el aire contaminado sin moverte del sillón
Seguí callando ante la pobreza de hambre en el mundo
Seguí creyendo cada mentira que te digan los que no te miran a los ojos*

*Es más cómodo para vos quedarte sentado frente a la computadora
Que levantarte y salir a la calle para darte cuenta que lo tenes todo sólo con
un paseo*

*El día está hermoso, el sol brilla fuerte y el cielo está despejado
Hay unas golondrinas volando y cantando felices en lo alto del cielo
Una brisa acaricia mi pelo y una flor abrió su corazón*

No calles al dolor

*Grandes ojos llenos de agua
Mirando hacia el cielo
Un río junto a él sigue fluyendo
Las estrellas siguen brillando
Y en la oscuridad un lobo aúlla
No sé porqué está llorando
Pero estoy segura de que se está muriendo
Veo su dolor crecer*

**Cariño, ven a mis brazos
Y cerrá los ojos, todo estará bien
Deja tu alma abierta de par en par
No calles al dolor, dejalo salir
Las lágrimas necesitan caer
Así vos podes empezar a subir**

*Un corazón triste llora fuertemente
Hasta que brilla la mañana
Los pajaritos empiezan a cantar
Y el viento lo envuelve
Sólo la naturaleza es testigo por lo que
Has atravesado*

*Las lágrimas no dirán que no sos valiente
Asique no las ocultes de mí*

Si, lo somos!

*Abro mis ojos y siempre empiezo a llorar
Hay tanto dolor a nuestro alrededor
Que logramos con nuestras propias manos*

**Somos tan inteligentes que robamos a los pobres
Somos tan listos que llenamos con mierda a nuestro mundo
Somos tan astutos que no queremos encontrar...
Una solución, que podría hacer desaparecer el hambre de billones
Sólo por conservar el hambre de la ambición**

*Mis lágrimas son rojo sangre
El “animal más vivo” mató a sus hermanos
El “más listo” creó dioses para culparse a sí mismo
El “independiente” busca enloquecidamente dependencia*

*Si la tierra decide explotar
Vos empezás a culparla por todo el daño
En vez de pararte en frente del espejo
Tu inconsciencia no tiene límite*

*Estamos en contra de la muerte...
¿Pero qué hacemos por mantenerla lejos?
Somos tan hipócritas como podemos
Somos tan humanos como es posible*

Tristeza

*La tristeza siempre llega de forma prolija
No se mezcla, ni se atropella
Se acerca con respecto in crescendo
Libros llenos de palabras tristes
Lleno de frases con sentimientos heridos
Horas ensimismadas en un cuarto oscuro*

*La tristeza es una mina peligrosa
Puede ser melancólica o desgarradora
La tristeza es hiriente, amarga y dulce
Una fiera que puede ser tu amiga o tu depredador*

*Espacios de claustrofobia
Jardines sin flor y un mar de lágrimas
La tristeza es triste si le damos ése poder*

Testamento al mar

Mis ojos se pierden en tu inmensidad
Quisiera dedicarte poemas de amor
Que expresan tu terrible lealtad
Sé que sos testigo de desapariciones
Y que en tu nombre se logró aminorar el dolor

Hay gaviotas locas de felicidad
Hay delfines saltando en el horizonte
Junto a una criatura brillante llamada libertad

Tu mundo ya no es lo que solía ser
Y sin quererlo ver
Tu fuerza alejó a un hombre de su tierra
Que en tu nombre llora y llora

Hoy frente a tu sabiduría
Quisiera dedicarle ésta canción
A un viejito de sonrisa cómplice
Y bondadoso corazón
De ojos puros y aglomerada visión
De pocas palabras y enorme claridad
Estos versos se los dedico a Mario Benedetti
Por su relación de amor y odio con el mar
Por ser capaz de ver el más allá

Conciencia

*Hay una palabra que contiene todo lo que significa
Compartir, reír, jugar, amar, llorar, sufrir*

*Una palabra que teniéndola en mente lo hace todo más fácil
Saltar, entender, celebrar, festejar, masticar, sentir*

*Una palabra que encierra más que significados
Oír, oler, lastimar, sonreír, morir*

Y con ella somos capaces de vivir en paz

Flores

*Vi una flor y me agaché a olerla
Mi mejilla rozó sus pétalos
Quise regalártela
Pero no quiero matarla
Por eso te la regalo...
En un paseo*

Olvido

*El olvido me olvidó el día que lo olvidé
No por así quererlo, sino por quererlo así
Las cosas que suceden son consecuencias
De cosas que nosotros impulsamos a ocurrir*

*Es difícil de retener un lindo recuerdo
Cuando los tristes son los que laten más fuerte
Pero incluso en esos momentos me ayuda el olvido
Porque decido qué se queda conmigo
Y qué le entrego al olvido*

**Cuando olvidé que me olvidó el olvido
Pude respirar profundamente la belleza del otoño
El invierno ya asoma su nariz roja
Y sus estornudos inoportunos**

*Hay un árbol sin hojas que lo vista
Hay un gorrión solitario en una rama
Y hay una ardilla asustada fuera de lugar
El viento envuelve al viento frío*

*El olvido me olvidó el día que lo olvidé
Tan sólo quise retener al recuerdo
Pero la nube gris cargada de información se fue
Como sucede en los cuentos de hadas*

Equilibrio del mundo

*Quiero que éste desequilibrio del mundo llegue a su fin
Quiero que éste mundo sea lo que fue desde un principio
Quiero que la verdad llene nuestros corazones
Quiero que el amor llene nuestras mentes*

**Deseo que el equilibrio retorne al mundo
Quiero ver libre a los animales
Quiero ver verde a los árboles
Quiero ver limpia al agua
Y respirar el aire lleno de alegría**

*Sabemos que hay algo en el aire
Pero no tiene nombre, estatua, ni casa
Y ni una manera de ser
Es libre y nos rodea
Es el hermoso despertar de la naturaleza
Ella... que nos provee con vida
Y nos hace vivir con su belleza*

Entre el silencio y yo

*Siempre le preguntas a otro ¿qué hacer?
Pero calla y escucha lo que el silencio dice
Aprendé lo que te enseña y valóralo
Mostrándoselo al resto del mundo*

**Yo ya tuve una conversación con él
Entre interminables lágrimas y sollozos me hizo callar
Envuelta en la calma de su presencia sentí despertar
Arropada en la ausencia del ruido descubrí mi verdadero rostro**

*Necesitas que te digan a dónde deberías ir
Necesitas que te ordenen qué hacer con tu tiempo
Moris si no te inventan una perfecta mentira rosa
Déjame decirte que no es verdad
Porque vales mucho más y mereces más
No puedo darte un consejo porque es un arma de doble filo
Y sin embargo me atrevo a decirte “escucha al silencio!”*

*Sos la víctima del ruido y sólo vos sos capaz
De cerrar los oídos a la negatividad
No estoy acá para convencerte de nada
Lo que te traigo y ofrezco es silencio*

*Desprendete del pensamiento “¿por qué yo?”
Y adéntrate a tener una conversación con quién ya sabes
Podría aclarar todas tus dudas
Y mostrarte que no hay más verdad que la verdad
Que tu presencia acá es una consecuencia del amor o el desamor
Y en ése caso sos el responsable de pensar en las consecuencias de tus actos*

Recuerdos

Recuerdos que están en la memoria
Que nos alegran, nos deprimen
Nos llenan de ilusiones, canción y apagón
Nos hacen soñar y nos cortan las alas
Despiertan todo un tsunami
Que sacude todo nuestro interior
Hasta llegar al lugar más remoto

Recuerdos que nacieron como grandes hazañas
Y mueren como chicas mentiras
Recuerdos que vieron la luz del día con dignidad
Y la luz de la noche con serenidad

Recuerdos que son amigos, enemigos y desconocidos
Y sin dejar que obren mal en mí
Recuerdo que de recuerdos no se vive

Soledad

Soledad que vienes
Y golpeas mi puerta
Soledad que quieres
Pasar por amistad
Soledad que mientes
Alegando bondad

Notas sobre la humanidad

**Hay gente que cree que los extraterrestres
Tienen el control de la humanidad
Y un día se lo mostraron a los no creyentes*

*Hay gente que cree que la caja es la única realidad
Y por ella están dispuestos a dar sus vidas*

*Hay gente que cree que si no vive
Como "Fulano De Tal" dice, irá al infierno**

Y sin embargo hay gente que se levanta y reclama

**Soy una estúpida persona hueca
Que se deja manipular por un sistema diabólico
Que sólo busca poder sobre poder**

*Tu plan maquiavélico me pone los pelos de punta
Ver millones de niños muriendo cada día
Y que tu sonrisa lo único que hace es agrandarse
Esto es mucho más de lo que puedo soportar*

*La gente cae presa de tus mentiras y sólo te reís
Los tenes hipnotizados con tu poder de ignorancia
Te metes en sus vidas y les das órdenes*

¡Lennon no murió a manos de un amor frenético!

El amor nunca cruza la barrera de la cordura

El amor nunca es poco o demasiado

El amor es todo y el amor es claridad

Estamos tan centrados en vernos diferentes

Que incluso le damos más poder al vernos como individuales

La ignorancia es el peor enemigo del ser humano

Y el maldito logra instalarse en la consciencia del mundo entero

Son el verdugo de tu sufrimiento

Son el verdugo de tu inconsciencia

Y son los dueños de tu cuerpo y mente

El sistema tiene el control de la humanidad

El control remoto de la caja está en tu mano

El único dios que hay está en tí

Soy heterosexual

**Che... tengo que decir hoy
Algo impactante
Delante de toda la audiencia
Y es que ¡soy heterosexual!**

*¡Pensá! Si fuese al revés
Que el gran pecado para los cerebros huecos
Fuera la heterosexualidad
¿Qué dirías?
¿Qué te hace pensar q escoger
Una sexualidad es un pecado?
¿Qué te importa lo que haga yo? Si lo hiciera
Pero si te escandaliza que sea homo
Lo seré, ¡si lo seré!
Hay mucha falsedad, miedo y vergüenza acá*

*Si pensarás un poco más
Verías que es más importante
La vida sentimental de los homosexuales
Que la gran guerra en el mundo entero
Y por amor ponen el grito en el cielo
¿Qué tienen en la cabeza?*

*¡Claro! El morbo vende y la verdad no
Y esto no cambiará
Pero che... vos podes resistir a la hipocresía
Permanece autentico a vos mismo
No sigas a la muchedumbre equivocada*

Lecciones de amor

Todas las lecciones de la vida se basan en el dolor

**Como duele ver agonizar*

Como duele dar un último beso a un amado

Como duele todo cuando se amas

En estos tiempos difíciles

Los profesores de las lecciones de amor

*Están realmente mal, como nunca antes**

¿Cuándo fue que perdimos la fe en todo?

*¿Cuándo fue que dejamos atrás las pocas
lecciones de amor?*

No nos enseñan a tolerar a cada uno por igual

No nos enseñan como amar las cosas simples

Necesitamos más lecciones de amor, amor, amor...

Como duele reclamar lecciones de amor

Pero vivimos en un aislamiento total

Hasta tenemos aislamiento en la piel

Y necesitamos esas lecciones de amor

El amor tiene que reemplazar al odio

Quiero confiar mi corazón a la gente
Sabiendo que no me lastimarán más
No tener miedo de nadie
Dejar atrás todos los pensamientos ridículos
Y animarme a amar

Las lecciones de amor solo son sobre el dolor
Duele ver hoy al mundo
Oír todos los gritos colgando en el aire
Todas las lágrimas sembradas en la tierra

El poder de la risa

*Envolvete dentro de la música
Baila su melodía*

**Y canta estas palabras
La música llena mi mente
Ella es como el amor que me llena
Ella es todos los sentimientos en uno
Puede ser dulce como la miel
Pero también puede ser amarga como el dolor**

*A veces va acompañado de la luna
Ella está en cualquier momento contigo*

**Vestite con mil colores
Y deja entrar el poder de la risa en tu cara**

*La música llena mi mente
Ella es como el amor que me llena
Ella es todos los sentimientos en uno
Puede ser dulce como la miel
Pero también puede ser amarga como el dolor*

Indice:

Cuentos Cortos

- 1 - Soledad en los huesos
- 104 - Cataclismo
- 132 - Lágrimas secas
- 155 - Rodolfo
- 156 - Entrevista a Alma
- 169 - Encuentros nocturnos
- 171 - Magia o casualidad
- 199 - Gabriel, el boxeador
- 214 - El hombre del traje
- 216 - Viaje de dos

Otras cosas

256 - La intrigante convirtió en verdugo al santo

257 - El intento que no es intento

258 - Siento lo que aun no es

259 - ¡Deja de preguntar y pensá!

260 - Algo llamado amor

261 - Por LO que te quieren

262 - No calles al dolor

263 - ¡Sí, lo somos!

264 - Tristeza

265 - Testamento al mar

266 - Conciencia

266 - Flores

267 - Olvido

268 - Equilibrio del mundo

269 - Entre el silencio y yo

270 - Recuerdos

270 - Soledad

271 - Notas sobre la humanidad

273 - Soy heterosexual

274 - Lecciones de amor

276 - El poder de la risa